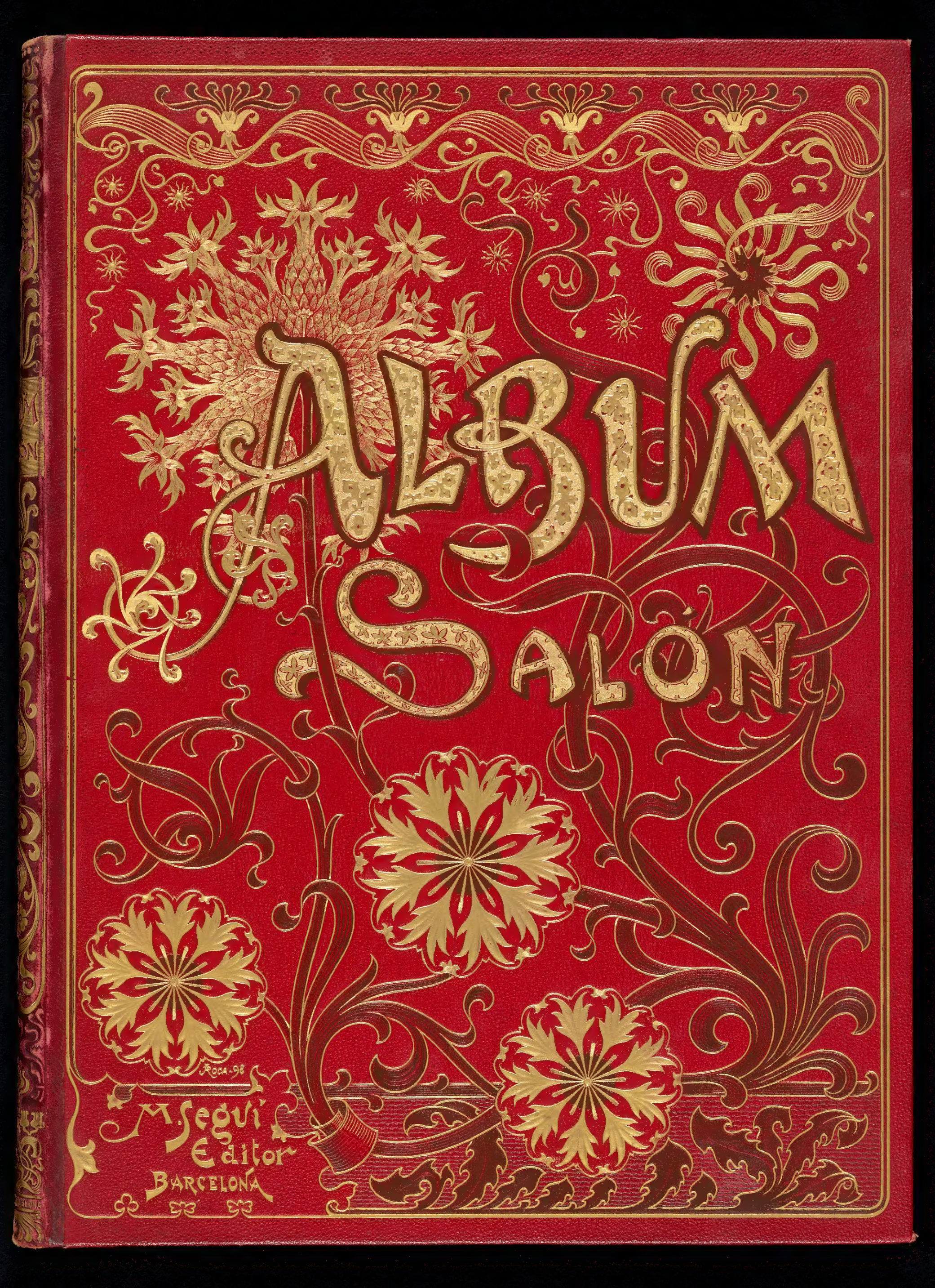


ALBUM
SALON
ROCA·98
M. Seguí
Editor
BARCELONA

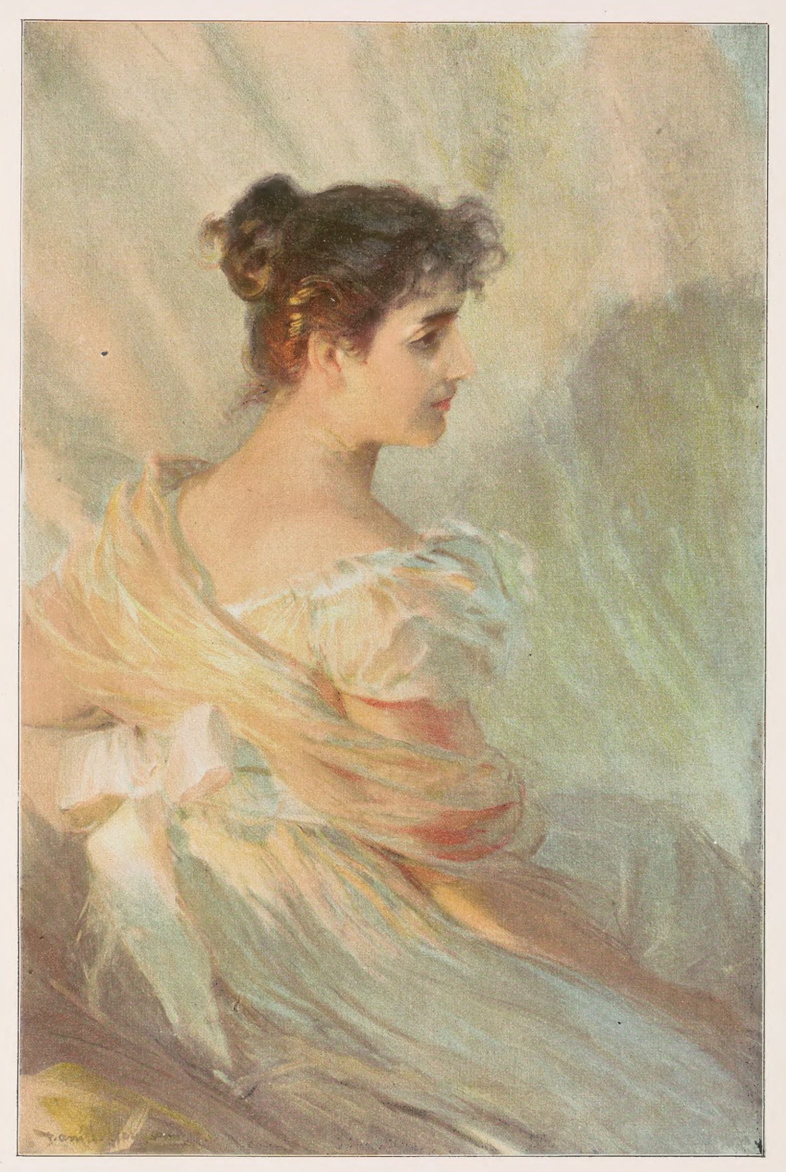
ALBUM SALON



ALBUM-SALON. 1905.

R. COSTA





Cuadro de DANIEL HERNÁNDEZ.

Museo Provincial de Barcelona.



EL AÑO NUEVO

Henos ya en el 1905. Ha llegado sin tropiezos sensibles, que sepamos, y con matemática regularidad, como viene haciéndolo desde que los hombres, allá en épocas remotas, comprendieron la conveniencia de marcar al tiempo límites parciales ya que no fuese posible detener por completo su marcha cuando en mientes les viniera.

Ha llegado el año nuevo, que, como todos sus antecesores, traerá nuevas felicidades para los mimados por la fortuna, escasos en número, y desdichas nuevas para los condenados á perpétua infelicidad, que desgraciadamente están en mayoría.

Lo que en él haya de suceder es problemático; sólo sabemos con certeza, y no sin amargura la generalidad, que hemos vivido un año más y nos queda, por consiguiente, uno menos de vida.

Pero cualquiera que sea la suerte que para cada cual lleve consignada en su cartera, la entrada de un nuevo año produce en la humanidad tan distantes efectos, que en realidad no sabemos si celebrarla ó sentirla.

El niño lo ve impasible, sin adivinar siquiera que pueda ejercer influencia alguna en su existencia sonriente y placentera.

El que, entrado en la hermosa juventud, ansía con febril impaciencia llegar á la edad viril, para, en pleno goce de sus facultades físicas, dar expansión á las de su inteligencia y satisfacer los impulsos de su corazón, salúdalo con íntimo regocijo, porque implica otro paso y no pequeño en el camino de sus ilusiones y esperanzas. ¡Quién le dijera que cuando, harto pronto, se desvanezcan esas ilusiones y asomen arrugas en su rostro y las canas invadan su cabeza, condenará, por rápidos y fugaces, los años que antes le aburrían por su fastidiosa lentitud!

Entonces, algo bueno daría por poseer el derecho de poner trabas al tiempo y obligarle á eterna inmovilidad, sin considerar, en su refinado egoísmo, que así como él lo empujaba por el afán de hacerse hombre, otros han venido después que con no menos legítima aspiración lo empujan.

Y el tiempo sigue su marcha, sordo á toda súplica, rebelde á todo mandato, hasta llevarnos á la vejez, en que ya casi vemos con espanto el que ha de venir, corto, cortísimo, en relación con el que ha pasado.

Tanto como un año nuevo alegra al joven, entristece al anciano. Aquél le aplaude, porque le brinda con mayores elementos de vida; éste reniega de él, porque en su ceño adusto lee amenazas de muerte; lo cual no impide que, burlando la ley natural, se inviertan los términos y resulte tan infundado el aplauso del uno como prematuro el temor del otro.

Pensando piadosamente, hemos de aceptar que los años no son responsables de los acontecimientos adversos que durante su reinado se desarrollan, ni merecen se les agradezca los prósperos con que muy de tarde en tarde dejan agradable recuerdo de su rápida carrera; siendo, por lo tanto, gran tontería desear que se acaben no teniendo seguridad de que sean mejores los que han de sucederles.

Además, se parecen tanto los unos á los otros, tanto, que si los recibimos con palmas acabamos por despedirlos con maldiciones, echándoles la culpa de cuanto malo nos ha sucedido desde su advenimiento hasta su desaparición, aun cuando la culpa sea exclusivamente nuestra, como á menudo acontece.

Quien más quien menos, se forja la grata quimera de que el cambio de año modifica la esencia de las cosas y el destino de la persona; error gravísimo de que no tarda en convencerse ante la inflexible lógica del desengaño.

Este no se hará esperar; el 1905, salvo que la Providencia, en sus elevados designios, haga una excepción en favor de los que en ella creen y con fe la imploran, traerá, al igual que sus antepasados, de fatal memoria, abundante provisión de calamidades públicas y privadas, tocándole, como siempre, al pobre centuplicada ración.

Acaso se nos tache de pesimistas; pero mientras los hechos no prueben lo contrario, hemos de atenernos á las elocuentes máximas del libro de la experiencia, que se aprende sin necesidad de maestro y cuyas lecciones no se olvidan jamás.

Ellas nos dicen que en nuestra desdichada nación, prescindiendo de las demás, que allá se las compondrán como puedan, vamos cada año de mal en peor; y en esa verdad irrefutable fundamos nuestro pesimismo.

Mientras en la gestión administrativa domine el egoísmo político; mientras no se llegue á una fórmula conciliadora entre el capital y el trabajo; mientras en los de arriba falte la caridad y en los de abajo el respeto; mientras se desoigan los sabios preceptos de la moral y los vicios se impongan á las virtudes y el ateísmo socave los cimientos de la religión, no hay que esperar años buenos.

Y conste que el mal no está en ellos, sino en nosotros.

Salvador CARRERA

Dibujo de Ramón Costa.

GRAN TEATRO DEL LICEO

BRILLANTE es la campaña que, con no poca satisfacción del público filarmónico, está haciendo en la actual temporada. Hasta ahora las representaciones se cuentan por éxitos, más ó menos ruidosos, pero, en general, todos legítimos; contribuyendo á ello la bondad indiscutible de los artistas escriturados por la Empresa y á los cuales no hemos de regatear nuestros elogios.

Después de haber tributado en el penúltimo número un justo homenaje á la eminente Bianchini Capelli, al celebrado maestro wagneriano Kaehler y al famoso tenor Borgatti, nos complace poder publicar en éste los retratos de otro maestro no menos insigne y de cantantes que por sus méritos han sido justamente aplaudidos en el Gran Coliseo.

Del maestro Barone, tan querido y admirado de los barceloneses, nada hemos de decir, como no sea para encomiar una vez más su talento, de que ha dado evidentes muestras en varias temporadas, desde que tuvimos la satisfacción de ovacionarle por vez primera. Nos merece verdadera predilección y vemos siempre con placer su nombre en el cartel.

Isabel Orbellini era desconocida aquí y sólo teníamos noticias de ella por los elogios de la prensa extranjera. No ha desmentido la bella tiple la reputación de que venía precedida, aunque, como no podía menos que suceder, dado el recelo que todo público nuevo inspira á los artistas y la prevención especial con que miran al de Barcelona, por su fama de severo, se presentara impresionada, lo que no la dejaba lucir toda la brillantez de sus facultades; sin embargo de lo cual, ha cosechado abundantes aplausos y simpatías.

El tenor señor Marconi, que desde ha tiempo se mueve en el mundo de las celebridades, está ahora en el completo dominio de sus facultades artísticas.

Su voz hermosísima, caliente, apoyada con seguridad perfecta y modulada con un arte exquisito, reverdece los laureles de la escuela italiana, á cuyo servicio pone espléndidamente el singular aplomo que le da una larga carrera de triunfos, el dominio intachable de la escena.



MTRO. BARONE.

Fot. de Audouard.

la gallardía de su presencia, su arte de cómico consumado y el entusiasmo con que avalora sus interpretaciones.

En los dos primeros actos de «Rigoletto» y en el cuarto hizo verdaderas filigranas; y no es preciso añadir que en la canción predilecta del despreocupado duque de Mantua arrebató al público con sus habilidosas interpretaciones, ora sencillamente elegantes, ora de intensidad psíquica ó de desenfadado talante de hombre avezado á escarceos amorosos.

Como que todos esos matices encajaban en el tipo musical del héroe verdiano, el público se dejó arrebatar, y con sus aplausos logró del galante artista que la canción fuera repetida hasta cuatro veces.

En «Lucrecia Borgia» hizo un Jenaro digno de la fama de tan esclarecido artista, llevándose al público de calle en la romanza *di pescatore ignovile*, en el terceto de *Madre mía*, que tuvo que repetir á instancias del público sugestionado, y en el *Madre io moro*, del final de la ópera.

El éxito de Marconi ha sido completo y superior al logrado en otras temporadas.

No menores, sino igualmente sinceros y generales son los aplausos que conquista el excelente trabajo del señor Sammarco.

La interpretación de «Rigoletto» es de las que serán recordadas con entusiasmo.

Encarnando el papel con singular acierto, sin duda producto de un concienzudo estudio, el señor Sammarco no hizo tal ó cual escena, sino toda la obra en perfecta progresión de intimidad dramática, luciendo su potente y hermosa voz, que se amoldó muy bien á todos los matices de expresión, desde los de la más delicada ternura, hasta los de la profesional acritud bufonesca, y los de la espeluznante escena con que el gran romántico francés coronó su obra efectista. Su triunfo fué completo y merecidísimo.

Por todo lo expuesto, reciban estos distinguidos artistas nuestra más cumplida enhorabuena, que hacemos extensiva á su inteligente empresario. — * * *



MARIO SAMMARCO.



ISABEL ORBELLINI.



FRANCISCO MARCONI.

L. MIRALLES



BORDADORAS

DARMANÍN



DE TAPICES

Museo Municipal de Barcelona.

CHILE

SUS GLORIAS Y BELLEZAS

En el día 17 de Septiembre del corriente año, tuvo lugar en Santiago, ante la representación oficial y popular, la inauguración del monumento que al lado de estas líneas reproducimos, erigido á la memoria de los dos ilustres patricios, ya fallecidos, don Manuel Montt y don Antonio Varas.

«Elevado frente al palacio legislativo en tributo á los dos hombres que trabajaron juntos y que juntos quedarán en la historia, es el primer acto por el cual la nación entera declara, por medio de sus representantes, que aquellos dos estadistas sirvieron gloriosamente su progreso y consagraron á la felicidad social desvelos que la patria reconocida sólo puede premiar con la inmortalidad que se acuerda al genio. Porque, aunque costeado por la generosa donación de un admirador, ese monumento fué decretado por ley de la República, que el Congreso aprobó unánimemente, interpretando el sentimiento común á todos los chilenos.

En la imposibilidad de examinar en detalle, dentro de los límites impuestos á un artículo periodístico, la enorme labor de estos dos hombres que se extiende durante medio siglo y que abarca tantos aspectos de la vida nacional, es posible señalar algunas de las líneas características.

El primer rasgo común á ambos estadistas es la sujeción inflexible de todos sus actos, en la vida pública como en la privada, al dictado de la conciencia, sin vacilaciones, sin transacciones, sin temor alguno.

Sea para reprimir desórdenes, sea para crear obras de progreso, sea para administrar intereses públicos, sea para señalar rumbos políticos, jamás se les ve titubear; tienen siempre la norma fija y segura de una conciencia iluminada por un altísimo sentimiento natural de justicia.

En todo el proceso político de la formación de la personalidad de don Manuel Montt hasta el día en que recibió la banda presidencial, no es posible hallar ni un solo detalle que revele ambición de alcanzar ese cargo. Se siente, sí, constantemente, en cada uno de sus actos y sus palabras, el tranquilo impulso de una voluntad que está resuelta á cumplir el deber hasta lo último, allí donde se le llame. No hay en él ni desconocimiento de sus fuerzas, ni pretensiosa ambición. El equilibrio perfecto de las facultades no se pierde ni un momento en este hombre admirable durante toda la larga y tormentosa agitación política en que se vió envuelta su personalidad.

De don Antonio Varas puede bien afirmarse que no tuvo la ambición del mando ni de los honores, ni de las influencias. Sirvió al lado de su amigo sin poner nunca su persona en la balanza. Vivió una vida modesta, y rehusó muchas oportunidades de mayor exaltación á que su talento y sus merecimientos le habían dado el más justo derecho.

La sencilla y profunda filosofía de su política, como administradores públicos, consiste en que hicieron preceder su política de una observación completa y genial del carácter nacional y de sus tendencias, así como del desarrollo histórico de Chile.

El bronce que perpetuará sus figuras y el recuerdo de sus obras, hablará siempre a los ojos observadores de la hermosa armonía de aquellos dos caracteres tan diversos y tan semejantes.

Así los verán las generaciones venideras para admirarlos y tributarles el homenaje de gratitud que nosotros comenzamos apenas. Así los verán, fundiendo poco á poco sus siluetas en una especie de entidad ideal é histórica, que no será ni el Presidente ni el Ministro, sino la suma del genio de ambos, de la honrada y fuerte voluntad de ambos, del amor de ambos á la legalidad y al derecho, del patriotismo de ambos.»

Extractado de «El Mercurio» de Santiago de Chile).



GLORIAS CHILENAS
MONUMENTO Á MONTT Y Á VARAS.





BELLEZAS CHILENAS

SRTA. MARTA MACKENNA.

SRTA. LUCÍA GUZMÁN DUVAL.



SONETOS

LAS HOJAS SECAS

Vuelan girando en remolino airado,
amalgamadas por el frío viento;
mas no llegan jamás al firmamento
por las brillantes brumas tapizado.

Con la presencia del invierno helado,
cuando toman un tinte amarillento,
entonan en las ramas un lamento,
mientras el árbol cruje disecado.

Un soplo luego sin piedad las trunca,
y aquellas que se posan en la tierra
parecen desmayados corazones...

¡Ay! De rodar allí no cesan nunca,
temblando como el hombre que se aferra
al ansia de vivir sin ilusiones.

Diwaldo SALOM

DEL NATURAL

La tarde en brazos del silencio queda,
mientras enciende el sol en el paisaje
el rosicler del último celaje
y el horizonte moribundo rueda.

Bajo la leve sombra que remeda
el flotante crespón de un cortinaje,
se diría que el viento entre el follaje
se adormece en un tálamo de seda.

Ya surge el primer astro en el abismo
como una perla sobre azul alfombra
ó cual de un manto el refulgente broche;

y brillan las luciérnagas lo mismo
que mil ojos que espiasen en la sombra
el solemne reposo de la noche.

Horacio S. RODRÍGUEZ

EN EL CHACO PARAGUAYO

Viendo la aguada de Méndez Bringa (reproducida al dorso), bella de composición y de color, renacen en mi memoria los recuerdos del libro de *Excursiones al Chaco paraguayo*, que el insigne español Cominges (casi del todo desconocido en su patria, que tanto le debe), dejó inédito al morir en 1892, y que, el mismo año, en edición de lujo, publicó y distribuyó profusamente, por las bibliotecas de América y de Europa su hijo Antonio. Notable es á la vez el prólogo que lleva el tal volumen, como debido á la pluma de otro español ilustre, uno de los más laboriosos é inteligentes americanistas, rico propietario del Paraguay, ex-cónsul general del mismo en España y jurisconsulto residente en Montevideo, el doctor Alonso Criado. Este buen amigo y compañero nuestro, no escarmienta, como yo tampoco, de tanta inopia, desvío é ingratitud, hallados por la senda de la propaganda para aproximar España con las Américas latinas, y éstas con aquélla. Por lo que al Paraguay especialmente se refiere, y que tan bien representado estuvo en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, al doctor Alonso se debe la decisión, desde el primer momento, para hacer concurrir aquella República á nuestro gran Certamen. Mucho edificó su palabra entonces, hablando claramente á la inteligencia, al corazón y al patriotismo de los españoles, para la magna obra de aproximación, que tanto tarda en llegar. No hizo menos, con su elocuencia y actividad, en el Congreso Social y Económico, Hispano-Americano, que en Madrid tuvo lugar en 1900. Sus discursos y sus informes en él, su magistral conferencia en la Sociedad Geografica, sus cartas abiertas á los principales amigos, han dicho la última palabra sobre lo que es práctico y del todo conducente al fin apetecido.

A pesar de ello, la pólvora del entusiasmo sigue gastándose en inútiles salvas, y las desinteresadas iniciativas, en su mayor parte, se estrellan en la nativa indolencia del pueblo que, como dijo muy acertadamente el señor Alonso en el Ateneo Barcelonés, siendo español, siendo catalán, invitaba á su Exposición Universal, *en lengua francesa*, á pueblos hermanos de América, que tienen por lengua oficial la de Cervantes. Las comunicaciones, eran, á la vez, remitidas á los supremos Poderes, de *tú á tú*, y no por la vía diplomática.

Lo que ante todo se necesita, son nuevas y económicas vías de comunicación; sincera reciprocidad en la rebaja de las tarifas arancelarias; reforma de la legislación consular y diplomática; supresión de onerosos impuestos que, en el extranjero, se cobran á la navegación y al pasaje para España; supresión de las ridículas trabas que impiden los fáciles viajes; creación de puertos francos, Cádiz el primero; y, en cuanto á la producción, si ha de ser exportable, adaptarla al genio, costumbres y gusto americanos.



Dibujo de Ramón Costa.

También la Literatura y el Arte tienen su puesto asignado en esta obra de relación y de aproximación frecuente y verísima; también ellos pueden ser vehículo para obtenerlo, á favor del dibujo, del cuadro, de la escultura, del libro y del periódico.

Ahí está la aguada del citado Méndez Bringa, quien nos presenta un interesante episodio de tan lejanas tierras. La escena parece desarrollarse en el Chaco paraguayo.

Las cualidades y defectos, físicos y morales, del indígena que puebla aquellas regiones; los encantos y peligros de sus frondosas y vastísimas selvas; su clima cálido; su cielo, si, en general, de pureza admirable y semejante al Sur de Grecia, empañado en ocasiones por densas nubes y formidables tormentas; todo esto lo ha representado, adivinándolo con la intuición del genio, el artista á quien tan acertadamente ha recurrido ALBUM SALÓN.

¿Qué se representa en esa aguada? Dos viajeros que, cautivos de semi-salvajes tribus, pronto obtendrán su rescate, mediante la admiración que, en sus opresores, despiertan improvisados juegos malabares. La salvación radica, pues, en esa tendencia á lo maravilloso, proverbial en el alma del pueblo guaraní, «exento de ambición, de cara franca y noble, de blanca dentadura, de sonrisa infantil».

Esos son los hombres y los mujeres, tan bien retratados por Cominges, cuyos relatos de su gran excursión de 1879, sólo precedida por Ayola — víctima por cierto de ella — recuerdan, sin que su autor lo pretendiera, el encanto de la pluma de De-Amicis, Verne y Aymard, unido á la precisión científica de Stanley y Nansen.

¡Cuántos tesoros escondidos, en esos bosques, para el comercio, la industria, la ciencia y el arte, que en los tiempos precolombinos y en los primeros de la conquista, abrieron rutas, entre el Paraguay y Bolivia, hoy borradas por gigantescos árboles é inconmensurables selvas! ¡Cuánto brazo estéril, cuánta inteligencia dormida para el progreso, ocupada ahora por las luchas fratricidas, el robo violento ó el astuto abigeo!

Para explorar, poblar y labrar esos territorios, pide incesantemente, el Paraguay, brazos á la inmigración europea, transformada radicalmente la política estacionaria de otros tiempos. Para favorecer esa tendencia, los Gobiernos y sus propagandistas eximios, trabajan, desde hace unos veinte años, con felices resultados. Fué para esa obra, que un insigne español, un Nabab del Sud-América, cuyo recuerdo dura en España menos de lo que debiera, fundó. el 2 de Mayo de 1889, la colonia del Chaco paraguayo, denominada desde entonces *Nueva-España*. Grato es recordar que esa fundación débese al mismo generoso ofertor á Peral, de cien mil pesos, para que perfeccionara su invento. Casado; tal es el glorioso nombre del Creso moderno que llevó las primeras y más importantes poblaciones permanentes á las desiertas regiones del Chaco, y quiso que, en recuerdo y honra de su patria, la fundación indicada ostentase el nombre de España, impuesto precisamente en el aniversario de aquella ejemplar jornada del pueblo de Madrid, en lucha con las huestes napoleónicas. En el acta de fundación, de ese día, se dice que Nueva-España se funda, considerando la importancia comercial, agrícola é industrial, que tendrá una población asentada en la margen del Río Paraguay, su futuro engrandecimiento, su porvenir para la regeneración de la raza indígena, y, al par, como lazo de unión entre pueblos hermanos.



Aguada de MÉNDEZ BRINGA

¡Qué orientación tan distinta la de este pueblo progresivo y liberal, amigo de las relaciones internacionales y del comercio universal, de aquella que tuvo en el período teocrático de los siglos XVII y XVIII, y la que hizo tristemente célebre al dictador Francia, en la primera mitad del XIX!

La evolución empieza decisiva después de los estragos causados por aquella memorable guerra — la más importante del Sud-América — que duró de 1864 á 1870. Probó entonces el Paraguay que era un pueblo de héroes, pues, por defender su independencia, perdió un millón de habitantes, quedando reducida su población á sólo quinientas mil almas. ¡Qué gloriosas campañas, dignas de un nuevo Homero, aquéllas sostenidas contra tres naciones invasoras, que terminan con la muerte del Leónidas americano, Solano López! Parece que las páginas de la intrépida Atenas y de la invicta Esparta, se han intercalado en la historia paraguaya, substituyendo sólo los nombres de lugares y combatientes; tan semejantes parecen algunos episodios. Hay allí soldados que pelean con batallones, compañías con ejércitos; asaltos á lo corsario y rendición de poderosas escuadras enemigas; extinción total de la propia; refugio audaz y continuación de la porfía sangrienta, en las enmarañadas selvas, y, finalmente, sacrificio heroico, antes de rendirse, defendiendo los últimos baluartes improvisados en Cerro Corá.

Aquello, pasó; pero, mientras el Paraguay moderno busca nuevos lauros en el Trabajo, bien harán, la Literatura y el Arte, en reverdecer, con sus creaciones, los de la gloriosa espada.

F. TOMÁS Y ESTRUCH



Cuadro de Carlos Vázquez

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9)

BELLAS ARTES

La Exposición Miralles, sita en la calle de Escudillers de nuestra ciudad, va tomando cada día mayor incremento con la adquisición de las más valiosas firmas que privan en nuestro mercado, ya sea de artistas de casa, ya forasteros.

Con ocasión de las pasadas fiestas pascuales y de año nuevo puso el señor Miralles su Exposición *au complet*, y en la visita que á ella hicimos, pudimos admirar obras de artistas tan buscados por los buenos aficionados como Román Ribera, Tamburini, Félix Mestres, Baixeras, Galwey, Cusachs, Cusí, José Benlliure, Lezcano, Navarro, Pla y Rubio, Carlos Vázquez, Agrasot y otros varios de menor cuantía.

A la galantería del señor Miralles debemos el poder ofrecer á nuestros lectores las dos hermosas obras de los dos últimos, que figuran en el presente número.

El pastel de Carlos Vázquez es una nota de suprema elegancia, cosa fácil en artista de tan refinado gusto, que sabe aliarlo á la más extraordinaria variedad. Porque si en su estilo permanece Vázquez inconfundiblemente personal, no conoce límites en la inagotable y siempre simpática elección de los temas. Su fantasía, corroborada por continuos y sólidos estudios, abarca todos los géneros, desde la transcripción de las nevadas cumbres alpinas, á los asuntos de interiores rústicos, á las más señoriles escenas de la sociedad mundana.

La nota que reproduce hoy el Album Salón pertenece á la última clase, y ella pone de manifiesto las singulares aptitudes de Vázquez para tratar este género que precisa sentir bien para representarlo con elegante facilidad.

La musa picaresca y popular de Agrasot le ha inspirado uno de sus muchos cuadros sacados de la vida de la Huerta de Valencia. Su fecundidad, comparable sólo á su maestría, le hace encontrar bellezas en los más triviales episodios, bellezas pintorescas, que sólo los ojos experimentados del artista saben descubrir, donde otro vería sólo vulgaridad; y su principal mérito consiste en hacerlas perceptibles á los ojos ajenos.

Todo en este cuadro de *Matando el tiempo* revela la hábil mano de un maestro y un discernimiento superior. El grupo de los jugadores puestos con insuperable naturalidad, los accidentes arquitectónicos del fondo, los detalles cuidados hasta la minuciosidad, y, junto con todo esto, el color y la luz que reverbera como un polvillo de oro por todo el cuadro. Es, en suma, una obrita con todas las condiciones apetecibles para agradar á la generalidad, pero afianzada con los más sólidos principios del arte.

Ferrer es un enamorado del color, al que da preferencia primordial en todos sus escarceos por el campo de la pintura. Profesor de la Escuela de Arquitectura y apasionado por el arte de Apeles, dedícale todos sus asuetos; y, en honor de la verdad, halla también mercado para sus obras, pues frecuentemente las hemos visto figurar en los establecimientos de arte.

Haciendo por la vida es un cuadrito compuesto con naturalidad, y su misma sencillez le presta mayor encanto.

Francisco CASANOVAS

LOS ÚLTIMOS ECOS

(ESBOZO DE POEMA EN TRES CANTOS)

La noche. Era en verano cuando la tarde declinaba; en una calma embriagadora, el sol esparcía sus rojas pinceladas de luz en el horizonte, y en el incendio de su muerte lentamente se ocultaba. Movíase la brisa cantando canciones tristes y opacas y extendiendo su velo las sombras se dormían los árboles con un susurro de hojas.

La oración de la luz que termina vibraba en el ambiente tímida y suave, la tierna elegía continuaría aún á través de las sombras muy quedo, unas veces suspirante, otras como frase de dolor que estalla en un desbordamiento de acordes, hasta trocarse en un canto triunfal cuando el sol volviese á asomar su luz en oriente, sacudiendo su perenne fuente de fuego.

Todo dormía, la noche había bajado silenciosa sobre el confuso caserío de aquel apartado rincón de la tierra donde las montañas, que á lo lejos se elevaban, le cerraban en un pequeño valle. Por algunas de las ventanas medio entreabiertas salían al exterior destellos de luz que brillaban con la incertidumbre de las estrellas, al mirar desde los obscuros espacios.

Contemplaba ensimismado aquel conjunto de cosas que en el silencio plácido de la noche hace misterioso todo cuanto existe, recordando quizás tristezas, flores que se agostan, tallos que germinan, luces que se apagan para sumirse en la noche eterna de las sombras, y en mi cerebro una armonía infinita, próxima á encumbrarse en incesante ensueño hasta la región de la luz.

En ese coloquio íntimo entre la naturaleza y el hombre, el alma reclama toda su sensibilidad, y entre la luz que batalla en la mente y la sombra que invade al alma, el quejido misterioso de la naturaleza repercute lóbrego y sombrío en el sér.

Los acordes de un piano llegaban hasta mí, pálidos, como remembranzas de tristezas, de alegría que pasa, de luz genial que muere cambiando sus tonos infinitamente en una bóveda azul, principio de ilusiones que nacen.

Nerviosos unas veces, suaves otros, como débil balido, se sucedían unos á otros los compases de aquella melodía. De la sombra creí que brotaba una luz que irradiaba en las tinieblas, sueños, poemas de gentileza arrobadora, perfiles esbeltos de caras risueñas; mas la visión llegó á su período de neblina y se disipó.

El canto del piano había cesado y una pausa tranquila y suave se sucedió como un largo intérvalo inscrito en el iniciado motivo de la melodía; sólo el aire, como un fúnebre acompañamiento y con su voz álgida, salmodiaba lúgubremente en un compasivo acorde.

Mi mente hilaba recuerdos que batallaban con la realidad del presente; no notaba más que sombras, imperfecciones de luz blanca que brotaban de la masa obscura y tenebrosa que se revolvía en mi cerebro, buscando solución, para fundirse en luz, y ésta no venía. Mi espíritu estaba triste y agitado, busqué un recuerdo en el fondo del alma y no hallé ninguno; ni un rayo de alegría brillaba en mi sér; abrí con fuerza los ojos para ver más... la noche se extendía á mi vista, negra y terrible, dotada de esa fuerza magnética que aplasta.

Por una de las ventanas, una cara pálida asomaba; noté claramente su perfil por la luz blanca que de la habitación salía. A la vista de aquella cara triste y delicada, una especie de terror inundó mi cuerpo, una extraña analogía creí percibir entre aquella mujer y el canto lúgubre y sombrío del piano que hacía poco había oído y que tantas ideas habían arrancado á mi cerebro; cerré los ojos, porque en mi mente inquieta todo se confundía.

El canto triste del piano palpitaba aún en mi sér, aquella cara pálida se representaba entre mis locas visiones como un demudado espectro, dominándolo todo, reinando sobre las tinieblas como el ángel de la muerte, y hasta el ambiente parecía haberse impregnado con el olor melancólico de las flores mustias, nacidas en un campo estéril é infecundo.

Así como la noche tiende su manto de sombras sobre la tierra, así, después de cierto tiempo en que mi mente ya no discernía, se extendió sobre mi cabeza, confundiendo las ideas, el pesado velo del sueño.

. . . .

El frío. Glacial fué la entrada demoledora del otoño, las hojas rojizas se desprendían de los árboles, cayendo silenciosamente. Al llegar al suelo, un rumor extraño se percibía; el roce de aquellas hojas, ropaje verde de la primavera en otro tiempo, parecía entonar un cántico. Unas veces, de himno triunfal, cuando el viento frío esparcía aquellos miserables despojos, extendiendo sobre la tierra un manto, para festejar la llegada de la más devastadora y sublime de las estaciones. Otras veces, parecían entonar con su voz de elegía un ruido fúnebre, como una eterna lamentación, como un suspiro de alma quebrantada, próxima á expirar.

En esos días, en que el hálito glacial como caricia de muerte ataca repentinamente á la naturaleza, la angustia se hace más latente, la tristeza más profunda, y el ánimo, abatido, lucha por desprenderse de la capa de hielo que le cubre para surgir puro y radiante al primer aliento, en la eterna caricia de la luz.

Son aquellos días, á la par que puros y luminosos, fríos y tristes, no se vive más que con lo pasado, recuerdos sólo alberga el sér, donde el presente á nuestra vista huye constantemente como un fantasma que se pierde en la inmensidad, y el porvenir, más luminoso y más próximo, se trueca en descarnado espectro.

Cuántas almas solitarias, sumidas como las hojas secas por el viento helado del desengaño, en la tristeza del retiro gimen desconsoladas, les halaga el primer rayo de sol que ha de morir más tarde entre ambientes fríos, descarnados, entre la opacidad de la luz mortecina, los chirridos de las hojas y las sombras de la brisa.

Detrás de los cristales de aquella ventana veía asomarse la carita pálida y triste de otros días, recordaba los cantos nocturnos del piano, velados con el encanto de una melancolía infinita; en sus turbios ojos creía encontrar el blanco sepulcro de mis sueños.

Abandonaba tristemente la ventana y oía distintamente el sonido del piano que preludiaba algunos acordes inspirados en la más sombría tristeza.

Habían callado las tiernas melodías, y la moradora de cabellos rubios de la triste casita no asomaba su cara pálida en la ventana. Los postigos permanecían cerrados al azar y con descuido.



Una ráfaga de hielo habría pasado quizás por aquel sér mustio y descolorido, próximo á transfigurarse en materia fría é inerte.

En vano invocaría, sintiendo menguar sus fuerzas, al Dios de la vida, llamando con desesperación al espectro, compañía de sus más bellas ilusiones, nacidas al calor de su fantasía y que ahora le abandonaban.

Vería el denso velo de la muerte extenderse sobre la tierra mustia y estéril, sumiéndola en las sombras tenebrosas de la noche eterna, cuando la fiebre recalcitrante, golpeando con fuerza su cerebro, hiciera brotar de sus pálidos labios como una última plegaria.

«Todo ha terminado», palabras de desaliento y liberación, de materia que gime, de cuerpo que cae y de espíritu que vuela.

En sus momentos de delirio, diríase «la muerte acaricia inútiles despojos, la naturaleza reclama su parte de materia, pero mi mente es inmortal, vivirá siempre»; y las hojas continuaban su murmullo de plegarias y el viento sus canciones de poeta.

. . . .

Más allá... La tarde era fría y el cielo era del gris de los corazones tristes; de aquellos corazones que contemplan lo presente como senectud de lo pasado.

La completa indiferencia del aire armonizaba con el ambiente, que parecía cubrirse con una eterna neblina.

De allá á lo lejos se oía el sonido quejumbroso de una campana llamando á la oración.

En la solitaria iglesia, plácida y tranquila, parecía bosquejarse como en un sueño fantástico la luz divina de lo imperecedero, de lo inmutable, de Aquel que infatigable troncha vides, realizando la ilusión por excelencia, la vida del alma, sola, libre, sin vestigio alguno de materia, viviendo sólo con nuestros sueños imposibles en esta pobre existencia.

Discurriendo así, miraba con tristeza la ventana cerrada de la triste casita, enlutado albergue del fantasma de alas de sombra; y pensaba entre mí: no existe, ya murió la dulce cantora de las tristezas, ya sus blancas manos no se posarán más sobre el teclado de aquel piano; todo está allá, me decía, mirando al cielo; canciones, tristezas, dulces expansiones del alma, todo á ti voló.

A lo largo de un camino, dos caballos arrastraban perezosamente un carro fúnebre, seco, descarnado; ni una corona ni una flor guarnecía aquel ataúd blanco.

Con el corazón oprimido y la mente confusa le seguí en silencio, como atraído por el poder de un sér invisible.

Las ruedas del coche crujían misteriosamente y parecían gemir al chocar con las piedras del camino.

Al llegar al cementerio, un temblor repentino inundó mi cuerpo; parecía que el hálito helado de la muerte se cernía á mi alrededor, y que de las tumbas salía un aire pesado y frío, como cargado de miasmas.

Una pequeña fosa guardaría los restos de aquel cadáver. Encima de la fosa, dos negros tules con el nombre de «Soledad», flotaban en el aire, atados á una cruz.

Las sombras de la noche invadían aquel lugar santo, cubierto de cruces diseminadas, donde los mortuorios cipreses se elevaban como sombras fantásticas con su eterno rumor.

Entre las ideas que asaltaba mi mente, como reinan los sueños en el cerebro en la fiebre del delirio, creía ver la cara pálida y triste sonreirse triunfante en el espacio, mientras que de pie ante la tumba llegaban á mis oídos de las tiernas melodías los últimos ecos.

Julio RIUS

LA MÁS HONDA PENA

No la provocó el amor. Tampoco intervino para nada la muerte, y, sin embargo, fué grande, muy grande: la mayor que Juanita sufrió en toda su vida.

Recibióla siendo una niña aún. Tenía 13 años y todo parecía sonreirla. Mimábanla sus padres, satisfaciendo todos sus caprichos, hasta el punto de no tener casi ninguno.

Desde pequeñita había sentido gran afición por las muñecas.

En todas sus habitaciones se veía alguna, y entre sus brazos llevaba siempre á la «favorita», una rubia lindísima llamada Mimí, casi tan grande como ella y que abría y cerraba los ojos, pronunciando su nombre.

Todas las tardes la llevaba á paseo en coche, y antes de irse á la cama la acostaba á su lado en una cunita hecha á propósito para ella.

Tenía la sencillez de los cinco años, y vivía feliz como entonces. Nada la preocupaba, no siendo sus muñecas. Al par que en años, parecía crecer en bondad é inocencia.

Pero llegó un día (el que jamás falta) en que, merced á una revelación imprudente de una amiguita más astuta que ella, cambió súbitamente el rumbo de su vida.

Fué un secreto infantil que supo guardar conforme lo había prometido. La preocupaba mucho, y provocó en ella una transformación extraña. Volvióse más juiciosa, menos indiscreta. Dejó al fin de ser niña, y con el cambio fué perdiendo su antigua afición á las muñecas. Apenas se cuidaba de Mimí, y hacía caso omiso de las demás;



MATANDO

AGRASOT



EL TIEMPO

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).

Mausoleo en el Cementerio de las Corts (Barcelona), donde se conservan los restos de los repatriados de Ultramar. *Fot. de Merletti.*

pero si, por casualidad, alguna vez se la ocurría sacar de su destierro á la «favorita», no era para jugar con ella, ni para besarla locamente como antes, sino para extasiarse contemplándola, evocando recuerdos que exaltaban su mente, y volverla á dejar, triste y llorosa.

Tenía un pensamiento fijo, que sólo comunicaba á su confidente, la amiguita que lo inspiró.

Transcurrieron seis meses. Finalizaba el invierno, y Juanita se hallaba muy enferma. Los médicos que la asistían desesperaban de su salvación. Era una situación horrible para todos. La enfermedad no hacía crisis y el fatal desenlace se aproximaba. ¡Bien lo revelaban los afligidos semblantes de sus angustiados padres!...

En continua y mortal impaciencia pasaron cinco días, al cabo de los cuales comenzó á notarse una pequeña mejoría, precursora del ansiado restablecimiento completo, que, en efecto, no se hizo esperar mucho. Juana estuvo pronto fuera de cuidado.

Su convalecencia fué larga, pero franca. La expresión de dolor que contrajo por tanto tiempo los rostros de sus padres se trocó en alegría. La niña fué cobrando vida, animación, salud. Todo lo que la enfermedad la había arrebatado, y la casa feliz, de la cual era el alma, volvió á revivir. No obstante su natural contento, Juana vióse de nuevo preocupada por el tenaz pensamiento de otros tiempos. Volvió á ver á su amiguita; se renovaron las confidencias; hubo intimidades nuevas, y su idea persistió.

Una tarde, contemplando en su habitación á la olvidada Mimí, abstraída en su constante reflexión, y cuando ya cansada, triste y llorosa se disponía á abandonarla, sintió la voz de su mamá en el cuarto contiguo al que ocupaba.

Contra su costumbre, hablaba muy bajito, como si temiese ser oída, y esto la sorprendió. Llena de curiosidad é inquietud, Juana se puso á escuchar.

Hubo un corto silencio. Después volvió á percibir con claridad el rumor de otra voz más poderosa que creyó reconocer. Parecía de hombre... Siguió prestando atención y se persuadió de que aquel invisible caballero era el médico que la había asistido durante su pasada enfermedad, de cuyas consecuencias creyó entender trataban.

Tras una larga relación de cosas que no logró comprender, llegaron apagadas á sus oídos algunas palabras huecas que la sobrecogieron. Involuntariamente, lanzó un pequeño grito que fué apagado por otro más intenso de su madre.

—¡Dios mío! —pensó. —¿Será verdad lo que oigo?, —y presa de esa invencible ansiedad que suele invadir al que furtivamente oye su infortunio, siguió escuchando. Adivinaba la realidad y se estremecía.

Hubo otra nueva pausa. El médico, trémulo y emocionado, como si se tratara de una vergonzosa confesión, volvió á apoyar su argumento con palabras más concisas y claras.

Juana las oyó temblando, como debe de oir la sentencia de muerte un inocente reo. Las últimas la agobiaron. Destruyeron por completo su constante ilusión, su risueña esperanza, su lógico deseo; *el de ser madre*. Aquel que la inspiró su confidenta amiga, y cuya realización esperaba con loca impaciencia.

Ya no cabía duda alguna. Lo había oído bien. «*Juana no podrá ser madre*», afirmó el doctor tristemente; y la muda escena que siguió fué inaudita, inenarrable.

La pobre niña, estupefacta, entontecida bajo el peso de aquella revelación inesperada, quedó algún tiempo inmóvil.

Luego, como si despertase de un largo sueño, miró á su alrededor. Estaba sola. Un silencio de muerte reinaba en la casa.

Al darse exacta cuenta de su situación, se acordó del imprudente incauto que labró su desdicha. Llena de ira y desesperación quiso gritar, llamarle y maldecirle, pero no pudo. Hubiera sido una injusticia, y su generoso corazón se rebeló. Sólo íntimos lamentos salieron de su boca.

Recobrada la calma, abrazó á su muñeca con nuevo delirio, con transporte nuevo y lloró amargamente su desgracia.

Muerta la ilusión; perdida la esperanza, su porvenir incierto estaba visto.

¡No podría ser madre! ¡Jamás disfrutaría del placer más puro que en la vida existe!

Víctima de la fatalidad, estaba condenada á sufrir eternamente aquel grande dolor, aquella pena hondísima que transformara su candorosa alma de niña en alma desengañada de mujer.

Luis FERNANDEZ RAMOS



El Hospital Clínico de Barcelona, recientemente inaugurado.

Fot. de A. Más.

GRAN TEATRO DEL LICEO

De un nuevo éxito hemos de hacernos eco, conseguido por el maestro Felipe Brunetto, la eminente soprano señora Carelli, el tenor Bassi y el barítano Sammarco, debutantes en Barcelona los tres primeros, éxito mayor, si cabe, que los anteriores, por tratarse de una obra que siempre se recibió aquí con alguna frialdad y que realmente requiere, para impresionar al auditorio, una interpretación muy notable, Nos referimos á la «Tosca» que, merced al talento y condiciones de los citados artistas, ha llegado por fin á imponerse en esta temporada.

Desde la orquesta, el maestro Brunetto dió muestras de merecer ese dictado y de haber concertado la ópera con tanto cariño como inteligencia, logrando con su dirección esmeradísima que llegaran al público todos los efectos que en ella puso Puccini.

La señora Carelli es la *Tosca* sin rival, está insuperable. Interpreta su parte con un acierto depurado; satura la escena en el primer acto del amoroso abandono que quiso expresar el compositor; se crece con sobriedad y arte en los demás, conforme exigen las situaciones dramáticas; modula su voz potente y de brillantes agudos, dando expansión á su temperamento eminentemente dramático y subrayando todas sus palabras con la expresión siempre adecuada de su rostro, la actitud de su cuerpo y la elocuencia del gesto.

Como actriz, triunfó aún más que como cantante, sin alardes ni desplantes, sino midiendo la intensidad de su interpretación á medida que se acercaba el desenlace. Su labor, que estas noches se admira en el Liceo, entra en el número de las que dejan duradero recuerdo.

El señor Bassi posee una voz hermosa, potente y de caliente timbre, modulada con un gusto exquisito.

Nuestro público ha hallado en él mucho de lo que es su manjar predilecto; buena voz, excelente escuela; brío y calor en la frase; brillantez en los momentos culminantes.

Así es que le ha ovacionado cordial y calurosamente.

En la ópera «Mefistófele», no ha sido menor el éxito de ambos artistas, aun cuando los principales honores corresponden en justicia al señor Didur, primer bajo de la Scala de Milán, debutante también aquí, y cuya voz espléndida, excelente escuela y absoluto dominio de la escena son realmente excepcionales; recordándonos aquellos bajos de ópera que, como Selva y Vialeti, apenas figuran hoy en los teatros líricos. En el nuestro se le ha aplaudido con entusiasmo.

Ofrecemos publicar su retrato, si podemos proporcionárnoslo, lo propio que el de la señorita Lucaceska, que, al lado de los antes y ahora citados artistas, está haciendo una brillante temporada y recogiendo abundante cosecha de aplausos.



Mtro. Felipe Brunetto.



Emma Carelli.



Amadeo Bassi.

A. DE FERRER

Haciendo por la vida.



Cuadro de Ramón Casas.

BELLAS ARTES

Estamos en pleno Carnaval.

La Locura agita su cetro de cascabeles y la Verdad y la Razón ocultan el rostro tras la aterciopelada careta.

El burdo mascarón se echa á la calle con ánimo de dar el bromazo hache, no sin que noventa y nueve veces sobre ciento salga descalabrado; mientras que la mascarita de buen tono busca el ambiente de los grandes teatros ó los bulliciosos y aristocráticos asaltos, sin finalidad mayor que la de dar algunos saltos en familia y, si es posible, empezar un *flirt* que acabe en la vicaría.

Es éste el carácter que ha tomado en estos últimos años nuestro Carnaval, más vistoso que alegre, más discreto que bullicioso, en que el *lunch* ha substituído á la bacanal y el quinteto *di cámera* y el desesperante piano á la ruidosa orquesta.

Así y todo, es una tradición que vive en nuestras costumbres y que, aunque decadente en apariencia, recobrará nuevo impulso bajo distinta forma apenas halle ocasión propicia para desenvolverse. No es extraño, pues, que todos los periódicos de actualidades presten á esta época del año especial atención, publicando multitud de picantes anécdotas é infinidad de caricaturas ó dibujos de ocasión. El Album Salón no ha querido substraerse á esa costumbre inveterada y ha podido lograr la publicación de algunas notables obras de dos de los más renombrados artistas catalanes.

La *Chula* de Ramón Casas, que es copia de una figura de tamaño natural, no es solamente un portento de gracia, sino también un espléndido estudio de un mantón de Manila, historiado ricamente con sedas de colores, de verdadera dificultad pictórica, no precisamente por la labor en sí, sino por la de amalgamar en un conjunto harmónico el abigarrado tropel de los colores.

Dibujada con maestría, mueve la cabeza con encantadora gracia, y *siéntese* dentro del aparatoso atavío la forma suave y tibia de la mujer española.

De Román Ribera es el cuadro que publicamos en la doble página, y que figura dignamente en el Museo Provincial, perteneciente, si no recordamos mal, á la Excma. Diputación de Barcelona, que lo adquirió en una de las grandes exposiciones internacionales que celebraba el Ayuntamiento, con grandes beneficios para el arte y para la cultura de la ciudad.

Este cuadro de Ribera es de los que responden á una pregunta: ¿Será un beodo? ¿será una víctima de un crimen cometido tras de un altercado en el baile? El ánimo del que lo contempla queda perplejo y no sabe decidirse por una respuesta terminante; pero lo que es indudable es la extraordinaria hermosura del asunto. la naturalísima actitud de los personajes, la acabada perfección de todos los detalles y la deliciosa luz gris de la madrugada que lo envuelve todo en sus plateadas tonalidades.

Muchas son las obras maestras que ha pintado Ribera, desde sus afortunadísimos *Café concert* y la *Cocina al aire libre;* pero ésta quedará como una de las que mayormente caracterizan las cualidades peculiares del artista.

Del mismo son los dos bonitos cuadros que publicamos en negro: la aristocrática *Salida del baile,* con la indispensable dama, el acompañante y el no menos indispensable *fiacre;* y el otro, *Vapores del champagne,* un pretexto para que Ribera concentrase en una figura de mujer hermosa todas las gracias de su privilegiada paleta.

Francisco CASANOVAS

MARIA ALBASI

(Paquita Boix)

Si experimentamos gratísima satisfacción siempre que podemos tributar un merecido aplauso, esta satisfacción sube de punto cuando, como en la ocasión presente, recae en persona que nos toca de cerca; mejor dicho, que nos es y debe sernos simpática, no sólo por su valor artístico, sino también por haber nacido en nuestra tierra, á la que de hecho corresponden una parte de sus primeros éxitos y de su futura gloria.

La que hace poco tiempo era casi una niña consagrada al estudio y al desarrollo de sus portentosas facultades en el seno de la familia, sin más círculo donde volar que el de sus amistosas relaciones, ha conseguido en breves horas, de extrema angustia, á no dudar, pero coronadas por el más completo triunfo, entronizar en el mundo del arte el nombre de guerra que había adoptado para substituir al que humildemente llevaba en su pacífico retiro.

A la florida ciudad del Turia estaba reservado el honor de aquilatar su mérito; de allí ha venido la revelación; del inteligente público valenciano que con voces entusiásticas durante la representación del *Fausto,* la obra de estreno, pregonó el feliz advenimiento de la joven María Albasi, llamada á ocupar un primer lugar entre las cantantes españoles.

La consagración de la nueva *diva* tuvo efecto recientemente en aquel Teatro Principal, al són de espontáneos y calurosísimos aplausos y vítores, de que se han hecho eco los periódicos locales y los corresponsales de toda la prensa nacional.



Fot. de J. Grolló (Valencia).

Por ellos sabemos que María Albasi posee una voz extensa, igual, bien timbrada y expresiva; que la emite con facilidad suma y exquisito gusto: que su escuela es correctísima; que reune, en fin, cuantas condiciones se requiere para constituir una artista de *primo cartello.* Y añaden que con ser muy merecido el éxito, resultó aún mayor por lo inesperado; pues ninguno de los espectadores podía convencerse de que la tierna debutante cuya intuición artística admiraba, cuya seguridad como cantante y como actriz hacía presumir largos años de carrera, pisara por primera vez la escena en aquella noche, de suprema felicidad para ella, de imborrable recuerdo para el público.

De esperar es que no tardemos mucho en aplaudirla los barceloneses, puesto que tiene méritos suficientes para pisar la escena de nuestro Gran Teatro, y el inteligente empresario del mismo aprovechará de seguro la primera ocasión propicia para dárnosla á conocer. Interin llega el día en que podamos presenciar su triunfante revelación que ahora pregonamos por referencias, felicitamos muy de veras á nuestra joven paisana, María Albasi, deseosos de que obtenga pronto en Barcelona un éxito mayor, si cabe, que el de Valencia.

LA MADRE LOCA

(CUENTO)

En el poblado era una irrisión, y á veces un motivo de censura. Había quedado viuda con cuatro hijos, y apechugó con su suerte sin quejarse.

—¡Esa es desdicha, mamá Alejandra; y esos son apuros! — solían decirla. Y respondía serenamente, con sonrisa indefinible, á compadres y comadres entonadores de la cantilena:

—Desdicha sí, que la viudez no es gloria; pero ¿apuros?... ¿Por qué, por mis cuatro *pendientes?* Diez quisiera yo, para mi consuelo, que no para mi desgracia.

Y aquella sonrisa, y esa respuesta, allá se iban, llevadas por el comentario; en unos sitios para provocar el chiste, en otros la conmiseración.

Los rorros, en tanto, crecían como asoleado trigo, ajenos á la crueldad de la suerte, pegados siempre á las faldas de la madraza, admiración constante y objeto de extrañeza.

Para mamá Alejandra, claro está, no había hora de reposo. Cuatro bocas infantiles son una calamidad para una pobre. El estómago es siempre un déspota; pero en la infancia lo es más. Alguien, compadecido, propuso á la buena mujer algo piadoso que á ella se le antojó dislate: meter á los niños en un asilo.

—«Es una solución para usted, — hubo de decirle lengua avisada, á compás de un criterio práctico. — No tendría usted que ir tan *arrastrá,* y les sería un bien á los chicuelos.»

A lo que objetaba mamá Alejandra, trocando la sonrisa de ingenuidad por otra de asombro:

—¿Separarme de mis hijos?... ¿encerrarlos?... Pues, ¿no tiene el día veinticuatro horas, y en horas veinticuatro no puedo yo ganarme para el pan nuestro?...»

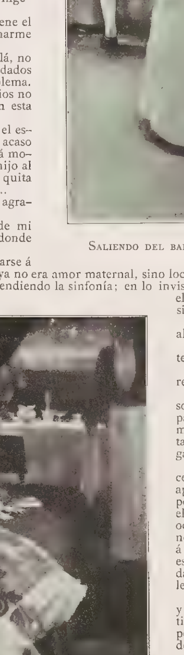
Y en verdad que no erraba en el dicho. Faena acá y faena allá, no paraba en todo el día. Por la noche venía el coser y demás cuidados del *nido.* ¿Cuándo descansaba mamá Alejandra?... Era un problema.

La filantropía terció en el asunto. Un adinerado, á quien Dios no concediera prole en su matrimonio, fué á la pobre mujer con esta embajada:

—Usted no puede con tanto... ¿Qué va á ganar usted con el esfuerzo, más que acabar un día por resentirse su salud, y acaso... acaso una tragedia?... ¡Cómo quedaban sus hijos, si llegara usted á morirse, buena cristiana!... ¿No ha caído usted en ello?... Yo prohijo al mayor... bandéese usted para hallarle acomodo á otro, y ya se quita usted un par de arracadas pesaditas por demás, si muy vistosas...

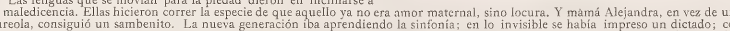
Mamá Alejandra opuso al brindis, en medio de protestas de agradecimiento, esta sola razón:

—¿He de consentir que haya preferidos?... Frutos son de mi vientre los cuatro... Cuando sean hombres, tire cada uno hacia donde le guíe la voluntad, y beba los vientos que le plazcan...



Saliendo del baile. — Cuadro de Román Ribera.

Las lenguas que se movían para la piedad dieron en inclinarse á la maledicencia. Ellas hicieron correr la especie de que aquello ya no era amor maternal, sino locura. Y mamá Alejandra, en vez de una aureola, consiguió un sambenito. La nueva generación iba aprendiendo la sinfonía; en lo invisible se había impreso un dictado; con el tiempo no sería ya *mamá Alejandra,* sino *la madre loca...*



Un rapaz puso la contera cierta vez al coro de entrometidos:

—«¿Por qué no se había de casar usted, mamá Alejandra?...

Esta puso un gesto indefinible. Y no respondió.

La verdad es que, á solas, meditaba sobre tales porfías y decíase que la compasión tiene también sus ribetes de cinismo. ¿Por qué tanto empeño?... A veces tan buenas intenciones son harto cargantes...

Toñín, el mayor de los cuatro rapaces, llegó á los diez años, y se colocó de aprendiz en casa de un herrero. Ganaba poco, pero aprendía mucho. Para Tomás, el segundo, fué esto un acicate: á los ocho años quiso imitar á su hermano, nó en el oficio, pero sí en el intento. Pasó á servir de criadito á casa del maestro de escuela, donde ciertamente no le aguardaban grandes hartazgos, pero sí buenas lecciones.

Quedaban los dos pequeños, Salvador y Manolín, de seis y cinco años, respectivamente. El primero, despuntando ya por lo juiciosillo; el segundo, más rebelde que ninguno, aunque encantador por sus dichos y sus hechos. Ya les llegaría su hora. Mamá Alejandra, ó *la madre loca* (como ya era uso corriente llamarla), seguía admirando por su *chifladura,* no tanto como por su esfuerzo, una cosa inexplicable, un trabajo continuado, superior á sus fuerzas físicas, en brega obstinada con la estrechez, y sin pararse en obstáculos.

Así transcurrieron algunos años.



Los vapores del champagne. — Cuadro de Román Ribera.

ROMÁN RIBERA





ENCUENTRO DUDOSO

Cuadro existente en este Museo Provincial

Luego, ya mozo Toñín y encarrilado el segundo, Salvador hizo migas con un maestro músico: y el *Benjamín* de la casa, Manolo, ayudó á decir Misa. El Padre cura creyó elegir con acierto. Era el pequeño más listo que el hambre, eso sí; pero también muy redomado. O le endiabló el roce, ó se desarrolló algún germen. Mientras los hermanos admiraban por su compostura, el menor iba siendo un acólito de los de sentido, con más ínfulas que el propio celebrante y más travesura y aviesa intención que un Rinconete.

Y así pasaron otros años más. Toñín, dando firme al yunque, Tomás regentando una escuela, Salvador honrando las solfas; los tres ganando algunos cuartejos... En el poblado, ya nadie se acordaba de las proposiciones de encierro, ni de prohijar á un muchacho, ni de casorio en segundas nupcias. El tiempo lo había borrado todo,... menos el epíteto. Lo malo siempre queda. Mamá Alejandra, la mujer admirable, seguía siendo *la madre loca!*

SEBASTIÁN GOMILA

(Concluirá).



LA REGENCIA. — Comedia de los señores Cavestany y Shaw, estrenada recientemente en este Teatro Principal por la compañía Tubau - Palencia. *(Una escena del acto I).*

EL ALMA DEL ROJO

TIENE gradaciones distintas, tonalidades más ó menos subidas; pero todas son vivas y agradables y alegres.

Si encarna en las mejillas de un niño ó en los pétalos de una rosa, es delicado, anuncia vida y salud, juventud y fuerza, carnes sanas, existencias poderosas, y encanta los ojos y rejuvenece al que lo mira. Si aparece en las banderas, en esos trapos que guían al combate á los desdichados ó estúpidos héroes, brilla con mayor fuerza, tiene el color de la sangre, es casi un símbolo de la matanza y de la victoria.

El rojo es el color de la luz solar que presta vida á la Tierra, que hace crecer las plantas y evaporar las aguas que, convertidas en arroyos y ríos, transforman la materia inerte en ese compendio de maravillas que se llama los vegetales.

Es el color del fuego, alma del mundo, generador del calor que todo lo vivifica, purificador eterno, motor de todas las energías.

Es el color de la sangre, que es la vida misma. Quitad el rojo líquido al cuerpo y le quitáis movimiento y vida; lo que era agradable se convierte en objeto de horror y repugnancia ó de tristeza. Los labios de la mujer más linda, si se ponen lívidos repugnan; el cuerpo más divinamente formado inspira aversión si no anima su piel satinada el color atenuado de la sangre.

Es el color de la bandera de los socialistas; es el color del progreso, de la riqueza, de la alegría. Ya luzca en el manto de los reyes, en los ropajes del cardenal, en el gorro frigio, alegra siempre la mirada, enardece los sentidos, da idea de la grandeza, del poder, de la fuerza.

Roban las amapolas fecundidad á los campos; pero les prestan encanto y galas imponderables con la fulguración de sus corolas rojas ó escarlatas.

Roja es la carne que alimenta nuestro cuerpo, roja la hoguera que nos devuelve la vida durante las crudas veladas del invierno, y el sol se despide de la Tierra tiñendo de rojo la inmensa bóveda y de nuevo aparece, glorioso y fecundador, envuelto en roja aureola.

El rojo es inmortal como el mundo, como los mundos, como el Cosmos imperecedero.



LA REGENCIA. — *Escena final de la obra.*



MALAGUEÑAS

Tu abrazo ha sido el abrazo
que dan las olas del mar
cuando sepultan al náufrago.

Manojito de claveles,
mi rosa fresca y bonita,
¡sólo en jardines del cielo
flores como tú se crían!

Fuí á matarla dispuesto
y al mirar aquellos ojos
sentí la herida en mi pecho.

¡Ojalá que yo pudiera
en el cielo colocarte
y Dios un rincón me diera
para desde allí mirarte!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

GRAN TEATRO DEL LICEO



Giannina Lucaceska.

Decididamente es ésta una gran temporada; de aquellas no frecuentes y que dejan gratísima memoria entre los amantes del arte lírico. A un triunfo se sucede otro, debidos todos ellos al valor de los artistas que la Empresa, con prodigalidad digna de loa, va presentando y renovando, para que el hermoso coliseo ofrezca á cada paso un nuevo atractivo.

En números anteriores hemos rendido homenaje á algunos de los que en mayor escala contribuyeron al éxito continuo que ha dos meses venimos presenciando; deber de conciencia nos obliga á hacer hoy lo propio respecto á otras valiosas entidades que han venido á mantener el fuego sagrado en el suntuoso templo donde tantos lauros alcanzaron sus precedentes compañeros.

Poco hemos de añadir á lo que dijimos acerca del aplaudidísimo Didur, el eminente bajo en quien ha vuelto á encontrar *Mefistófele* su verdadera personalidad y carácter, que había perdido, mejor dicho, que se habían llevado consigo los famosos Selva y Vialeti. Nos limitaremos, por tanto, á reiterarle nuestros aplausos, y á publicar su retrato, conforme ofrecimos al dispensarle nuestros primeros y muy justificados elogios.

Igual manifestación debemos hacer con referencia á la señora Lucaceska, cuya labor exquisita y no regateada, pues han sido muchas las obras en que ha tomado parte, le ha valido generales simpatías y repetidas manifestaciones de agrado.

El tributo de hoy corresponde á dos nuevos debutantes: la señorita Fausta Labia y el joven Fulgencio Abela; acerca de los cuales han emitido los críticos de la localidad juicio favorabilísimo, que hacemos propio, ya que no nos fué posible asistir al teatro en la noche del estreno.

Perteneciente la primera á la rancia nobleza italiana, abrazó con entusiasmo la carrera en que tan alto vuela.

Alumna de la célebre Spezia Aldiguieri, la mejor Alice del *Roberto* en esta ciudad (1859) aprendió de tan distinguida maestra su escuela y corrección en el canto *spianato*, de manera que no nos sorprenden los éxitos que ha alcanzado en su especialidad de soprano lírica, así como en las óperas modernas.

En la interpretación de los distintos tipos de Margarita y Elena *(Mefistófele)*, la Condesa Labia demostró ser de la madera de las grandes artistas. Tiene una hermosa voz, robusta y ductil, de mucha extensión y brillantísima en el registro agudo. La dicción es esmerada, y lo que más en ella descuella son sus excelentes cualidades dramáticas, que evidenció en el acto de la prisión, donde dijo y repitió magistralmente el fragmento con que principia el cuadro. Estuvo á inmensa altura en la escena de la muerte, conquistándose bravamente estruendosas é insistentes ovaciones. Encargada del papel de Eva en *Los Maestros Cantores*, cuyo estreno se anuncia para después de escritas estas líneas, alcanzará seguramente un nuevo triunfo que acabe de justificar la fama de que venía precedida.



Adamo Didur. *Fot. de Audouard*

El nuevo tenor, Albela, que, nacido en esta capital, reside con su familia en Buenos Aires desde la edad de siete años, habiendo verificado allí sus estudios y perfeccionádolos con el distinguido maestro Goula (padre), quien, conociendo el paño, se propuso hacer del joven aficionado á la música un artista de verdad, posee una voz de agradable timbre, de gran ductilidad y facilísima emisión; de bastante potencia en el centro, bellos agudos y envidiable media voz. En su calidad de tenor de medio carácter puede llegar á mucho si sigue aprovechando las lecciones de su sabio profesor, á las que indudablemente debe lo que ahora es. En su debut luchaba ¿cómo no? con la emoción natural del que se ve por vez primera en un teatro de verdadera importancia y ante un público de los más exigentes; pero, alentado por los aplausos unánimes que recibió al terminar su romanza de entrada, repúsose en parte y llegó valientemente al final entre los lisonjeros arrullos de un auditorio que, en realidad, prefiere poder aplaudir, á tener que censurar. Por supuesto, que al brillante éxito del neófito, cuyo estado moral no era el más á propósito para luchar por sí solo con fortuna, contribuyó en gran escala la excelente batuta del insigne Barone, á quien la concurrencia recompensó cariñosamente por su interés manifiesto en favor de aquél.

El no habernos podido proporcionar el retrato del señor Albela ha impedido que figure en esta página; pero le reservamos el puesto para otra ocasión.

Para finalizar, no estará de más un recuerdo cariñoso á nuestro querido amigo el maestro Goula, que si se halla, y harto lo sentimos, á larga distancia de su patria, no la olvida, y se complace en enviarla, como acaba de hacerlo, testimonios fehacientes de que su talento musical se mantiene lozano y fecundo, y es en todas partes ventajosamente apreciado. Publicando el retrato del maestro Goula Fité, qne también figura este año entre los notables del Gran Teatro, honramos en una dos personalidades: la del padre, ilustre veterano del arte lírico, y la suya, entusiasta, viril, conquistando glorias propias para unirlas á las heredadas.

* * *



Fausta Labia.



Mtro. Goula Fité.



En Moulin-Rouge; por Arturo Seriñá.



Cuadro de LUIS MASRIERA.

BELLAS ARTES

Con motivo de una exposición de varias obras suyas en el Salón Parés, el nombre de Luis Masriera tuvo su cuarto de hora de notoriedad: Los cuadros y sobre todo sus *panneaux* decorativos tenían un sello de originalidad y de buen gusto nada común, y prensa y aficionados hablaron con elogio de los progresos del joven pintor.

Luis Masriera pertenece á esa familia, medio artistas medio artífices, que han ilustrado su nombre, ora con el pincel obteniendo honoríficos premios en públicos certámenes, ora con el lápiz inventando caprichosos dibujos para joyería, en cuyo género lograron dictar moda.

Como sus antecesores, divide Luis su tiempo entre esas dos distintas vocaciones, siguiendo en ambas ramas del arte la corriente moderna, cual cumple á un temperamento progresivo. Por eso en sus cuadros apunta principalmente un ideal decorativo que excede á todos los demás, procurando que sus pinturas encajen exactamente con la habitación que deben adornar, y por eso en sus dibujos para joyas aprovecha una porción de elementos naturales que habían sido mirados con sobrado desvío.

Parco en el manejo del color, empléalo más bien como medio de contraste, sin aspirar á galanuras de pincel, que usa con sencilla sobriedad. Esta manera de ser artística échase de ver con mayor precisión en el primer cuadro que publicamos hoy, en el que la pintura procede por anchurosos planos, como buscando una sola tonalidad para cada uno, de modo que se sobrepongan por contraste. En el asunto asoma su punto de filosofía, que tiende á satirizar los matrimonios de desigual edad y condición, según demuestra el melancólico semblante de la mujer joven, que ha entregado su mano, ya que no su corazón, al viejo presuntuoso y bastante rico para comprar la felicidad de su esposa.

El otro cuadro, propiedad de don J. Ponsa, pintado para adornar un saloncito Luis XV, está sacado de una poesía de Iriarte, y muestra de un modo evidente la tendencia decorativa de su autor. Recordando, más por la época arcáica que representa, que por el estilo pictórico, los autores franceses del siglo XVIII, se aparta esencialmente de aquellos en la sencilla y diáfana manera de componer, y en la sobria división, por grandes masas, de la luz y el color. La impresión que produce corresponde con singular exactitud al concepto que ha servido de norma al pintor.

Modesto Urgell honra estas páginas con una de sus magistrales marinas, que, con una línea de agua, otra de playa y unas barcas pescadoras, hace sentir toda la grandiosidad melancólica de nuestras costas. No necesita el laureado profesor de la Escuela de Bellas Artes que encarezcamos su labor, aquilatada en su larga y honrosa historia artística.

El arte de pintar vidrieras al fuego ha recibido grande impulso en nuestra ciudad, merced á los gigantescos esfuerzos de Antonio Rigalt, artista y constructor, todo en una pieza, como los que antiguamente enriquecían con sus matizadas imaginerías los altos ventanales de nuestros templos góticos.

Cuanto se diga en mérito al periodo de preparación y rehabilitación de este arte, que había desaparecido completamente con la invasión del mal gusto, es poco; Antonio Rigalt, con una constancia y tenacidad propias de un convencido, se ha abierto camino, no siendo de escaso subsidio para el progreso de esta nueva industria su sólida educación artística.

Son ya numerosos los proyectos de vidrieras historiadas para grandes ventanales que han salido de su pincel, adaptando el estilo al del edificio que debía adornar. Lo mismo en el gótico ojival que en el Renacimiento, se ha mostrado siempre profundo conocedor y hábil dibujante; así lo demuestra en las dos bellas vidrieras que publicamos en este número, y cuyos temas se desenvuelven en ambos estilos.

Rigalt puede decirse que ha formado ya escuela, pues son muchos los discípulos que han salido de su taller, hábiles conocedores de su arte.

FRANCISCO CASANOVAS



EL GOBERNADOR DE BARCELONA, SR. GONZÁLEZ ROTHWOS, EN FAMILIA. *Fot. de Napoleón.*

LA MADRE LOCA

Conclusión).

¿En qué se apoyaba ahora la maledicencia?... En lo propio que antes, sólo que condensado, como quien dice, en un solo sér. Manolín era un diablo, un verdadero diablo... ¡Y lo que le quería mamá Alejandra!... Las gentes daban en decir que aquéllo no era cordura; que supuesto que los otros tres hijos salieron tan cabales, voluntariosos y agradecidos, la madre no obraba bien con las preferencias indubitables por el pequeño... De este sentir de las gentes llegaron á participar Toñín, Tomás y Salvador; pues ya es sabido que todo estribillo se pega, por malo que sea... Y entonces sí que la madre se alarmó y puso cara avinagrada; que si ella supo luchar con el parecer ajeno, cuidando de no rendirle homenaje ni propinarle ultraje, no era lo mismo habérselas con quienes eran sangre de su sangre y vida de su vida, porque en tal contienda la fortaleza probada no había de valer, como no valen contra el cariño armas ofensivas de ninguna especie.

¡Y Manolín, cada vez más rematado, y aquella madraza queriéndole cada día más! El primogénito llegó á encarársele. Tenían las gentes razón: ¿cómo explicar las distinciones, saltando á la vista las desazones?... Esa ya era debilidad rayana en la tontez, magüer intentara explicarla por el aprecio singular que suelen tener las madres á los hijos más pequeños... Tres hermanos hincando el hombro, y uno eludiéndolo, no era cosa de ley ni de justicia...

Mamá Alejandra vertió estas sentencias: «Más querrá la madre al hijo cuanto más le cueste... No gastará la bondad para los que de ella posean caudal, sino para aquellos que carecen de ella... Amor de madre obra milagros, y es razón que tanto más se aprecie

aquello por lo que más se sufra... A hijo malo, madre santa; á fruto amargo, dulcedumbre mayor. Fuera de los casos de honra, lo díscolo merece mayor cuidado, lo rebelde mayor compostura.»

No eran frases para entendidas según por quién. Al divulgarse, más se acentuó el susurro: locura y muy locura era aquel emperramiento de mamá Alejandra, á quien primero la compasión enderezó el tilde como sinónimo de admirable, luego como una cruda afirmación que encerraba el desprecio. Si las gentes se empeñan en que rabie el perro, rabia sin remisión.

Manolín se fué al extranjero. ¡Calculad si hablarían las lenguas sobre aquella partida!... ¡calculad si hubo de acongojarse aquella buena mujer!... La trastada del muchacho tenía los visos de abandono... Quedaban Toñín, y Tomás, y Salvador, los hijos *modelo*, para atenderla. Mamá Alejandra se lo agradecía con lágrimas en los ojos. Pero es cierto que no intervenía la gratitud tanto como el pesar. Lloraba al ausente, todos los días, á cada minuto... ¡con unos monólogos mudos al acostarse!... Y pasaron algunos años más y, de Manolín, ya ni las cartas que escribió al principio... ¿Muerto? No se muere un hijo sin dárselo á una madre el corazón. Los días, las semanas, los meses, pasaban... pasaban... y los suspiros y las lágrimas seguían... seguían...

Un día trajo un pliego el cartero... un pliego grande, abultado... con letra de *él*, del *desertor*, del diablillo. Abierto que fué, todo iban siendo asombros... Primero, infinidad de recortes de periódicos; luego un retrato, luego unas reproducciones, luego una misiva interminable, un garrapateo de mil demonios... Mamá Alejandra apenas puso ojo en los papeles; los clavó centelleantes en la fotografía... ¡Allí estaba, allí, el muy taimado, con aires de triunfador, hecho un Alcides, con unos mostachos de á vara, airoso porte y marcial continente... Allí estaba su efigie, y en cada uno de los papeles impresos, su nombre, su triunfo de artista, su gran triunfo como pintor, que iba á universalizarse rápidamente!...

Atónitos quedaron todos; más atónita quedó la anciana. Entonces no lloró.... volvió la sonrisa beatífica de sus tiempos de desvelos, la resignada expresión de aquella época de fatigas y penuria, el tono de extrañeza mismo con que atendió las advertencias y los cuidados... el gesto inenarrable de hembra toda amor maternal... el nimbo de luz imperceptible que coronara á *la madre loca*...

Y así siguió, y así sigue aún, dando la razón al vulgo, con la plácida demencia de la madre que sueña, de la madre que espera: la locura santa de los iluminados...

SEBASTIÁN GOMILA

EL ALMA DEL VERDE (1)

El color de la esperanza, la divisa de los nobles caballeros de otra época, que todo lo fiaban al esfuerzo de su brazo y á los alientos de su corazón; un hermoso artificio que seduce á los humildes y presta á los poderosos el vigor necesario para las más altas empresas; emblema de la fe y del honor que raras veces triunfa en la tierra: todo esto representa el color verde que en las dilatadas praderas y en el mar sin confines es deleite de los ojos y la fantasía.

Cuando se quiere ponderar la la expresión y la vida de unos ojos, se dice que son verdes, del color de la esmeralda; las hadas tienen las pupilas verdes y fosforescentes, las diabólicas pupilas de los gatos, moradores de las tinieblas y enamorados de los filósofos y las brujas; y la hermosa esperanza, divina visión del poeta, dulce extranjera que viene de otros mundos para revelarnos el secreto de la felicidad, tiene en el color verde su representación y su símbolo.

Químicamente, el color verde que predomina en los campos es la clorófila de las hojas, la luz, la ilusión. Pero ¡la ilusión es tan bella! No sólo nos hace amar la vida, sino que le presta el encanto de las cosas inmortales y explica sus misterios; la vida, por triste y odiosa, aparece eternamente bella y seductora como el ensueño de una virgen enamorada.

Agrupados bajo el estandarte verde del Profeta, los soldados de Islam se lanzaron á la conquista del mundo. Tenían la seguridad de vencer, y cuando morían en el combate, volaban gozosos á un lugar de bienandanza y de suaves delicias, mil veces más agradable que nuestro mundo. Las antiguas teogonías afirman que el Paraíso es una mansión en que los árboles viven siempre conservando su verdor y su lozanía, y en el sistema de Longomontano se afirma que todas las aves tienen igual cola, porque en todas ellas crecen la puerta mannágora, que da la suerte, y el verde árbol de la vida, inmutable y eterno.

* * *

(1) Véase en el número anterior, *El alma del rojo*.



ESTATUA ERIGIDA EN BILBAO AL POETA ANTONIO DE TRUEBA

Original de MARIANO BENLLIURE, obtuvo Premios de Honor en Madrid, 1895 y París, 1900, y fundióla en bronce la *Fundición Artística Masriera y Campins*, de esta localidad.

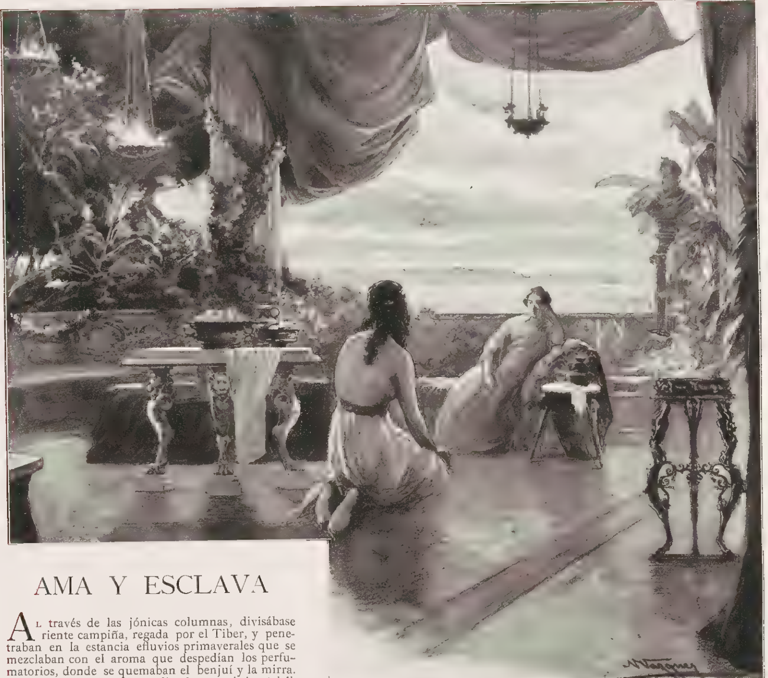
LUIS MASRIERA

CUADRO DECORATIVO.

Propiedad de don J. Ponsa.

MODESTO URGELL

Costa catalana.



AMA Y ESCLAVA

Al través de las jónicas columnas, divisábase riente campiña, regada por el Tiber, y penetraban en la estancia efluvios primaverales que se mezclaban con el aroma que despedían los perfumatorios, donde se quemaban el benjuí y la mirra.

La hermosa Aurelia, reclinada en artístico *triclinium*, contemplaba con atención á Tabú, la esclava egipcia, que estaba arrodillada. ¡Hermoso cuadro!

Aurelia, con sus blancas vestiduras, su rostro pálido, sus ojos garzos y sus cabellos de suave tinte obscuro, representaba el clásico tipo de la dama romana, bella evocación de melancólica campiña cuando la acaricia el sol al través de la neblina del Tiber: Tabú, con su busto bronceado, palpitante de ardor bajo rosada y transparente gasa, sus ojos de azabache con fulgores ígneos, su rojo tocado y sus multicolores atavíos, era la verdadera hija del Nilo cuando sus aguas, impulsadas por cataratas en ebullición, salpican de añil las rojas márgenes que el sol incendia.

—¿En qué piensas, Tabú? — preguntó Aurelia, tras largo rato de silencio.

—¡En mi patria! — contestó la esclava con decidido acento.

—¿No estás contenta en Roma? ¿No estás contenta conmigo?

—Pienso en Egipto.

—En verdad que eres poco complaciente.

—Digo lo que siento.

—¿Y no sabes que tú no puedes sentir ni querer sino lo que yo desee? — exclamó Aurelia, irguiéndose en el *triclinium* con brusco movimiento de ira.

Tabú no replicó, pero su rostro permaneció tan impasible como la esfinge que mira con sus ojos de piedra las abrasadas arenas del desierto. Aurelia volvió á recobrar su indolente actitud, desapareció la expresión de ira de su semblante, y dijo con cierta violencia, pero con dulce acento:

— Siento lo que te he dicho. No puedo incomodarme contigo. Pocos días hace que estás á mi servicio y eres ya la primera de mis esclavas favoritas. Más aún. Te profeso una afección como jamás á esclava alguna he profesado. como no se siente sino por las personas de nuestra amistad. ¿Te complace lo que te digo?

— Ciertamente. Eres muy buena — replicó Tabú, pero sin la humildad ni el apresuramiento con que hubiera respondido otra esclava. Hubo otra pausa y Aurelia, después de haber contemplado de nuevo á Tabú, dijo:

— Verdaderamente es extraño lo que contigo me sucede. Te acabo de decir que te profeso excepcional afecto y nada hay más cierto. Cuando me ofrecieron tu compra los mercaderes que te trajeron de Egipto, no tenía yo necesidad alguna de nuevos servidores, pero te miré y me gustaste tanto, que consideré tu adquisición de mi especial agrado. Después he podido apreciar la altivez de tu carácter, cualidad que te diferencia en absoluta de las demás esclavas, y que si en ocasiones me produce enojo, como hace un momento, no puedo menos de estimarla. Y sin embargo, cuando te miro, cuando te siento á mi lado, cuando pienso en ti, experimento una sensación extraña. Hay algo vago, inexplicable, misterioso, que parece protestar dentro de mí contra la afección que me inspiras. No es ira por tu actitud altiva, no es que mi dignidad padezca al tolerar tu falta de sumisión, ni al entablar contigo diálogos, como el de ahora, que sólo se tienen con los iguales y jamás con los inferiores. Es lo que he dicho. Algo indefinible, pero parecido á lo que se debe experimentar cuando, á pesar de todo y aun contra la propia voluntad, se siente afecto hacia persona que se comportó mal con nosotros, que nos infirió una ofensa ó un daño. Y esto no es posible en este caso. Acabo de conocerte. Trajéronte unos mercaderes de remotas regiones que me son desconocidas. ¿Qué relaciones puede haber entre mi existencia y la tuya?... ¿Será tal vez un presentimiento del porvenir?

Tabú había escuchado con marcado interés lo que dijo Aurelia y, cuando ésta concluyó de hablar, los hermosos ojos de la egipcia fijáronse con intensa mirada en los de la dama.

Las dos mujeres permanecieron unos instantes como si trataran de fascinarse mutuamente.

—¡Habla, Tabú! — exclamó por fin Aurelia, como si quisiera librarse de una situación angustiosa.

Y añadió, al ver que la egipcia permanecía callada:

—¡Habla! Di lo que piensas sobre lo que acabo de decirte.

— Pienso... — comenzó á decir Tabú, pero se contuvo, hizo un visible esfuerzo y replicó: — Soy tu esclava; no puedo decirte lo que pienso.

—¡Sí! — repuso Aurelia. — Di todo lo que pienses y lo que sientas. En este momento no somos ni ama ni esclava. ¡Dilo!

—¡Pues bien, oye! — exclamó Tabú, relampagueándole los ojos. — Yo también experimento hacia ti una sensación extraña. ¡Yo te odio! No, pero no es esto lo extraño. Que te odie á ti, y odie á los tuyos, y á tu patria, y á los dioses que adoras y á la tierra que pisas, no es extraño; es natural y es justo. Profanados mis templos, mancillado mi país sagrado, ultrajada yo, dueña de palacios como jamás habitara patricio alguno en vuestra miserable Roma, privada del eternal reposo en nuestras tumbas donde vela Osiris,... no puede caber más que odio, odio inmenso, profundo como nuestro padre el Nilo, en mi corazón desgarrado... Pero no, no es esto. El odio que hacia ti siento es más íntimo, más personal; obedece á causas que desconozco, que no acierto á explicarme, pero que existen, estoy segura de ello. Te odio como romana, como perteneciente á una raza de opresores y verdugos; te odio como compradora de mi libertad; pero te odio mucho más por ese algo desconocido, pero terrible... Ya sabes lo que pienso y lo que siento, y ya ves que á las dos nos rodean análogos misterios.

Aurelia se había levantado y sus labios, cubiertos de mortal palidez, pretendían en vano articular palabras. Su corazón palpitaba tan violentamente que hacía ondular la túnica.

En aquel momento entró en la estancia un esclavo, anunciando la llegada de un mensajero que deseaba ver á Aurelia.

Hizo ésta un imperceptible ademán de asentimiento y con gran esfuerzo volvió á ocupar el *triclinium*.

Presentóse el mensajero, que era un legionario, el cual dijo con acento respetuoso:

— Que los dioses te guarden, noble Aurelia. El centurión Tulio Porcio acaba de regresar á Roma cubierto de laureles y pide tu venia para venir á depositarlos á tus pies.

De mágica manera se transformó Aurelia. Tiñóse de carmín su rostro, irguióse con estremecimientos de alegría, se dibujó en sus labios inefable sonrisa, y con acento conmovido por el gozo, exclamó:

—Buen mensajero: di á Tulio que le espero con tanta impaciencia, que cada instante que tarde será una ofensa contra Venus. Esclavo: da á este bravo soldado vino de Falerno y di á Corvilio que le llene su casco de oro.

Retiráronse el legionario y el esclavo, y Aurelia, dirigiéndose á Tabú, continuó diciendo:

— Hoy es el día más dichoso de mi vida. Presto; es preciso engalanarnos y engalanar la casa para recibir á mi amado. Prepara mis más ricas vestiduras y mis joyas más valiosas; que mis esclavos todos se apresuren, que se deshojen por los pavimentos vistosas y olorosas flores, que ardan el benjuí, la mirra, el sándalo y el enebro en todos los perfumatorios, que se escuchen melodías... Presto, Tabú. ¡Que Tulio llega!

Cumpliéronse las órdenes con rapidez inusitada.

Aurelia, adornada con el mismo esplendor con que acostumbraba asistir á los más solemnes espectáculos, esperaba ya impaciente en el mismo vestíbulo, rodeada de sus esclavas favoritas, con Tabú al lado.

No tuvo que esperar mucho, pues á los pocos instantes encontrábase en brazos de Tulio, arrogante centurión que parecía tan conmovido como ella.

Pasados los primeros transportes, durante los cuales permanecieron alejadas las esclavas, Aurelia, llevando de la mano á Tulio, se adelantó para conducirle al interior de la casa.

De pronto, Aurelia sintió una fuerte sacudida en la mano que



oprimía la de Tulio y vió que éste se detenía bruscamente. Al mismo tiempo vió que Tabú, con expresión horrible, se adelantaba hacia ellos.

Impulsivamente, sobrecogida por un terror inmenso, Aurelia soltó la mano de Tulio y dió dos pasos atrás.

Entonces Tabú dió un salto de fiera, se abalanzó sobre Tulio y, sacando un estilete que llevaba oculto entre los lambrequines del cinturón, se lo clavó en el pecho.

Tulio cayó sin proferir palabra. Aurelia lanzó un grito desgarrador y se arrojó sobre el cadáver.

Tabú, blandiendo el arma ensangrentada, exclamó con alegría salvaje:

—¡Por fin! He vivido y he sufrido la esclavitud, solamente con la esperanza de este momento... Ese romano atrevióse un día á ultrajarme á mí, á una egipcia. Estoy vengada... ¡Ah! razón tenías tú, Aurelia, con tus presentimientos, y razón tenía yo en odiarte...

Pero Aurelia no oyó estas palabras, y mientras sus esclavas se la llevaban medio muerta, los esclavos, atraídos por las voces, se apoderaron de Tabú.

Luis DE TERÁN

GRAN TEATRO DEL LICEO

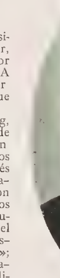


Mtro. Antonio Ribera.

Fotografía de J. Martí.

El estreno de *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, obra considerada como una de las más geniales del célebre Wagner, ha venido á coronar la serie de solemnidades artísticas que el señor Bernis nos ha ofrecido en el curso de esta brillante temporada. A pesar de las dificultades que ofrecía la *mise* en escena de tan importante producción, obtuvo un éxito sobresaliente, de aquellos que forman época en la historia del Gran Coliseo.

Los primeros honores se deben en justicia al maestro Balling, contratado exclusivamente para dirigirla. por la fama que tenía de excelente intérprete wagneriano; fama que dejó bien sentada, conduciendo la orquesta de una manera colosal. Al final de todos los los actos alcanzó grandes ovaciones, participando de ellas, después del segundo, nuestro paisano el joven maestro Ribera, cuyos trabajos preparatorios contribuyeron al feliz resultado de que con gusto nos hacemos eco. Sin espacio para entrar en detalles, hemos de conceder su parte de gloria á los artistas encargados de la ejecución y particularmente á la señorita Fausta Labia, que encarnó el papel de «Eva» con poética intensidad y su distinción característica; á la señorita Lucaceska, que hizo una perfecta «Magdalena»; á Arturo Pessina, intérprete afortunado de «Hans Sachs» y al barítono Belatti, que se mantuvo siempre á gran altura en el tipo difícil de «Beckmesser».—Nuestros plácemes á todos, y que al éxito artístico corresponda el éxito material de la Empresa.



Virgilio Belatti.





Vidrieras artísticas, originales de Antonio Rigalt.



Cuadro de Román Ribera. *Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).*

BELLAS ARTES

Esta revista ha de ser forzosamente corta. Dedicada principalmente á dos maestros que han honrado con frecuencia estas páginas, y cuyas personalidades artísticas hemos estudiado con la debida extensión, tendríamos que repetirnos sin añadir ni un concepto nuevo á los expresados otras veces.

Cuando se dibuja y pinta como Román Ribera, no hay trozo insignificante ni pincelada inútil. Hasta en lo que es simple improvisación se percibe el hábito de hacer bien por innata fuerza del talento, y las cosas más ligeras toman visos de obra de arte, como sucede con todos los grandes autores clásicos.

Así la bella *mascarita* que publicamos en la portada, gracias á la amabilidad del dueño del Salón Miralles, reune todos los requisitos de una pequeña joya artística, aun cuando el pintor haya rozado apenas con su suavísimo pincel la virginidad de la tela. Y en aquellos sobrios trazos hay cuerpo, hay relieve, hay verdad y, sobre todo, hay belleza.

¿Y qué decir del hermoso paisaje de José Masriera? Ha tiempo que el maestro (y esto lo hemos dicho otras veces) se ha hecho sintético en su manera de observar y reproducir la naturaleza. Con la madurez y el dominio de la técnica, viene indefectiblemente la sencillez y la concisión. Y Masriera no ha podido substraerse á esta ley general que, desde Velázquez á Corot, no ha sufrido casi jamás excepción. Para llegar á esta admirable simplicidad, precisa haber construído mucho; los detalles se recopilan en un trazo que los envuelve á todos y muchas veces la *interpretación* es más eficaz que la *realidad* misma. José Masriera, en punto á paisaje, ha llegado á esta quintaesencia de su arte.

Al aprovechado joven Fernando Cortés pertenece el bonito paisaje que viene en último término de esta revista. Un cuadro rico de color y de luz, detallado sin nimiedad pero con justa impresión de la naturaleza, y, sobre todo, de la perspectiva aérea.

Francisco CASANOVAS

SEVILLA FAMOSA (1)

Desde que publiqué *La Generala,* aquel humilde volumen que se hizo puesto en la literatura española por la benevolencia del público y el amparo que tuvo la suerte de alcanzar de dos escritores insignes, Pérez Galdós y Ortega Munilla, no puse mano después en otra novela sin que el alma se me escapara en un suspiro silencioso, por no ser aquélla precisamente la novela que yo deseaba escribir. Mucho tiempo transcurrió, muchos volúmenes salieron de mi pluma, hasta que pude, al fin, realizar mi sueño de escribir una novela de Sevilla, con tipos, con escenas, con ambiente de allí, de la tierra famosa de las mujeres y del sol.

¿Por qué no confesarlo? *Juanela. El Contrabandista, El Padre Eterno,* algunos personajes de *Misericordia,* la misma *Filigrana* y muchos de mis antiguos cuentos de *Los Lunes de El Imparcial,* fueron otros tantos ensayos, no de forma, no de acción, de orden estético y psicológico para venir á este libro, que tiene un interés indudable: el interés que inspira todo cuanto es sorprendido, arrancado á la naturaleza. De la hermosura de la forma, de la profundidad del concepto, de la pureza del estilo, de todo ese andamiaje tan sobado y resobado por nuestros *pozos de ciencia,* andamiaje sin el cual es imposible una buena obra, no seré yo quien me atreva á hablar. No se estila que un autor hable de sí mismo, como sea para bueno; ahí está *la crítica,* la crítica de este principio de siglo de mis pecados, que hablará bien *de eso,* si es amiga, que hablará mal si es enemiga, ó no hablará, bueno ni malo, si no es enemiga ni amiga. ¡Oh, desdichados los que no han aprendido, entre tantas y tan difíciles ciencias como hay que aprender para vivir, la ciencia de *cultivar amigos!* ¡Oh, desdichados, doblemente desdichados, los que no aprendieron la de *cultivar enemigos.* No hablaré de *mi hermosura de forma,* no hablaré de *mi profundidad de concepto,* no hablaré de *mi pureza de estilo,* pero de la sinceridad, de la honrada fidelidad con que estas páginas se escribieron, sí, hablo y hablo con orgullo, aunque la misma crítica y mil diablos me lleven.

Esos señores que sonríen desdeñosamente al ver un libro, si no es un incunable... ó si no lo parece; esos que alzan los hombros y arquean los labios de una manera compasiva, si no ven al pie de cada página una ó dos docenas de citas de escritores más ó menos famosos; esos -y conste que no aludo á los sabios, á los verdaderos sabios, á quienes acato y envidio — cerrarán este volumen como el de los demás autores que se inspiren en el sol, y al sol arranquen los tonos para su paleta. Harán bien en cerrarlo... por nosotros, no por ellos; porque deberían leer nuestros libros y, leyéndolos, aprender á escribir sensaciones propias; á trasladar al papel los sentimientos del alma, engendrados y nacidos al contacto de nuestra retina con los objetos exteriores; á copiar vida y luz, sin infolios, sin incunables, mirando á los hombres de frente y al sol en la altura; el sol que todo lo ilumina, y el hombre que es el gran libro de Dios. Aprenderían, en fin, que lo que ellos llaman desdeñosamente colorismo, no siempre es el mancharrón brutal, de tonos chillones, que ofende y lastima los ojos.

Sevilla famosa es la expresión de sentimientos germinados en mis excursiones solitarias por Sevilla. Al escuchar alguna vez, en la noche silenciosa, el sonido quejumbroso de una guitarra, junto á un bardal cubierto de jaramagos; al oir la copla que sale de impro-



MARIA JOSEFA SAMÁ *Fot. de Audouard.*

Esta simpática hija de los Marqueses de Marianao fué en el año último, y lo ha sido en el actual, presidenta de la Junta de señoritas, organizadora de la fiesta de Reyes de *El Liberal,* en Barcelona, celebrada en el palacio de Bellas Artes y en la que se repartió 14,000 donativos á los niños pobres. El acto resultó brillantísimo, asistiendo á él lo más distinguido de la sociedad barcelonesa, que prodigó con tal motivo calurosos elogios á la citada Junta y particularmente á la señorita Samá, que, presidiéndola, patentiza los nobles sentimientos de su alma, digno complemento de su distinción y belleza.

(1) Con este título acaba de publicar nuestro valioso colaborador y amigo, Martínez Barrionuevo, una preciosa novelita que obtendrá seguramente el favor del público, al igual que todas las obras del mismo autor. Como la más eficaz recomendación del nuevo libro, reproducimos su Prefacio, que constituye aisladamente un articulito de galana forma y profunda filosofía.



Venida del nuncio de S. S. á Barcelona, para imponer el Palio al Cardenal Casañas.
Los dos prelados subiendo al coche frente al Apeadero.

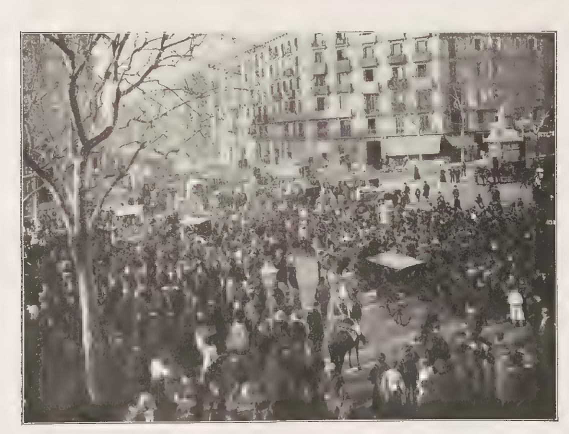
che, á la luz de la luna, como dedos rígidos levantados para señalar á Dios; en la buenaventura de la gitana, de pelo azabachado, rostro cobrizo, dientes agudos de chacal y ojos negros, divinos, con dulzuras de ángel y calenturas de leona; en los enamorados que se arrullan á través de las rejas, en las calles solitarias de balconcillos microscópicos, cubiertos de enredaderas y campanillas blancas y azules; en los edificios vetustos, cada uno de los cuales es una página de piedra, donde los siglos, con su buril misterioso, dejaron una historia; en el pueblo que á la sombra de tal influencia vive y crece, el pueblo poeta y fatalista, alegre y trágico... en sus hombres, en sus mujeres, en sus fiestas, en sus odios, en sus amores, en sus sacrificios; en todo eso, fantástico y espiritual, gigante y avasallador, enérgico y puro, atrevido y loco, deslumbrador y magnífico; en todo eso, y en la tierra que lo está sustentando, y en el cielo que lo cobija, y en el sol que lo alumbra, y en el hálito que le hace palpitar y vivir, en todo eso se inspiró *Sevilla famosa*.

¡Ay de mí! Pero yo presiento, yo sé, debiera asegurar, que escribir de Andalucía, por bello, por dramático, por típico que sea, no es ya suficiente para la inquietud ansiosa, para la constante aspiración de la vida moderna. Necesita

viso, rápida, alegre y dulce, como diamante que choca sobre un mármol, y vibra, y se aleja, y al fin se pierde; en el rumor de la guitarra, de los palillos, de la risa, del barullo, del fiero jalear de los mozos, cuando salta la mujer con el espolazo de la sangre, entreabiertos los labios, el rostro encendido, el corazón latiéndole con celeridad, y gira, y se dobla, y se revuelve, vértigo en forma de visión, presentimiento de castas melancolías, representando en todo su esplendor y exuberancia la vida, la pasión, el donaire de la mujer andaluza; en el murmullo del río, como vago clamor de los rezos de las iglesias; en los encajes de la mantilla que envuelve el busto gentil de la sevillana, esos encajes como ondas de un mar inmenso de negruras y voluptuosas armonías..., esos encajes por donde asoma el rayo potente de unos ojos que amenazan tempestades horrendas y locos idilios de los amores de los cielos; en los agudos retruécanos de las *doctoras* corraleras; en las agujas góticas de los techos de la Catedral, recortándose fantásticamente de no-

el lector otras sensaciones más en consonancia con su estado actual interno, producido por los graves problemas que nos agobian. Años hace que publico mis libros, con el temor de que se me diga, como yo vengo diciéndomelo, que Andalucía es tema ya bastante manoseado y que los escritores andaluces debiéramos hacer nuestras plumas más útiles. Basta de Andalucía. Por mi parte, con *Sevilla famosa*, y su conclusión *La Real Hembra*, que le sigue, escritas hace tiempo y no llevadas á los escaparates hasta hoy, cerré *todas mis puertas al andalucismo*. En adelante, y si los dioses me son propicios, emplearé mi pluma, modestamente, en empresas, si no más dignas, más prácticas, más útiles al menos á nuestra época, aportando con todas las energías de mi corazón mi *rallito* de luz, que no por ser tan débil será menos sincero, á los difíciles problemas sociales que tan hondamente nos preocupan.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO



Salida de la comitiva hacia el Palacio Episcopal.
Fotografías de Merletti.

EL ARTE VENGADO

Cuando Emilia y Antonio tenían, los dos solos, una escena de empeño en un drama, podía apuntarse doble contra sencillo á que el público se volvería loco de entusiasmo, á que haría lo que llaman los gacetilleros, con arreglo al último *clisé*, una ovación delirante al matrimonio.

Porque Emilia y Antonio eran consortes.

Llevados de irresistible impulso, de una verdadera vocación, abandonaron, ella, el taller de modista; él, la carrera de Derecho, para lanzarse por la senda del Arte, en la que se encuentran tantas flores como espinas, ya que nó más espinas que flores.

La casualidad reuniólos al comienzo de su carrera.

Gustáronse y se lo dijeron, siendo esta mutua confesión el principio de unas relaciones que hubieran podido acabar en uno de tantos contubernios como se cuentan entre la gente de tablas y fuera de éstas; pero que concluyó en bodas, por la nativa honradez de Antonio.



PAIS

ASRIERA



AJE

Sobrábale á éste inteligencia para comprender que, si hubiese querido, habríale sido fácil prescindir de toda formalidad y, tal circunstancia, pasado el entusiasmo que la luna de miel hace sentir á los verdaderamente enamorados, añadida á las especiales condiciones de su carácter y á las más especiales todavía de su profesión, dieron nacimiento en su pecho á esa terrible enfermedad que se conoce con el nombre de celos.

¡Celos un actor... de una actriz!...

¡Y de una actriz notable, aclamada, agasajada del público, hermosa, con todas las condiciones, en fin, para alborotar como artista y ¡ay! como mujer!...

No cabe imaginar suplicio más horrible.

Lo reducido de los cuartos del teatro en que trabajaban, no permitía que ambos tuvieran uno solo para los dos; y cada noche, en los entreactos, mientras cada cual de los consortes se vestía y caracterizaba en su respectivo tabuco, Antonio experimentaba todos los tormentos del infierno.

Había observado... ¿en qué no se fijará un celoso? había observado que en su cuarto la concurrencia estaba formada casi exclusivamente de literatos y gente de edad madura; de donde tenía que deducir que los jóvenes y los viejos, las dos clases más temibles de *adoradores*, se hallaban, en aquellos mismos instantes, cortejando á su mujer.

Y era lo peor que acertaba y lo pésimo que lo sabía, por habladurías de éste y el otro y el de más allá, merced á las cuales estaba enterado de que, sobre todo, cierto baroncito rubio y perfilado, con fama de *irresistible* y calavera, había jurado que Emilia sería su amante.

¡Ah! ¡Si él hubiese tenido una prueba de tal afirmación!...

Ya en diversas ocasiones había indicado á Emilia la conveniencia de que procurase alejar de sí á aquel hombre; mas ella siempre le había contestado:

—¡No seas ridículo!... ¡Ya me apestas con tus celos de estudiantillo!... ¿Es que tienes envidia porque me aplauden más que á ti y quieres indisponerme con el público?... Todas mis compañeras me dicen que es preciso ser amable con los abonados, sobre



Concierto ofrecido por el «Orfeó Catalá» á los reclusos en la nueva cárcel.

Fotografía de Merletti.

todo con quien, como ese, tiene gran influencia entre la gente aristocrática, la que se gasta el dinero en regalos y hace lucidos los beneficios y da fama...

Antonio suspiraba... y callaba, porque, en medio de todo, su mujer tenía razón.

Pero fué el caso que, cierto día, Antonio sorprendió una carta del barón, de la que, á juzgar por su contexto, parecía deducirse que si el honor del artista no había recibido grave ofensa, estaba á punto de recibirlo.

¿Qué hacer en aquel trance?

—¡Ah! — murmuraba el actor, estrujando con rabia entre sus nerviosas manos el papel delator. — ¡Si ella hubiera ya sido culpable, los mataría á los dos... y habría terminado de una vez mi suplicio!...

Esto, en la situación en que estaban las cosas, no era justo ni procedente, pues en una persona de las condiciones del barón, hombre fátuo, vanidoso, cabía que hubiera interpretado mal, aunque en su favor, las palabras y la conducta de la actriz.

Antonio, llevado de tal reflexión, acaso más aún que de ésta de su cariño, perdonó á la ingrata, si lo era; pero decidió acabar de una vez con el osado pretendiente, al cual devolvió la carta, hecha pedazos, y acompañada de otra suya, en la que le invitaba á nombrar padrinos que se entendiesen con los que él designaría, para acudir al terreno del honor.

La respuesta fué inmediata y arrancó, al eminente actor, un rugido de rabia.

El barón se negaba á designar padrinos porque *la dignidad de su clase le impedía batirse con un comediante*... ¡Ahora, si fuese con uno de los suyos!...

Antonio levantó, amenazador, el puño al aire, cual si tuviese delante á un insolente adversario.

¡Cómo! ¡Aquel hombre que no vacilaba en querer arrebatarle el honor, que le consideraba bueno para... marido feliz, negábase á darle la reparación debida, la única que cabía, supuestas, más que nuestras leyes, nuestras costumbres!...

¡Y fundaba su negativa en una supuesta indignidad, propia de la Edad Media, pero ridícula en los presentes tiempos!...

¡Aquel hombre sí que ni era digno de figurar entre los caballeros!...

¡Y por él, estaba Emilia á punto de faltar á sus más sagrados deberes!...

Antonio, leyendo una y mil veces la carta, y á cada lectura más

enfurecido, más fuera de sí, no advirtió la llegada de su esposa que, al verle en aquel estado, impulsada tal vez por sus remordimientos, acercósele y preguntóle, con meloso acento:

—¿Qué te pasa?

Antonio vaciló un momento.

Luego, acometido de repentina inspiración, entregó la carta á su esposa, diciendo:

—¡Toma... y lee!

Al enterarse Emilia de la disculpa que daba el barón para no aceptar el duelo, cubrió su semblante densa palidez.

¡Aquel cobarde despreciaba á su marido, porque era *un comediante!...*

¡Pero entonces, ella no era tampoco, según el barón le había dicho mil y mil veces, una genial artista, una eminencia indiscutible, una reina de la escena, una gloria del Arte!..

¡Era, y así debía creerlo aquel *noble villano*, era pura y simplemente una *comedianta!...*

¡Es decir, una mujer despreciable, una de esas mujeres á quienes se une un calavera, por vanidad, ilícitamente, por unas cuantas semanas, por un año, acaso por dos, y á quienes se abandona con la misma facilidad conque se las ha tomado!... ¡Infame!...



Estreno en el Teatro de las Artes de la obra de Ignacio Iglesias, «La festa dels aucells».

El orgullo hizo retroceder al corazón las lágrimas de despecho, prontas á brotar de los ojos.

Guardóse la carta, y dijo, con voz opaca, á su esposo:

—¡Espera hasta la noche!... ¡Nos vengaremos!...

. . . .

Pocas horas después, el cuarto de la artista estaba tan concurrido como de costumbre, é inútil es decir que no faltaba el indispensable barón.

Este lanzaba seductoras miradas á Emilia, que le contestaba con amables sonrisas.

De pronto, Antonio penetró en el cuarto de su mujer, cosa que rara vez efectuaba.

Serio, grave, terrible, acercóse al barón y lanzándole al rostro los pedazos de la carta, horas antes recibida, le dijo:

—¡Esto, de parte del comediante!

A lo que añadió, rápida y enérgicamente, la actriz:

—Y como la esposa de un comediante vil, ha de ser forzosamente una comedianta despreciable... ¡esto, de parte de ella!...

Y con su blanca y fina mano, le cruzó la cara.

El escándalo fué terrible... Pero el barón no se batió...

¡Era incapaz de ello!

Lo que hizo fué abandonar la Corte y viajar un par de años por el extranjero, hasta que se dió al olvido su aventura.

Y no se batió... porque era incapaz de arriesgar la vida, cara á cara, aunque tenía el valor suficiente para mancillar, á traición, el honor de un hombre honrado.

Desde entonces, Emilia, arrepentida por la dura lección que había llevado, jamás pensó en faltar á su esposo.

Y si éste, tan amante de su mujer como de su Arte, observaba en aquélla alguna veleidad, le bastaba, para impedir que se apartase de la senda del deber, decirle:

—¡Acuérdate del baroncito de marras!..

Eduardo BLASCO

EL ALMA DEL BLANCO [1]

Así como el rojo parece anunciar batallas y encarnar la vida, el blanco es el color que más se adapta al especial modo de ser de la especie humana.

Blanca es la nieve que cubre con su manto la tierra, y ese manto, al fundirse, contribuye tanto como el sol á dar fecundidad á los campos, savia á los árboles, colores á las plantas, ya que la luz no se fijaría sin la humedad. Blanca es la luz del alba y la del crepúsculo vespertino, que engendran en la inteligencia más obtusa ideas de amor y de concordia.

Blanco es el papel en que escribimos cuanto pensamos, y que transmite á las generaciones futuras todas las conquistas de nuestra inteligencia. Blancas las vestiduras de las vírgenes; blanco el polvo del trigo que nos alimenta; blancos los hielos paleocrísticos que parecen sostener el eje del mundo.

Las flores más delicadas, las que crecen en las alturas, las saxífragas que se abren entre las nieves perpétuas. Blanco el color de la piel de las razas superiores, y cuando en una orgía de color y de luz refulgen todos los matices, brilla toda la gama cromática, esplendoroso, puro, aparece el color blanco que es el conjunto, la suma de todos los colores que alegran la mirada y pintan las flores y los campos y los paisajes y hacen temible la extensión del mar y el espacio desmedido de los cielos.

* * *



Estreno en el Teatro de las Artes de la obra de Ignacio Iglesias, «Fructidor» (Escena final). *Fotografías de Merletti.*

(1) Véase en los números 279 y 280, *El alma del rojo* y *El alma del verde.*

FERNANDO CORTÉS RIERA

PAISAJE.



Cuadro de Joaquín Agrasot.

BELLAS ARTES

Nos complacemos en publicar la *Lavandera romana* que figura en la portada de este número, obra juvenil de Agrasot, fechada nada menos que en 1861. Cuenta, pues, la friolera de cuarenta y cuatro años, que, cosa singular, no pesan, como parece debiera ser, en el cuadro del entonces joven y ya aventajado pintor.

Como en Tusquets, Tapiró y otros compañeros de Agrasot en aquella ya lejana época, siéntese la influencia del medio ambiente, la fuerza sugestiva del color, la simplicidad casi tosca de la pincelada, que asimilaba á todos los pintores de su tiempo. Y á pesar de la sencillez del asunto, échase de ver una cierta grandiosidad académica en la elegante actitud de la figura, algo como un rebuscamiento de buen gusto que, á decir verdad, no cuadra mal á la índole pintoresca del asunto.

Premiado en una Exposición nacional y adquirido por el Ministerio de Fomento, ha poco que por concesión del Gobierno adorna uno de los salones del Gobierno civil de Barcelona, á cuya buena circunstancia debemos la autorización de publicarlo.

Desde aquella remota fecha, ¡cuánto camino ha recorrido Agrasot victoriosamente! Fiel y cuidadoso observador de las costumbres de la huerta valenciana, atildando cada día más su estilo para corresponder á las exigencias del mercado, ha producido Agrasot un sin fin de cuadros que llevan el sello de un arte peculiar, costumbrista, visto y saboreado en el propio terruño, por lo que son verdaderos documentos de la vida local, trazados de mano maestra.

Acostumbrados á verle en esta fase de su producción artística, hallamos interesante la exhumación de aquella obra juvenil, que, aparte sus indiscutibles méritos, sirve de cotejo para apreciar el camino recorrido, que no puede sorprendernos cuando lo vemos fundamentado en tan sólidos principios.

Pepe Navarro es otro valenciano, joven, que con sus visiones marroquíes, ricas de luz y de color, sus cuadros de costumbres españolas y su espontánea fantasía priva hoy en el comercio de pinturas de caballete.

Pocos le igualarán hoy en disponer una composición con el garbo y soltura que lo hace; ni en la habilidad técnica, de la que hace derroche, aun en las cosas más insignificantes, vistiéndolas con singular galanura. Hay que recordar á José Benlliure para hallar quien pueda comparársele en prestigio mecánico.

De los dos cuadros que publicamos, el más importante sin duda es *Un mercado árabe*, con los bazares llenos de vistosos cachivaches, el ir y venir de mercaderes y compradores, envueltos en sus jaiques ó en los blancos alquiceles y con el radiante sol que se posa con deslumbradora crudeza en todos los objetos. Pero no por ser de menor empeño deja de parecernos una graciosísima monada el cuadrito último, donde sin más fondo que el de la tela, se destacan en bien graduada perspectiva, una multitud de muchachos árabes corriendo, todos expresivos, hermosos de color, fáciles de pincelada y de dibujo. No es posible ser más simpático con tan escasos medios.

Francisco CASANOVAS

EL PRIMER BESO

La noche había cerrado por completo.

Al eco remoto de los últimos disparos asociábase el chapoteo, en el lodazal del camino, de la caballería que regresaba de practicar un reconocimiento.

De trecho en trecho deteníanse los caballos, ora por el espanto que les producía la presencia de un cadáver abandonado durante la lucha, ya porque hasta los jinetes llegaba el lamento de algún herido, refugiado en el bosque, y que debían retirar al pueblo cercano que guarnecían.

Cuando el escuadrón hubo ganado las primeras casas, hízose en el campo un silencio imponente, aterrador; interrumpido de tiempo en tiempo por esos vagos rumores característicos de las noches tropicales.

Colocados los heridos en el salón de sesiones del Ayuntamiento, habilitado de hospital, y los muertos en el vestíbulo de la casa que servía de cuartel, notóse la falta del teniente Federico González, que en el avance marchaba al frente de una sección, cuyo esfuerzo decidió al enemigo á retirarse. Los soldados no recordaban haberlo visto caer, aunque ninguno hubiera jurado que, una vez de noche, y advertida la retirada del contrario, esperó á que el jefe diera la orden de regresar al poblado. Por espontáneo impulso, dieron todos media vuelta, con esa confianza que al soldado aguerrido inspira la seguridad de que el escarmiento fué rudo y eficacísimo.

En la línea exterior de defensa habíase iniciado el combate. Los fortines fueron objeto de audaz agresión en pleno día, por parte de un contingente poco numeroso, aunque muy superior al que componía la guarnición.

El jefe del destacamento, cerrando sus oídos á la prudencia, sostuvo débil tiroteo al amparo de las fortificaciones, mientras organizaba una salida, resuelto á que los rebeldes, quebrantados, tuvieran que abandonar su empeño, demostrándoles que jamás lograrían esclavizar la victoria.

Dejando una pequeña parte de su gente en el recinto, lanzóse al campo abierto con viriles arrogancias, fiado en que el denuedo de su tropa abatiría todo el fanático entusiasmo del enemigo; mas con sorpresa percatóse de que éste no cejaba, sino que, fuerte en posiciones heroicas, parecía dispuesto á vender cara su derrota.

La imprudencia inicial del choque impuso otras, y una verdadera prodigalidad de energías para contener á los soldados, quienes, dentro de una zona peligrosísima, comprendieron pronto lo temerario de aquella salida, aunque la vacilación fué rápida y bravamente sofocada. Las microscópicas fracciones en que, para ejercer múltiple y simultánea acción, fué dividida la pequeña columna, eran materialmente fusiladas por el enemigo que, con admirable cohesión y disciplina, dirigía descargas, con rara uniformidad, á la voz de mando de sus jefes.

La sección que mandaba el teniente Federico González, constituía el ala izquierda de la línea, hostilizando el flanco derecho de las contrarias posiciones, apoyado en un espeso manigual, casi impenetrable, circunstancia que daba á sus defensores cierta invulnerabilidad por aquella parte.

Dibujo de Ramón Costa.

El día declinaba.

Las fortificaciones, que brindaban á la guarnición inapreciables ventajas para una enérgica defensa, permanecieron mudas, y el imprudente desprecio á su concurso, por el afán de ofender sin fuerzas bastantes, puso á la columna en grave aprieto, pues el avance era imposible y la retirada hubiera sido desastrosa. Era preciso á todo trance sostenerse en tan difícil situación, pidiendo amparo á las ondulaciones del terreno, para abrigarse contra las virilidades ofensivas del contrario.

La formación se había roto enteramente. Cada soldado se resguardaba detrás de un árbol, de una piedra, ó se escondía, agazapado, entre la hierba.

El sol se había hundido detrás del horizonte, y la fugacidad de los crepúsculos en la zona tórrida aceleraba la extinción de toda luz. Urgía, pues, poner término á la lucha antes de que el peligro acreciera con la total ocultación de las contrarias posiciones, privando á la columna hasta de prevenirse contra los ataques bruscos del enemigo, al que no podría seguir en sus evoluciones y maniobras.

Concluirá). LEVI MURGASI

LA SOR

Al salir de la iglesia, antes de regresar á casa, almorzar y cambiarse de traje para emprender el camino de Lisboa, donde pasarían la primer quincena de luna de miel, los novios se dirigieron, en coche, al Asilo-Escuela de párvulos. Querían despedirse de Sor Marcela, hermana de la novia... y de la Caridad.



Cuando Sor Marcela entró en el locutorio, y se abrazó á su hermana, el contraste fué vivo y curioso. Contra el burel y el algodón de ropaje y delantal, el raso blanco de la nupcial *toilette;* contra la toca almidonada y tiesa, el delicado tul del velo y los nítidos azahares de la corona. Las figuras contrastaban no menos que los trajes. Clara, la novia, una mujerona basta, ya algo ajamonada á los veintiséis, de protuberantes curvas y cutis encendido; Marcela, la Sor, una criaturita delgada y menuda, un delicioso semblante infantil, que alumbraban ojos negros de ricas pestañas y dientes cristalinos en una boca inocente y fresca, como vaso lleno de agua pura. Exclamaciones de asombro y alegría salían de los labios de Sor Marcela, que alababa y admiraba todo: el vestido de boda, las joyas, la corona de azahar, el devocionario de marfil, los zapatos de seda...

—¡Jesús mío, Dios! ¡Si pareces una imagen! ¡Ay, qué cosas tan hermosas traes encima! ¡Y tu esposo... qué guapo está! ¡La Virgen vaya con vosotros!

Trataba el novio de sonreir, de chancearse con la monjita, pero una emoción profunda y mal disimulada le quitaba el aplomo: sufría cruelmente. Enamorado de Marcela desde que la conoció, desde que puso los pies en casa de los señores de Ramos, creíase curado de la pasión. Habían corrido tres años ó más, desde entonces; el ingreso de Marcela en el Noviciado de las Hermanas, equivalía á la muerte; Clara se presentaba insinuante, coqueta, «buen partido», y Antonio se dejaba arrastrar á cortejarla, á pedirla, á casarse. Y ahora, volviendo á ver á Marcela, encontrándola tan niña, tan cándida, tan ideal, el corazón le advertía: «no la has olvidado, la quieres. Mentiste al tomar otra esposa. Esta era la destinada para ti.»

Mientras las dos hermanas charlaban, sentadas en el duro sofá del locutorio, el recién casado evocaba recuerdos. El nunca le había dicho claro á Marcela, allá en el siglo, que se moría por ella, que la adoraba. Un respeto, un encogimiento extraño, la veneración que infunde la inocencia, le contenían. Soñaba mucho, la traía flores, la embromaba dulcemente... y esperaba la ocasión, la hora, el entreabrirse del capullo... Más vigilante y resuelto que él, Cristo se había adelantado. ¡La niña era monja...!

No se podía escalar el Noviciado, ni romper rejas, ni saltar tapias. La prosa de la vida, dominante hasta entre la poesía del misticismo y del amor, se interponía: Antonio se resignaba, ó creía resignarse; si se tratase de un cariño humano, de una boda para Marcela, se hubiese sublevado, furioso; pero ¡monja! Ante eso, ¿qué hacer? Con secreta satisfacción, pensaba: «Ya no se casará.» Y, estúpidamente, por rutina, se había casado él, sujeto quizás á la casa de los señores de Ramos, por lo que en ella quedaba de la atmósfera y del perfume de Marcela... Sólo ahora, llegado el momento, cumplida la suerte, Antonio se daba cuenta de su verdadero estado moral. No quería á su mujer, ni podría quererla nunca, y su corazón se quedaba allí, entre las paredes del locutorio, al lado de la monjita encantadora, su único, su verdadero anhelo en la tierra.

Cabizbajo, lleno de tristeza y de abatimiento invencible, el novio permanecía allí, inmóvil, sin tomar parte en la plática de las dos hermanas. Marcela, que en la vida monástica había adquirido ya la costumbre de la curiosidad pueril, se deshacía en preguntas: ¿A dónde iban los recién casados? ¿Dónde se detendrían primero? ¿Llevaban mucho equipaje? ¿Tenían propósito de visitar el santuario del *Bom Jesus*, una cosa tan bonita?—Por fin, Clara, en un girar de pupilas, observó la actitud de su esposo. Era inequívoca. Aquellos ojos ardientemente clavados en Marcela, aquella fisonomía entristecida y ansiosa, aquella palidez, no engañaban. Clara, asociando ideas, con su suspicacia de mujer, de celosa instintiva, recordó... Hay detalles que, insignificantes en apariencia, de repente, por su enlace con otras circunstancias mínimas, adquieren terrible realce... Este trabajo mental, de concordancia y conexión, se verificaba en el cerebro de la novia, que veía lúcidamente lo pasado y lo actual. Y mientras en su alma se producía el desgarramiento de la ilusión, sus labios profirieron, atropelladamente, sarcásticamente, estas palabras:

—Adiós, Marcela... Tenemos prisa, ¿verdad, Antonio? Hoy nos hace mal tercio cualquiera... Adiós...

Y como la Sor, cariñosamente, formulase una pregunta, la desposada respondió, con risa amarga y dura:

—¿Volver por aquí? ¡Hija, muy tarde!... Nosotros somos del mundo y tú eres de Dios...

EMILIA PARDO BAZÁN

Ilustraciones de P. Béjar





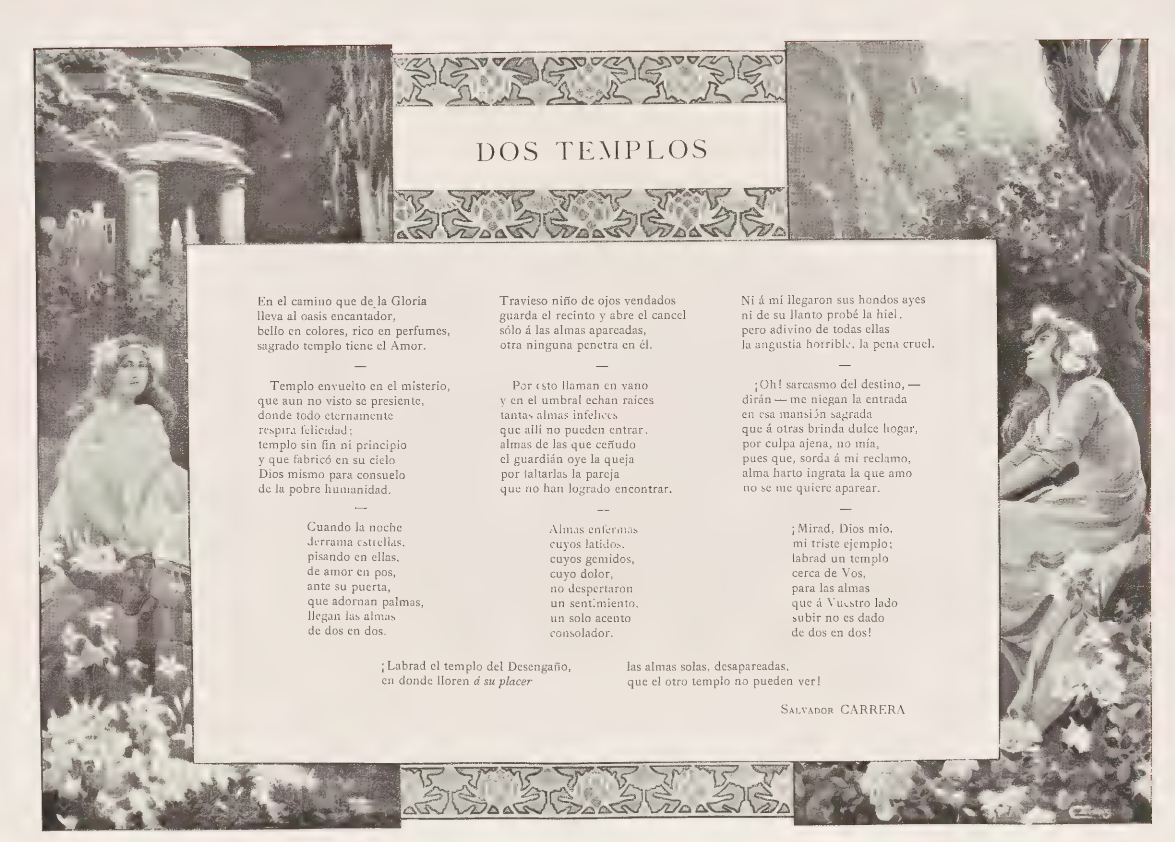
UN MERCAD

VARRO



DO ÁRABE

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).



DOS TEMPLOS

En el camino que de la Gloria
lleva al oasis encantador,
bello en colores, rico en perfumes,
sagrado templo tiene el Amor.

—

Templo envuelto en el misterio,
que aun no visto se presiente,
donde todo eternamente
respira felicidad;
templo sin fin ni principio
y que fabricó en su cielo
Dios mismo para consuelo
de la pobre humanidad.

—

Cuando la noche
derrama estrellas,
pisando en ellas,
de amor en pos,
ante su puerta,
que adornan palmas,
llegan las almas
de dos en dos.

Travieso niño de ojos vendados
guarda el recinto y abre el cancel
sólo á las almas apareadas,
otra ninguna penetra en él.

—

Por esto llaman en vano
y en el umbral echan raíces
tantas almas infelices
que allí no pueden entrar,
almas de las que ceñudo
el guardián oye la queja
por faltarlas la pareja
que no han logrado encontrar.

—

Almas enfermas
cuyos latidos,
cuyos gemidos,
cuyo dolor,
no despertaron
un sentimiento,
un solo acento
consolador.

Ni á mí llegaron sus hondos ayes
ni de su llanto probé la hiel,
pero adivino de todas ellas
la angustia horrible, la pena cruel.

—

¡Oh! sarcasmo del destino, —
dirán — me niegan la entrada
en esa mansión sagrada
que á otras brinda dulce hogar,
por culpa ajena, no mía,
pues que, sorda á mi reclamo,
alma harto ingrata la que amo
no se me quiere aparear.

—

¡Mirad, Dios mío,
mi triste ejemplo;
labrad un templo
cerca de Vos,
para las almas
que á Vuestro lado
subir no es dado
de dos en dos!

¡Labrad el templo del Desengaño,
en donde lloren *á su placer*
las almas solas, desapareadas,
que el otro templo no pueden ver!

Salvador CARRERA

Orla de Gaspar Camps.

ARTISTAS JÓVENES

Según el criterio de muchos, que, aun respetándolo, no compartimos, en toda manifestación artística el nombre del autor avalora la obra; de suerte que el crítico puede emitir, sin compromiso, un juicio laudatorio acerca de un cuadro que no conoce, con tal sea de firma respetada, y se guardará mucho de elogiar el de un novicio, aunque encuentre en él cualidades muy sobresalientes, caso de que no pase de largo, por no sonarle la procedencia.

Precisamente creemos todo lo contrario: puédese prescindir de elogiar la inteligencia, la laboriosidad, la inspiración de aquellos que han escalado los primeros puestos, que han visto orladas sus sienes por el druídico laurel: por sabido sobra; pero se impone la conveniencia, la necesidad de alentar á los que empiezan y de irles mostrando poco á poco, para que el nombre desconocido, pasando de boca en boca, llegue á adquirir popularidad, cuando realmente le conviene tenerla: en la juventud.

Nadie nace eminente: todos los que hoy día duermen ya en el seno de la inmortalidad ó están esperando la hora no lejana de entrar en él, antes de ser maestros fueron aprendices y la revelación de muchos de ellos resultó tardía ó inútil, por culpa de ese criterio injusto, irracional, que venimos combatiendo y que está dando, particularmente en la literatura dramática, los más desconsoladores resultados. Nos sugiere estas palabras el caso en que hoy nos encontramos de tener que tributar alabanzas mayúsculas, de cuerpo mayor, á dos jóvenes artistas, dos niños casi, como es de ver en los retratos que acompañamos, dos genios, en honor de la verdad, que en su meritísima labor han traspasado ya los límites impuestos por el destino á la generalidad cuando se disponen á dejar el mundo.

Los artistas á que aludimos, Juan Figueras y Francisco Montfort, concertista de violín el primero y de piano el segundo, respectivamente, son sin disputa dos privilegiados. Tuvimos el gusto de conocerles en un concierto dado por ambos concertantes en obsequio de nuestro estimado colega *Catalunya Artística*, y en el que obtuvieron uno de esos triunfos que forman época, que cimentan una gloria. La impresión general no pudo serles más favorable, ni más lisonjeros á la par que espontáneos los parabienes; pues la fiesta entró en la categoría de las interesantísimas, por figurar en el programa *tres Sonatas* para violín y piano, de Grieg, admirables y lindas las tres, y por ejecutarlas dos jóvenes que si en el día carecen casi de fama, compañera por desgracia de los años, no tardarán en conquistarla, ya que les sobran condiciones para ello; particularmente las menos frecuentes: firme voluntad en el estudio, alto criterio musical, y sentimiento artístico.

Las mencionadas tres Sonatas fueron interpretadas con perfecta maestría y saturadas de aquel sabor pintoresco, característico, personal, que caracteriza las obras de Grieg, basadas todas ellas en canciones populares ó en melodías que imitan su carácter.

Al fin de cada tiempo, prorrumpió la concurrencia en calurosos aplausos que rayaron en delirio al terminar la «Sonata en Sol mayor», comprendida en la segunda parte, viéndose obligados los emocionados concertistas, para corresponder á tanto entusiasmo, á ejecutar «La mort del ase», de una manera irreprochable. Finida la «Sonata en Do mayor», que cerraba el programa, reprodújose el entusiasmo, y entonces el señor Montfort, sentóse al piano é interpretó «Las montañas», también de Grieg, de un modo tan exquisito, tan afiligranado, tan pulcro, que hubiera hecho verdadero honor, que lo hizo, mejor dicho, á nuestro distinguido amigo el insigne, el indiscutible Vidiella, de quien es Montfort aventajado discípulo.

Sin espacio para más, enviamos nuestra cordial enhorabuena á los citados artistas, deseando que este éxito les sirva de estímulo sin despertarles la vanidad.

* * *



JUAN FIGUERAS



FRANCISCO MONTFORT

Fotografías de Napoleón.

EL JARRÓN CHINO

¡Diantre con aquel muchacho! Si era peor que la peste, y más loco que un torbellino. Nada había seguro en la modesta casa que doña Ulpiana tenía limpia como el oro. Empezando por los bibelots del *salón*, como ella decía pomposamente, continuando por los cristales y terminando por quinqués, tinteros y otros objetos que Adolfín podía coger, el chiquillo no dejaba títere con cabeza. ¡Y no había cumplido aún los cincos años!

Aquella mañana fué blanco de sus travesuras un hermoso jarrón chino, regalado por el jefe de la oficina en que prestaba sus excelentes servicios don Adolfo Avellaneda, padre del rapaz. ¿Que cómo ocurrió tal desaguisado? Pues muy fácilmente: de un pelotazo.

Doña Ulpiana se puso furiosa.

—Calzonazos, más que calzonazos, —le decía á su esposo.— Si á ese chiquillo se lo consientes todo, y así hace él lo que le da la real gana. Yo lo he dicho siempre: el mejor día te pegará. Hay para hacer un disparate... ¡Tan hermoso como era el jarrón! Dios mío, qué lástima, ahí está hecho pedazos.

Cuando parecía alejada la tormenta, doña Ulpiana volvía á las andadas y se desataba en insultos contra el bueno de su marido, que, ciertamente, era un padrazo. Este sufría en silencio los insultos de su mujer y la pérdida de aquel objeto artístico que tanto apreciaba. A ningún compañero suyo había distinguido el jefe, obsequiándole con un objeto así ni de ninguna clase. ¡No era malo, que digamos, para regalar!

Su mansedumbre sublevóse de pronto, y levantándose furioso corrió en busca de Adolfín, autor de la fechoría. Como no estaba acostumbrado el muchacho á ver en su padre actitud tan agresiva, lanzó un grito de miedo que desarmó por completo á aquel santo varón. Paróse éste como asustado también, y cogiendo la capa y el sombrero se alejó, pensando para sus adentros:

—Vaya, no sirvo yo para estas cosas.

Bajando la escalera oía los lloros del muchacho, que se le clavaban en el alma.

—Así, así, bien fuerte, —decía irónicamente la madre.

Mientras tanto, el empleado caminaba despacio, muy despacio, en dirección á la oficina, reflexionando tristemente:

JOSÉ NAVARRO



Tipos africanos.

—¡Pobrecillo! ¡Qué han de hacer las criaturas, más que jugar! ¿Qué hicimos nosotros? Ahora no faltaría más que se me pusiera enfermo. ¡Es tan poquita cosa!

Consultó el reloj.

—Vaya, —pensó— falta todavía un cuarto de hora.

Y siguió su camino, tratando de distraerse. Contestaba al saludo de los amigos que se cruzaban con él al pasar. Entró á comprar tabaco... pero, sin darse cuenta, su imaginación le llevaba al llanto del niño, á aquella poquita cosa que quería más que á las niñas de sus ojos. ¡Con qué gusto hubiera vuelto para consolarle, pero no tenía tiempo y siguió su camino.

Poco después llegó á la oficina. Se le conocía que estaba preocupado.

—Señor Avellaneda, —le dijo un compañero, —¿no se encuentra usted bien?

—Sí, pero... el niño es el que...

—¿Está enfermo?

—Como enfermo... no, es decir, cosas de muchachos.

Y cogió la carpeta de los expedientes, para continuarlos en el registro.

De vez en cuando suspendía el trabajo y se quedaba pensativo. Calmábase unas veces, reflexionando que los chiquillos se consuelan en seguida; pero otras, sus pensamientos adquirían los tonos más obscuros del pesimismo. Y como si el corazón del desgraciado padre no estuviera bastante lacerado, recordó que Adolfín había tenido una enfermedad á consecuencia de cierta rabieta.

No resistió más. Recogió los expedientes, cerró el armario y manifestó al jefe que tenía el niño enfermo y que se retiraba.

—De todos modos —le dijeron— es casi hora de salir.

* *

Cuando Avellaneda no había llegado aún á la oficina, Adolfín estaba ya tranquilo. Al principio, andaba mohino, del corredor al salón, del balcón á la galería, sin duda para perder el mal humor que le habría producido la actitud del padre, y tranquilamente, poco á poco, sin darse cuenta, volvió á sus juegos acostumbrados y á sus travesuras. Estaba ya otra vez en su elemento, pero sin duda la mala fortuna le perseguía, porque de otro pelotazo, dado con la más inocente intención, hizo añicos uno de los cristales de la galería.

—¡Ay, cuando venga papá te mata!—le dijo su hermana Lolita.

Adolfín se escondió debajo de su cama, no por miedo al autor de sus días, sino por huir de doña Ulpiana.

* *

Avellaneda salió de la oficina verdaderamente entristecido. Entonces sí que no pensaba más que en el rapaz, enfermo ya y tal vez en la cama. Se lo imaginaba con gran calentura, con los ojos algo hundidos, sin ganas de hablar; ya le cuidaría él.

Y aceleró el paso.

Veía sin mirar, sin fijarse en nadie. Sólo de tarde en tarde asomaba el optimismo para decirle:

—No temas, hombre, no temas, que no es nada; los chiquillos son así, tan pronto ríen como lloran; pero ¡ay! volvía á su pesimismo.

Subió aceleradamente la escalera, tiró del timbre y salió Lolita.

—¿Y Adolfín? —preguntó con ansia.

—Oye, papá, no te enfades, —balbuceó la niña, —porque... después que te has marchado se puso á jugar y rompió un cristal de la galería, pero... sin querer ¿sabes? yo lo he visto.

¡Qué peso se le quitó de encima al buen padre!

—Ahora —añadió la niña— está escondido.

Y Avellaneda corrió á buscar al niño para abrazarle.

Lolita no se explicaba por qué, después de aquella *maldad*, el padre aún abrazaba á su Adolfito.

Francisco GIRALDOS



Retrato de Carlos Vázquez. Pintado por Joaquín Sorolla.

NÚMERO DEDICADO AL JOVEN ARTISTA CARLOS VÁZQUEZ
É ILUSTRADO EXCLUSIVAMENTE CON OBRAS SUYAS

CARLOS VAZQUEZ

Más bien bajo que alto, regordete, con unas barbas que en vano tratan de ocultar la juventud que rebosa de su tez fresca; de ojos brillantes que revelan un espíritu inteligente, y de fisonomía abierta, tal es la silueta física de Carlos Vázquez, castellano de nacimiento, catalán de adopción.

Ciudad Real fué su cuna, y aunque separado de ella desde su primera mocedad, tras del estudio, conserva entero su cariño á la patria nativa, de la que es correspondido con idéntico afecto. Allí anduvo los primeros pasos de su carrera artística, aprendiendo los rudimentos del dibujo y del color, hasta que la necesidad de mejorar de ambiente le hizo trasladarse á Madrid, gracias á la protección de unos parientes suyos que supieron secundar sus felices disposiciones.



Coquetería.

En la Academia de Bellas Artes de la Corte siguió sus estudios durante seis años, llegando á ser uno de los alumnos más aventajados y ganando todos los premios de fin de curso, y la estima particular de los profesores, especialmente de don Carlos de Haes, que lo tuvo por discípulo suyo predilecto. Inclinóse, pues, al principio á la pintura de paisaje, mas con el andar del tiempo fué adquiriendo conocimientos en la figura humana, en cuyo género había de despuntar de un modo sobresaliente.

Con este anhelo, propio de todos los jóvenes artistas que desean volar lejos de su patria á los centros de mayor intelectualidad, dejó Vázquez Madrid por París, entrando como discípulo en el taller de M. Leon Bonnat, quien llegó á tenerle especial predilección. Al lado de aquel gran maestro de la figura perfeccionóse nuestro artista y empezó á producir sus primeras obras para el público.

Ya en 1892 envía á la Exposición de Madrid su primer cuadro *Recuerdo de amor*, obteniendo una tercera medalla; y abierto el camino, gana en 1895 una segunda con el *Mes de María* (premiado en la Universal de París de 1900 con medalla de plata), y otra segunda en 1899, con su cuadro *Recolección de higos chumbos en Granada.*

La desdichada guerra de Cuba, encareciendo enormemente los cambios, que mermaban de un modo alarmante su pensión, le obligaron á abandonar la capital francesa y á buscar refugio en España. Preparábase por entonces la IV Exposición de Bellas Artes de Barcelona, y á ella acudió con un gran cuadro, *Velázquez pintando en la fragua*, que le había valido en el *Salón* del año anterior mención honorífica, y fué premiado aquí con primera medalla. Lisonjeado por esta alta recompensa, impresionado por la cultura de la ciudad y la belleza de sus alrededores, y sin designio preconcebido acerca el fin de su forzosa peregrinación, decidió establecerse por algún tiempo en Barcelona, á reserva de tomar el tren cuando así le conviniere. Poco después, constituíase una familia, y se convirtió en definitiva la interinidad de su permanencia.

Esta es, en rápido resumen, la historia de Carlos Vázquez, tan exenta de incidentes como la de cualquier hijo de vecino, y por lo tanto fácil de delinear. No tan fácilmente puede dibujarse su personalidad artística. La misma ductilidad de su talento, que tiende á asimilarse lo bueno de los demás, es un obstáculo para discernir equitativamente su obra. La larga residencia de nueve años en París, su no menos largo asiento en Barcelona, donde el arte ofrece caracteres especiales, y su pasión por los viajes, que le ha impelido á recorrer casi todas las naciones de Europa, en busca de nuevo pasto para su espíritu, han descuajado, por decirlo así, lo que de español podía tener en su manera pictórica, dejándole cierto aire de cosmopolitismo que influye directamente en su estilo. Por otra parte, sus primitivos estudios de paisajista nos lo presentan hábil cultivador de este ramo del arte, al par que el conocimiento y dominio de la figura le hace invadir con éxito el campo reservado al pintor de historia ó de género:

Las necesidades del gusto moderno no han contribuído poco á hacerle perder carácter propio, encaminándole á poner las espontáneas facultades de su talento al servicio de un arte tanto más decorativo cuanto menos tiene de real; y al propio tiempo su excesiva facilidad le ha hecho mariposear en pos de determinados estilos en boga.

En suma, todos estos razonamientos conducen á probar una sola cosa: que, á pesar de las innegables cualidades que distinguen el talento de Vázquez, no ha llegado á personalizarlas hasta el punto que su individualidad artística sea inconfundible. A ello se opone tal vez su misma juventud, pues de sobra es sabido que ciertos rasgos del carácter propio sólo llegan á determinarse con la madurez.

Esto aparte, hay que convenir en que Carlos Vázquez ha llegado á trasponer aquella línea de la medianidad artística que tantos ambicionan y que tan pocos alcanzan. En aquellas obras que la reflexión deja madurar cumplidamente, posee dibujo sólido y correcto, justeza de color y sobriedad de pincel. Es observador respetuoso de la naturaleza, que transcribe con sencillez y sin efectismos que lisonjeen á la masa. Pero en cambio, cuando deja correr libremente la fantasía hace gala de gran fogosidad y atrevimiento, ya forzando la línea, si así conviene á su propósito, ya disponiendo de grandes contrastes de color, fulmíneo en el producir, fácil y expedito en la composición y siempre, eternamente elegante, que es el sello que caracteriza las más de sus obras. Así, pues, en Vázquez existen dos naturalezas artísticas perfectamente deslindadas y ambas en grado superior: el pintor realista que se somete escrupulosamente á la verdad, y el artista de fantasía, capaz de prescindir del natural para lograr determinado

efecto. Bajo este último punto de vista, es eminentemente decorativo.

Las exposiciones de sus obras son de lo más variado que hemos conocido. Paisajes exuberantes de luz y de color de las regiones andaluzas ó simples y uniformes, como los de la Mancha, al lado de las nevadas crestas de los Alpes; escenas de costumbres del alto Aragón, junto á las refinadas del *boudoir* aristocrático ó á las bucólicas, de Suiza; cuadros seriamente estudiados y fugaces impresiones hechas al correr del pincel, y proyectos de carteles llamativos, en los que se combinan las manchas francas de color con adornos del mejor gusto moderno; al lado del rústico gañán, la encopetada dama ó la elegante *demimondaine;* y en el procedimiento la misma variedad: pasteles, carbones, acuarelas y pinturas al óleo, cuando en alguno de los trabajos no emplea varios á la vez; todo con refinado eclectismo, con innato buen gusto, hasta en aquello que es manifiesto error. Así era la última exposición que celebró durante el pasado mes de Enero en el Salón Parés, algunas de cuyas obras son las que honran hoy este número, entre las cuales destacaba su gran cuadro *Boda en Ansó,* que en la Exposición de Bellas Artes de Madrid del año último fué propuesto para una encomienda.

Para terminar esta semblanza ya sólo hemos de decir que Vázquez, á fuer de buen castellano, es afable en su trato, cortés sin afectación, laborioso hasta lo inverosímil (lo que no le deja casi tiempo de hablar), y sobre todo, modesto. Retraído en su casa lo más del tiempo, le véis, sin embargo, en todas las manifestaciones donde hay que prestar culto á la intelectualidad; ni le roe la envidia ni persigue el aplauso inmerecido.

Este es Carlos Vázquez.

Francisco CASANOVAS



Lectura en el jardín.

EL PRIMER BESO

Conclusión.

El tiroteo sosteníase crudísimo, avasallante: la eficaz acción de las armas repetidoras, mantenía al enemigo encerrado en su línea primera, haciéndole conformarse con que sus fusiles desplegaran toda su actividad para que el choque material fuera imposible.

Ya los objetos se esfumaban en indecisa penumbre; ya las crestas del vallado, que servía de trinchera á los rebeldes, centelleaba como interminable fila de luciérnagas, semejando, en sus intermitencias, las ondulantes contracciones de una serpiente de fuego.

Era preciso realizar un poderoso esfuerzo para repeler, ó resignarse con las vergüenzas de la derrota.

La extrema izquierda de la columna se había internado en el bosque y con sigilosa cautela avanzaba hacia el enemigo. Aquel movimiento envolvente, arriesgadísimo y penoso, acaso fuera el principio del desastre, indeciso hasta entonces; pero sólo él podía cambiar el curso de los acontecimientos.

El enemigo, que no fiaba por completo la defensa del flanco á su natural robustez, advirtió la proximidad de una fuerza, que bien podía ser destacada de la que enfrente tenía, á vanguardia de otra, atraída por el fragor del tiroteo, y aunque no dejó de romper el fuego hacia el sitio por donde avanzaba, temió verse envuelto y precipitóse en afanosa y desordenada huída.

Al teniente Federico, que marchaba detrás de sus soldados para animarlos y dirigirlos, alcanzaron dos proyectiles que le hicieron rodar por tierra, sin que nadie advirtiera el incidente.

Sin apagar su fuego avanzó velozmente la sección flanqueadora, y cuando ya el enemigo se contentaba con hacer aislados disparos remotísimos, se incorporaron á la columna, sin que nadie advirtiera la ausencia de quien los había conducido á la victoria.

La desaparición de oficial tan valeroso fué rápidamente conocida por todo el vecindario, entre el que contaba Federico con grandes simpatías.

Casi desde el principio de la campaña había formado parte de aquella guarnición, y como, á pesar de la eterna amenaza de súbitas agresiones, en los pueblos reinaba esa tranquilidad que genera la costumbre del peligro, Federico frecuentaba el trato de las principales familias, hallando en una de ellas la encarnación de todas sus ilusiones. El idilio arrancó del momento mismo en que los ojos de Mercedes cambiaron con los suyos una mirada dulcísima, indiscreta, denunciadora de los tesoros que aquella alma virginal encerraba. Casi no tuvieron necesidad de confesarse una pasión que existía latente en ellos, esperando la hora del encuentro, con la tenaz confianza del fatalista.

El cielo de aquel amor sólo se había visto empañado por las nubes de la desesperación que invadía el alma de Mercedes cuando su Federico veíase obligado á cumplir sus deberes militares, saliendo á campaña, aunque las operaciones á que asistía eran sólo reconocimientos por los alrededores del pueblo, y nunca lo retenían lejos de ella más que algunas horas.

CARLOS VÁZQUEZ





EN UN CARMEN DE GRANADA



Recolección de higos chumbos (Granada).

La súbita hostilización del enemigo aquella tarde y la rápida organización de la salida impidiéronle correr al lado de su novia y reiterarle sus juramentos de amor infinito, antes de exponer su vida á las contingencias de un combate.

Cuando ella supo que Federico iba con la columna sintió un dolor agudísimo, y presa de ansiedad infinita, despreciando los riesgos á que se entregaba, corrió á la puerta de su casa, lugar enfilado por los fuegos enemigos, y allí estuvo siguiendo con ávida inquietud las peripecias de la lucha, sorda á las exhortaciones y mandatos de sus padres para que abandonase puesto tan peligroso.

La noticia de la desaparición de Federico llegó hasta ella, confusa primero, mejor aún, sintióla como un eco que de su alma se levantara anunciándole tan cruenta desventura; y por uno de esos fenómenos nerviosos tan frecuente en la mujer fuerte, sus ojos permanecieron sin una lágrima, y de sus labios no se escapó ninguna frase. Creyérase, al verla, que la vida psicológica se había extinguido en ella.

Cuando se convenció de que el hombre á quien amaba tanto había realmente desaparecido, encerróse en su cuarto, y dominando todavía en su soledad aquella congoja que anudaba su garganta, púsose á la ventana, con la vista tenazmente fija en el campo donde la acción se había librado, como si esperase ver surgir de entre las sombras al ídolo de su alma.

* *

Federico no había muerto.

Dos balas le atravesaron el pecho, é invadiéndole súbitamente un frío glacial, desplomóse sin sentido.

Mucho tiempo permaneció en tierra, en tanto que de las heridas fluía hirviente la sangre. Un coagulo logró contener la hemorragia, impidiendo que á su desmayo sucediera la muerte sin transición.

En los países intertropicales, desciende durante la noche un rocío tan copioso, que semeja finísima lluvia. Impresionado su cuerpo por aquella frialdad húmeda y letal, fué reaccionando lentamente y, por último, ensanchados sus pulmones con avidez de asfixia, produjéronle dolor vivísimo, que le arrancó un gemido. Un peso enorme en los párpados le impedía abrir los ojos. La debilidad producida por la pérdida de sangre atrofiaba su memoria impidiendo la evocación de los recuerdos.

Trató de incorporarse, y, aunque no tenía lesionado ningún órgano esencial, el pequeño esfuerzo produjole dolor tan agudo, que nuevamente le desvaneció.

Su respiración era acompasada, aunque debilitadísima. Las lesiones recibidas no eran mortales, pero sí muy graves.

Pudo, en fin, dirigir una mirada en torno, y al verse solo, perdido entre las sombras de la noche y bajo aquella bóveda de ramaje, que ocultaba á sus ojos las estrellas, hizo un heroico llamamiento á su memoria, logrando recordar cuanto había pasado hasta el instante de sentirse herido y caer.

Con indecible ansiedad trató de orientarse, y al través de la manigua espesa descubrió las luces del pueblo, que se hallaba á poco más de dos kilómetros. Su deseo único fué salvar á toda costa aquella distancia, empleando para empresa tan ardua todas las energías que le restaban.

Su cerebro ofuscado le hacía ver la imagen de Mercedes, desolada por su desaparición, y como su pecho rebosaba de ternura por aquella mujer adorable, pospuso al deseo de calmar su angustia toda otra aspiración, hasta sus anhelos de vida y el cumplimiento de sus deberes militares.

Cuantas tentativas hizo para incorporarse fueron inútiles. Cien veces, cuando casi conseguía ponerse en pie, se desplomaba gimiendo de dolor. Comprendía su impotencia y el peligro que entrañaba aquella tenacidad, y, sin embargo, insistió hasta realizar su empeño. Cuando asido con desesperada energía al tronco de un árbol irguió su cabeza, un súbito mareo invadióle y le amenazó con esterilizar el supremo esfuerzo que le había colocado en posición vertical.

Su enérgica voluntad dominó aquella flaqueza, y buscando el apoyo de los árboles, con febril ansiedad, generada por la evidencia de que su vigor ficticio sería breve, emprendió la marcha, guiado en las tinieblas por los débiles reflejos del poblado.

¡Horrible jornada aquélla! Seguro de que el menor esfuerzo haría desbordar la sangre, falsamente restañada, y débiles sus miembros á causa de la hemorragia, procuró avanzar con toda suerte de precauciones, evitando todo movimiento brusco, que acaso le hubiera producido la muerte.

Mientras halló en su camino objetos en que apoyarse, aunque con trabajo abrumador, pudo ganar terreno de frente con relativa comodidad; mas pronto el bosque concluía y en la pequeña Sabana que rodeaba el pueblo, falto de apoyo, necesitaría titánicas virilidades para no perecer antes de conseguir su propósito.

Su estado casi agónico no había logrado reducir aquella voluntad gigante. Fija en su cerebro la idea de llegar hasta la mujer amada, despreciaba los dolores agudísimos que sufría, y con los ojos puestos en aquel polo salvador, caminaba siempre, arrastrando sus pies, tropezando á cada paso con los infinitos obstáculos que la manigua le oponía, y con vacilaciones y elasticidades de beodo logró ganar la linde del bosque.

Unos quinientos metros le separaban de la línea exterior de defensa. Una cuarta parte del camino, pero la más penosa. Ya no tendría auxiliares en su avance, y al mayor esfuerzo muscular necesario para seguir andando uniríase la debilitación de sus fuerzas, casi agotadas ya.

No dejó Federico, con indecible angustia, de comprender su desesperada situación. Sin embargo, en aquel cuerpo débil se encerraba una energía imponderable y en ella fiaba para vencer. Con resolución lanzóse á la llanura, abandonando el último tronco que lo había sostenido derecho, y aunque el impulso fué heroico y el deseo de seguir la marcha avasallador, perdió el equilibrio y tropezando, agobiado por los sufrimientos, fué á caer á cincuenta metros del lindero del monte.

Otro hombre, que no tuviera alma tan bien templada, hubiérase abandonado á su destino, sucumbiendo sin nueva lucha; pero Federico deseaba llegar al pueblo á toda costa, y vencido el desvanecimiento que siguió á la caída, adquirió nuevos bríos, y sostenido por su vehemente deseo de ver á su Mercedes y morir luego, trató de incorporarse; pero sus fuerzas, rebeldes ya al mandato de su voluntad, le abandonaron y quedó inerte, con las miradas fijas en las cercanas viviendas, como sugestionado por visión encantadora. La desesperación de su impotencia, la angustia de aquella horrible agonía y el temor de morir sin haber entrevisto la imagen adorada de Mercedes, le martirizaban cruelmente, y el convencerse de que todo intento para erguir su cuerpo y andar sería inútil, tomó una resolución heroica; se arrastraría como un reptil, aunque la fatiga del avance le aniquilara antes de llegar al término de su espantosa jornada.

La noche era apacible, aunque húmeda. Infinitos insectos interrumpían con extraños rumores el silencio.

Ya se hallaba á pocos metros de los fuertes exteriores y su corazón, emocionado por las embriagueces del triunfo, parecía difundir alientos en aquel organismo agotado. Una voz potente rompió el silencio.

—¡Quién vive!

Era un centinela, alarmado por el ruido, y antes de que Federico pudiera responder, una súbita claridad iluminó el espacio, atronado por la detonación de un disparo. Federico lanzó un gemido de dolor. El proyectil le había atravesado una pierna.

Pretender que sus soldados le reconocieran, cuando ni aún alientos para gritar tenía, era una locura. El más leve ruido que produjera serviría sólo para fijar la atención de los centinelas y designarles el punto que debían batir. Además, el dolor agudísimo que la nueva herida le produjo, casi llegó á privarle del conocimiento; así es que durante un gran espacio de tiempo permaneció inmóvil; pero comprendiendo que la sangre que perdía acababa con sus menguadas fuerzas, sobrepúsose á su propia debilidad, y con un pañuelo vendó la nueva herida.

Aquella lesión, sin importancia si tratárase de un cuerpo robusto, era de extraordinaria gravedad para él. Dijérase que el destino oponía obstáculos insuperables á la satisfacción de aquel deseo vehementísimo con tan sublime grandeza perseguido.

Federico advertía el agotamiento sucesivo de sus energías, y pensó que sin un titánico arranque, todo lo realizado hasta entonces esterilizaríase, y como el mayor contratiempo que pudiera sobrevenirle no sería otro que la muerte, producida por un proyectil, y aquella inactividad en que estaba sumido acercábalo con pasos de gigante al mismo término, despreció las eventualidades del fuego de sus soldados y reanudando el interrumpido avance, fijo el pensamiento en el fin de su jornada, arrastróse lentamente sin poder evitar que los centinelas, alarmados por aquel rumor sospechoso, rompieran en vivo tiroteo, ni conseguir, por más que hizo, que hasta ellos llegara su voz, aunque se hallaba á pocos pasos de la línea defensiva.

Pronto se generalizó el fuego sin que nadie se percatara de que el enemigo no disparaba sobre el poblado; pero Federico consiguió atravesar aquella zona peligrosa, escapando al riesgo inminente de ser fusilado por los mismos que lamentaban su desaparición, y ganó la calle en que vivía Mercedes, ya casi sin alientos para seguir la lucha.

Los destinados al fortín que defendía dicha calle, avanzaban presurosos. Uno de ellos distinguió, en medio de la obscuridad, un bulto que se arrastraba como si pretendiera esquivar ser visto, y temeroso de que algún rebelde hubiera salvado la línea introduciéndose en el pueblo con siniestras intenciones, corrió á él. El fugaz resplandor de una descarga, permitióle reconocer al oficial y lanzando una exclamación de júbilo, dijo:

—¡El teniente Federico!

Simultáneamente oyóse un grito escapado del pecho de Mercedes, que seguía en la ventana esperando siempre y que, al oir el nombre de su amado, lanzóse resueltamente á la calle.

—¡Tú, tú! —dijo, loca de dolor, al ver á su amante...

—Gracias, Dios mío, —balbució el herido— ya puedo morir, ¡ya la he visto!

—¿Morir tú? no, jamás; ni la muerte conseguirá arrancarte de mis brazos.

—Me ahogo —gimió con indecible angustia el moribundo.— Aire, aire. —Y aquella opresión infernal, que centuplicaba su dolor, hízole buscar con avidez una ráfaga de vida.

Con la mirada fija en los ojos de su amada, concentrando en sus pupilas todo su vigor, trató de incorporarse, como si huyera á la pesadez de la atmósfera en sus capas inferiores.

Ella se había inclinado sobre él, deseosa de infundir con su amor nuevas energías en aquel cuerpo que se agotaba, y por ese irresistible impulso que aproxima hasta el contacto á dos almas poseídas de un mismo sentimiento, sus labios se juntaron en un beso absorbente, insaciable, mudo. Era el primero que se daban y en él pusieron, ella los infinitos tesoros de ternura; él, el último soplo de una vida conservada hasta entonces tan heroicamente como si presintiera ventura tanta.

Al ensordecedor estruendo de una nueva descarga, asociáronse un gemido débil y un grito de indecible espanto.

El primer beso de Mercedes había robado la vida á Federico.

Levi MURGASI



La hormiguita.



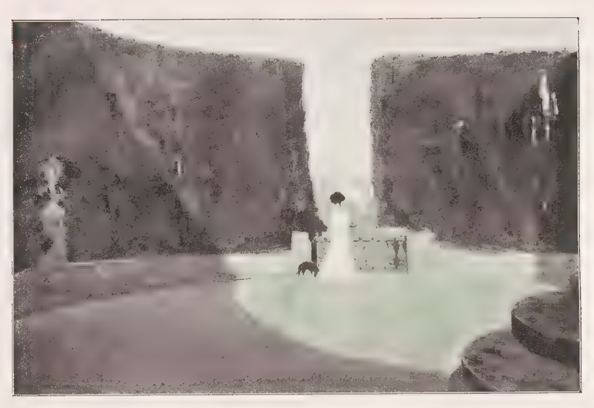
PATIO DE LOS NARANJOS (ALHAMBRA – GRANADA).

CARLOS VÁZQUEZ



Aguila blanca (Suiza).

EL PERDÓN



En el Laberinto.

JESÚS, da gozo mirarla!—decían las comadres cuando veían pasar á Rosario. Y no exageraban, porque la muchacha era hermosa, divina, angelical; tenía los cabellos castaños y crespos, y le caían en deliciosos y alegres rizos sobre la frente, tersa y pura; los ojos, de atracción poderosa, pardos con irisaciones verdes, de dulce mirar, encerraban en sí más bien rayos de luz que puntos de color... La actitud cándida de niña inocente, la deleitante suavidad de su voz, la esbeltez cimbreante de su cuerpo, en el que caían los vestidos más sencillos con elegancia maravillosa, hacían de Rosario una mujer por todos conceptos adorable.

Joselillo, un buenazo en toda la extensión de la palabra; sin saber cómo ni poder evitarlo quedó enredado en aquellas pestañas, en aquellos ojos brillantes y curiosones que, con su dulce mirar, parecían querer meterse en las más intrincadas profundidades de su pecho. De habérsele preguntado á Joselillo el por qué de aquel cariño inmenso, de seguro que os hubiera respondido: «que porque había que verla, que porque sin más ni más y sin haberlo él querido tenía que beber los vientos por Rosario y desvivirse por una de sus miradas, y quedarse estático y mudo como una roca al verla pasar, luciendo su garboso y delicado cuerpo, y que... porque sí; porque se le había metido dentro del pecho y no podría arrancarla de allí *en jamás de los jamases*, aunque le matasen *á puñalá limpia*.»

Pero eso no se lo decía Joselillo á nadie; muy reservadote y muy callado, contadísimos eran los que podían vislumbrar aquel amor inmenso, aquella adoración ferviente, contemplativa y religiosa. El, que habría besado con recogimiento y emoción de creyente la tierra que la niña pisaba, no tuvo nunca valor para decirle palabra de su querer, porque, al fin y al cabo, ¡qué caramba!, Rosario era demasiada cosa para él, según él mismo creía. A más, otra maldita circunstancia trababa la lengua de Joselillo; Rosario *estaba novia;* quería con toda su alma á Pedro, mozarrón gallardo, fornido, honrado, trabajador y bondadoso.

Joselillo, que, á pesar de todos los pesares, miraba á Rosario como cosa suya, como se mira al ideal que acariciamos en sueños, no miraba con buenos ojos aquellos amores y sentía envidia y celos horribles que le destrozaban el alma, al considerar lo dichoso que debía de ser Perico recibiendo cara á cara los rayos de luz de los ojos de Rosario, que tan ansiosamente codiciaba él.

Y vino una buena cosecha de aceitunas y Perico decidió casarse cuanto antes, para la primavera, con gran contento y regocijo de la novia, que tenía, por lo menos, tantas ganas como él.

Joselillo fué de los primeros en recibir aquella noticia, que le llenó de desesperación y le robó el sueño durante muchas noches.

No, no..., él no podía con tanto; se iba á volver loco; estaba á punto de hacer una barbaridad muy gorda. ¡Vaya si la haría! Ver á Rosario en los brazos de Pedro era cosa superior á sus fuerzas...

Las noches las pasaba revolcándose en la cama, como si le acosasen terribles dolores. A ratos lloraba con desconsoladora amargura y caía al fin rendido en sopor doloroso.

Mientras el pobre mozo se desesperaba, llegó el día señalado para la boda. Joselillo fué de los primeros en ser invitados por ella y por él.

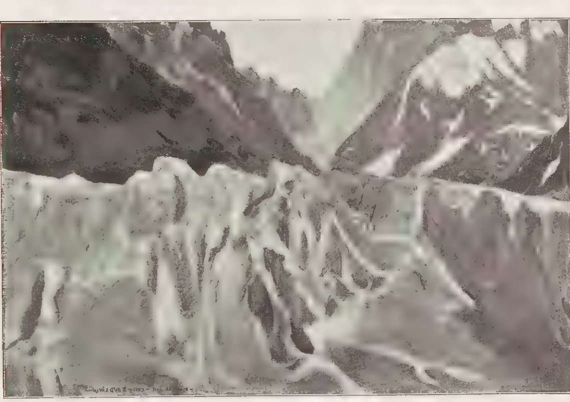
¡Había que divertirse! Querían divertirse ellos, y que todo el mundo se divirtiera. No serían roñosos, ni escatimarían gasto; tirarían la casa por la ventana.

—¡Qué demonio!—había dicho Perico.—Eso de casarse no se hace más que una vez en la vida, y una boda es una boda, en la que se debe reir alegremente y gozar por los que no gozaron, al lado de las personas queridas.

Joselillo, sobre todo, no debía de faltar; se lo recomendó mucho Rosario; él era insubstituíble en reuniones como aquélla, porque cantaba muy bien y tocaba la guitarra á maravilla.

El pobre muchacho escuchó con la boca abierta, alelado, sin atreverse á contestar, lo que la feliz novia le decía, y recibió la mirada acariciadora de Rosario, sintiendo estremecimientos, como si cayese sobre su pecho una lluvia de fuego.

Pero lo que más le emocionó fué recibir el apretón de manos efusivo y cariñoso, apretón de hombre feliz que quiere comunicar la dicha á los demás, que le dió Perico recomendándole puntualidad.



La mer de Glace (Suiza).

Loco, más que loco, salió de aquella casa donde entrara empujado por la fuerza de atracción irresistible de aquellos ojos grandes y bondadosos, pardos, con irisaciones verdes. Nadie ni nada del mundo le hubiese hecho entrar en razón.

Y el pobre muchacho, que tenía un corazón excesivamente bondadoso, quiso engañarse á sí mismo creyendo que odiaba de muerte á aquel mozarrón que iba á ser dueño de Rosario.

Después de pasar la noche en vela, tomó una resolución; él no podía ver aquéllo y no lo vería... Era capaz de todo y... ¡no había remedio mejor! Perico caería cosido á puñaladas el día de la boda.

No quiso asistir á la ceremonia; iría después á encontrarles á la huerta del tío Alegre, en donde novios y convidados debían pasar el día.

Llegó armado de un puñal, resuelto á hacer *una borricá mu gorda;* á convertir en duelo la alegría, la risa en lágrimas, la dichosa tranquilidad en pánico. El espectáculo que se ofreció á su vista no podía ser más deslumbrante: Rosario, rodeada de muchachas que gritaban y tendían los brazos hacia ella, distribuía alegre las florecillas del ramo de azahar que llevaba prendido al pecho. Al ver á Joselillo, á quien ya había echado de menos en la iglesia, le miró cariñosamente, con aquel modo de mirar dulce que tanto le turbaba; y él, bajando los ojos, como temeroso de que comprendieran sus malas intenciones, y pálido como un muerto, caminó hasta colocarse bajo el emparrado, dejándose caer con desaliento en un banco.

En aquel momento, el muchacho inspiraba lástima, y acercándome á él le pregunté:

—¿Qué te pasa, Joselillo?

—¿Qué *quiés* que me pase? Ya lo sabes tú... Yo la quería con *toa* mi alma... la quiero, y... estaba *decidio* á matarlo á él hoy *mesmo*.

—¡Joselillo!

—Como lo oyes. ¡Por éstas que son cruces! (y cruzó las manos). Aquí tengo el puñal... Pero no tengas *cudiao;* al verla tan feliz he *pensao* en lo mucho que le quiere y en lo que le lloraría, y me he *arrepentio*... Lo perdono; pero guardaré el puñal; te juro que lo guardaré... porque si algún día le hace llorar Perico..., si la maltrata... entonces..., entonces sí que lo mato.

Templó la guitarra, y mientras llegaba la hora de la comida tocó y cantó; cantó coplas apasionadas y ardientes, cuya honda amargura se perdía en el espacio sin que ninguno la adivinase.

Rafael RUIZ LÓPEZ



Una herrería de Toledo (1650).

EL PETIROJO

Cuando el Señor hubo creado á los hombres, á los cuadrúpedos y á las aves, empezó á explicar á cada uno de ellos cómo debían llamarse. Todos estuvieron conformes con sus nombres y sólo hubo un pajarillo, cuyo plumaje era todo de color de ceniza, que se atrevió á preguntar al Altísimo por qué debía llamarse petirojo.

—Algún día lo sabrás, —dijo el Señor,— hasta entonces no merecerás verdaderamente tu nombre.

Pasaron años, pasaron siglos, pasaron humanidades y los petirojos continuaron con su plumaje gris y sin adivinar por qué capricho les había dado Dios un nombre que cuadraba tan mal con el color de sus plumas.

Un día, en Galilea, unos petirojos habían construído su nido en unos árboles que crecían junto á un otero no lejos de Jerusalén.

En aquel otero plantaron unos hombres tres cruces, y en aquellas cruces clavaron á tres desdichados. Uno de los petirojos miraba el rostro hermoso y dolorido de uno de los condenados, del que estaba en el centro, y dijo así á sus hijos:

—Me da lástima ese hombre; da lástima ver cómo sangran sus manos y sus pies y su frente. Si yo fuera un águila les clavaría con mi pico las manos y los pies; pero así, débil como soy, sólo puedo arrancarle algunas espinas de la frente. Poco es, pero algún padecimiento le evitaré.

Voló el pajarillo y describió innumerables círculos en torno del crucificado. Acercósele por fin, y con el pico arrancó varias espinas de su frente; todas las que pudo. Al volver al nido, uno de los pequeñuelos le dijo:

—Tienes el pecho manchado de rojo.

—Me habrá salpicado la sangre de ese infeliz.

Trató de limpiar la mancha roja con el pico; pero la mancha persistió, y cuando los pequeñuelos echaron plumas también tuvieron en el pecho la misma mancha roja que alegra su plumaje gris. Y desde entonces los petirojos merecen el nombre que Dios les dió en el Paraíso.

***

CARLOS VÁZQUEZ

El Montblanc desde Chamonix (Suiza).

BELLAS ARTES

Como en los años anteriores, los señores Borrell han abierto en éste una exposición de algunas obras suyas en su estudio de la calle de Aragón. No abundan en ésta, como en otras, los rápidos apuntes, los pequeños estudios; cortas en número, son las obras pensadas y resueltas con gran detenimiento, cuadros que del taller han de pasar directamente á adornar las paredes de los aristocráticos salones.

El Album Salón, atento siempre á toda suerte de manifestaciones artísticas, ha podido obtener de la galantería de los señores Borrell la publicación de la mayoría de las obras expuestas, con lo que nuestros lectores se formarán exacta idea de la importancia de dicha exposición.

No nos proponemos hacer aquí una crítica de los méritos que distinguen á los Borrell, sobrado conocidos para que podamos eximirnos de repetirlos en estas mismas columnas donde sus nombres han sido justamente encomiados. Cúmplenos sólo dar cuenta de lo que son y valen los cuadros objeto de esta revista.

Y en primer lugar, por el respeto y consideración que nos inspira la senectud noblemente empleada en las lides del arte, hemos de citar el cuadro de don Pedro Borrell, *Huyendo de la crítica,* obra



Huyendo de la crítica. — Cuadro de Pedro Borrell.

no reciente sin duda, que representa un muchacho saltando por el hueco de un marco. La vivacidad y naturalismo de la acción, y la habilidad con que está pintada la entonación de oro del fingido marco, sobre el que apoya las extremidades el muchacho, dan á este cuadro un valor técnico poco común y prueban una vez más el dominio que su autor tenía de ciertos secretos del oficio.

Evidentes progresos ha realizado Ramón, desde los últimos cuadros que le hemos visto. Su *Mercado de Puigcerdá* (1) es en su forma una hermosa obra de género, en la que nada falta: luz, color, movimiento, color local. Con aquella difícil sencillez que sólo en la naturaleza se sorprende, las figuras se agrupan en una composición espontánea y vivaracha. Parece como que se oye el murmullo de colmena que produce la charla de compradores y vendedores. Apurados con *amore* los primeros términos, donde utensilios y frutas adquieren la vigorosa fuerza de la verdad, van esfumándose en las lejanías, dando perfecta idea del vasto ambiente, inundado por un intenso sol de Agosto.



¡Extraviados! — Cuadro de Pedro Borrell.

Del mismo autor vimos un tapiz representando el encuentro de Don Quijote con la sin par Dulcinea del Toboso, acertada composición que recuerda las antiguas ilustraciones del *Quijote*. Con esto entendemos decir que la obra tiene carácter, multiplicado si cabe por las frías entonaciones del color, remedando la de los tapices de la época.

La mejor obra de Julio Borrell es en nuestro concepto su hermoso estudio de un *Corral* en la Cerdaña. Verdadero cuadro de exposición, por cuanto en él se ha prescindido de toda galanura, sacrificada á un vehemente deseo de obtener la verdad con los medios más severos que puede dar la pintura.

No menos justo en su interpretación, aunque de un interés más general, es el cuadro que podríamos llamar *Senectud*, donde se ve á una anciana peinando sus canas en el hueco de un antiguo balcón. Todo allí es viejo menos las flores que se encaraman por entre los hierros, dando una nota alegre á aquel fondo de plácida melancolía.

La Novia y *Baile de plaza en la Cerdaña* son dos tipos de pintura de género diametralmente opuestos: en el uno el ambiente aristocrático, la refinada elegancia; en el otro la nota popular y regocijada de las características fiestas de pueblo. En ambas pone Julio de relieve su ductil talento, otro de cuyos aspectos es la bien sentida composición *Descendimiento de la cruz*, que publicamos en este número.

Retratos, dibujos y acuarelas de ambos hermanos completaban la exposición, que, como las anteriores, llevó al estudio de los señores Borrell una selecta concurrencia.

Francisco CASANOVAS



LO QUE NO PUEDE COMPRARSE

Ocurrió la acción de mi cuento en el tiempo de Maricastaña y en el reino de Oropelia, un reino que existía en el centro de Asia y que hace siglos dejó de existir y pasó á la historia, porque los reinos, como los reyes, como todas las cosas de la vida, pasan.

Argentias I, último rey de Oropelia, fué un ambicioso vulgar, más que un ambicioso, un avaro: y no se asombren por ello los lectores, pues como los reyes son hombres, están sujetos, como los demás, á toda suerte de flaquezas y debilidades, igual de alma que de cuerpo. Su avaricia era una verdadera fiebre de poseer: cuanto veía deseaba y cuanto deseaba adquiría, y así, á fuerza de adquirir y de adquirir, llegó á tener una fortuna inmensa Argentias I, rey de Oropelia.

Claro se está que, como todo hombre entregado en cuerpo y alma á una idea fija, á una aspiración ó á un deseo, Argentias descuidaba lamentablemente cuanto no era consecuencia de su manía posesoria, y el reino de Oropelia andaba como Dios quería.

Allí el gobierno interior era un completo desbarajuste, que tenía como consecuencia fatal el estado del pueblo, ignorante, degenerado, empobrecido.

Del mismo modo que hay padres que por dedicarse con ardor á los negocios descuidan la educación de sus hijos, Argentias descuidaba la educación de su pueblo por dedicarse á atesorar preciosidades, y así andaba ello.

Lo que él ignoraba era que los padres que así obran acaban por perder el cariño de sus hijos, y cuando recurren á él, en las horas en que ese cariño es preciso, no le hallan. Argentias estaba predestinado á sufrir ese dolor, por mal padre...

Y no crean mis lectores que abuso del símil: los reyes deben ser los padres de su pueblo, y el que no quiera ó no sepa serlo no merece de rey ni el nombre.

Eso sí, Argentias gozaba. Cada vez que hacía una nueva adquisición se pasaba horas y horas recreándose en su contemplación, gozando cuanto era capaz de gozar: mas no se crea por esto que Argentias era feliz: después de esas horas, aguijoneado por el deseo, se volvía loco cavilando la manera de encontrar una nueva preciosidad que pudiera formar parte de su tesoro. Y por un lado su insensata manía, y por otro el temor de que alguien le robase algo de lo que él con tantos afanes había logrado reunir, llegaron á quitarle el sueño, y el pobre Argentias pasaba terribles noches de insomnio.

Dicen las crónicas que á veces, para poder dormir, se embriagaba; yo no me atrevo á creerlo; sin embargo, es posible que esto sea cierto; ¡es tan triste no poder dormir!...

A todo esto, su pueblo, cada vez más descuidado, iba de mal en peor: completamente ineducado y falto de dirección, caminaba al abismo, que ésta es la consecuencia inmediata del descuido de los padres como del de los reyes: la perdición de sus hijos. Pueblo ó hijo que no es cuidadosamente dirigido por su rey ó por su padre — que tanto monta — está condenado á perderse y se pierde insensiblemente, si no hay alguien que por amor le enseña el verdadero camino de la vida, sacándole de la ruinosa tutela de quien, tal vez inconsciente, le procura tanto mal.

(1) Por deficiencia de espacio no lo publicamos en este número, pero lo haremos en el próximo.

El tesoro de Argentias llegó á ser inmenso: pero, es claro, tantas y tantas preciosidades reunidas hicieron disminuir de un modo notable el número de preciosidades en circulación: llegó un día en que Argentias no supo qué desear: sin embargo, continuaba deseando: su fiebre de poseer se transformó en una sed rabiosa que le abrasaba el alma, y, azuzado por ella, se lanzaba en busca de soñadas joyas que no conseguía hallar.

Cada día era más desgraciado: hubiera deseado que algún sabio taumaturgo hubiera descubierto alguna rara preciosidad para poseerla.

Obsesionado por este nuevo deseo, reunió á cuantos quirománticos, magos y brujos existían en Oropelia y les explicó su idea.

— Quiero, — les dijo — saber si existe algo muy precioso, que yo no posea y cuya posesión pudiera darme la felicidad.

Los sabios quedaron perplejos. Tras un largo silencio, el más viejo de ellos habló de este modo:

—Poderoso Argentias: existe, en efecto, algo muy precioso cuya posesión es bastante para dar la felicidad.

— ¿Qué es?, ¿dónde está?, ¿cuánto cuesta?— preguntó Argentias.

— Es el amor, está en todas partes, es el principio de la vida como Dios: costar... no sé lo que cuesta; el amor no se compra; como todo lo verdaderamente grande, se gana.

Despidió Argentias á los sabios y quedó preocupado y triste. ¿Dónde encontrar amor? Había pasado de la edad en que se inspira: no tenía hijos; dedicado únicamente á acaparar riquezas, no había pensado jamás en lo que ahora se le ofrecía como la suma felicidad. ¿Qué hacer? Pensando, pensando, acabó por acordarse de su pueblo.



El Gólgota.

— El es el único que puede quererme, recurriré á él, — se dijo.

Se disponía á llamar á su primer ministro, cuando oyó un prolongado rumor que iba creciendo de momento en momento hasta semejar el mugido de un torrente desbordado.

— ¿Qué será? — pensó.

De pronto, apareció en la puerta de la estancia donde se hallaba Argentias uno de esos lacayos distinguidos que viven en los palacios de los reyes como los parásitos en el cuerpo de ciertos animales; estaba trémulo, demudado, no acertaba á hablar.

— ¿Qué ocurre? — dijo el rey.

— Señor; el pueblo se ha sublevado, renuncia á tu tutela, se ha declarado libre y se toma por su mano la libertad.

— ¡Castigad á los atrevidos! — rugió el rey.

— Señor; son muchos y muy fuertes; podrán más que nosotros; huye si quieres conservar la vida.

— ¡Huir!... ¿y mi tesoro? ¿y tantas riquezas reunidas á fuerzas de insomnios y de penas sin cuento? — tartamudeó el rey; y siguiendo el hilo de sus ideas, continuó: — ¿pero quién ha podido sublevar á mi pueblo, tan sumiso, tan ignorante, tan débil?

— Un hombre.

— ¿Un solo hombre ha realizado ese milagro?



¡Sed tengo!

— Un solo hombre: amaba á tu pueblo y le ha enseñado el camino de la verdad, de la felicidad, de la vida...

—¿Pero qué medios tan poderosos ha empleado?

— El amor; se ha hecho amar de él.

— ¡Es cierto! — suspiró Argentias; — yo no he sabido conseguir eso; no me he preocupado de mi pueblo, no le he enseñado, no le he dirigido... ¡he sido un mal rey!...

Por el cerebro de Argentias pasó la visión de la felicidad anhelada, que podía haber logrado á tan poca costa, haciéndose amar de su pueblo, y que había perdido por su insensato afán de acaparar riquezas, y de improviso sintió un desprecio profundo hacia aquel tesoro que, con todo su valor, no tenía el suficiente para proporcionarle lo único que le hubiera podido hacer feliz.

Rápidamente fué abriendo cofres y vitrinas, sacando preciosidades, arrojándolas al suelo; luego las pisoteó, pulverizando con los pies aquella riqueza reunida á fuerza de años y afanes, y luego, como si al perder aquello que había sido la única ilusión de su vida perdiese algo indispensable para la vida misma, se desplomó, cayó al suelo y entre violentos estremecimientos dejó de ser, rodeado de los preciosos é inútiles despojos de lo que fué su tesoro.

El pueblo, enloquecido, entraba en aquel momento en la cámara real.

Así acabó Argentias I, último rey de Oropelia; tuvo un reino, un tesoro de preciosidades, riquezas fabulosas, y murió solo y desesperado por no haber sabido ganar algo que no puede comprarse, algo que hace felices á los reyes como á los mendigos, quizás lo único que hay en el mundo digno de ser anhelado: el amor.

Muerto Argentias, los oropelienses se dejaron gobernar por aquel hombre que por amor les había enseñado el camino de la verdad y de la vida, y creo que fueron felices. Como son felices los pueblos y los hijos que para seguir al amor sacuden el yugo que les imponen los malos reyes y los padres que, acaso por ignorancia ó por torpeza, inspiran sus acciones en el egoísmo y la avaricia.

Que es lo que hizo Argentias mientras vivió y es lo que hacen, por desgracia, algunos reyes y algunos padres que aún andan por el mundo.

Emilio DE RUEDA Y MAESTRO



La Sagrada Familia.

Cuadros de Julio Borrell.



EL DESCENDIMIENT

ORRELL



O DE LA CRUZ

CERVANTES Y EL TEATRO

En las obras del gran Miguel de Cervantes y muy especialmente en su libro inmortal *Don Quijote de la Mancha* se exponen ideas, relacionadas con el teatro y los actores, que le presentan como un verdadero reformador. De algunas de ellas pensamos ocuparnos en el presente artículo, por juzgarlas dignas de que el público las conozca y fije en ellas su atención.

En el capítulo XLVIII, querellándose el cura y el canónigo de la libertad en que se dejaba la publicación de los libros llamados de caballería, que á tantos individuos, y entre ellos á Don Quijote, hacían perder el juicio, se ocupan, igualmente, de las muchas comedias que se imprimían y representaban «llenas todas, ó las más, de disparates, escritas sin pies ni cabeza», llegando á decir el cura:

—«En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballería: porque habiendo de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejo de disparates, ejemplos de necedades, é imagen de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate que salir un niño en mantillas en la primer escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho un hombre barbudo? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuatro jornadas la cuarta acabaría en América y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo?»



Un corral en la Cerdaña. — Cuadro de Julio Borrell.

Después de ocuparse de las comedias profanas entra á ocuparse de las divinas y lo hace en esta forma:

—«¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Qué de milagros fingidos en ellas! ¡Qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! ¡Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que la gente ignorante se admire y venga á la comedia. . . . .

»Y no tienen la culpa de esto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer: pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los comediantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse en lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide.»

El ilustre manco de Lepanto censuraba á los comediantes sin fijarse en que Torres Navarro, Juan de la Cueva y el mismo Lope de Vega, conocían, en efecto, las reglas poéticas y los preceptos dramáticos, pero no se atrevieron á llevarlos á la escena porque, nó los representantes, el público, que carecía de la instrucción y de los conocimientos necesarios para poder admitirlas y apreciarlas, no las aceptaba.

Bartolomé de Torres Navarro, gran erudito y cultivador de los poetas griegos y latinos, conocía, como queda dicho, las reglas dramáticas, pero no mostró deseos de observarlas por la razón que dejamos apuntada. En el prólogo de sus obras, tratando de los conceptos de la poesía dramática, señala las diferencias que existen entre la tragedia y la comedia, distinguiendo en ésta dos géneros, la *comedia á noticia* (docta y real), y la *comedia á fantasía* (fantástica ó fingida).

Juan de la Cueva, que le sigue, autor de un *Arte poético,* se expone resueltamente á modelar el drama moderno, — moderno entonces, — por el de los clásicos antiguos, y para demostrar que conoce las llamadas reglas y que no quiere seguirlas, escribe:

«Hicimos la observancia que forzaba
A tratar tantas cosas diferentes
En término de un día que le daba.»

Pero ¿qué más?, Lope de Vega, el *fénix de los ingenios,* el llamado *monstruo de la naturaleza,* por las muchas y muy hermosas

comedias que compuso, convencido de esta verdad, exclamó:

«El vulgo es necio y pues lo paga es justo
Hablarle en necio para darle gusto.»

Y conste que el llamado vulgo por Lope de Vega era entonces todo el mundo.

Las tres tragedias de Lupercio Leonardo Argensola, la *Isabela*, la *Alejandra*, y la *Filis*, que Cervantes elogia tanto, y que Moratín cree irregulares en el plan, inverosímiles en los caracteres y situaciones, y desaliñadas en los versos, obras que ni el abate Lampillas, ni el señor Gil y Zarate dejan de censurar tampoco alcanzaron el aplauso del público, y nó por culpa de los comediantes, que hicieron cuanto pudieron porque obtuviesen un gran éxito, ya que ellos eran los más interesados, por el provecho que debían sacar. No agradaron, porque no podían agradar, y Argensola se revolvió contra el teatro pidiendo la total y definitiva prohibición de sus comedias, queriendo hacer víctima á nuestro naciente teatro del mal éxito alcanzado por sus tragedias, no elevando su juicio lo necesario, dice el señor Silvela, para estimar en todo su valor y alcance la obra nacional que el teatro en su conjunto realizaba, originando con sus dramas el alma de nuestro pueblo, y laborando en la farmacia de nuestra nacionalidad.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

(Concluirá).

EL CANTO DE LA PÓLVORA

Yo soy, por la estupidez humana, la dueña del mundo. Mía es la fuerza, y la fuerza domina á á los hombres, que no saben prevalerse de su razón. Soy más poderosa que los reyes; tengo mayor influencia que los sabios; puedo más que el amor, puesto que represento el odio en una sociedad que sobre el odio y la ambición y las malas pasiones se cimenta. Me emplean los hombres, y en vez de ser mis dueños yo soy dueña absoluta de sus vidas.

Pude haber servido y serví para obras útiles; sólo sirvo en la actualidad para obras de destrucción y de ruina. Discuten los diplomáticos acerca de un asunto cualquiera, se apasionan los ánimos, exáltanse las pasiones; pierde la razón sus fueros y entonces, cuando ya no hay quien dirima la contienda, dejo oir mi voz. Todos callan entonces; yo sola hablo é impongo mi ley. Es ley de muerte, la ley brutal que han de acatar los hombres, ante la cual doblan la cabeza, como se dobla ante la tempestad, ante los azotes todos que afligen la existencia humana.

El salitre que sirve para dar mayor fecundidad á la tierra, y que es el alma misma de mi vida, al deflagrar en el cañón de un fusil ó en las entrañas de la tierra en forma de mina, sólo sirve para destruir lo que á tanta costa crean los hombres: la existencia humana.

Soy, por la estupidez de los hombres, la dueña del mundo; represento la religión del odio, que sólo puede ser destruída por la religión del amor.

* * *



El sueño del Niño Dios (Fragmento).— Cuadro de Julio Borrell.

IMPROVISACIÓN

En la muerte del malogrado Sr. D. Jose Cunill y Sala.

¡Oh, misterios de Dios! ¡grandes misterios
que á doblar la rodilla nos inclinan!...
al ver como derrumba los imperios
y al ver como los grandes se arruinan.

Un soplo de aire sume en la tristeza
y en el dolor á una familia entera:
y ese soplo impregnado de impureza
á un sér conduce á la mansión postrera.

Un soplo nada más: contra él no vale
ni la ciencia, ni el llanto, nada, nada;
no hay poder, ¡oh, Señor!, que á ti se iguale
y es forzoso que el alma resignada

en ti solo al dolor busque el consuelo,
el consuelo tan grande apetecido,
mirando con fijeza al alto cielo
donde se encuentra todo bien perdido.

Allá y entre los grandes luminares
que brillan en lo alto, están los seres
que ya el mundo dejaron á millares
y gozan de tu asiento los placeres.

¿A qué llorarles, pues?, gocen en calma
la región que les diste en recompensa
y en ella encuentren la sagrada palma
y en ella gocen de tu gloria inmensa!

Elisa CASAS



El sueño de Reyes. — Cuadro de Julio Borrell.

JULIO BORRELL



SENECTUD.



Cuadro de LUIS GRANER.

Exposición de don Pío Clos, en la Rambla de los Estudios, núm. 6.

CERVANTES Y EL TEATRO

(Conclusión).

Por esto mismo, cuando leemos á Moratín y le vemos censurando á Cervantes porque no contribuyó, en su opinión, á mejorar el teatro, pudiendo hacerlo, «olvidándose de lo que sabía para acomodarse al gusto del vulgo, y merecer su aplauso», repetimos el argumento que venimos sosteniendo. Para mejorar nuestro teatro en el siglo XVI precisaba de un público más ilustrado. Mucho pudieron hacer los poetas y mucho hicieron, pero habían de pasar largos, larguísimos años, antes de que los espectadores adquiriesen el gusto y los conocimientos necesarios para apreciar las obras maestras de nuestros ingenios.

Esto dicho, volvamos al *Don Quijote* y sigamos al cura en su discurso:

—«Todos estos inconvenientes cesarían y aún otros más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes de que se representasen; no sólo aquellas que se hiciesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobación, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna.»

El noble espíritu de Cervantes se equivocaba. Censura hubo para las comedias en 1600; en 1649, que prohibió las comedias de amoríos — es decir, todas; — la hubo en 1729, ordenando pasasen á ella hasta las censuradas anteriormente, que prohibió las obras de ¡Moratín!; y la hubo hasta 1868, en que fué abolida por la Revolución de Septiembre, censura que obligó a no estrenar, si no enmendaban lo que el censor exigía, las comedias de Gil y Zárate, Picón, Serón, José Díaz, Blanc y otros autores. La censura, aun ejercida por un hombre de gran talento, es siempre ocasionada á grandísimas equivocaciones.

Don Diego de Clemencín, en sus eruditas notas al *Don Quijote*, dice, ocupándose de este punto:

«El cura quería que se estableciese una censura común para comedias y libros de caballería, y yo creo que tan inútil hubiera sido lo uno como lo otro. Si hubiera existido este magistrado literario, acaso no se hubiera impreso el *Don Quijote*.»

¡Posible es!

Más acertado en sus reformas se nos presenta Cervantes al hablar de las condiciones que un comediante debía reunir.

Veámoslo:

«Sé todos los requisitos
Que un farsante ha de tener
Para serlo, que han de ser
Tan raros como infinitos.
De gran memoria, primero;
Segundo, de suelta lengua,
Y que no padezca mengua
De galán, es lo tercero (1).
Buen talle no le perdono
Si es que ha de hacer los galanes;
No afectado en ademanes,
Ni ha de recitar con tono;
Con descuido cuidadoso,
Grave anciano, joven presto,
Enamorado compuesto,
Con rabia si está celoso.
Ha de recitar de modo,
Con tanta industria y cordura,
Que se vuelva en la figura
Que hace de todo en todo.
A los versos ha de dar
Valor con su lengua experta,
Y á la fábula que es muerta
Ha de hacer resucitar.
Ha de sacar con espanto
Las lágrimas de la risa,
Y hacer que vuelva con prisa
Otra vez el triste llanto.
Ha de hacer que aquel semblante
Que él mostrare, todo oyente
Le muestre, y será excelente
Si ha de ser buen recitante.»

Leyendo con atención los versos copiados y que pertenecen á su comedia *Pedro de Urdemalas*, se encuentran en ellos consejos y enseñanzas de soberana valía para los actores y para cuantos siguen el estudio del hermoso y á la par difícil arte de la declamación.

Más adelante escribe:

«Proceda examen primero — O muestra de compañía.»

¿Recordaba Cervantes aquellos Colegios que se dice tuvo Roma para las enseñanza de los actores; ó soñaba con un tribunal artístico ante el cual hicieran sus pruebas cuantos pensasen dedicarse al teatro, compuesto quizá por Alonso de Morales, apellidado el *maestro de hacer comedias*, *Juan Rana* ó Cosme Pérez, famoso representante de aquellos tiempos, y aun por la misma Josefa Vaca, gloria de la española escena: ó vislumbraba los modernos conservatorios?

¡Quién sabe! Por algo se ha llamado á les poetas inventores, creadores, divinos!

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

(1) Las galas en los comediantes, ó la que es igual, los buenos trajes eran entonces de grandísima importancia.

MEDALLA-PREMIO DE LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Esta medalla fué creada por la Extensión Universitaria de Barcelona para premiar servicios é iniciativas de señores Catedráticos, Profesores y protectores. Veintisiete entidades la han merecido hasta el presente, según el ilustre señor Rector, Doctor Rodríguez Méndez, fundador y cooperador incansable de la Extensión, hizo constar en la solemne repartición de premios celebrada en la nueva Facultad de Medicina, el 8 de Enero, después de una imponente manifestación de alumnos y de catedráticos, profesores y sociedades adscritos á la Extensión Universitaria. El primer ejemplar ha sido dedicado y presentado, el 13 de Mayo, al anterior señor Ministro de Instrucción Pública, por una Comisión de catedráticos de este Claustro; quedando el señor Lacierva muy complacido del recuerdo, y siendo la medalla calificada de verdadera obra de Arte por la prensa madrileña y los telegramas de casi toda la de Barcelona. Ha sido compuesta, dibujada y ejecutada, recurriendo para ello á diferentes procedimientos novísimos, por el distinguido profesor de la Escuela Superior de Artes é Industrias y Bellas Artes de Barcelona, señor Tomás y Estruch.



Es de cobre, plateada y esmaltada y aparece en relieve. Tiene setenta y cinco milímetros de diámetro. En el anverso aparece una faja concéntrica de la medalla con el título «Extensión Universitaria. — Barcelona», en la que se enrosca una filáctera con el lema *Perfundet omnia luce*: esa faja encierra, en el campo restante, el edificio de la Universidad, sobre cuyo remate se ve un libro abierto con el A, B, C, y detrás del cual levántase el sol resplandeciente. En primer término está el árbol de la Extensión Universitaria, que empieza á brotar, y al pie suyo y del edificio se ve como acuden al trabajo varias abejas guiadas por otra mayor. En el reverso va grabado el nombre del premiado y la fecha 8 de enero de 1905, día de la solemne repartición de premios. Va encerrada en un estuche, interiormente forrado de tercipelo negro y raso rojo.

«Esta medalla — dice el periódico órgano oficial de la Extensión Universitaria, — es una obra notabilísima, y, su autor, aparte la más sincera felicitación que con justicia le dirigimos, merece también nuestra gratitud por la generosidad y desprendimiento con que ha trabajado en obsequio á nuestra Institución.»

EN EL ABANICO DE MANUELA

Desde que vivo en un tris
viendo que está siempre gris
el cielo del alma mía,
cifro toda mi alegría
en vivir sobre el país.

Y hoy que en el de tu abanico
mi firma logra el honor
de encontrar albergue rico,
con el alma te suplico
que me otorgues un favor.

¿Y sabes qué favor es?
que cuando en un dos por tres
te abaniques con donaire
y, buscando fresco, des
mis pobres versos al aire,

No el nombre que los suscribe
des al aire, aunque te prive
de fresco mi petición,
ya que el tuyo siempre vive
grabado en mi corazón.

CARLOS CANO

JOSÉ ECHEGARAY

Reciente todavía el entusiasta homenaje que en Madrid se ha tributado á este por tantos conceptos ilustre patricio, considerado en justicia como una de las más legítimas glorias de la España contemporánea, además de asociarnos cordialmente al general tributo, nos creemos obligados, por habernos honrado en varias ocasiones con su colaboración valiosísima, á rendirle un testimonio público de nuestra admiración y del particular cariño que le profesamos.

Prescindiendo de que mezquinas rivalidades ó extemporáneas consideraciones políticas hayan visto con malos ojos la emocionante solemnidad á que nos referimos, porque no prescindiendo de ello tendríamos que lamentarlo, el recuerdo del hermoso espectáculo que presenció en aquel fausto día la coronada villa, y que por relato de la prensa conoce ya el mundo entero, será siempre motivo de satisfacción para cuantos saben dar al talento, hermanado con la laboriosidad, el alto lugar que le corresponde.

Echegaray lo merece todo: si algo han hecho por él sus conciudadanos no ha sido más que adelantar su glorificación para que la disfrute en vida; pues no cabe duda alguna de que le estaba reservada, con indiscutible razón, para después de su muerte.

Pródigamente favorecido por el genio, en cualquier camino que hubiese emprendido hubiera llegado á la meta: no de otra suerte se concibe que un hombre pueda á un tiempo luchar y vencer en elementos tan contrarios, tan antagónicos, como son la ciencia y la literatura; amalgamar en su imaginación la aridez de los números con las galas de la poesía.

En Echegaray hay dos personalidades, dos eminencias, la del ingeniero y la del dramaturgo; y hay, además, una actividad infatigable para el trabajo, patente aún hoy, cuando su cuerpo, octogenario ya, reclama imperiosamente el necesario reposo. Su teatro ha formado época y no morirá nunca, porque lo bueno, pese á quien pese, lo es en todas las edades, no pasa de moda. Sus obras dramáticas, sin excepción, tienen una originalidad encantadora, grandeza y rara habilidad en la estructura y sublimidad en el lenguaje. A algunas de ellas se las ha tildado de falsas; pero así y todo, atraen, subyugan y convencen, mérito extraordinario dentro de la falsedad. Los que acaso no saben apreciar sus bellezas, se gozan en señalar sus lunares, como si lo humano pudiera ser perfecto. Precisamente, esos lunares hablan en favor del autor; constituyen, en realidad, bellezas relativas, pues, separándose de lo trivial y vulgar, ostentan el sello de la grandiosidad. Echegaray es grande hasta en sus errores.

Fot. de M. Gombau (Madrid).

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Aquél fué un día en que la tristeza se apoderó de todo mi sér. Había sufrido un gran disgusto, que no es del caso referir, y, solo en mi despacho, dime á pensar en lo deleznable de las dichas humanas.

—¡Cuántos sinsabores proporciona la vida! — me decía. — ¡Qué de luchas! ¡Qué de anhelos! ¡Oh, felicidad, divina diosa! ¿dónde estás? Ensimismado en mis melancólicas ideas, mi espíritu, emancipándose de la materia, dejóme sumido en un estado sonambúlico, durante el que vi lo que á continuación refiero.

Una nube envolvíame en sus espirales y me fué elevando lentamente hasta llegar á la cima de una montaña; allí me colocó, desvaneciéndose, y al verme solo en aquellas alturas, un vago terror se apoderó de mí. Tendí luego la vista en derredor, y el grandioso espectáculo que me rodeaba disipó mi miedo, haciendo que me entregase por completo á la contemplación de lo que á mi vista se ofrecía. A mis pies agitábanse las nubes en fantástica danza, formando extrañas figuras; tan pronto veíame cubierto por sus impalpables cuerpos, como solo en aquella cúspide, destacándose mi silueta en el vacío.

Miré al cielo; ¡qué espectáculo tan sublime! Miriadas de estrellas brillaban en él con extraordinarios fulgores de diversos matices. El diamante, el rubí, la esmeralda, el zafiro, combinábanse armónicamente esmaltando el obscuro fondo del firmamento.

Llegó un instante en que las nubes que á mis plantas se mo-



MERCADO D

BORRELL



E PUIGCERDÁ

vían comenzaron á girar rápidamente á impulsos de un fuerte viento. Los relámpagos iluminaban el espacio, y los truenos, retumbando en aquellas soledades, tenían ecos indefinibles. La lluvia desprendióse á torrentes de las nubes cayendo sobre el mundo habitado... A mis pies un grandioso desorden. Nubes que chocan, giran, bajan, suben, oscilan, se precipitan, que se desvanecen para dejar su lugar á otras más llenas de electricidad que adoptan nuevas formas y corren, vuelan, se empujan, se arrollan en titánica lucha, constituyendo espirales ó figuras de extraños contornos, ya simulando montes de cónica cima, ya accidentadas cordilleras de cenicientos tonos, ya grandes extensiones de vaporoso éter. Debajo de mí, todo este confuso tropel de nubes, de agua, de relámpagos, de truenos, y sobre mi cabeza el cielo, sublime en su majestuosa serenidad, alumbrado por la luna y las estrellas.

Cesó la tempestad, todo volvió á su primitiva calma, y entonces llegó á mis oídos una voz misteriosa que me dijo:

—Antes preguntaste dónde estaba la felicidad. ¿Quieres saber dónde existe la mayor suma que de ella os es permitido disfrutar á los mortales? Pues observa y compara, estudia y medita sobre lo que vas á ver, y conocerás el sitio en que se anida esa deidad á la que antes invocaste.—Calló la voz é inmediatamente comenzaron á desfilar ante mi vista, como á través de los cristales de un estereóscopo, diversas escenas de la vida real.

Vi suntuosos palacios, regiamente decorados, en que los ricos tapices, las artísticas ensambladuras, las mullidas alfombras, el oro de los techos y las sedas de las paredes, multiplicábanse en los magníficos espejos de diáfanas lunas venecianas.

Los habitantes de aquellas espléndidas moradas sentían hastío en medio de sus incalculables tesoros. Eran esclavos de la etiqueta y de las fórmulas sociales. Sus corazones hallábanse vacíos de todo sentimiento. El medio ambiente en que vivían no era el más á propósito para que se desarrollasen ciertas facultades psíquicas. Las esposas, los maridos, los hijos, los hermanos, separados siempre unos de otros y no teniendo más preocupación que los saraos, los trajes, las visitas y el deseo de brillar, era cada uno de ellos una entidad aparte, dentro del círculo de la familia, cuyas dulzuras y encantos desconocían. No se les ocultaba que algunos parientes, menos favorecidos que ellos por la fortuna, estaban deseando verles desaparecer de la lista de los vivos para repartirse sus riquezas

¡No!... ¡Estos potentados no eran felices! . . . .

Desapareció este brillante cuadro y le sucedió otro.

Un despacho modestamente amueblado. Sentado ante la mesa, un hombre como de cuarenta años de edad, cuyas facciones estaban ajadas por los sufrimientos y el trabajo.

Penetré su pensamiento y le compadecí.

Aquel hombre sentía en su cerebro agitarse grandes ideas. Era escritor, pero escritor anónimo; faltábale protección, había compuesto algunas obras que permanecían inéditas, siendo inútiles cuantas gestiones practicara para darlas á la publicidad. Ningún editor quería encargarse de ellas pretextando la mala marcha de los negocios, y él, careciendo del dinero necesario, no podía imprimirlas por su cuenta, viendo eternizarse en los cajones de su mesa aquellos adorados frutos de su imaginación... Uníase á tales torturas la escasez en que vivía y el carácter de su esposa, aficionada con exceso al lujo y la ostentación que no se hallaban á su alcance, siendo esto fuente de continuados disgustos en el matrimonio; pues la mujer recriminaba al marido por las comodidades que no la proporcionaba. ¡Infeliz! ¡Cuán lejos estaba de la felicidad!

Se me presentaron otras muchas escenas que sería prolijo enumerar, y por último ofrecióseme á la vista una, ante cuya contemplación se me ensanchó el alma.

Era una campiña hermosísima que iluminaba el sol saliente con sus primeros reflejos. Los árboles conservaban en sus hojas algunas gotas de rocío; los pájaros saltaban de rama en rama poblando el espacio con sus gorjeos; un riachuelo que serpenteaba por entre aquel suelo de esmeraldas deshacíase á lo lejos cayendo en espumosa y blanca catarata, prestando mayor encanto á la escena con el susurro de sus aguas. Una casita blanca como un cisne y cubiertas sus paredes con un emparrado destacábase en aquella alfombra de verdor. A la puerta de este risueño albergue había una mujer ocupada en zurcir unas cuantas prendas de ropa, en el suelo y sobre una manta sentado, un robusto niño que jugaba con un carrito de tosca construcción, debida seguramente á manos paternales. El infante estaba muy atareado cargando y descargando el vehículo con trozos de madera, retazos de tela y arena. En frente de la casa y á poca distancia, un hombre ocupábase en hacer surcos en la tierra. El hortelano dirigía de cuando en cuando sus miradas á la casita, y al ver á su esposa y á su hijo, sonreía... Algunas veces la mirada del campesino se cruzaba con la de su mujer y entonces sonreían los dos; después cantaban sin interrumpir sus faenas.

¡Qué calma! ¡Aquella familia sí que era feliz! Trabajaban la tierra que, generosa y ubérrima, les proporcionaba el sustento; vivían alejados del mundanal bullicio, desconociendo las violentas pasiones que en el mundo se agitan, y su existencia deslizábase tranquila.

En vista de todo esto, saqué la consecuencia de que, el secreto de la felicidad, consiste en la pureza de alma, en el cariño, en el trabajo y en conformarse cada uno con lo que tiene.

F. DE TORRES Y GISBERT



JURA DE LA BANDERA, EN EL SALÓN DE SAN JUAN, POR LOS RECLUTAS INGRESADOS EN FILAS ESTE AÑO. *Fot. de Merletti.*

LA ÓPERA EN ELDORADO

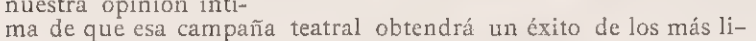
No cabe negar que el público de Barcelona es de los más filarmónicos y por lo general inteligente en música, cualidad que degenera á veces en intransigencia, pues su amor al arte le hace mostrarse severo con los artistas, sin respetar el buen recuerdo que su valer dejaron ni la fama de que vienen precedidos.

Preciso es reconocer también que no todos los barceloneses pueden darse el gusto de oir buenas óperas ni de aplaudir á los eminentes cantantes que con frecuencia pisan nuestro suntuoso «Liceo», porque los gastos extraordinarios de ese gran teatro y sus exigencias artísticas obligan al empresario á fijar precios muy altos, asequibles tan sólo á familias de elevada posición ó, por lo menos, de clase más que acomodada.

Por eso, cuando, en temporadas de primavera ó verano, la buena ópera abandona el clásico templo y fija su transitoria residencia en teatros de menor categoría, merced á una empresa que comprendiendo sus intereses sabe amoldarse á los del público y presentar carteles de compañía con figuras de primer orden y una nota de precios verdaderamente económicos; éste, aprovecha aquella ganga y corre afanoso á la taquilla y llena un día y otro todas las localidades, en alas de su afición y provecho de quien le ha proporcionado el medio de satisfacerla. Recientes están las temporadas de ópera que en «Novedades», el «Tívoli» y otros teatros locales hicieron las delicias de nuestros *dilettanti* y en cuyos resultados se basa el criterio que acabamos de exponer.

La tiple Lopeteghi.
Fot. de Esplugas.

Nos lo sugiere y da pie á estas líneas el agradable anuncio de que «Eldorado, va á abrir sus puertas con un brillante elenco de ópera cómica, en condiciones análogas á las que últimamente hemos mencionado y cuya inauguración tuvo lugar en el día 22 del pasado Abril, de modo que al ver la luz estas líneas ya nuestros lectores habrán podido saborear las primicias de esa nueva temporada que ofrece ser de las llamadas á formar época. Sólo en calidad de información vamos á dar algunas noticias de lo que acerca de ella sabemos, pues no somos de los que se anticipan á relatar hechos antes de que se realicen, aunque tengamos la seguridad de que se realizarán, y atendiendo á que en el próximo número, dedicado exclusivamente á la República Argentina, no nos será dable ocuparnos de este particular, ni siquiera para confirmar nuestra opinión íntima de que esa campaña teatral obtendrá un éxito de los más lisonjeros.



El tenor Iribarne.

El barítono Puiggener.

Véase los elementos que ha reunido la empresa para conseguirlo: Las audiciones empezarán en la fecha citada, inaugurándose con los célebres Cuentos de Hoffmann, *del Mtro. Offenbach.* En la compañía, que bien puede calificarse de primer orden, figuran, entre otros cantantes de nota, las notables tiples Adriana Palermi y Anita Lopeteghi, el insigne tenor Luis Iribarne y el distinguido barítono señor Puiggener, todos aplaudidos en el «Gran Teatro del Liceo», donde no pasan sino artistas de verdadero mérito. A los cuatro hemos tenido ya ocasión de elogiarlos más de una vez en nuestras columnas, particularmente á Iribarne, á quien por la cortesía debida al bello sexo no hemos colocado en primer lugar, según requiere su categoría artística y la memoria imborrable que su magnífica voz y su delicada escuela dejaron entre nuestros filarmónicos de buena cepa en época todavía reciente, limitándonos por lo tanto á aplaudir el acierto del que los ha escriturado, convencidos de que ahora como siempre estarán á la altura de su reputación.

Acertada ha sido también la adquisición, como maestros directores, de los señores Baratta y Ribera: uno y otro han dado pruebas de su mucho valer y, bajo su experta batuta, la orquesta, compuesta de más de 35 profesores, en su mayor parte procedentes del «Gran Teatro», harán primores de ejecución; corriendo á cargo del notable artista don Adrián Gual la dirección de escena.

Para la obra de estreno se ha confeccionado cuatro nuevas decoraciones; pintadas por el señor Urgellés las del 1.° y 4.° acto, y por los señores Moragas y Alarma las otras dos, correspondientes al 2.° y 3.° El ser tan conocidos y apreciados por trabajos de este género dichos artistas, nos dispensa de evidenciar los muchos títulos que justifican su elección, sin menoscabo de los varios pintores escenógrafos con que cuenta esta capital, pero estamos convencidos de que cumplirán su cometido con el cariño y talento que han patentizado en tantas y tan recientes ocasiones.

Decorado nuevo, exigía que vestuario y atrezo fueran también nuevos, y como no se repara en sacrificios con tal de llenar las aspiraciones de los más exigentes, se ha encargado su confección á los señores Vasallo Malatesta, en cuyo establecimiento, á no dudar el mejor en su clase de esta localidad, viene desde tiempo muy antiguo vinculado ese servicio en el «Liceo», señal evidente de que lo presta á satisfacción de cuantos están interesados en el esplendor del mismo.

Si á lo dicho se agrega, como base primordial, la economía de los precios, puesto que, según nuestros informes, el de butaca con entrada no excederá de 3'50 pesetas, precios que sin gran quebranto podrán sufragar todos los aficionados á la música, hemos de dar á estos la cumplida enhorabuena y solazarnos de antemano, pensando en los buenos ratos que á ellos y á nosotros va á proporcionar la nueva empresa.

Y ya que vamos á serla deudores de tal beneficio, de toda justicia consideramos consignar aquí lo que en punto á ella sabemos. La constituyen, si son exactas nuestras noticias, el actual empresario de «Eldorado» señor Gumá y la Casa editorial de música «Vidal Llimona y Boceta», personas competentísimas en el ramo, á quienes la experiencia ha demostrado que para obtener algún provecho hay que exponer mucho; que las mezquindades sólo conducen al fracaso. Parece que con esta temporada se proponen hacer un ensayo, pues acarician el proyecto de convertir «Eldorado» en una «Opera Cómica» por el estilo de la que existe en París. Aunque no fuera más que por esta razón deberíamos desear, como deseamos, que el resultado correspondiera con creces á sus esperanzas y desvelos, para que esa empresa llevara á cabo su laudable propósito. En Barcelona se deja sentir la conveniencia de un teatro de este género, y el que logre implantarlo habrá prestado un gran servicio al arte musical y á los que lo cultivan y aman.

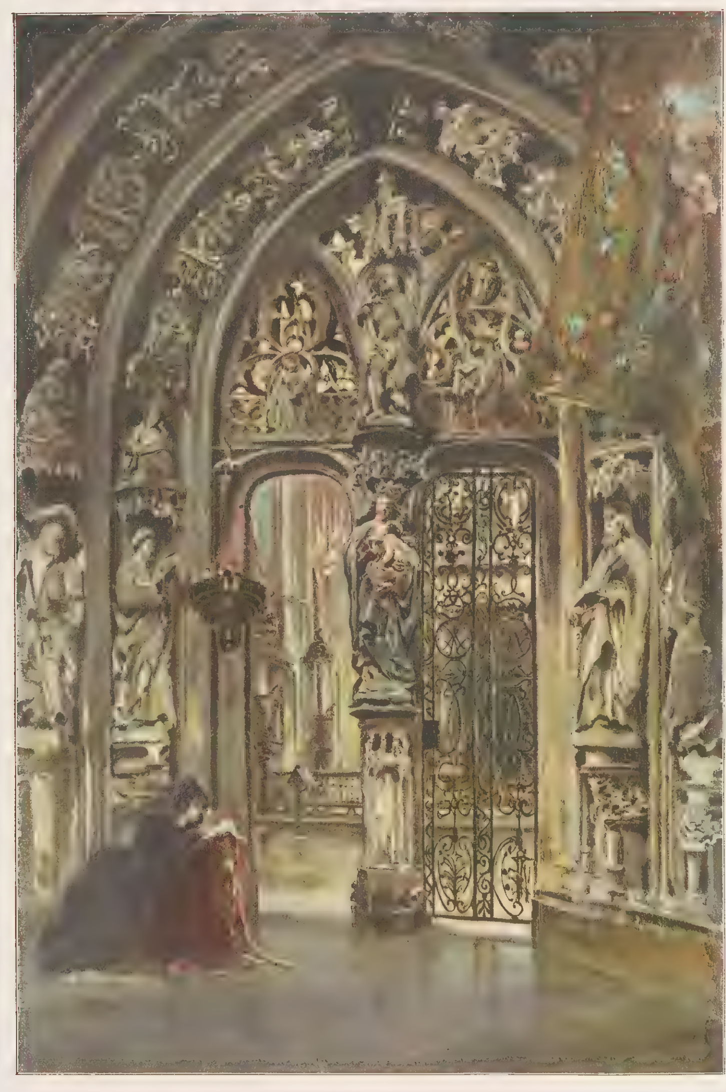
Por falta de medios y buena voluntad no queda. Los elementos reunidos de que hemos hecho mérito representan una garantía firme de que el público coronará los esfuerzos que para atraerle se realizan y los compensará con su asistencia á las audiciones anunciadas, donde por poco dinero pasarán veladas agradabilísimas, disfrutarán de espectáculos algo más atrayentes, halagadores para el espíritu y menos desmoralizadores que los que de algunos años á esta parte nos ofrece, en locales por desgracia favorecidos, nuestro teatro nacional, á que se ha encargado de dar la puntilla el nunca bastante anatematizado género ínfimo, con sus cuarteleros chistes y sus descaradas chulaperías.

En la creencia de que así sucederá, anticipamos nuestras felicitaciones al empresario de «Eldorado» señor Gumá y á los señores Vidal Llimona y Boceta que con él constituyen la nueva sociedad augurándoles honra y buen resultado material en su ensayo de implantación de la Opera Cómica; felicitación que hacemos extensiva á los artistas encargados de librar esa primera batalla artística en pro de tan loable idea, á los Maestros directores, al señor Gual, á los señores Urgellés, Moragas y Alarma, lo propio que á los señores Malatesta y á cuantos más ó menos directamente han de contribuir al éxito que para la realización de sus planes necesita obtener la empresa que les ha honrado con su confianza.

Y felicitamos á todos por anticipado, en virtud á que todos lo habrán merecido ya, cuando nuestros lectores pasen sus ojos por estas líneas.

¿Habremos sido profetas? Ello dirá.

* * *



Capilla de Alfonso *el Casto* en la Catedral de Oviedo.

Cuadro procedente del *Museo de Arte Moderno* (Madrid) y existente en el Gobierno Civil de Barcelona.



NUMERO DEDICADO Á LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, CAPITAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

CAPITAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Declarada la ciudad de Buenos Aires capital de la República Argentina, por Ley de 20 de Septiembre de 1889, y federalizado su municipio bajo el gobierno del general don Julio A. Roca, comenzó para la populosa ciudad un período de engrandecimiento que no ha cesado un instante. Las brillantes iniciativas del inolvidable Intendente Municipal, don Torcuato de Alvear, colocaron á Buenos Aires en un estado de adelanto verdaderamente admirable: transformáronse barrios enteros, se niveló las calles, se levantó grandes construcciones y monumentos, se trazó jardines y plazas, se abrió avenidas, se creó parques y paseos públicos, y, en una palabra, en un breve período, realizó aquel incansable Intendente obras que constituyen hoy la admiración de los habitantes de la gran urbe sud-americana.



Excmo. Sr. Dr. D. MARIANO DEMARÍA
Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en España.

La construcción del puerto de Buenos Aires, el primero en Sud América por su capacidad y elementos, contribuyó en gran parte al progreso de la ciudad. Divídese este gran puerto en dos partes: 1.ª, el Riachuelo, puerto natural, formado por el riacho del mismo nombre, el cual, por medio del dragado, permite el acceso á buques de un calado de 18 pies. En la ribera Norte se dispone de 4,500 metros de muelle. Posee veinticuatro edificios destinados á depósitos, con 2,500 metros de frente sobre los muelles y capacidad para 566,486 metros. Existen en él dos diques de carena y dispone de maquinaria hidráulica y eléctrica para todos los servicios, pescantes, máquinas de incendio, vía férrea, grúas, etc. Ultimamente se ha inaugurado varios elevadores de granos, construcciones enormes, que tienen capacidad para almacenar 140,000 toneladas de cereales y cargan un buque de 2,500 toneladas en una hora. Han costado más de diez millones de francos. Actualmente, se realiza otras obras importantes para facilitar el embarque y desembarque. El coste de este puerto no baja de 36 millones de pesos oro ó sea 180 millones de francos.

Aparte de estas obras, verdaderamente colosales, se ha realizado otras, como la construcción de la Avenida de Mayo, arteria principal de la ciudad; el pavimento ha beneficiado hasta las más lejanas calles, los tranvías cruzan la ciudad en todas direcciones, habiendo alcanzado á la fecha las vías en explotación á *quinientos siete kilómetros,* extensión que le ha conquistado el título de «ciudad de los tranvías». Estas líneas disponen de más de 1,500 coches, y para dar una idea del movimiento que tienen, bastará saber que en Enero del corriente año transportaron 13.600,000 pasajeros que produjeron 1.410,000 pesos moneda nacional, ó sea un equivalente aproximado de 4.230,000 pesetas; la luz eléctrica y el gas iluminan hasta los más apartados rincones de la ciudad; por todos los barrios se han levantado templos de todas las religiones, católicos, ortodoxos, rusos, anglicanos, escoceses, irlandeses, israelitas, protestantes, evangélicos, etc.; los teatros alcanzan á diez y ocho, y en breve será inaugurado el de Colón, en cuya grandiosa construcción se han empleado varios millones de pesos; y que mide 120 metros de largo por 50 de ancho y 45 de alto, con una superficie de 6,152 metros cuadrados. La sala es la más amplia que se conoce, pues tiene una longitud en forma de herradura de 75 metros, 28 de altura y 664 de superficie. Podrá contener 3,580 espectadores. En los cuerpos laterales existen dos escalinatas que bajan hasta el nivel del pasaje de carruajes, donde podrá también el público llegar al salón de espectáculos en las noches frías ó lluviosas, sin necesidad de exponerse á las inclemencias del tiempo. Por el frente se penetra en un gran vestíbulo profusamente adornado con grupos de columnas. Este vestíbulo precede, por intermedio de cinco grandes puertas, al gran *hall,* de 24 por 28 metros, con su extenso techo de vidrio de 25 metros de altura. En la parte céntrica se ve una escalinata de 14 metros de ancho que llega hasta el nivel de la platea, dividida en tres cuerpos separados por balaustradas adornadas con diez y seis estatuas, colocadas en orden ascendente y sosteniendo grupos de lámparas eléctricas. Por los teatros de Buenos Aires han desfilado las más grandes notabilidades artísticas, y no es extraño que funcionen en una misma estación dos y tres compañías de ópera de «primo cartello», así como otras de opereta francesa, inglesa, alemana, dramáticas, criollas, de zarzuela, etc. Estos teatros ofrecen al público la mayor seguridad; poseen todos telones de amianto, numerosas salidas, grandes vestíbulos y una guardia permanente de policía y bomberos que se sitúan junto á los depósitos de agua.

Posee Buenos Aires un servicio de salubridad y aguas corrientes de primer orden, en cuya construcción se ha destinado 35 millones de pesos oro. Ultimamente, se ha gastado 12 millones más para ensancharlo. Estos servicios, y en general el de rigurosa higiene que se observa en todas partes, han hecho disminuir á 14 por mil anualmente la proporción de mortalidad. En la infantil es



Sr. D. ALBERTO I. GACHE
Cónsul General de la República Argentina en España.
Con residencia en Barcelona.

Fot. de Audouard.


DAMAS ARGENTINAS.
Srta de Monti Lubo
Srta. Ana Mantilla
Sra. Quintana de Archambault.
Sra. Sansinena de Meyer.
Sra. Saubidet de Ibarra.
R. Costa

Buenos Aires la ciudad del mundo que presenta la cifra más baja.

La Asistencia Pública constituye una de las más interesantes instituciones de la capital argentina. Está instalada en un edificio adecuado y dispone de los elementos más adelantados para cumplir debidamente su misión. *The Globe*, de Londres, decía recientemente que la Asistencia Pública de Buenos Aires es la mejor que existe en la actualidad, por la corrección y rapidez de sus servicios, y aconsejaba que Londres copie al pie de la letra ese servicio de la higiénica urbe argentina.

Las escuelas públicas pasan de quinientas y son frecuentadas por más de 120,000 alumnos. Algunas, como la de «Petronila Rodríguez» (donada al municipio por una señorita argentina) tiene capacidad para 3,000 escolares.

Buenos Aires posee Museo de Historia Natural, notable por sus raras colecciones de fósiles antidiluvianos; Museo Histórico Nacional, íd. de Bellas Artes, íd. de armas, íd. de productos del país; Exposiciones agrícolas-ganaderas, y de otro orden, Sociedades hípicas, Hipódromos diversos, jardín zoológico, centenares de sociedades atléticas, de ciclismo, patinaje, canotaje, de gimnasia y esgrima, de golf, etc.; clubs sociales argentinos, españoles, italianos, franceses, ingleses, alemanes; ídem. de señoras, literarios, corales, de drama y música; sociedades recreativas de toda nacionalidad y de todas las regiones de España é Italia; ídem de beneficencia, de socorros mutuos, de adelanto, de fomento, de premios á la virtud, á la abnegación, á la probidad, etc., etc.

Escudo de Buenos Aires.

El movimiento de vehículos en sus calles es enorme y pasan de treinta mil los que existen en servicio. Debido á la mucha vigilancia que hay en la ciudad—pues está cuidada por 4,000 guardianes del orden—no es muy grande el número de accidentes que ocurren en sus calles á causa del inmenso tráfico que tienen. Los automóviles eléctricos se han multiplicado, y dentro de poco tiempo se pondrá al servicio del público quinientos más de propiedad de la Compañía General de Electricidad.

Pocas ciudades, como hemos dicho, han progresado tan rápidamente como la grandiosa capital del Plata, y el Album Salón se complace en engalanar sus columnas con las vistas de los principales edificios de la opulenta ciudad, así como las de algunos de sus monumentos, paisajes, etc.

***

Buenos Aires, la más higiénica de las ciudades de América y la segunda de la raza latina por su población, está habitada actualmente por un millón de almas y abarca un perímetro de 18,141 hectáreas. Produce al viajero, como le ocurrió á don Federico Rahola, el efecto, nó de una ciudad, sino de un conjunto de ciudades yuxtapuestas, efecto que debe buscarse en su cosmopolitismo y que la hace única.

«La extensión de la ciudad es inmensa, dice aquel distinguido compatriota en su reciente libro, y tan sólo he encontrado en Londres distancias parecidas á las que existen en Buenos Aires. Un paseo que hicimos en tranvía, recorriendo las líneas en todas direcciones, obsequio que debimos al *Diario*, nos permitió ver *sesenta y cinco kilómetros* de calles perfectamente adoquinadas y urbanizadas».

Buenos Aires, es pues, por su extensión territorial una de las más grandes capitales de la tierra. Supera á París, Berlín, Hamburgo, Edemburgo, Génova, Viena, Glasgow, Madrid, Barcelona, Burdeos, etc.

En 1869 tenía la capital argentina 177,000 habitantes y 18 años después, en 1887, esta cifra aumentó á 433,000. El crecimiento absoluto había sido en ese período de 256,000 habitantes; pero el progreso demográfico más notable corresponde á la época comprendida entre 1887 y 1895. En estos 8 años la población subió de 433,000 á 663,000 ó sea un aumento de 230,000 almas. Hoy tiene un millón de habitantes, de los cuales más de 200,000 son italianos, 100,000 españoles, 50,000 franceses, 20,000 ingleses, 20,000 uruguayos, 12,000 alemanes.

Es una ciudad esencialmente cosmopolita, en la cual se puede vivir lo mismo á la francesa que á la española, italiana, inglesa, alemana, etc., pues posee todos los elementos para ello y los productos más variados del globo.

Habríamos deseado dar á conocer en este número y con los mayores detalles muchas otras obras de progreso que ha realizado Buenos Aires, como los Depósitos del Mercado Central de frutos, levantados sobre el Riachuelo, que son una obra colosal, pero no nos es posible reproducir una vista fotográfica de ella, y nos limitaremos á decir que ocupan esos depósitos 152,000 metros cuadrados de superficie y han llegado á almacenar en un mes 200 millones de kilos de lanas, cueros y cereales. Se ha invertido en su construcción más de 20 millones de francos. Estos depósitos son los más grandes que se conocen, pues sobrepasan á los depósitos de las Indias de Londres. Próxima á ellos se halla la fábrica de carnes congeladas «La negra» que fundaron los señores Sansinena en la misma margen Sud del Riachuelo. Posee esta fábrica siete máquinas frigoríficas y mata diariamente, término medio, 2,500 animales lanares y 250 novillos. Se ha invertido 3 millones de pesos oro en su construcción.

El frigorífico «La blanca», inaugurado en 1903, es otra de las grandes fábricas de carnes de Buenos Aires. En sus inmensas cámaras frigoríficas pueden congelarse al mismo tiempo hasta 7,000 novillos y 70,000 carneros, llegando el amoníaco á los cuatro pisos de que consta la fábrica, por un caño en forma de serpentina que daría una longitud de noventa y seis kilómetros.

Merecen ser recordadas en esta ligera reseña las grandes tiendas y bazares de la capital que han admirado á los viajeros, entre ellos al sabio geógrafo coronel Holldich, enviado á la Argentina con motivo de la cuestión de límites con Chile. La ciudad de Londres, con frente á tres calles, es el más importante establecimiento en su género, y ocupan sus diversas reparticiones varios pisos. Da idea de su importancia el hecho de tener más de setecientos empleados. Le sigue en importancia la casa de los S. S. Gath y Chaves, en la esquina de las calles Florida y Mitre, la cual ocupa 550 empleados y 2,000 personas que trabajan fuera de la casa. El Progreso, la ciudad de México, la tienda S. Juan, el Palacio de Cristal, el New-England, y muchas otras tiendas y bazares llaman justamente la atención por el lujo de sus instalaciones y por la importancia de los capitales acumulados en ellas.

Buenos Aires está en contacto diario con todas las naciones del globo por medio de los cables, y su población conoce por momentos y con lujo de detalles todos los sucesos que ocurren en ellas; como que posee dos colosos del periodismo latino — por no decir



Vista general de Buenos Aires.

mundial — *La Nación* y *La Prensa*, empresas que disponen de poderosos elementos de información, con corresponsales propios en las grandes capitales europeas y colaboradores que llevan los nombres más ilustres en las ciencias, las artes, la literatura y la política.

La marcha rápida de su progreso extraordinario llevará muy lejos á Buenos Aires y podrá enorgullecerse de ser en breve tiempo el París de América, como que es hoy la más grande, la más populosa, la más culta y la más confortable de las ciudades del continente sud-americano.

En este momento, dice un distinguido escritor, para el extranjero que llega á esta ciudad, y recorre sus calles, Buenos Aires es un pueblo en plena tarea de instalación: desde el puerto, sobre cuyos dilatados malecones van levantándose enormes edificios, avanzadas de la ciclópea arquitectura que en quince años ó veinte años más ha de desalojar de los cuadrados cenagosos á los palmípedos que hoy los disfrutan, poblando toda esa vasta extensión de tierra robada al río, de mansardas, torres y chimeneas, hasta los más distantes arrabales de la ciudad, hasta las tierras baldías que de un día para otro el martillo del rematador corta en pedazos y entrega á la buena invasión pobladora, hacia el Sud, que aunque no sea «distinguido» tiene una población rica que lo edifica tenazmente; hacia el Oeste, que se va convirtiendo en un inmenso tablero de ajedrez, donde se extienden y alinean al buen sol, sobre la tierra barata y salubre, marchando hacia las fábricas de las villas

industriales, las viviendas alegres de una población europea; hacia el Norte, asiento predilecto del patriciado y de la aristocracia del dinero, por todas partes y por todos los rumbos, el andamio intercepta la vista y el paso, y grandes carros cargados de materiales de construcción, de vigas de hierro, de ladrillos, de arena de la Colonia, de bloques de granito del Tandil, ruedan estrepitosamente sobre el pavimento de la ciudad en obra. Todo el mundo edifica, bien ó mal, modesta ó suntuosamente, palacios ó mamarrachos. Pero la tierra se llena de cimientos, de paredes; la perspectiva del campo abierto y llano retrocede y se pierde, la ciudad se dilata sin descanso en un febril desbordamiento. Esto hacia la periferia; en el centro, en los antiguos radios urbanos, el andamio no exige menos sus escuetos cruzamientos de tablas y tirantez; allá se extiende la ciudad; aquí se rehace, se transforma, se establece, se eleva, se levantan casas como los árboles de la selva virgen, en su ansia de espacio, buscando en los aires perspectivas y sol. La ciudad colonial va viendo caer sus últimas reliquias en escombros; en el venerable portal de mampostería, donde aún hoy parece oirse palabrotas de hombres de armas, van alzando su curva portadas monumentales; en el patio andaluz, abierto al cielo, se distribuyen confortablemente los sabios interiores de la vivienda moderna y una diversidad infinita de tipos, estilos, adaptaciones y caprichos extravagantes, va ahogando los últimos vestigios de la arquitectura infantil de la primitiva Buenos Aires.

* * *



Palacio de Gobierno (Frente al Paseo de Colón).

EXCMO. SR. DR. D. MANUEL QUINTANA

Presidente de la República Argentina.

El actual Presidente de la República Argentina, Doctor don Manuel Quintana, es sin disputa una de las personalidades más notables de aquel país. Su figuración política por espacio de cuarenta y cinco años le ha creado una merecidísima reputación de hombre independiente y de carácter enérgico, cualidades que se han podido apreciar en todo su valor durante los últimos lamentables sucesos ocurridos en la República. El ilustre estadista, dando pruebas de poseer en el más alto grado serenidad, energía, patriotismo y respeto por la ley en los momentos difíciles, cualidades que han levantado muy arriba su nombre, sofocó en 48 horas el motín que amenazaba extenderse rápidamente por el país, mereciendo su conducta el aplauso de todos los habitantes de la República.

El Doctor Quintana actúa en el escenario político de la Argentina desde 1860, en cuyo año fué elegido Diputado á la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires. Después ha desempeñado los más elevados puestos públicos, demostrando siempre en ellos las más relevantes condiciones. Diputado y Senador al Congreso de la nación en diversos períodos, ha colaborado en todas las grandes iniciativas de las Cámaras que han dado al país las leyes impulsoras de su progreso actual y de su engrandecimiento en lo futuro. Ministro Diplomático, Delegado al Congreso Sud-americano de Derecho Internacional privado de Montevideo y á la Conferencia Internacional Americana de Washington, Ministro del Gobierno del honorable señor Sa.nz Peña, dejó en el desempeño de esos elevados cargos la huella luminosa de sus talentos brillantes. En la famosa conferencia de Washington, el Doctor Quintana fué objeto de distinciones especiales, habiéndosele designado para formar parte de importantes comisiones, como las de «Bienestar general», «Comunicaciones por ferrocarril», «Derecho Internacional» «Reglamento», etc., etc., y á instancia especial de Mr. Trescott, Delegado de Estados Unidos, en la de «Extradición». En aquellos grandes debates la palabra elocuente y llena de erudición del Doctor Quintana fué escuchada con el mayor interés. Sus iniciativas en ese Congreso le crearon una reputación de estadista y orador eminente que le colocó en primera fila entre los más notables miembros de la Conferencia.

Formando parte de la Comisión de arbitraje, le tocó informar en el proyecto presentado sobre arbitraje general, y con este mo-



CONGRESO NACIONAL.



HOTEL METROPOLE.

tivo, analizando la cuestión bajo sus diversas faces, demostró las ventajas que la América obtendría de incorporar el arbitraje como recurso normal para resolver las diferencias internacionales.

«Ante el Derecho Internacional Americano,—decía,—no existen en el Continente naciones grandes ni pequeñas; todas son igualmente soberanas é independientes, todas son igualmente dignas de consideración y de respeto.

»El arbitraje propuesto no es, en consecuencia, un pacto de abdicación, de vasallaje ni de sometimiento. Antes como después de celebrado, todas y cada una de las naciones de América conservarán la dirección exclusiva de sus destinos políticos con absoluta prescindencia de las demás.

»Ese proyecto no crea tampoco un Congreso de anfictiones ni es un pacto de Confederación Americana, en virtud de la cual la mayoría de las naciones adherentes, reunidas en Areópago Continental, pueda imponer sus decisiones á las naciones contendoras, ni mucho menos materialmente á la ejecución de compromisos contraídos.

»Lo que ese pacto es en realidad, es la consagración de la amistad, de la confianza y de la fraternidad de las naciones americanas, sinceramente decididas á solucionar, por medio del arbitraje, todas aquellas cuestiones que no afectan su propia independencia; porque la independencia de una nación no se somete al juicio ajeno, y debe siempre quedar bajo la salvaguardia del patriotismo nacional.

»Como obra de paz, de justicia y de concordia no reposa, pues, sobre la fuerza del número, ni sobre el poder de las armas. Reposa únicamente sobre la fe pública de las naciones que la aceptan, sobre el sentimiento de la dignidad de cada una de ellas, y sobre la responsabilidad moral de aquella que atentara á esta grande obra de la civilización y del derecho, de la mente y del corazón americano, fe, sentimiento y responsabilidad más respetables, más nobles y más eficaces que el poder material de nación alguna por grande y poderosa que sea.»

Las breves palabras que dejamos transcritas dan una idea del espíritu levantado, amplio, noble y generoso del ilustre mandatario que rige los destinos de la República Argentina; y como no ha sido nuestra intención, al trazar estas líneas, hacer una biografía del Doctor Quintana, sino simplemente reseñar en dos palabras los actos más salientes de su larga actuación de estadista, ponemos aquí punto final.

* * *

EXCMO. SR. DR.

D. MARIANO DEMARÍA

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

TRASLADADO á Washington el Excmo. señor Ministro Argentino don Epifanio Portela, que tantas simpatías supo conquistarse en la Corte, viene á reemplazarle en tan elevado cargo el Doctor don Mariano Demaría que desempeñaba la Plenipotencia en la República Oriental de Uruguay. Dentro de breves días será nuestro huésped el ilustre diplomático argentino acreditado ante la Corte de España.

Es don Mariano Demaría una personalidad de relevantes cualidades. Ha desempeñado en su país puestos importantes, dejando en ellos la huella de su laboriosidad, de sus iniciativas fecundas, de su patriotismo y, en una palabra, de sus talentos. En 1878 fué miembro del Senado de la Provincia de Buenos Aires; luego pasó á desempeñar en la misma el Ministerio de Hacienda. Fué entonces que creó las primeras Escuelas de Artes y Oficios y de Agricultura y Veterinaria de la República, habiendo dirigido esta última gratuitamente por espacio de ocho años. De ella han salido todos esos jóvenes médicos-veterinarios y agrónomos que dirigen los grandes establecimientos agrícolo-ganaderos de la Argentina.

Nombrado Director General de la Educación Común en la misma Provincia de Buenos Aires, creó innumerables escuelas en su vasto territorio, imprimiendo con sus iniciativas poderoso impulso á la educación.

Ha sido Diputado al Congreso de la nación en diversos períodos, y ha desempeñado también en momentos difíciles el Ministerio de Hacienda de la República. Ha ocupado otros importantes puestos públicos, comisiones y delegaciones delicadas, y en todos ellos ha dejado el recuerdo de su laboriosidad y de su honradez acrisolada.

Cuando el patriotismo y el honor del pueblo argentino se sublevaron contra el Gobierno del Doctor Juárez Celmán, el señor Demaría, junto con el eminente tribuno Aristóbulo del Valle y los ilustres políticos Lucio V. López, Leandro N. Alem, Juan José Romero y otros distinguidos ciudadanos de lo más espectable del país, se constituyeron en Junta Revolucionaria y llevaron á cabo el pronunciamiento del 26 de Julio de 1890 que trajo como consecuencia la caída de una situación oprobiosa.



SPLENDID HOTEL.



PLAZA DE MAYO.

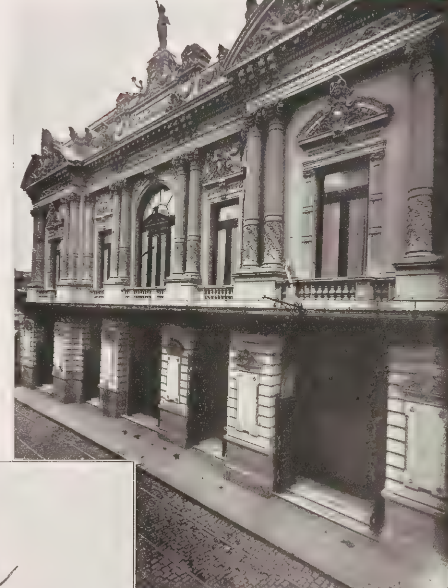
El Doctor Demaría tiene para los españoles un título especial que le hace doblemente simpático. Fué el primero que lanzó la idea de prohibir que se cantase en los actos públicos y en las grandes festividades patrias las estrofas del Himno Argentino que tanto molestaban á los españoles establecidos en la República. La idea era arriesgada y debía levantar resistencias, como que se trataba del Himno de las glorias argentinas, pero todo lo salvó el tacto del distinguido hombre público. Siendo Diputado al Congreso nacional, hizo indicación para que el Poder Ejecutivo reglamentara el uso del Himno y determinara qué estrofas deberían cantarse. El patriotismo argentino se sublevó y la realización del proyecto se hizo más difícil.

Poco tiempo después fueron al Ministerio los Doctores Aristóbulo del Valle, Mariano Demaría y Lucio V. López. Se consiguió que el Doctor Saenz Peña, Presidente de la República, permitiese la presentación, como proyecto de ley, de la idea del Doctor Demaría. Se obtuvo por fin la sanción de ese proyecto, se dictó el Decreto y las estrofas fueron suprimidas del Himno.

El Doctor Demaría había obtenido un éxito completo, y los españoles todos establecidos en la Argentina saludaban con aplauso el nombre del distinguido Diputado. Un sentimiento de justicia, de cariño á España, patria de su padre y de sus abuelos, de consideración y respeto á los españoles que comparten con los argentinos el trabajo, llevó al Doctor Demaría á realizar ese pensamiento. Y con ello consiguió el actual diplomático borrar para siempre ciertos resentimientos y vincular á españoles y argentinos con lazos más sólidos.

Razón teníamos, pues, al decir que el ilustre diplomático argentino tiene un título especial á la consideración de los españoles.

* * *



Teatro de la Ópera.



Teatro Argentino.

SR. D. ALBERTO I. GACHE

Cónsul General de la República Argentina en España.

El cargo importantísimo que desempeña en nuestra nación don Alberto I. Gache, demuestra, mejor que pudiera hacerlo la pluma mejor templada, su mucho valer y la alta consideración de que goza entre sus compatricios, pues no sin grandes méritos se obtiene una representación tan delicada y honrosa como la que su Gobierno le ha confiado.

En el tiempo, relativamente corto, que lleva de residencia en esta ciudad, es decir, desde que nos cabe el gusto de conocerle, hemos podido convencernos más de una vez de que ese honor y esa confianza son harto justificados y merecidos. Reune el señor Gache en su persona todas las cualidades que caracterizan al perfecto caballero y recomiendan al funcionario público: ilustración vastísima, figura distinguida y simpática, refinada cortesía, bondad reflejada en el semblante, y trato tan sensible y afable, que cuantos para sus asuntos acuden al Consulado argentino, salen de él completamente satisfechos y haciéndose lenguas de la amabilidad del señor Cónsul.

Esas mismas relevantes cualidades, unidas á una modestia poco común, le han conquistado bien pronto el aprecio de las autoridades locales y del Cuerpo consular, así como numerosas relaciones y amistosas simpatías entre la buena sociedad barcelonesa.

Hombres como el señor Gache honran en sumo grado al país de que proceden y al Gobierno que les

en forma de hemiciclo y á los costados los avancuerpos coligados entre sí por medio de galerías de columnas, dominando el conjunto al templete, que dará á tan grandiosa construcción un parecido con el Capitolio de Washington. Consta de cuatro pisos y tiene una plazoleta al frente con dos ramblas para carruajes y una escalinata monumental para el acceso del público.

El pórtico, amplio y majestuoso, da entrada al atrio del palacio por una sola puerta que se abre en el centro. A ambos lados de la gran escalinata se colocarán en breve dos estatuas ecuestres.

La construcción de la gran cúpula central ha sido un trabajo notable de ingeniería; sólo los cuatro pies ó pilares en que reposa tienen una superficie total de 300 metros de granito. Para afianzar esta cúpula y aguantar su enorme gravedad de 30,000 toneladas, ha sido necesario hacer — excavando en el suelo hasta 10 metros más bajo que el de la calle, — otra cúpula al revés, también de piedra, que bajo los pies se ve como un enorme medio huevo, dando vértigo observarlo. Este trabajo de cimentación ha costado 1.500,000 pesetas.

HOTELES

Simplemente á título de curiosidad hacemos conocer dos hoteles de la culta y populosa capital del Plata: el Hotel Metropole y el Splendid Hotel, ubicados los dos en la Avenida de Mayo. Estos hoteles disponen de todo el confort necesario para los huéspedes; son lujosos y no falta en ellos ningún detalle. Existen otros, como el Grand Hotel y el Royal Hotel que son superiores á aquéllos y cuyas vistas no nos ha sido posible obtener.



La Prensa (Diario).

ha otorgado su representación, la cual veremos con agrado se prolongue por muchos años, haciendo fervientes votos para que así suceda.

LAS VISTAS DE ESTE NUMERO

PALACIO DE GOBIERNO

El Palacio de Gobierno ocupa una manzana con frente á la Plaza de Mayo y al Paseo de Colón. Como anteriormente tuvo otro destino una parte de ese edificio, obsérvase en esta construcción diversos estilos. Tiene capacidad suficiente para que en él funcionen todos los Ministerios y otras oficinas públicas. Posee amplios y cómodos salones, llamando la atención el grandioso vestíbulo, sus magníficas escaleras y la sala de recepciones decorada con gusto.

Las vistas que reproducimos darán una idea más acabada de lo que podríamos decir aquí.

PALACIO DEL CONGRESO

El Palacio del Congreso, cuya construcción está para terminarse, se levanta al fin de la Avenida de Mayo con frente al Boulevard Callao. Como podrá apreciarse por el grabado, se trata de un edificio de vastas proporciones, de aspecto magnificente y estilo greco-romano. Las cuatro esquinas de la masa arquitectónica están ocupadas por otros tantos pabellones salientes. En el centro sobresale un cuerpo



Suprema Corte de Justicia Nacional.

PLAZA DE MAYO

Es una de las más hermosas y amplias de Buenos Aires. Su superficie es de 17,000 metros cuadrados. Frente á esta plaza se levantan grandes construcciones: el Palacio de Gobierno, el Congreso Nacional, la Bolsa de Comercio, la Catedral, el Palacio Municipal, el Antiguo Cabildo, el Banco de la Nación Argentina, el Nuevo Banco Italino, varios grandes hoteles y otros edificios de importancia. En esta plaza se halla la estatua ecuestre del general Belgrano, y la pirámide de Mayo, monumento conmemorativo de la independencia argentina.

La Plaza de Mayo posee dos hermosas fuentes de bronce, calles de plátanos, anchas veredas, caprichosos dibujos de césped, grandes focos de luz eléctrica, y se la mantiene cuidadosamente.

TEATROS

El gran teatro municipal de Buenos Aires que llevará el nombre del inmortal genovés está para terminarse. Será una de las más hermosas construcciones de América y, como teatro, uno de los amplios y más confortables del mundo. En nuestro articulo «La ciudad de Buenos Aires» hallará el lector mayores detalles sobre tan grandioso edificio.

Actualmente funcionan en Buenos Aires diez y ocho teatros. Nuestros grabados dan á conocer al lector, aparte del Colón, los de la Opera y el Argentino.

Por lo general, los teatros de la capital bonaerense son hermosos, higiénicos, seguros y confortables. La vida del espectador está bien garantida.

La Opera sigue siendo hasta ahora el teatro aristocrático. Por él han desfilado las más grandes celebridades artísticas. Su sala presenta un aspecto magnífico, no sólo por el lujo con que está decorada sino por la esplendidez de las *toilettes* de las damas que concurren á él. Pocas salas ofrecen en los más grandes centros de cultura un aspecto tan deslumbrante como aquélla.

EL PALACIO DE «LA PRENSA»

El coloso del periodismo sud-americano, «La Prensa», ha levantado en la Avenida de Mayo un palacio que no tiene rival en ninguna ciudad del mundo. Consta de cinco pisos y tres sótanos,



Avenida de Mayo.

construídos con los mejores elementos de edificación. En la planta baja se halla la administración y museo, los consultorios médicos. jurídicos, el laboratorio químico industrial, etc. El primer piso lo ocupan la redacción y el gran salón de fiestas, lujosísimo y de una extensión de 30 metros de largo por 8 de ancho. En el segundo piso existen diversas oficinas para reporters, etc. El primer piso, con departamentos completos, lujosamente amueblados, está destinado para huéspedes distinguidos del exterior. Ultimamente se alojaron en ellos Nordenstjolk y sus compañeros, y hace pocos días Charcot y los suyos, de regreso del Polo Sud. En el cuarto piso están los talleres de composición, linotipos, fotografía, etc. La torre que se levanta sobre la techumbre de este hermoso edificio, sostiene una colosal estatua á 55 metros de altura, con un foco eléctrico, cuyos rayos luminosos son visibles á 30 millas.

Todos los servicios de consultorios, biblioteca, análisis químicos, educación musical (un conservatorio con mil alumnos), exposición artística é industrial, etc., son gratuítos.

«La Prensa» tiene un tiraje diario de 100,000 ejemplares, publica todos los días más de 3,000 anuncios nuevos y entran en sus oficinas no menos de 10,000 personas al cabo del día. Las máquinas en que se imprime son Hoe, de 48,000 ejemplares por hora y pueden dar hasta 48 páginas en colores.

Un detalle que demuestra una vez más que en la Argentina «the time is money»: todos los redactores disponen de máquinas de escribir y está prohibido enviar á los linotipos otra clase de originales que aquéllos.

El propietario de «La Prensa» es el Doctor don José C. Paz, y el redactor principal el Doctor don Adolfo E. Dávila.

SUPREMA CORTE DE JUSTICIA NACIONAL

El hermoso edificio donde se hallan instalados los tribunales federales, fué construído para el Banco Hipotecario de la provincia de Buenos Aires y vendido por ésta á la nación una vez que la ciudad fué declarada capital de la República.



Estatua del general Belgrano.



Estatua del general San Martín.

Nuestro fotograbado da una acabada idea de lo que es esta elegante construcción, una de las más lujosas de la capital, y en la cual se destacan las hermosas columnas de blanco mármol que soportan su ornamentación superior.

AVENIDA DE MAYO

Es la más hermosa de las avenidas de Buenos Aires. Corre de Este á Oeste, tiene 30 metros de ancho y 1,650 de extensión y ha costado 10 millones de pesos. Presenta el aspecto más animado, como que en ella están situados los grandes Hoteles, la Intendencia Municipal, el Club del Progreso, el palacio de «La Prensa», el del «Diario», lujosos bazares, confiterías, cafés, etc. Al cabo del día circulan por esa gran arteria millares de carruajes, cuyo movimiento recuerda el de la Cannebiere de Marsella y los boulevares de París ó avenidas de Londres.

ESTATUAS DE S. MARTÍN Y BELGRANO

Buenos Aires ha perpetuado en el bronce las figuras de sus dos grandes guerreros; S. Martín y Belgrano.

La estatua ecuestre del primero se levanta en la hermosa plaza de su nombre y fué inaugurada el 13 de Julio de 1862. Es una magnífica obra de arte, digna del guerrero argentino.

La estatua del general Belgrano se halla colocada en la Plaza de Mayo, frente al Palacio de Gobierno. El ilustre guerrero ostenta en la mano derecha la bandera celeste y blanca que fué el primero en hacer flamear, el 27 de Febrero de 1812, en las orillas del majestuoso Paraná, bandera que el Congreso aprobó un año después.

PALACIO DEL JOCKEY CLUB

Es un magnífico edificio, situado en la aristocrática calle de la Florida. A la entrada, en el primer descanso de su grandiosa escalera ornamental, se encuentra la célebre Diana de Falguière. De este descanso parten las dos rampas simétricas que conducen á la galería del primer piso, adornadas con pilastras y columnas, de orden corintio, que completan la ornamentación de esta soberbia construcción, en la cual el rico ónice de San Luis de los pasamanos, la piedra del Azul de los escalones, el tono gris amarfilado de los balaustres y el estuco que cubre las paredes, imitando mármoles de variados colores, forman un conjunto precioso. Este palacio tiene lujosas salas de conversación, de lectura, comedores, salas de armas, salones para bailes y fiestas, etcétera. Podría figurar con honor en la más opulenta capital de Europa.



Palacio de Gobierno (Entrada principal frente á la Plaza de Mayo).

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Es una elegante construcción situada en la calle Viamonte, frente al Convento de las monjas Ca-



Jockey Club.

talinas. Dispone de amplias salas y de todos los elementos necesarios para su funcionamiento.

Esta Facultad fué creada por Decreto de 13 de Febrero de 1896 con el objeto de completar el grupo de los diversos ramos que forman parte de la enseñanza superior, incorporando definitivamente á la Universidad un departamento de estudios destinado á mantener la alta cultura científica y literaria en el país.

INTENDENCIA MUNICIPAL

Se levanta el Palacio Municipal en la Avenida de Mayo, esquina á la calle de Bolívar. Allí están instaladas las oficinas de la Intendencia. Este edificio ha resultado pequeño, y se piensa ya en la construcción de otro más en armonía con los progresos alcanzados por la capital argentina. Junto á él se levanta el hermoso palacio de «La Prensa», á que nos referimos en otro lugar.

AGUAS CORRIENTES

El edificio en que se hallan los grandes tanques distribuidores de agua á la población de Buenos Aires es una monumental construcción, hermosamente decorada en su exterior y rodeada de jardines. Ocupa una manzana y está toda revestida de mayólica.

La capacidad de los distribuidores es de 72,000 metros cúbicos. Depurada el agua y clarificada á orillas del río de la Plata en los grandes filtros, se la envía por medio de bombas impelentes á aquellos depósitos para ser servida en seguida á la población. El poder de estas bombas impelentes les permite levantar 250,000 metros cúbicos de agua por dia.

Es una de las construcciones más hermosas de Buenos Aires y llama la atención del viajero su arquitectura y el lujo de que está dotada.

LA CATEDRAL

La construcción de la Catedral en Buenos Aires, comenzó en el año 1620 por iniciativa del monje Carmelita fray Pedro de Carranza.

El presidente Rivadavia, entre las mejoras urbanas que ordenó, incluyó la del edificio de este templo, á cuyo efecto trató de que en su arquitectura exterior se aprovechara parte de los planos de la Magdalena de París, que él había llevado de Europa.

Un presidario fué quien ejecutó el bajo relieve que ostenta el triángulo de su frontispicio. En paga de su obra, el artista consiguió que se le indultara.

Esta Catedral tiene 96 metros de largo, 44 de ancho y 35 de altura en la nave central, con una cúpula de 46 metros. Tiene cinco naves con lujosos altares y numerosos cuadros de mérito. En el costado Este de la nave de la derecha se encuentra el monumento funerario en que descansan los restos del ilustre guerrero, general S. Martín; una espléndida obra de arte. Al lado de un altar se halla el monumento del arzobispo Dr. Aneiros, inaugurado el 3 de Septiembre de 1898 y de que es autor el escultor don Víctor de Pol.

ESCUELA NORMAL DE PROFESORES

Es un edificio amplio, cómodo y severo que se ve diariamente frecuentado por gran número de alumnos. Reune todos los elementos necesarios para su funcionamiento y posee las últimas novedades que en la materia se conocen, pues sabido es que la República Argentina, en lo referente á instrucción pública, tiende á colocarse entre las naciones más adelantadas, como lo ha demostrado recientemente en la Exposición de S. Luis, en cuyo certamen, junto con Alemania y Francia, ha obtenido el gran premio de honor por sus adelantos.

ESTACIÓN 11 DE SEPTIEMBRE

La Estación «11 de Septiembre» del ferrocarril del Oeste es una de las más hermosas de la capital argentina. Dispone de todas las comodidades necesarias y es sin disputa una construcción de primer orden. Amplios salones para el público, restaurant, confitería, galerías diversas, vestíbulos, oficinas, despachos, etc., todo está allí distribuido con habilidad y esplendidez.

Después de la grandiosa Estación del F. C. del Sud, que tiene doscientos metros de frente y que es una obra magnífica de arquitectura, corresponde el segundo lugar á la del «11 de Septiembre».

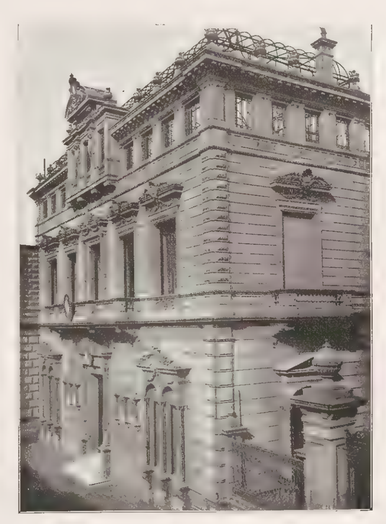
CEMENTERIO DEL OESTE

Es el más nuevo de la capital argentina. Ocupa una superficie de 734,035 metros cuadrados, lo que desde luego da una idea de su magnitud. Está cruzado por caminos en todas direcciones, se divide en varias secciones y se ha tenido en cuenta en su construcción los últimos adelantos de la higiene. Tiene un crematorio, una capilla y una sección para los muertos por enfermedades contagiosas.

Su entrada es verdaderamente monumental.

ESCUELA NAVAL

Es un elegante edificio de moderna construcción, situado en la calle de Rivadavia, barrio del Caballito, donde se hallan las más



Facultad de Filosofía y Letras.

hermosas *quintas* (torres) de la capital. Rodeado de jardines por todas partes, los alumnos de la Escuela Naval tienen todo el *confort* necesario.

El establecimiento dispone de los elementos indispensables y más adelantados para la enseñanza, cuyo material ha sido encargado á Europa.

SANTA FELICITAS

Es uno de los templos de construcción más elegante de la capital argentina, cuyas líneas se destacan entre magnífica arboleda y elevan sus agudas torres en el populoso barrio de Barracas, al Norte.

El interior de este bonito templo consta de una nave espléndidamente decorada; posee doce estatuas de mármol y los bustos de los fundadores. Al lado de esta iglesia se ha establecido el Colegio de Lourdes, cuyos Directores han hecho construir en un patio contiguo á aquélla una gruta igual á la que existe en Francia, donde se venera la virgen de ese nombre.

BOCA DEL RIACHUELO

El Riachuelo presta al puerto de Buenos Aires una valiosa ayuda, pues constituye un segundo puerto, con capacidad para buques que calen hasta 18 pies. El movimiento que diariamente se observa en esa parte del gran puerto es enorme. En nuestro artículo sobre la «Ciudad de Buenos Aires», que insertamos á la cabecera de este número, encontrará el lector mayores detalles sobre el Riachuelo.

Al buen criterio de nuestros lectores no se ocultará desde luego que lo publicado en este número, con referencia á la ciudad de Buenos Aires, comprende sólo una parte de lo mucho que en ella merecía fijar nuestra atención, porque, en realidad, todo allí, y especialmente lo moderno, lleva el sello de ostentación y esplendidez propio de los países ricos por naturaleza é impulsados constantemente al progreso por el carácter activo y emprendedor de sus hijos.

Al dedicarle este número, no nos proponíamos más que dar una ligera idea de su extraordinaria importancia, que la coloca al nivel de las primeras capitales del mundo; pues de sobra sabíamos que el espacio de que disponemos es harto reducido para la empresa dificilísima de poner de manifiesto los innumerables testimonios de adelanto y riqueza que encierra en su recinto.

Nos ha movido también el deseo, hoy que son ya patentes las corrientes de simpatía entre españoles y argentinos, de demostrar así el cariño que profesa el ALBUM SALÓN á la floreciente república que le favorece con tantas y tan asiduas suscripciones.



PALACIO DE LAS AGUAS CORRIENTES.



INTENDENCIA MUNICIPAL.

PALMAS Y LAURELES (1)

Las palmas reinan en la Rambla de Cataluña. A lo largo de la amplia y alegre avenida — paseo predilecto de los barceloneses — bajo los verdes plátanos que lucen sus primeras y brillantes hojas primaverales, han instalado sus tiendas los campesinos de las montañas que rodean la opulenta y bulliciosa ciudad condal, y en sus grandes armazones improvisadas, surgidas como por encanto de la noche á la mañana, exhiben los modestos mercaderes las flexibles palmas de oro, traídas de las risueñas y fértiles huertas de Alicante y Valencia, donde el gran astro luminoso fecundiza pródigo la tierra con su calor bendito. Las hay de todas formas y tamaños, tejidas primorosamente por hábiles manos, y semejan estrellas, cruces, castillos, torres, ruedas, triángulos, escudos y hasta... pagodas orientales; y junto á las tiendas, las mujeres, los hombres y los niños — toda una familia de humildes *payeses* de Elche — sentados en rústicos bancos continúan la tarea emprendida en sus tranquilos hogares y tejen las fibras afanosamente, ingenuamente, con febril entusiasmo, haciendo toda clase de combinaciones con las gláciles lacinias: las doblan, las estiran, las quiebran, las recortan y las redondean con rapidez vertiginosa, y una vez terminada la labor, contemplan con regocijo y con amor las caprichosas obras salidas de sus manos, y luego las acarician de arriba abajo, colocándolas cuidadosamente en los toscos armazones á la tentación de los católicos transeuntes, que llegan presurosos de todos los barrios é invaden la Rambla — vestidos los hombres de pró con riguroso traje negro de levita y lustrosa chistera — graves los más, como cuadra á la solemnidad de estos días de recogimiento en que la Humanidad cristiana conmemora el sacrificio del Dios-Hombre; y las mujeres de toda condición social, ataviadas unas con las ricas mantillas y sedas de las grandes festividades y otras con modestas sayas y sencillas pañoletas y velos

(1) Gracias á la amabilidad, nunca desmentida, del señor Cónsul General de la República Argentina, don Alberto I. Gache, hemos conseguido que honren este número autores de aquella nacionalidad, pues, accediendo á nuestras repetidas instancias, se ha servido facilitarnos el presente artículo, escrito por él en esta ciudad y que ha visto la luz en Buenos Aires, firmado por *Martín Guerra*, seudónimo (perdónenos la indiscreción) con que el citado señor encubre modestamente su personalidad literaria; y también las hermosas poesías que cierran el texto, originales de los inspirados vates argentinos, Olegario V. Andrade y Ricardo Gutiérrez.

negros en la cabeza, llevando á sus niños de la mano, se detienen á cada paso ante las barracas amarillentas, y después de recorrerlo todo y de mirarlo todo con curiosidad infantil, se alejan satisfechas con la simbólica palma entre las manos, encaminándose á sus casas para colocarla en el balcón, en medio de los rojos claveles y de las rosas fragantes.

Y siguiendo Rambla arriba, vese verdear á los costados montones de árboles enteros tendidos en el suelo, agrupados, diseminados aquí y allá—todo un bosque trasladado en la mañana desde los alrededores de la ciudad,—cuyas hojas coriáceas y pequeñas flores perfuman y refrescan la atmósfera; las gentes se aglomeran frente á las simbólicas lauráceas, y los vendedores, enarbolando en sus manos las más grandes ramas, se desgañitan haciéndose la competencia unos á otros, en tanto que los chiquillos cogen éstas ó aquéllas y se las echan al hombro, haciendo supremos esfuerzos para mantener el equilibrio, y se marchan luego fatigados con la carga, Rambla abajo, contentos como unas pascuas, orgullosos y triunfales, pensando que dentro de breves instantes las adornarán con ricas cintas y delicados dulces, flores y juguetes, para ser bendecidas en la iglesia del barrio, á donde acudirán por centenares hombres, mujeres y niños. Y brilla el laurel por todas partes: en los escaparates de las tiendas bañadas en luz, en los colmados repletos de pastas y *bibelots*, en las tabernas y carnicerías, en las cabezas de los caballos y mulos de los tranvías, carros, coches y tartanas, por doquiera que se dirija la vista, lo que hace exclamar á un celebrado artista que contempla conmigo el cuadro: «¡cómo andan los laureles!» Se me antoja que asisto á la Barcelona de los tiempos legendarios de Roger de Flor, «sin par en el valor y fortaleza», que se dispone á recibir á los sobrevivientes de la famosa expedición de los catalanes, que regresan de Grecia con Rocafort y Berenguer y esperan el laurel de la victoria que un pueblo agradecido va á colocar en sus sienes de ínclitos guerreros. Mas, nada de eso: los tiempos son prosaicos, y el laurel bendecido por el sacerdote servirá durante el año para condimentar excelentes platos y ornar la rabadilla de un pavo por Navidad ó la cabeza de un lechón adobado cualquier día.

Siguiendo hacia la Rambla de las Flores, la misma animación, el mismo aspecto férico: mostradores y canastos cubiertos de ramos espléndidos, de soberbios claveles rojos, blancos y amarillos; de violetas, rosas, alhelíes, glicinas, peonías, camelias: todas las flores primaverales de los jardines de Sarriá y San Gervasio..., y palmas y laureles. Hacia arriba, en las proximidades de la iglesia de Belén, casetas de madera y lona, armadas en breves instantes, atestadas de pastas y dulces de toda clase: rosarios, cruces, corazones y breviarios de azúcar, santos de chocolate, fachadas de templos, monasterios, palacios y castillos de harina y huevo; frutas, pájaros, peces, caballos, vacas, burros, carneros y perros azucarados, en una palabra, cuanto ha creado la naturaleza está allí representado por la más dulce de las industrias del día; y de trecho en trecho, en barracas de otro orden y en pequeñas mesas, cintas de seda y raso de todos colores, plumerillos y baratijas diversas, y junto á ellas, grandes canastos y cajones llenos de matracas y mazos de madera que adquieren los muchachos para atormentar en breve á los transeuntes y golpetear de lo lindo las puertas de los vecinos el sábado de Gloria y el domingo de Pascua.



Catedral.

***

La animación crece por momentos en la magnífica Rambla: la muchedumbre abigarrada se revuelve en oleadas, en un movimiento de vaivén incesante; rumor de vida se siente por todas partes; y se estrujan, se codean, y se achuchan unos con otros; tal cual baturro estirado y seriote, vestido de gala y caído de tierras lejanas con su mujer y media docena de chicuelos, se detiene azorado con su prole, y boquiabiertos todos, contemplan absortos el cuadro que les rodea, murmurando entre dientes expresiones de asombro y regocijo; los mendigos, vagos y gandules, que por desgracia pululan en la hermosa capital, interrumpen el paso á los transeuntes implorando con voz llorona una caridad y exhibiendo sus llagas, pústulas y deformidades repugnantes; los vendedores de periódicos y revistas ilustradas, los expendedores de castañas asadas, cocos, avellanas, peladillas de Alcoy, *panallets*, alfeñiques, confituras de toda clase y baratijas sin cuento, pregonan á grandes voces la bondad de sus mercancías; y entretanto aumenta la concurrencia que viene de los cuatro puntos de la ciudad, el murmullo se acentúa, suenan las campanas de los tranvías eléctricos y de sangre, chisporrotean los cables sobre las cabezas, silba la locomotora que arrastra los minúsculos vagones del ferrocarril á Sarriá y Bonanova, gritan desaforadamente los conductores de riperts de la Compañía Catalana, como para infundir fuerzas á las mulas y caballos *vichocos*, cansados del duro trajín, en tanto que los pasajeros se sienten destripar dentro de estos verdaderos *gacks* de madera que parecen adrede llevar el siniestro apodo del célebre y sanguinario personaje de White-Chapel; parejas de la benemérita, con sus vistosos

é irreprochables uniformes, vigilantes, guardias municipales y reclutas, venidos los últimos de todas las regiones del Reino, —que acaban de jurar la bandera y fidelidad á S. M.—se pasean triunfales de un lado á otro, admirados por frescachonas amas de leche de turgentes redondeces y por criadas y niñeras airosas que toman el sol rodeadas de chicuelos ó van en busca de agua de los surtidores; poetas y pintores modernistas de abundante cabello lacio y coqueta onda caída sobre la frente, amplio ringlan y sombrero de castor de anchas alas, van de aquí para allá, con la lustrosa pipa de coco en la boca y el pensamiento en la Gloria ó el cocido; faquines de gran barretina roja y cuerda pendiente del cuello, se amontonan en las esquinas discutiendo el último plan de Silvela, leyendo el reciente discurso pronunciado por Lerroux en la Fraternidad Republicana ó comentando el viaje precipitado de Rusiñol á Francia; millares de obreros de blusa azul pasan en caravanas, de regreso de los talleres y fábricas, incubando en sus adentros una huelga ó un paro general; los cabezudos infaltables hacen la *réclame* paseando entre la multitud á paso acompasado y muy posesionados de su importante papel; las orquestas ambulantes, murgas y charangas de ciegos y lisiados de todas edades, *ejecutan* las piezas más melancólicas y sentidas de sus tristes repertorios; cruzan los automóviles y bicicletas atropellando y arrollando todo; las cabras invaden las aceras haciendo sonar sus cencerros y se detienen fatigadas en los portales, donde son ordeñadas por el conductor hasta agotarles el blanco *veneno* encerrado en sus ubres enormes; y en medio de este bullicio, de esta aparente confusión de hombres y cosas, de estas cien ó doscientas mil almas pindongueras, de este movimiento férico y vertiginoso que marea y aturde, se oye el sonido triste de las campanas de Belén que doblan solemnes á muerto, —y las gentes abren paso respetuosas, descubriéndose los hombres la cabeza ante el séquito fúnebre que va camino de la eterna morada, llevando al frente un grupo de padres de la Iglesia que salmodian una oración seguidos de los deudos que marchan silenciosos y desolados.

Y los rayos suaves de un sol de oro que brilla en un cielo de purísimo azul-turquí, lo envuelven todo en una caricia soberana é inefable, como que es divina.

Martín GUERRA

Barcelona, Abril 4 de 1903.

LA HERMANA DE CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linaje humano,
para abrir una fuente de ternura
y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

Quién eres tú, que ora
junto al desierto lecho del que expira?
¿quién eres tú, que llora
por la desgracia ajena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
de la feroz matanza,
el rastro de la muerte vas siguiendo
por el ¡ay! que se lanza,
y, entre la sangre y el dolor perdida,
donde se da la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
ángel del moribundo,
bálsamo misterioso del herido
y patria, en fin, del huérfano y el triste.
¿De qué estrella caíste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
para que quepan en tu amor sagrado
todas las desventuras de la vida?
Oh! qué caudal de abnegación encierra,
que no acaba, regado
sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
más que un sér, nada más, que templa y calma
tanto dolor profundo



Escuela Normal de Profesores.



Ferrocarril del Oeste. — Estación 11 de Septiembre.



Cementerio del Oeste (Entrada).



Teatro Colón (Próximo á terminarse).

con el insomne afán de su ternura...
Te adivina mi alma!...
eres mujer, sublime criatura!

Eres mujer, lo eres,
y no te abisma la borrasca humana
al mágico festín de los placeres!
y los vivos albores
de la ilusión galana
no alumbran el Edén de tus amores!

Y tu rostro, tan bello,
no es flor del mundo en el jardín viviente!
y tu blondo cabello,
en ondas melancólicas caído,
no es tesoro de un labio enardecido
ni espléndida corona de tu frente!

Y la angélica lumbre de tus ojos
tan sólo á Dios y al moribundo mira!
y la frescura de tus labios rojos
sólo se va perdiendo y marchitando,
la helada cruz besando
y la pálida frente del que expira!

Oh! ¿qué profundo encanto
en la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
en el consuelo del dolor y el llanto,
que el placer de la tierra
á cambio de él el corazón olvida?

Angél de caridad! alma templada
del mismo Dios en el amor fecundo,
tórtola de Noé desamparada!
eres flor bendecida,
bajo la sombra de la cruz nacida
donde expiraba el Salvador del mundo!

Tu enternecido corazón sublime
es el arca del pobre:
allí busca consuelos el que gime,
allí pide una lágrima el que llora,
y allí un pan y allí un cobre
aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frío,
van á llamar el huérfano y la viuda,
con la carne desnuda
y el pie despedazado,
bajo la noche del invierno impío,
sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
se pára junto al lecho de la vida,
lleva su mano inerte
el que está solo en su dolor horrendo,
para besar tu mano bendecida
y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
así la viertes sobre el lodo inmundo



Escuela Naval.

sin pedir ni una lágrima á la tierra!
Así tu noble corazón sincero,
sin patria sobre el mundo...
patria es del mundo entero!

Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también sólo allí busco mi palma:
voy donde el diente del dolor se encarne,
seco también las lágrimas del suelo
y cierro las heridas de la carne
como tú las del alma!

Alumbra mi destino
sobre la cárcel del linaje humano!
Ay! sólo pide mi ambición precaria
que en el último asiento del camino
pongas en mí tu mano
y levantes mi vida en tu plegaria!

RICARDO GUTIÉRREZ

LA VUELTA AL HOGAR

Todo está aún como entonces:
la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
y las ramas con sus nidos!
Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es lo mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho!
Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!
Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
largas horas he pasado
á solas con mis delirios!



CAPILLA DE SANTA FELICITAS.



BOCA DEL RIACHUELO.



Batidores 9.° Regimiento de Caballería (Escolta presidencial).

Las hojas de esas achiras
eran el tosco abanico
que refrescaba mi frente
y humedecía mis rizos!
Un viejo tronco de ceibo
me daba sombra y abrigo,
un ceibo que desgajaron
los huracanes de estío!
Piadosa, una enredadera
de perfumados racimos
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos!
El ceibo estaba orgulloso
con su brillante atavío,
era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio!
Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río.
Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.
Era un zorzal que entonaba
sus mas dulcísimos himnos,
pobre zorzal que venía
á despedir á un amigo!
Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
viajero de los espacios,
siempre amante y fugitivo!
Adiós! — parecían decirme
sus melancólicos trinos;
adiós, hermano en los sueños!
adiós, inocente niño!

Yo estaba triste, muy triste!
el cielo obscuro y sombrío;
los juncos y las achiras
se quejaban al oirlo.
Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo;
muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!
Hoy vuelve el niño hecho [hombre,
no ya contento y tranquilo,
con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido!
Aquella alma limpia y pura
como un raudal cristalino
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo!
Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y altivo,
que hallaba el mundo pequeño
á sus gigantes designios;
Es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruido!
sombras de sueños, dispersos
como neblina de estío!
Ah! todo está como entonces,
los sauces, el cielo, el río,
las olas — hojas de plata
del árbol del infinito.
Sólo el niño se ha vuelto [hombre,
y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!

Olegario V. ANDRADE



Escuadrón de Seguridad.



Acorazado Browm.



Acorazado Belgrano.



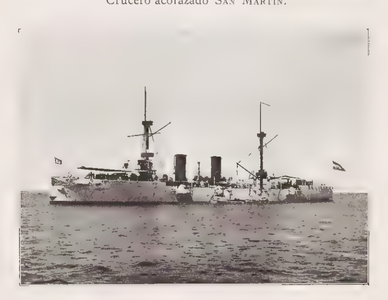
Acorazado Libertad.



Crucero acorazado San Martín.



Crucero Patagonia.



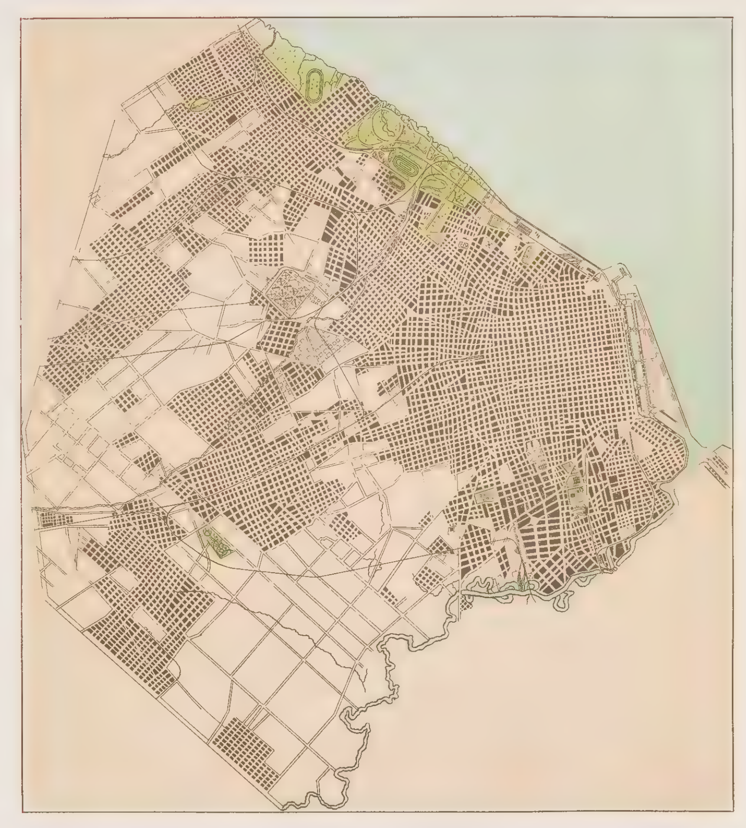
Crucero 25 de Mayo.



Crucero 9 de Julio.



Crucero acorazado Garibaldi.



PLANO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES



NUMERO ILUSTRADO EXCLUSIVAMENTE CON ORIGINALES DEL DISTINGUIDO ARTISTA

GASPAR CAMPS

BELLAS ARTES

No hace aún dos años que, con ocasión de publicarse varios trabajos de Gaspar Camps, escribimos una completa biografía del joven y ya distinguido artista, y publicamos su retrato. Nada, pues, hemos de añadir hoy en cuanto á su vida de hombre social, no habiendo transcurrido aún bastante tiempo para que algún hecho significativo viniera á perturbar la normalidad de su existencia.

De lo que sí hemos de hablar, es de sus visibles progresos y de las nuevas orientaciones hacia donde encamina su talento. Camps no espera á pie firme la evolución del arte siguiéndola tardíamente, sino que, anticipándose á ella, corre á su encuentro, la previene, y contribuye con su propio esfuerzo a la evolución.

A Camps débesele la invención de un género decorativo que ha podido tener imitadores, mas no émulos. Sus figuras, que al propio tiempo que inspiradas en un sentimiento real del dibujo, son motivo ornamental, se enlazan con singular maestría con todos los demás adornos circunstantes, de carácter nuevo, mas no semejante al estilo moderno aceptado generalmente, prolijo en detalles como un trabajo de orfebrería, y siempre rico y bien contrastado de color, aunque sólo se exprese por pocas tintas.



Gaspar Camps en su taller.

Género que se adapta á muchos usos, de utilidad práctica unos y de mero adorno los otros. Como elemento de publicidad en particular, no tiene precio, á propósito para carteles, calendarios, portadas, cabeceras, etcétera, que el aficionado guarda codiciosamente ó el comerciante conserva en su despacho por su aspecto decorativo. Camps ha aplicado con éxito su estilo hasta en la ilustración de la novela, huyendo de la lámina tradicional, á la que presta con su original ornamentación nueva gallardía.

Como demostración de lo que dejamos expuesto, no hay más que ver las obras que publicamos en este número y que resumen la variadísima labor del artista. Nada mas pomposo que el *Angel* de la Anunciación, que tiene de real la forma estudiadamente correcta, pero idealizado en la espléndida ornamentación, de la que es origen y parte á un tiempo mismo, sin que ésta destruya el noble misticismo de la figura. Y buen *pendant* forma con él la original portada que le acompaña, adecuada por su composición para serlo de un periódico ilustrado.



De este arte tan peculiar de Camps ha nacido otra manifestación que, aunque fundada en elementos mas reales, puesto que se suprime todo motivo ornamental es, sin embargo, hija directa de aquél. Nos referimos á los simpáticos estudios de cabezas femeninas, pintados al pastel, y cuyas primicias tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores. Son cabezas de mujeres españolas no ciertamente cual se ven en la calle, sino con este singular prestigio que adquieren las *divettes* de los cafés musicales. Son ricas de color, con los irisados reflejos del plumaje del pavón; de tonalidades sucintas y vigorosas, y están cortadas con discreto gusto. Estas cabezas son lo que los franceses llaman una *trouvaille*.

Todos los trabajos publicados en este número, forman parte de una colección que Gaspar Camps piensa exponer dentro de poco en París, donde hallará seguramente el premio que merecen sus talentos y su actividad. Nosotros, mientras aplaudimos su resolución le augaramos gloria y provecho en la capital francesa.

Francisco CASANOVAS



LOS GRANDES HOMBRES

La situación era insostenible. El edificio social, agrietado por tremendas sacudidas, amenazaba inminente ruina, sin que bastasen á contener la catástrofe los titánicos esfuerzos de algunos hombres de buena voluntad y acendrado patriotismo, que aún quedaban en la Nación. Era necesario apelar á un recurso supremo porque el mal tenia tan hondas raíces, habia adquirido caracteres de tan honda gravedad, la postración del pueblo era tan absoluta que no había remedio posible. La gente política sólo atendia a su medro personal; la Justicia sólo obedecia á la presión del caciquismo que es una degeneración del feudalismo; la Industria y el Comercio tan florecientes en otros tiempos, agonizaban por falta de protección; la Agricultura moria por falta de los brazos que le restaba la continua emigración á América, que es la Meca de los desesperados, y que, á modo de sangría suelta, iba despoblando el territorio; el Ejército estaba en entredicho, porque la fatalidad se había encargado de desvanecer su gloriosa leyenda. Y como consecuencia lógica é inevitable de tal estado de cosas, la huelga continua, el hambre perpetua, la asonada y el motín eran el pan de cada dia.

Los gobernantes, por la debilidad innata en ellos, ó por miedo a promover mayores conflictos, no se atrevían á reprimir con mano



fuerte tales desmanes, no obstante los sanos, leales y desinteresados consejos de la Prensa, que, siempre alerta, vaticinaba la tremenda catástrofe que, como bandadas de negros cuervos, se cernía sobre aquella desventurada Nación, que en un cuerpo de gigante encerraba un alma de niño, siendo por esta causa más fácil de gobernar que otra ninguna.

— ¡Aquí hace falta un hombre! — se decía en todas partes. — Nadie como el general Albertos podía encauzar este desbordado torrente; nadie con más autoridad que él podía salvar la Patria de los tremendos peligros que la amenazan. El es un hombre honrado, de limpia y brillante historia; héroe en el Parlamento, donde ha contendido bravamente con los más insignes campeones de la tribuna, y héroe en los campos de batalla, de los que siempre ha vuelto con la frente orlada por el laurel de la victoria. ¡Si él quisiese!... ¡Si él montase á caballo!... ¡Si él desenvainase su espada!

* * *

Un día se presentó al general Albertos una numerosa Comisión de patriotas, en la que figuraban algunos valiosos elementos militares.

— Mi general, — dijo el que llevaba la voz cantante; — si usted no se pone de nuestra parte, si usted no adopta una resolución, todo lo enérgica y decisiva que las circunstancias requieren, pegando un puntapié á todo lo que estorba, que desgraciadamente es mucho, para que la Nación sea lo que siempre ha sido y lo que debe ser, nuestro porvenir es el caos...

— Señores, — contestó grave y pausadamente el general Albertos; — yo, como militar, no puedo ni debo sublevarme contra el actual estado de cosas.

— Eso estaría muy bien, — objetó un coronel de largos y retorcidos bigotes grises, — si los militares tuviésemos la obligación de poner nuestras espadas al servicio de la idea. Pero no es así, mi general; nuestra misión es más alta, más augusta: es la de defender la Patria, que es más que todo y está sobre todo, y como la vemos en inminente peligro, acudimos á usted, que es el único que puede salvarla, sacándola de la postración en que yace, y reanimando sus abatidas fuerzas, empleando para ello enérgicos y poderosos revulsivos.

— ¿Hablan ustedes en nombre de la Patria? Pues desde este momento mi espada y cuanto soy y cuanto valgo está á la disposición de ustedes. ¿La Patria está en peligro? Pues corramos á salvarla, y ¡felices de nosotros si tenemos la suerte de perder la vida en su defensa!

Triple salva de aplausos acogió las últimas palabras del caudillo.

* * *

El general Albertos contaba á lo sumo unos cincuenta años. A los cuarenta y cinco había contraído matrimonio con una lindísima joven de la aristocracia, que falleció un año después, dejándole como recuerdo de aquel tardío amor una niña, en la que Albertos concentró todos sus afectos, todas sus ilusiones. Desde aquel infausto momento, el general abandonó por completo la política, en la que tantos y tan señalados triunfos lograse; consagrándose exclusivamente al cuidado y educación de su hija. A los cinco años, Luisita ó *Lili*, como su padre la llamaba, era una criatura celestial, cuyas infantiles risotadas, sólo comparables á los gorjeos de los pájaros en primavera, eran lo único que alegraba la soledad en que voluntariamente se recluyera el general, desde la muerte de su malograda esposa. Pero por la gravedad de las circunstancias vióse obligado á salir de aquel retraimiento, teniendo que asistir á reuniones secretas, celebrar conferencias y atar todos los cabos, para que el golpe, que bajo su dirección se preparaba, no resultase un fracaso que diese al traste con su bien ganado prestigio.

Llegó el día designado para la realización de aquel movimiento regenerador en el que desinteresadamente habían colaborado los hombres más ilustres de la Nación, aquellos que lo arriesgaban todo sin la esperanza de ganar nada. Todo estaba dispuesto: las tropas en sus cuarteles, esperando solamente la orden convenida para lanzarse á la calle; los hombres civiles comprometidos en aquella peligrosa aventura, reunidos en sesión permanente en oculto local donde no podía llegar el olfato de los más finos sabuesos de la policía. El Gobierno, aunque presentía el nublado que le amenazaba, como no lo creyera tan próximo, vivía entregado al *dolce far*


HERMOSOS Y ESCOGIDOS TOROS
G. CAMPS





niente. De aquel Gobierno podía decirse lo que dijo el poeta de aquel marido engañado:

«Todo Madrid lo sabía;
todo Madrid... ¡menos él!»

* * *

Eran las nueve de una fría noche de Enero. Nevaba copiosamente. El general, vestido con el uniforme de campaña, esperaba con nerviosa impaciencia que llegara la media noche, hora señalada para el movimiento, en el que arriesgaba su prestigio y acaso su vida.

De pronto, penetró *Lilí* en la estancia donde se hallaba el general, y al verle de uniforme, le preguntó:

— ¿Vas á salir esta noche?

— Sí, hija mía.

— Pues yo no quiero que salgas, porque hace mucho frío. ¡Mira como nieva!

— Es verdad; pero los militares, cuando se trata del cumplimiento de su deber, no pueden ni deben fijarse en si hace frío ó calor.

— Es que yo no quiero que salgas esta noche.

— No hay más remedio, nena; tengo que salir.

— Eso es, y coges frío, y te pones malo, y te mueres, como se murió mi mamaíta, ¿y qué será de mí entonces? ¡Me quedaré sola en el mundo!

— Vamos, vamos; sé juiciosa y no digas tonterías.

—No salgas, — insistió *Lilí*, desciñéndole la faja. — Esta noche te quedas aquí, porque cuando sales de casa tengo muchísimo miedo, — añadió, quitándole la espada.

— No insistas, porque es inútil, — dijo el general, procurando, aunque inútilmente, desasirse de los brazos de su hija, que le aprisionaban como cadenas.

. . . .

¿Sabes, amable lector, en qué paró todo aquéllo? Pues en que el general no salió aquella noche de su casa, y, como consecuencia, el movimiento político que había de dar al traste con todo lo existente, no se realizó y las cosas quedaron según estaban. ¿Y todo por qué? ¡Porque *Lilí* no quiso que su padre saliera aquella noche á la calle!

Todo por una pequeñez... ¡La pequeñez de un grande hombre...!

MANUEL SORIANO

MALA SOMBRA

(CUENTO)

NADA hay bajo la capa de los cielos tan perfecto que no tenga su parte mala: el primer sacramento, que lava el pecado original, no estuvo para Diego exento de peligros, pues el descuido de su madrina y acaso su propio manoteo le hicieron caer dentro de la pila del agua bendita. Nuevo Moisés, Diego tuvo que ser pescado del agua, no sin alguna contusión y haber corrido grave riesgo de morir por asfixia.

Su madre no pudo criarle y fué confiado á una cabra. Poco después, la miseria de su familia fué tan grande, que en una cesantía del padre se consumó en aquella casa un verdadero crimen: la familia se comió al ama de cría y el mismo Diego participó del festín. La historia registra el suceso del conde Hugolín, comiéndose en la Torre del Hambre á sus propios hijos; pero Diego, muy niño aún, se comió á su segunda madre, suceso no menos digno de figurar en los anales de la historia de la Humanidad. Desde entonces, Diego miraba siempre con una especie de remordimiento á los rebaños de cabras que pasaban por su casa.





Afortunadamente, y como esto ocurría en España, donde los cambios de Ministerio abundan casi tanto como los de la luna, el padre de Diego volvió á ser colocado y la familia volvió á comer, sin que esto fuera en ella un accidente y sí una costumbre.

La entrada de Diego en el mundo había sido casi una entrada por salida, como dejamos dicho: uno de sus primeros actos fué también un crimen moral inconscientemente cometido. Y es que la mala estrella de Diego había de manifestarse hasta en los más pequeños é insignificantes de su vida.

Numerosos azotes le advirtieron desde muy pronto las espinas que había de recoger durante el camino de su existencia ¡pero como supo también desde muy niño el refrán de que «quien bien te quiere, te hará llorar» averiguó desde pequeñito el amor que le profesaban sus padres, sus hermanos mayores y sus compañeros. Todos eran á quererle á porfía, según lo que le azotaban todos!

Llegó un día en que Diego fué llevado á la escuela de primeras letras y entró en ella temblando: le habían dicho que «la letra con sangre entra», y Diego se dió por desangrado y perdido. Allí, no obstante, presentábase ante su vista nuevos horizontes, por los muchos compañeros que desde aquel momento adquiría

Qué solícitos cuidados en todos ellos, así que conocieron á Dieguito.

Uno le quitaba los libros.

Otro le rompía las planas.

Este le pellizcaba.

Aquél le llenaba la camisa de tinta.

Si tocaba reparto de premios, Diego llegaba el último

Si había distribución de palmetazos, allí estaba la primera de todas la mano de Diego.

¿Aparecía untado de tinta el sillon del maestro? ¿Recibía éste en las narices una pelotilla? ¿Pasaban las manillas del reloj para la entrada ó las hacían caminar más deprisa de lo justo para la salida? ¿Salía á la calle el perrito de la maestra con una cacerola atada al rabo? ¿Aparecían los mapas llenos de manchas ó de desgarrones?

Pues todos los muchachos, unánimemente y á coro declaraban que Diego era el autor de semejantes diabluras.

De aquí que todos los días se quedase encerrado en el cuarto obscuro y sometido al régimen de pan y agua, que es muy higiénico, sin perjuicio de que, detrás del castigo del maestro, llegara el de su padre.

Tan acostumbrado estaba Diego á tener que oponer su negativa á toda clase de acusaciones que si él no fué el protagonista de un conocido cuento, pudo serlo muy bien.

—¿Quién ha hecho el mundo? —preguntaba el maestro.

—¡Señor maestro, yo no he sido!

—¿Cómo que no has sido tú, pícaro?

—Pues bien, sí, señor, yo lo he hecho... Pero no lo volveré á hacer más.

* * *

—¿A qué dedicaremos á este muchacho? —se había preguntado el padre cuando Dieguito cumplió los diez y seis años

—¡Oh! —le dijo un vecino — hay profesiones muy socorridas. Hágale usted portero de una casa de Socorro.

—Yo quisiera que tuviera así... una carrera.

—¿Carrera? Pues, andarín... Mire usted, algunos hacen bien su camino en el mundo.

—¿Por qué no le dedica usted á la Iglesia? —dijo una vecina ferviente devota. —Con poco trabajo podría acompañar al Viático y tocar las campanas.

—O al toreo. —dijo otro amigo. —el muchacho, según las caídas que ha sufrido tiene vocación de picador.

—O sino á marino... Mire usted vecino, ocho reales ganan los de las lanchas del Retiro.

—No, yo quisiera para Dieguito una profesión en que se ganara la vida sin peligro de...

—¡Ay! vecino... Eso es pedir demasiadas gólleras Ya ve usted si la carrera de revendedor de billetes es buena cuando no dan en perseguirla; ya ve usted si ganan los matuteros, pero á lo mejor visitan la cárcel ó reciben un tiro de los guardas de consumos.

—Es que yo quisiera algo de más lustre.

—¿Lustre? —exclamó una moza de rompe y rasga que escuchaba. —¡Pues métale á limpiabotas, que es el oficio que da más charol!

Y estas consultas y conversaciones se repetían diariamente, muchas veces delante de Diego que, ajeno á cuanto se trataba, sin voluntad propia, incapaz de oponerse á la voluntad paterna ni de pensar por sí mismo, seguro de que si lo hiciera habría de equivocarse, ignoraba si como resultado de la consulta habría de ser al día siguiente militar ó fraile, si habría de tener que introducir contrabando, ayudar á misa, cultivar la ciencia ó picar á un toro de Miura, más ó menos berrendo, corniveleto y voluntario.

—Pero ¿á qué te inclinas, tú? —le dijo una vecina compasiva. —No seas como mi hijo, que no tiene inclinación más que á las mujeres y que me va á quitar la vida á fuerza de disgustos.

—Eso es natural, —dijo otra, —la cabra siempre tira al monte.

Dieguito se estremeció involuntariamente: en un momento recordó á su ama de cría, se dió cuenta de que nunca le habían llamado la atención las muchachas y hubo de preguntarse interiormente ¿Estaré predestinado á vivir sin amor?

† M. OSSORIO Y BERNARD

(Concluirá.)






CAMPS



HÉROES ANÓNIMOS

Aquella mañana era de un domingo del mes de Octubre, la tripulación de un navío de tres puentes y cuarenta y dos cañones por banda, después de oída la misa, habíase esparramado por la cubierta de proa para entregarse á sus juegos favoritos. En ella, sentados en la carronada que servía de montaje una á colisa, había un grupo de marineros, en su mayoría imberbes, procedentes de la última leva; entre aquellos semblantes barbilampiños y cabezas cubiertas de pelo negro, destacábase la de un cabo de cañón casi calvo y de hirsutas y blanqueadas patillas, tan enojadas con el peine, que rara vez penetró en aquel bosque de pelo duro como cerda de jabalí; en su semblante, tostado por el sol y rugoso por los años, veíanse varias cicatrices, denunciadoras del filo del sable de abordaje.

— Muchachos, — decía el viejo cabo á los reclutas que le escuchaban como quien oye á un oráculo — vosotros habéis llegado ya tarde; hace treinta años, cuando yo no tenia más que veintitrés, entonces quemábamos pólvora casi todos los días; ahora la pólvora se pudre en los pañoles de la Santa Bárbara, y cuando sale de ellos es sólo para consumirse en salvas.

Al hablar así, dos lágrimas se escaparon de los ojos del eabo, y rodando por su semblante, fueron á perderse en las patillas, y un suspiro muy hondo y prolongado salió de su pecho. Eran las primeras, tributo á la memoria de compañeros que dejaron de existir; y el segundo, expresión dolorosa de un alma que mantiene incólume su amor á la Patria y aún sufre por los desastres pasados.

Poco duró el silencio del viejo: uno de los grumetes, con voz suplicante, le dijo:

— Cuéntenos usted algo.

— ¿Para qué? Todos los recuerdos de mi vida están llenos de amargura, — y señalando hacia popa, lugar donde flotaba el pabellón, les dijo:—¿Véis esa bandera?, su color rojo está teñido con nuestra sangre, por eso es tan vivo, por eso también la quiero tanto; por ella he luchado muchas veces; las cicatrices de mi cara son en menor número de las que tapa mi blusa.

— ¿Se ha batido usted muchas veces?

— ¡Muchas, y aún me parecen pocas! Con Gándara, en Gibraltar; con Córdova, en San Vicente; con Gravina, en Finisterre y Trafalgar; con Mazarredo, en Cádiz. En Chile, en el Perú, en todas partes donde hubo lucha, allí me llevó la suerte, y no me pesa; ahora ya sólo soy un barco viejo que está esperando dar fondo en cualquier puerto para que le desguacen en seguida.

Como si se hubiese arrepentido de estas frases, irguió la cabeza agregando:



— Aún hay fuerza en mi brazo para empuñar la mecha, y mis ojos no han perdido la puntería. ¡Ah!, con qué gusto volvería á luchar contra los pícaros ingleses, causa principal de nuestras desdichas

— Y yo, y yo,—respondieron á coro los oyentes...—pero cuéntenos usted algo.

—Sí, os hablaré de Martín Alvarez, pero antes tenéis que rezar un Padre Nuestro en sufragio de su alma.

Todas las cabezas se descubrieron y cada uno oró la plegaria pedida; después, los ojos del cabo lanzaron destellos de fulgor, como si los recuerdos que iba á evocar avivasen el odio que en su alma existía.

—Fué en Cádiz donde conocí á Martín Alvarez, granadero de infantería de Marina: no había visto el mar hasta que la leva le arrancó de Extremadura, región que ha dado á España más héroes que oro el Perú: á los dos nos destinaron al navío *San Nicolás de Bari*, que mal provecho haga á los ingleses, y sin saber por qué, desde el instante de conocernos nos hicimos amigos; yo era para él un hermano y Martín me correspondía de igual manera. Si no recuerdo mal, esto fué en 1796; un año después se dió el combate del Cabo de San Vicente: mandaba nuestra escuadra el general Córdova; es verdad que se portó como un valiente... pero ¡ay!, como almirante... en fin, yo no puedo juzgar á mis superiores. Allí luchamos, como siempre, despreciando la vida, buscando ocasión de entrar al abordaje; pero todo fué inútil, no tuvimos más remedio que sucumbir. Los ingleses nos hacían señales para que nos rindiésemos y á ellas se contestaba disparando de nuevo los cañones. ¿Arriar la bandera? ¡Eso nunca! Bueno era nuestro comandante para rendir el buque... Primero la muerte... ¡y murió! En menos de media hora, el *San Nicolás* tuvo cerca de seiscientas bajas. Martín me ayudaba á cargar el cañón; cada vez que yo iba á dispararlo, me decía: «Apunta bien, que no se pierda el tiro; ya no nos queda más remedio que morir; pero hay que hacerlo matando.» Y matamos ¡eso sí! ¡Juro que ni uno solo de mis cañonazos dejó de hacer carne!

» De pronto, los ingleses se lanzaron al abordaje; al frente de ellos iba Nelson, entonces comodoro, después el gran almirante de Inglaterra. Ya apenas quedaba gente á bordo que pudiera contenerles. Martín, sable en mano, y yo sin más ayuda que la de unos cuantos quisimos cortarles el paso. Nelson cae herido por el sable de Martín; yo con el espeque rompí algunas cabezas, y hubiese roto más si la mía también no me la hubieran hecho añicos. Por todas partes nos arrollaban; Martín corre á popa y en ella ve tendido al comandante; su pecho está cubierto de heridas; aún reconoció al granadero y le dice:





»—Martín, ¡que no se arríe la bandera!

»—No, mi comandante, aún flotará mientras yo pueda defenderme.

»Y solo, en la toldilla de popa, lucha con desesperación, mata tres ó cuatro ingleses. Un oficial enemigo, pues de los nuestros ninguno había en pie, que se acerca al palo mesana para cortar las drizas de bandera, es atravesado por el sable de Martín, con tanta furia, que la punta quedó clavada en el palo de mesana. Martín, indefenso, es herido en la cabeza. Poco después, el *San Nicolás de Bari* se lo llevaban los ingleses prisionero á la bahía de Lagos, á Portugal.

—¿Al fin tuvo que rendirse?

A esta pregunta, los ojos del cabo se inyectaron en sangre y respondió con indignación.

—¡Imbécil!, mal podía rendirse un navío no teniendo quien le defendiera.

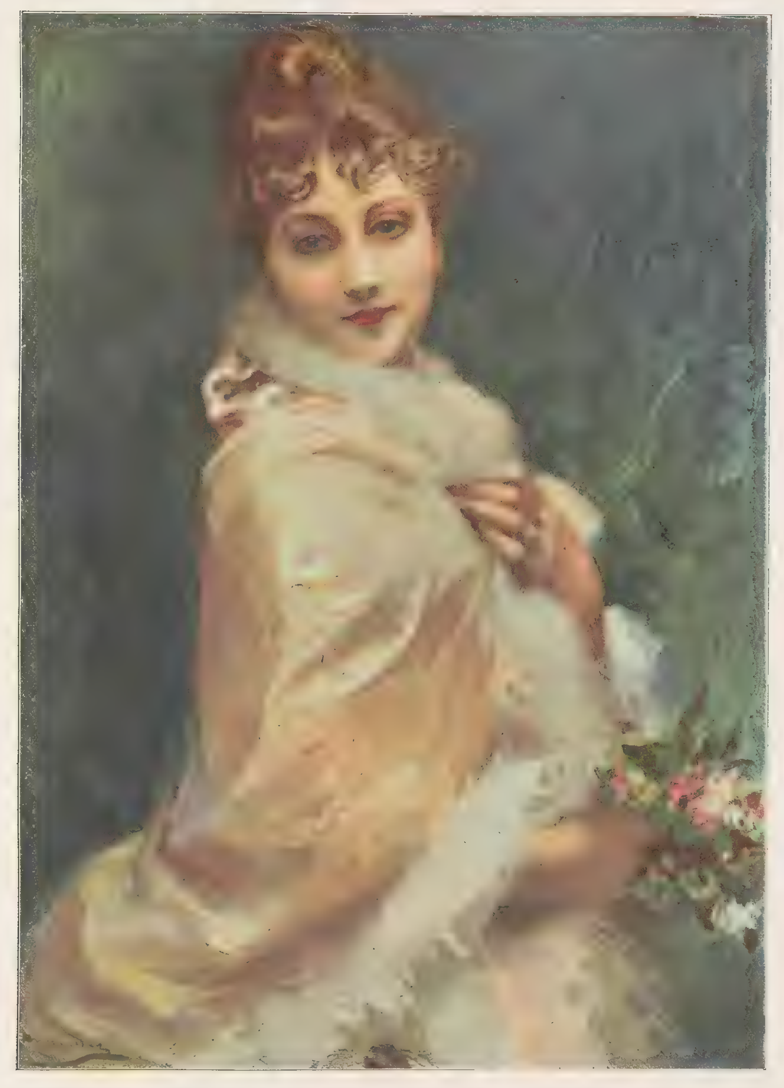
—¿Y qué fué de Martín?

—Sin acabarse de curar de las heridas, se escapó de Lagos, presentándose en Cádiz a Gravina, con él se batió después en Finisterre y murió en Brest, de resultas de una caída. Dichoso él que no contempló la derrota de Trafalgar, ni la pérdida de América. Ahora que ya sabéis quién era Martín Alvarez, pagadme mi relato rezando otra vez por él.

M. DEL CORRAL CABALLÉ



Estudio para un tríptico simbolizando «La Anunciación».



Cuadro de Daniel Hernández.

Museo Municipal de Barcelona.

BELLAS ARTES

En una obscura estancia de paso del famoso *Café Greco*, de Roma, punto de reunión diaria de los bulliciosos españoles, conocimos al peruano Daniel Hernández, que por afinidad de raza é identidad de gustos se había agregado á la colonia española, y ésta le correspondía considerándole como uno de sus miembros, cada vez que algún asunto común á todos nos obligaba á contar nuestras fuerzas.

En 1879, época á que me refiero, era Hernández un aventajadísimo joven, que dejaba concebir grandes esperanzas de sí. Ya entonces descubría aquella cualidad eminente que ha sido siempre la característica de su arte: el colorido. Pocos, en verdad, habrán visto la naturaleza con tanta riqueza de matices, y pocos son los que, como Hernández, han sabido trasladarla á la tela con una infinita galanura de pincel. Revelaba ya entonces este gusto aristocrático que es propio y connaturado en él. tan elegante y refinado, que ennoblece y afina los modelos más toscos y ordinarios. Ya entonces poseía un dibujo amplio y correcto, y en el que, sin paradoja, se adivinaban las eminentes cualidades de colorista que habían de darle merecida fama.

En el largo tiempo que residimos en la Ciudad Eterna, pudimos observar el curso progresivo de la producción de Hernández, la admiración creciente que causaban sus obras y cómo éstas iban siendo más solicitadas de día en día por los marchantes y aficionados. Luego se fué á París, en busca de más ancho campo para su arte, y allí creóse brevemente una reputación, llevando sus privilegiadas cualidades al punto de esplendor actual, y que, merced á un constante estudio y á un asiduo trabajo, habían de hacerle uno de los pintores más fáciles y elegantes de nuestro tiempo.

Sus relaciones personales con algunos artistas de Barcelona hiciéronle concurrir con sus obras á casi todas las Exposiciones Internacionales de arte que el Ayuntamiento de la Ciudad Condal con tanto acierto promovía cada dos años. A esa circunstancia debemos el que nuestro Museo guarde dos hermosos cuadros de Hernández, adquiridos respectivamente por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento; el primero publicado ya en el Album Salón hace algún tiempo, y el segundo el que publicamos hoy.

Trátase de una media figura de mujer que sale del baile, envuelta en rico abrigo forrado de pieles, y llevando en la mano un ramo de flores. En este cuadrito no se sabe qué admirar más, si la belleza de la linda cabecita y la mano izquierda, ó la delicada gama de matices rosa del raso del abrigo, ó la maravillosa soltura del pincel. Todo en él es igualmente fascinador.

Al laureado pintor de Gandía, A. Gomar, pertenece el precioso paisaje que reproducimos en la doble página central, y que procede de la colección que el señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes remitió al señor Gobernador Civil para el adorno de las habitaciones del palacio en que reside.

Gomar sorprende por la extraordinaria buena fe que pone en sus obras. Dotado de un mecanismo complejo y fácil que le permite dar la justa calidad á las cosas. copia además con sinceridad la naturaleza, con la misma sinceridad que los pintores belgas y y holandeses, mejorada en lo que se refiere á la elegancia del mecanismo.

Todo, en este paisaje que publicamos está resuelto con segura mano, con pintoresca habilidad: y el acentuado claro-obscuro del manzano hace contraste con la largueza y sobriedad del prado y la arboleda, y la precisión arquitectónica del señorial palacio y las lejanas casas del pueblo. Hay jugo, hay color, hay belleza.

Gomar ha sido premiado en varias exposiciones nacionales de Madrid.

Francisco CASANOVAS

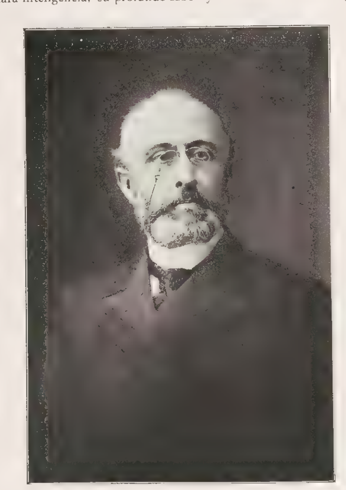
MUERTOS ILUSTRES

Penosísima impresión dejará en el alma de los buenos españoles, que admiran y enaltecen las grandezas de su patria, la primavera de este año. Los meses de Abril y Mayo, en que la naturaleza toda renace á nueva vida, han sido mensajeros de muerte para tres personalidades de la más alta valía y respetabilidad. Después del insigno poeta Balart, un eximio literato y un eminente hombre de Estado han bajado á la fosa en esa época de las flores, cual si el ángel de las tinieblas, obligado á cumplir su destructora misión, hubiera querido engalanar con rosas y claveles la senda que ambos habían de recorrer en su tránsito de la tierra al cielo.

El fallecimiento de don Juan Valera y de don Francisco Silvela han causado sentimiento general, y se comprende, pues no está la Nación tan sobrada de genios, que pueda ver con tranquilidad su pérdida; en aquellos que tuvieron ocasión de admirarlos de cerca ó suficiente ilustración para apreciar cumplidamente su clara inteligencia, su profundo saber y la nobleza de su alma, el



JUAN VALERA — Eximio literato.



FRANCISCO SILVELA — Eminente estadista.

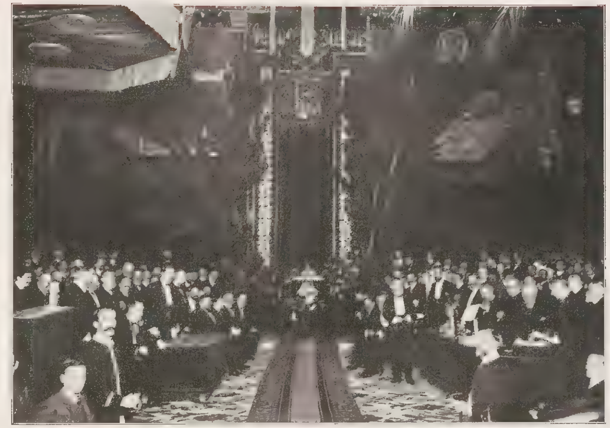
† Fallecidos recientemente en Madrid.

sentimiento ha tomado carácter de dolor intenso, y el consuelo será muy tardío ó, por lo menos, más difícil.

No nos proponíamos dedicar á la memoria de esos muertos ilustres sentidas necrologías que nuestros lectores encontrarán seguramente en todos los periódicos de España y en muchos del extranjero; nos ha movido sólo, pues carecemos de espacio para otra cosa, el natural deseo de rendirles un póstumo homenaje de admiración y cariño, y de enviar á sus respectivas familias el testimonio de nuestro pesar sincero, tan grande como los merecimientos de los seres idolatrados cuya ausencia lloran y que en este momento estarán ya gozando de la eterna bienaventuranza en el seno del Señor.

La Patria, que tanto honraron en vida, sabrá perpetuar su recuerdo y legar á las generaciones venideras sus gloriosos nombres, para los cuales tiene reservadas páginas preferentes el libro imperecedero de la Historia.

* *



FIESTA ANUAL DE LOS JUEGOS FLORALES CATALANES, CELEBRADA EN EL GRAN SALÓN DE LA CASA LONJA EL DÍA 7 DEL PASADO MAYO. *Fot. de Merletti.*

MALA SOMBRA

Conclusión).

Pronto le convencieron de lo contrario los ojos de una modistilla, y la vecina santurrona le decía al padre:

— Tranquilícese usted, vecino, el chico tiene ya una ocupación, á las ocho de la mañana, á la una de la tarde y á las ocho de la noche. Acompañar modistas...

— ¿Qué me cuenta usted?

—Lo seguro; pero no le quite usted esta tendencia, que también puede hacerse buena carrera con la aguja... Mire usted, yo conocí á un sastre que se hizo inmensamente rico... porque le tocó el premio gordo de la lotería.

* * *

El amor hace prodigios y el amor de Diego le hizo pensar seriamente en su porvenir: quiso crearse una posición, estudió día y noche para ingresar en el cuerpo de telégrafos, que acababa de crearse por los tiempos en que pasa esta verídica historia, y cuando vió anunciada una convocatoria, se presentó como aspirante. Antes del exámen debía sufrir un reconocimiento facultativo, y Diego fué declarado inútil por falta de vista.

— Cómo ha de ser, — exclamó filosóficamente. — Esta inutilidad mala para una cosa es buena para otra: ya que para telégrafos soy inútil, también lo seré para servir al Rey en el Ejército.

Pero llegó la época de la quinta, fué reconocido de nuevo y se le declaró útil para el servicio. Días antes de ocurrir esto había tenido una corazonada: la de jugar á la lotería. Fuese á una administración, pidió un décimo y recibió por toda contestación:

— Ese caballero que ha tropezado con usted al salir se ha llevado el último billete entero.

— ¡Sí, por cierto que le he pisado y me ha llamado animal!

— Pues ha comprado el último ¡bonito número! el 17,017,

Al verificarse la extracción, el 17,017 obtenía el premio gordo. Cuando el afortunado fué á cobrarlo, andaba cojeando. Diego le aguardó en la calle, le recordó la escena del día anterior y le pintó con negros colores su desgracia.

El caballero, compasivo, ya que se había adelantado á privarle del premio, quiso hacer algo en su obsequio y le compró un substituto.

Lo único malo que había hecho en su vida, dejar medio cojo á un semejante, le había ocasionado aquella fortuna.

¿Será necesario lastimar al prójimo, para que el prójimo nos atienda?

Esto debía pensar Diego, al verse libre del servicio militar.

Por lo demás, los médicos de telégrafos tenían más razón que los de la Diputación Provincial: Diego era casi ciego, pero acostumbrado á resignarse con su suerte y deseoso de crearse una posición, se dijo:

— ¡No hay que afligirse! ¿No sirvo, por lo miope que soy, para telégrafos? Pues me prepararé para ser vista de aduana.

Y se preparó y ganó plaza y se la dieron, y se casó con la mujer que amaba. ¡Qué feliz fué Diego por entonces!

* * *

Una luna astronómica sólo dura 28 días. La luna de miel de Diego no duró tanto, ni mucho menos.

La modista, objeto de sus suspiros, desde el momento en que fué su esposa, guardó las agujas en algún alfiletero tan escondido, que no se volvieron á encontrar, ni aún para coser los botones que se le caían á Diego. En la previsión de que al llegar al invierno no hubiese fondos disponibles para esterar la casa, Marta fué dejando formarse gruesas capas de polvo por los suelos, y para economizar el gasto de persianas y cortinillas fomentó con su inacción el trabajo de las arañas destinadas á tejer hierros que las suplieran.

Desde el segundo ó tercer día de la boda, Diego empezó á encontrar en las comidas materias de difícil digestión.

— ¿Fríes con aceite de bellota? — preguntó á su cónyuge.

— ¿Por qué lo dices?

— Por lo mucho que ha crecido el pelo á esta tortilla.

— No será tanto...

— Efectivamente, todavía no puede hacerse trenzas con ella, pero ya hay base.

Otra vez era el cocido lo que motivaba sus observaciones.

— ¿Dónde pones el carbón para cocer la comida?

— ¡Hombre! En el barreño de la lumbre.

— Pues hoy te equivocaste, porque casi todos los carbones están en la sopa.

En cambio hubiera podido observar Diego, de fijar su residencia en la cocina, que al cocer el puchero solía salirse con el hervor y parar en la lumbre.

— Pero, ¿qué días acostumbras tú á planchar las camisas? Mira que la que tengo cuenta ya una antigüedad de semana y media.

Marta no contestaba á estas observaciones, en un principio; poco á poco fué perdiendo su cortedad; las reyertas entre los esposos menudearon y la vida llegó á serles insoportable. El sueldo de Diego era por otra parte tan exiguo, que la pobreza, auxiliada por la holgazanería de Marta, puso á los cónyuges á las puertas de la desesperación.

Una pulmonía cortó aquel nudo gordiano, dejando á Diego viudo.

A. GC



PAIS



AJE

Cuadro procedente del Museo de Arte Moderno (Madrid) *y existente en el Golierno Civil d: Barcelona.*

Había querido á Marta y la lloró; pero el tiempo fué borrando aquel dolor y Diego se consoló al cabo de algunos meses, notando que no le era indiferente á una vecina suya que ocupaba una elevada posición en el mundo y contaba con bastante riqueza efectiva.

— Me casé por amor antes, y fuí desgraciado; ¿Por qué no casarme ahora con una rica?

Y se resolvió á dar, por segunda vez, su mano y su nombre, y fué durante algunos meses el afortunado esposo de Elvira. Algo le disgustaba el gran número de relaciones de su segunda esposa, pues su casa era á todas las horas del día y de la noche una verdadera tertulia. Malas lenguas llevaron á su ánimo las más horribles dudas acerca de la virtud pasada y presente de su cónyuge; pero Diego no prestó oídos á la maledicencia, aunque vivió más advertido para observar por sí mismo.

Y observó, en efecto, que Elvira distaba mucho de ser una Lucrecia; que eran varios los Condes y Marqueses que profesaban á la mujer mucho más cariño del que consienten los preceptos religiosos y las conveniencias sociales, y tomando una resolución heroica pidió un destino en Ultramar, y no quiso que su esposa sufriera los riesgos de la navegación.

Como no había tenido hijos, Diego se vió completamente libre y pudo desde la Habana leer en todos los correos las descripciones que publicaban los periódicos de los tes, *sauteries* y *matinées* ofrecidos por su costilla á toda la *goma* y la *high life* madrileñas. En todas las descripciones se hablaba de la belleza, de la distinción y de la amabilidad de Elvira y en algunas se la denominaba «la joven viuda».

Diego se dió por muerto desde aquel mismo instante y hasta esperó ver la noticia de que su mujer se casaba con otro. No fué así; pero en cambio averiguó, al cabo de algunos años, que la pulmonía que había dado muerte á su primera mujer, no había sido un caso aislado, sino que por el contrario iba buscando sus víctimas entre las esposas de Diego.

Este pudo regresar á la Península sin temor á encontrarse llena su casa de Duques, Condes y Marqueses; visitó la tumba de su esposa, para convencerse de que estaba muerta y bien muerta, y poseedor de una fortuna regular, sólo pensó en hacer su vida más tranquila y bonancible de lo que lo fuera hasta entonces. Pero Diego había perdido á toda su familia paterna; veíase solo en el mundo, sin una mano cariñosa que le asistiera en sus dolencias y por vez tercera pensó en el matrimonio. La predicción de la vieja amiga de su padre se iba cumpliendo: Diego era demasiado aficionado á las mujeres para vivir sin alguna á su lado.

Pero, ¿cómo buscarla?

Diego renunció á dejarse guiar por el corazón y confió sus decisiones á la cabeza.



Fiesta de la Música Catalana, celebrada en el Teatro de Novedades el día 28 del pasado Mayo.

Fot. de Merletti.

—Si me caso por amor, tendré acaso otra Marta; si me caso con una rica, tendré otra Elvira; si me caso con una mujer joven y hermosa, me engañará.— Y Diego buscó una mujer más vieja que él, fea, aunque no excesivamente, y pobre.

— Así me deberá su bienestar, — decía, — y la gratitud redoblará mi cariño.

Se casó, pues, con Brígida; y aunque pudo observar desde luego que era tan descuidada como su primera mujer, los criados suplían su falta. En cambio, notó que gastaba de una manera escandalosa y, como dentro de la vida modesta de su casa no se comprendía áquel derroche, el pobre Diego se daba á discurrir, aunque en vano, en qué podría consistir.

Pronto pudo averiguarlo, por su mal, viendo que su esposa Brígida se había escapado con su mayordomo y con alguna parte de su caudal. ¡La infiel esposa, incapaz de inspirar una pasión al criado, lo había comprado con el dinero de su marido!

—¡Dios mío! ¿No habrá otra pulmonía por ahí? — exclamó en el colmo de la desesperación.

Y sí que la hubo; pero fué para el pobre Diego, que se vió entre la vida y la muerte; pero más cerca de ésta que de aquélla.

Pero Diego no murió de la pulmonía: hubiera descansado, y esto habría sido una dicha para él. Siguió viviendo y vive, para ser práctica demostración de que hay criaturas cuyo sino adverso les hace sufrir los mayores quebrantos y disgustos.

Diego va á subir á un ómnibus y lo encuentra siempre lleno: trata de bajarse y mide el suelo por haberse puesto aquél en movimiento; va á una fonda y le dan los residuos de toda la semana anterior; basta que él estrene sombrero para que las tiendas estrenen cortinas que se lo tiren al suelo; allí donde pone la planta hubo antes quien puso una cáscara de fruta; en el momento en que hay reparto de palos en cualquier reyerta, allí está Diego para encontrarse los que se pierdan; si mira al paso á una mujer, surge detrás el brazo contundente de un marido ó de un amante; riñen sus vecinos y le llevan á él á la prevención; su levita sirve para recoger lodo, el cascote y el yeso que cae ó tiran de las obras; los vecinos de Madrid aguardan á que él pase por la calle para regar sus tiestos; todos los mangueros de la villa le han tomado por blanco y le han rociado á su sabor, sin duda para quitarle el polvo de que antes le han llenado los barrenderos; él compra por corrientes todos los números atrasados de los periódicos; á él van á parar todas las monedas falsas que se acuñan y todos los objetos que han sido robados, y diariamente tiene que declarar ante la Audiencia por causas criminales de que no tuvo la menor noticia.

Ultimamente, registrando sus papeles, averiguó por su partida de bautizo que había nacido en martes; pero Diego se ha limitado á sonreirse amargamente; porque para él, si hay días aciagos, ¡todos lo han sido!

† M. OSSORIO Y BERNARD

FELICIDAD MAQUEDA



No hay más que verla, sentada al piano y en la bella actitud en que supo colocarla nuestro buen amigo, el fotógrafo Napoleón, para comprender que siendo casi una niña, posee en alto grado el sentimiento artístico. Tal fué la impresión que desde luego produjo en la numerosa y escogida concurrencia que hace ya algunas noches tuvo el gusto de admirar sus envidiables dotes de pianista, y pianista notable, en el Fomento del Trabajo Nacional, donde dió un concierto de cuyo brillantísimo éxito se ha hecho eco toda la prensa barcelonesa.

Abundando en la lisonjera opinión que acerca de su mérito han emitido nuestros colegas, reconocemos en la señorita Maqueda una gran intuición musical, así como una perfección y refinamiento en el mecanismo que honran sobremanera á su maestro el eminente Vidiella, de quien puede decirse con razón que cuenta sus triunfos profesionales por el número de discípulos.

Lo interesante y variado del programa daba pie á que la joven concertista luciera las galas de su talento y su portentosa ejecución, consiguiéndolo en todos los números, á pesar de ser á cual más difícil y de haberse oído tocar por muy celebradas notabilidades.

La *Polonesa en do sostenido menor*, de Chopín; un *Impromptu*, de Chubert; una *Tarantela*, de Rubinstein; y la *Campanela*, de Litz, constituyeron la primera parte, la de presentación, con la cual la señorita Maqueda se hizo ya suyo el auditorio. La sonata *Apasionata*, de Beethoven, que formaba la segunda parte, valióla verdaderas explosiones de aplausos al finalizar cada uno de los tiempos, y este entusiasmo fué en aumento durante la parte última, compuesta de la *Barcarola en la menor*, de Faure; *Les Abeilles*, de Dubois; la *Danza húngara*, de Brahms; la *Ronde française*, de Bœltman y la *Rapsodia*, de Litz.

En todas esas hermosas piezas, la precoz ejecutante se vió, como dejamos dicho, calurosamente ovacionada, obsequiándosela con preciosos ramos que formaron á su alrededor un florido jardín; y acentuándose al terminar la ovación, hasta el punto de que, para corresponder dignamente á ella, hubo de ejecutar una *Danza*, de Grieg, que puso magnífico remate á su meritísima labor.

A las múltiples y sinceras felicitaciones que la señorita Maqueda recibió de sus admiradores en la noche de aquel legítimo triunfo, unimos las nuestras, no menos cordiales, deseando que persevere en el estudio con igual constancia y fe que hasta ahora, puesto que ante ella se han abierto las puertas de un brillante porvenir.

Felicidad Maqueda vió la luz primera en Méjico, pero hemos de considerarla paisana nuestra, ya que contaba pocos meses cuando sus padres, españoles ambos, la trajeron aquí, donde se ha criado, vivido y cultivado las aficiones musicales que rinden en la actualidad tan riquísimo fruto.

Y esta consideración nos hace más grata la esperanza de verla, en época no lejana, figurar entre los grandes artistas.

Fot de Napoleón.



La Asociación Musical de Barcelona, dirigida por el Mtro. Lamothe de Grignon. *Fot. de Merletti.*



NOTA CÓMICA.



Cuadro de C. Sainz.

Museo Municipal de Barcelona.

UN PRODIGIO DE PRECOCIDAD MUSICAL

Según los periódicos madrileños, de uno de los cuales tomamos el epígrafe, muy acertado por cierto, que encabeza estas líneas, y las noticias particulares de nuestro corresponsal, ha llamado extraordinariamente la atención en la Corte, durante los pasados meses Abril y Mayo, el niño violoncellista Mario Vergé, que á la temprana edad de trece años merece ya ser calificado de verdadera notabilidad.

En los centros filarmónicos y, sobre todo, entre los profesores de música ha producido no poca admiración su precoz talento en

MARIO VERGÉ

el difícil arte que cultiva, habiendo cosechado grandes ovaciones en las casas del barón del Castillo de Chirel, del marqués de Fuentefiel, de los señores Flaquer, Forns, Prat y Samsó y en el Círculo Militar, donde su presencia fué con afán solicitada. También S. A. la Infanta Isabel, cuyo entusiasmo por toda manifestación artística es proverbial, invitóle á su palacio, deseosa de apreciar por sí misma el mérito, que tanto le habían ponderado, del precoz artista, al que colmó de elogios, entregándole una fotografía suya, con expresiva dedicatoria, como muestra de alta consideración y estima.

Por supuesto, que de todos esos triunfos participó con justicia la señorita Onia Farga, pianista notabilísima, cuyo retrato, junto con el del portentoso Mario, honra esta página.

Uno de los conciertos más importantes que dieron ambos tuvo efecto en el «Salón Montano» ante una escogida y numerosa concurrencia. Mario Vergé hizo prodigios en el violoncello, ejecutando magistralmente, acompañado de un modo irreprochable por la señorita Farga, una *Sonata* de Porpera, una *Romanza* y un *Allegro apasionatto* de Saint-Saens, la composición *Sur le lac* de Godar, una *Tarantela* de Popper y un *Vito* de Power. En esas piezas, todas de prueba, demostró que para él no existen dificultades; que su corazón de niño siente ya como el corazón de un hombre; y que está llamado á un porvenir brillante, pues ha empezado por donde muchos maestros acaban, sobrándole dotes para rivalizar con los violoncellistas de fama reconocida. La señorita Farga, á pesar de ser también muy joven, figura desde hace tiempo entre los concertistas de primera fila, por su dominio del piano, hijo de constantes estudios y de un talento tan poco común como envidiable.

A uno y otra enviamos nuestros entusiastas plácemes, no ocultando la satisfacción que nos causa el que músicos de tal valía sean paisanos nuestros, pues de la gloria que alcancen le tocará buena parte á esta tierra catalana que, en medio de su febril actividad industrial y comercial, no descuida el cultivo de las bellas artes, antes bien trabaja sin cesar para su progreso, creando á cada paso hijos cuyo sobresaliente mérito contribuye en gran escala al prestigio de la Nación.

Después de lo cual, consideramos oportuno consignar los siguientes apuntes biográficos que de ambos artistas nos hemos procurado, para satisfacer la natural curiosidad de nuestros lectores y completar esta sucinta información.

Mario Vergé tiene en la actualidad 13 años, habiendo empezado sus estudios en esta capital, donde vió la luz primera, bajo la dirección del entendido profesor don Dionisio March. En los exámenes sufridos en la «Asociación Musical» obtuvo siempre nota de sobresaliente, con mención especial del Jurado. Dióse á conocer aquí en varios conciertos, ya solo, ya con acompañamiento de orquesta, mereciendo siempre grandes aplausos, aunque nadie es profeta en su patria, pues desde los primeros momentos puso de relieve sus especialísimas condiciones y facultades. Nuestros colegas de la localidad prodigaron grandes elogios á su precoz talento, augurándole grandes triunfos en su carrera, como acaban de hacerlo los de Madrid, y diciendo lo que ahora han repetido los maestros Serrano, Mircky, Malats, Saint-Aubin y otras personalidades de no menos talla; conformes todos en que sus prodigiosas facultades le llevarán muy lejos; tanto, que no ha de pasar mucho tiempo sin que su nombre cruce la frontera y goce de fama universal.

La eminente concertista de piano, señorita Onia Farga Pellicer nació en esta ciudad en Noviembre de 1878. Hizo los primeros estudios en la «Escuela Municipal de Música», donde, desde su ingreso en 1887 hasta 1894, alcanzó los primeros premios de piano, violín, armonía é instrumentación. Como compositora, dióse á conocer con una elegante *Tanda de valses* para orquesta y una *Gran marcha solemne* para banda y órgano, que se ejecutó en el Palacio de Bellas Artes; y además por una inspirada *Marcha fú-*



ONIA FARGA

Fotografías de Napoleón.

nebre que nuestra Banda Municipal estrenó en el entierro del malogrado vate catalán Federico Soler *(Pitarra)*.

En el gran festival celebrado en el Teatro Lírico de Barcelona (1895), en honor de los autores premiados en un concurso de carácter internacional, se le confió á la señorita Farga la parte de piano del *Concierto en do menor* de Beethoven. Fué tan laudatorio

el juicio que mereció en aquella ocasión, que la joven concertista decidió consagrarse por completo al estudio de las grandes piezas de concierto, á la vez que ampliaba privadamente su instrucción musical. Gallarda muestra de ello son los éxitos alcanzados en los conciertos que ha ido luego dando en la «Asociación Musical», en el «Círculo Artístico», «Centro Artístico Musical», en teatros y salas de concierto de Barcelona y otras capitales y últimamente en París, Ginebra y Madrid. Y tan apasionada es la señorita Farga de la verdad artística, que, deseando hace poco compenetrarse bien con la música de Saint-Saens, que estaba estudiando, suplicó á este celebrado maestro que la oyera, en sesión íntima, á fin de poder avalorar con el consejo del autor la interpretación de sus obras. El ilustre Saint-Saens accedió gustoso á sus deseos y colmóla de elogios, calificando de irreprochable su labor.

* * *

EXPOSICIÓN DE MINERÍA Y TRABAJOS HIDRÁULICOS

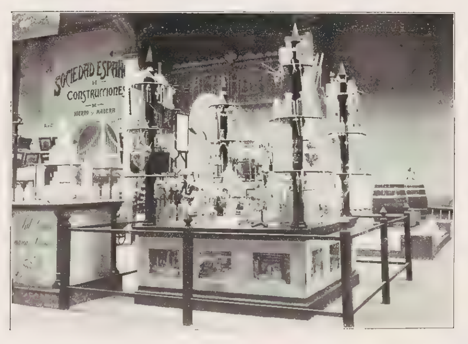
DE CATALUÑA Y LAS BALEARES



Vista general.

Está abierta, desde el 1.º de Octubre próximo pasado, en el Salón Central, que fué, del palacio de la Industria, cuando la Exposición Universal de 1888. Iniciada por el socio del «Fomento del Trabajo Nacional», don Manuel Gispert, patrocinóla y llevóla á feliz término esta importante Sociedad, á la cual se debe sin duda el brillante éxito que ha obtenido, muy superior al que podía esperarse, dada la desanimación que de algún tiempo acá viene observándose en los mercados comerciales y, por ende, en los centros de producción.

Cataluña y las Baleares dan en ella una muestra elocuente de su adelanto en los artículos á que la misma se refiere; llamando justamente la atención de los visitantes el sinnúmero de instalaciones, de inmejorable gusto, en su inmensa mayoría, que llenan el vasto Salón, lo propio que el vestíbulo y la plazoleta de acceso al edificio. Estará abierta hasta el venidero Octubre; procediéndose en la actualidad á la designación del Jurado que ha de otorgar las recompensas ofrecidas.



Instalación de la Sociedad española de Construcción de hierro y madera.

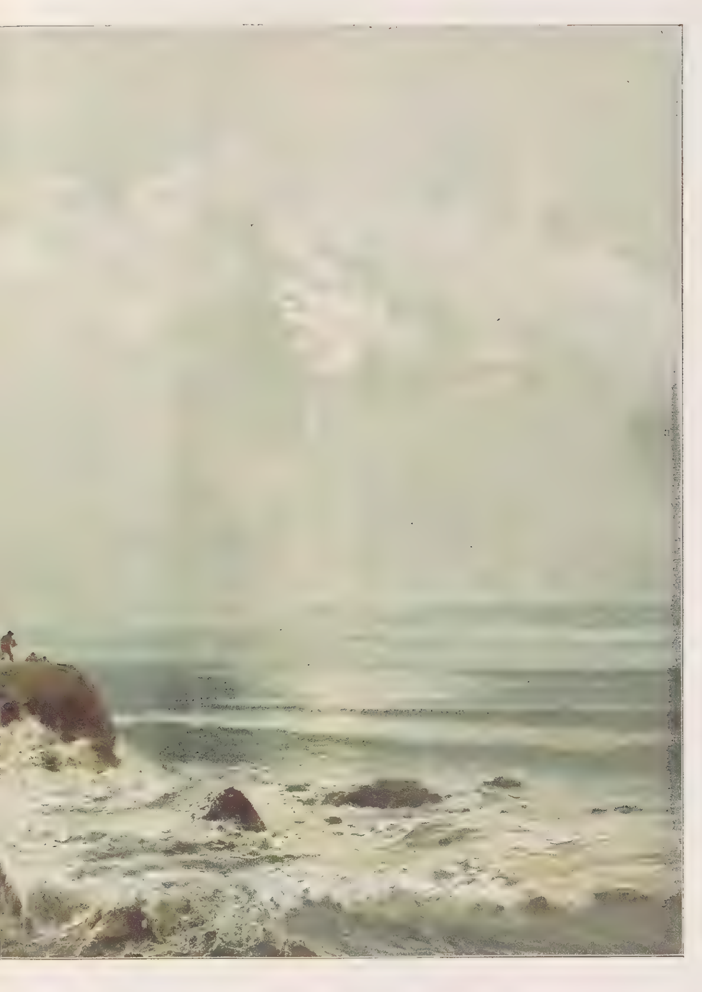
Para que nuestros lectores formen una pequeña idea de lo que vale esta Exposición, si es que no la han visitado, reproducimos en este número las vistas de las pocas instalaciones cuyas fotografías nos ha sido posible obtener.

* * *



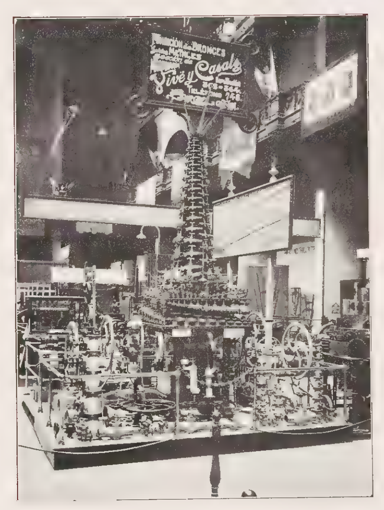
MA

O GALOFRE



RINA

Exposición de don Pío Clos (Rambla de los Estudios, núm. 6).



Instalaciones varias, en la Sección de Maquinaria.



Instalación de la Fábrica de Cemento Hidráulico, de Mr. Martín, en San Juan de las Abadesas.

MIGAJAS DE HISTORIA

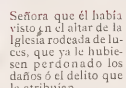
Había nacido no se sabía dónde; sus primeros pasos en la senda de la vida fueron para recibir denuestos y pedradas de otros chicos de su edad que, lejos de compadecerse de él, hacían gala de mortificarle más y más, al contemplarlo con su desmesurada y doble joroba, sus ojazos verdes é inquietos, y su aspecto tal de idiota, que en el pueblo fué bautizado por unanimidad con el sobrenombre de Ave-fría.

Todos le creían un estorbo, un mueble inútil que no servía para nada más que para mendigar de puerta en puerta el trozo de negro pan que alimentaba su desmembrado cuerpo.



Instalación de Cerrajería Artística, de Vicente Ibáñez (Gracia).

En la *Albuera*, pequeño lugar de Extremadura, á unas cuatro leguas de Badajoz, situado á la izquierda de un riachuelo formado por los arroyos *Nogales* y *Chicapierna*, en una frondosa vega, y punto donde se desarrollan estos sucesos, se creía firmemente que el corcobeta Ave-fría atraía la desgracia, y más de una vez, en años de mala cosecha ó en los que se desarrollaba el sarampión, le habían arrojado del pueblo á pedrada limpia; y él entonces buscaba refugio entre los verdes maizales, ó en el bosque de obscuros alcornoques, desde donde, después de pasar algunos días comiendo raíces, volvía tímidamente á asomar al lugarejo, suplicando in mente á aquella



Señora que él había visto en el altar de la Iglesia rodeada de luces, que ya le hubiesen perdonado los daños ó el delito que le atribuían.

Don Buenaventura Fuentes, era uno de los hacendados más ricos de la Albuera en aquella época; sus ganados pastaban en todas partes, y sus posesiones hacían estremecer de envidia y deseos á los más aventajados jóvenes del pueblo, que suspiraban, al recordar que el feliz mortal que consiguiese la mano de María, su única hija y heredera, también sería dueño de aquellos soberbios predios.

María era lo que gráficamente se denomina una real moza; de diez y siete abriles, con su tez morena densa, tan propia de nuestra raza meridional, sus negrísimos y rasgados ojos, pelo abundoso y ensortijado, talle esbelto y cimbreante, amén de una educación distinguida, hacía pensar que aquel pedazo de cielo no se había criado para aquellos lugareños. — En efecto, María adoraba con todo su inocente y sencillo corazón á un joven y apuesto oficial de lanceros que militaba en la división del bravo general Castaños.

Ave-fría, al recibir una mañana de manos de la gentil hija de don Buenaventura la diaria limosna, alzó los ojos agradecidos para contemplar á su bienhechora, y al encontrar su mirada, triste y apagada, la brillante y luminosa de la joven, sintió algo grande é inmenso pero inexplicable dentro de su alma, una oleada de sangre turbó su cerebro, y sin murmurar el acostumbrado «Dios se lo pague» corrió al campo, y allí rugió, lloró y maldijo la suerte que



Productos de las canteras del D. de Solferino en Centellas.

le había dado un alma noble y generosa, encerrada dentro de un cuerpecillo enteco y contrahecho.

Desde aquella mañana, Ave-fría no pidió más en las puertas del rico hacendado, y cuando sus ojos contemplaban á María, las lágrimas nublaban su vista, y comprendía más y más la enorme distancia que mediaba entre el harapiento corcobado y la rica y bella heredera; y aquel amor, que llenaba y perfumaba su alma, lo ocultaba cuidadosamente, Ave-fría, en lo más recóndito de su pecho, como guarda el avaro su más preciado tesoro.

Negras sombras de tristeza entoldaban el cielo de la Patria.

El estruendo de las armas había reemplazado al alegre ruido del trabajo, y el modesto labriego habíase trocado en ágil y valiente guerrillero.

El grito viril de «Independencia», lanzado á los vientos por el alcalde de Móstoles y el pueblo de Madrid, había corrido cual reguero de pólvora de un extremo á otro de la Península, y hecho latir de entusiasmo los corazones de los españoles, que, prontos á defender la madre Patria, se aprestaban á morir como héroes, antes que sufrir como esclavos las arrogancias del invasor.

Corría el mes de Mayo de 1811; al amanecer del día 16 empezaron á llegar á la Albuera las avanzadas del ejército inglés, al mando del general Kole, y la primera división del nuestro, que mandaba don Carlos de España con seis piezas de artillería. El pequeño lugar vióse convertido, como por ensalmo, en campamento, y los vecinos se complacían en compartir sus viviendas y su pan con aquellos valerosos soldados, defensores del honor y de la integridad española.



Instalación del «Fayáns Catalá».

Ave-fría andaba ensimismado entre los soldados, y las palabras sueltas de Patria é Independencia, que llegaban á sus oídos, repercutían en su alma dolorida y le hacían dirigir miradas codiciosas á los fusiles de nuestros bravos.

El mariscal francés Soult, duque de Dalmacia, con los generales Víctor y Sebastiani, al frente de 20,000 infantes, 5,000 caballos y 40 cañones, tomó posiciones por el camino de Santa Marta, frente al riachuelo de la Albuera.

Del lado acá, se situó el ejército aliado. El cuerpo expedicionario de Blake, á la derecha en dos líneas, con los generales Lardizábal, Ballesteros y Zayas.

La caballería expedicionaria y la del 5.º cuerpo, con el conde Penne Villemur, á la derecha de la infantería, también en dos líneas. El resto de la fuerza, al mando de Castaños, se colocó á la izquierda de toda la posición. Convínose en que dirigiría la batalla, como jefe, el general que hubiese conducido mayor número de tropas, en cuyo concepto tocó aquel mando al mariscal inglés Beresford, á cuyo cargo iban ingleses y portugueses.

El cañón retumba en la Albuera y hace gemir los valles comarcanos. La infantería coaligada se bate con ardor y entusiasmo y hace huir á los franceses, aterrados ante el valor de la división Zayas, que en columna cerrada y arma al brazo se lanza denodadamente contra sus contrarios.



Id. de la Sociedad explotadora de tapones, botellas y precintos «Julién».

La caballería, mientras, carga resueltamente contra las baterías francesas.

Un joven teniente, al frente de una sección, ha quedado aislado y se bate, con la fuerza de la desesperación, contra infinidad de franceses; su sable gira en círculo de muerte y las armas enemigas parece como que respetan tanta juventud y valor. Sin embargo, la superioridad numérica del enemigo le hace replegarse, y la pequeña fuerza, ya diezmada, va cediendo ordenadamente el terreno, y perdiendo sus hombres uno á uno. Al fin, llegan á las tapias de un frondoso huerto: allí el joven oficial está casi solo. los soldados han caído en la feroz contienda; su caballo se debate á sus pies en las convulsiones de la agonía y él, con sonrisa desdeñosa, espera sereno la muerte que por todas partes le amenaza.

* * *

Un agudo grito rasga los aires; una hermosa doncella ha visto desde una ventana el horrible cuadro; es María; María, la hija del rico propietario, que ve el peligro inminente del adorado de su corazón y se siente morir también; á este grito responde otro casi salvaje; por la tapia salta un sér extraño, con algo de la agilidad del mono y la ferocidad del tigre; sus nervudas manos oprimen un fusil con el que diestramente mata al francés que tiene más cerca; después se revuelve y con la bayoneta atraviesa á otro; el oficial, por su parte, tiende á sus pies de un sablazo á un tercero, el cual antes de caer asesta un furioso bayonetazo al pecho del joven teniente, que recibe el desgraciado Ave-fría, pues él era el providencial salvador del oficial, interponiéndose heroicamente ante la punta del arma. Un surtidor de sangre brota del cuello del infeliz jorobado; sus rodillas flaquean y se doblan; entonces, en aquel supremo instante, el oficial, que ya no tiene enemigos que combatir, pues han huído ante tal derroche de valor, quiere socorrerlo; con una mirada le indica que para él no hay remedio; cógele la mano, la aproxima á sus labios; después mira á la alta ventana y al ver en ella á María, trémula y blanca cual la azucena de los valles, presenciando fascinada la terrible escena, se sonríe cual los mártires, y dice con voz entrecortada por la agonía, á la par que su cuerpo se desploma, y sus ojos se cierran para siempre:

—¡Adiós, María! ¡Adiós! ¡Ave-fría ha servido, por fin, para algo!

Frase que, con ser tan vulgar, encierra todo un poema de amor y abnegación.

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ



Id de cementos, mosaicos y piedras artificiales, de Butsems y Fradera.

J. ESPINAL



Al final del Oficio.

Exposición de don P.o C.os (Rambla de los Estudios, núm. 6).



Cuadro de Román Ribera.

Exposición de don Pío Clos (Rambla de los Estudios, núm. 6).



La banda municipal, vistiendo el nuevo uniforme.

LAS FIESTAS DE CORPUS EN BARCELONA

Celebradas en la última decena del pasado Junio, con escasa animación y muy corto número de forasteros, han venido á confirmar lo que en otra ocasión manifestamos; esto es: que en una ciudad como la nuestra no caben medias tintas cuando de festejos se trata, y que no debe pensarse en ellos sin contar antes con los medios necesarios para revestirlos de la esplendidez y fausto que requieren el buen nombre y la importancia de Barcelona. Es indispensable también pensarlos y prepararlos con tiempo; cosa que desgraciadamente no sucede, pues, sea por lo que sea, casi siempre resultan improvisados.

Dado el tiempo que medió desde el acuerdo á la realización, y la mezquina cantidad votada por el Municipio, no podía esperarse esta vez un resultado medianamente satisfactorio, de modo que á nadie pilló de susto el escaso éxito que las tales fiestas alcanzaron.

Hemos de añadir, sin embargo, en honor de la verdad, que tampoco fueron tan desdichadas como algunos han venido afirmando de palabra y en letras de molde. Que en el programa figuraban números atrayentes y de verdadera novedad, además de los de rúbrica, no hay quien lo niegue, pero con un presupuesto raquítico no se va á ninguna parte, ni se da á los buenos proyectos el desarrollo de que son susceptibles.

El citado programa hubiera merecido el calificativo de soberbio en cualquier capital de provincia, sin excluir á Valencia. que para esto de fiestas se pinta sola. porque los muchos y variados espectáculos de que se compuso, oficiales ó particulares, en locales cerrados ó al aire libre, gratis ó de pago, reunidos en un recinto relativamente pequeño hubieran lucido extraordinariamente más que en esta ciudad, de donde puede asegurarse que, para barrios enteros, pasaron poco menos que desapercibidos, ya que nó ignorados. A no dudar, el ejemplo de los festejos del año anterior, por la misma época, retrajo en éste á los forasteros, pues ya hemos consignado que vinieron en muy corto número, tanto, que las calles y paseos presentaban el aspecto ordinario; circunstancia á que debe desde luego achacarse la desanimación y frialdad del público barcelonés, con ser tan amante de diversiones.

La dignidad y decoro de Barcelona exigen que todas sus manifestaciones llevan el sello de la alta categoría que ha sabido conquistar entre las grandes capitales del mundo, y los barceloneses protestan, en general, con su retraimiento, cuando se les hace representar un papel inferior ó desairado.

No nos cansaremos, por lo tanto, de recomendar á nuestros ediles y á aqellas personas por cuya iniciativa, siempre laudable, se celebra ha dos años las fiestas de Junio, que si persisten en esa idea, que no combatiremos, aun cuando en nuestro humilde concepto redunda en perjuicio de las de Septiembre, la inicien y acuerden, al menos, con la antelación conveniente y contando con medios pecuniarios de alguna consideración, para que, una vez realizada, revista las condiciones del carácter catalán, tan amante de hacer las cosas bien ó de no hacerlas. Mucho celebraremos que no caiga en saco roto este consejo.

Y conste que al hablar así no nos guía pasión de ninguna clase ni en concreto censuramos á nadie, pues abrigamos la persuasión de que cuantos intervinieron en los pasados festejos obraron con el mejor deseo, aunque con alguna ligereza. Pero nos duele en el alma que caiga sobre Barcelona el más pequeño ridículo, cuando sin grandes esfuerzos puede dársele el decoro que merece.



Orfeón infantil «Mosén Cinto». *Fotogs. de Merletti.*

* * *

RECOMPENSA

Tengo que hablarte, papá...

Desde el castillo de sus guarismos, el fabricante Robles dirigió á su hija la más tierna, pero también la más distraída de sus sonrisas. Padre é hija cambiaron los besos de todas las mañanas al verse. En seguida murmuró aquél, inclinando de nuevo su cabeza sobre el especie de «Diario» que examinaba:

— Aguarda un poco.

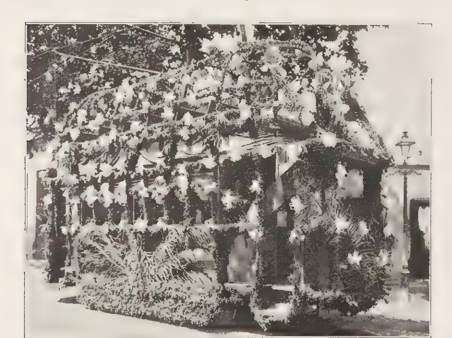
Mercedes respiró, como el que ante un obstáculo insuperable saborea un momento de tregua. Acercóse al ventanal de verdes cristales y vagaron sus ojos sobre una campiña pródiga de verdor retoñante, rezumosa de rocío, con el que la joven luz jugueteaba arrancando mil inquietas estrellas: diríase que el cielo, enamorado, se había trasladado á la tierra pletórica en busca de esperanza.

— Te escucho,—hubo al fin de insinuar don Fabián Robles, indicando cariñosamente á su hija una silla inmediata á la suya.

Mercedes se acerca á él con cierta vacilación, que no advierte su padre, poseído en tal instante del transporte que siente el artista ante su obra predilecta. La carita sonrosada de su hija, cuyo óvalo precioso remata en la barba un gracioso hoyuelo, le recuerda tiempos de su juventud, á una mujer que amó mucho acaso... Su gentil figura, envuelta en blanca *toilette* de mañana, se asemeja á esos inmaculados lirios cuya nitidez, semejante á la del alma, fascina y deslumbra, como símbolo de celestiales misterios...



Coso florido en el Parque.



Coche de la Anónima de Tranvías, adornado é iluminado.
Fot. de S. Vilaró.

— Vamos á ver, — con cierto temblor en la voz, se atrevió á apuntar la niña. — ¿Sería capaz mi papaíto de acceder á una pretensión de su hija?

— ¡Con alma y vida! — exclamó el fabricante.

— ¿Sí?

— Sí.

— Oye, pues, — profirió con resolución Mercedes, besando á su padre y sentándose en la silla que éste le había indicado. — Ten presente que recojo tu palabra, no dudando que, dado el justo prestigio de que disfruta, resulte para tu hija artículo de fe.

— Vamos á ver, habla, — insinuó don Fabián, un tanto extrañado.

— Vengo á pedirte la noble mano de uno de tus obreros.

— De uno de mis...

— Sí, de Agustín.

— Oh, muy bien: ¿Y era eso todo...? ¡Concedida, concedida! ¿Qué va que adivino el importante papel que te reservas en esa boda? — saltó don Fabián, mirando á su hija con fijeza.

— ¿Cuál? — balbució ésta, mientras se teñían sus mejillas de un vivo carmín.

— ¡El de madrina! — contestó el fabricante.

Mercedes movió de un lado á otro la cabeza.

— ¿No?... ¿Cuál, entonces? — insistió aquél, sin dejar de observar á su hija, que se había puesto pálida.

Hubo en ésta un instante de vacilación: era indudable que luchaba con ese espiritual rubor que nos priva tantas veces de exteriorizar lo que en el fondo de nuestro sér guardamos, y al que sólo un esfuerzo de la voluntad logra sobreponerse; por fortuna, éste no se hizo esperar, en el convencimiento de su poderosa razón, ó, quizá, hostigado por la imagen querida que en tales momentos llenaba el alma de Mercedes, evocando en ella el recuerdo de sagradas promesas, y abalanzándose la joven al cuello de su padre, murmuró tímida, si bien firmemente:

— Quiero ser... la novia.

— ¿Cómo? —profirió desconcertado el señor Robles, y soltó una carcajada. — ¿Estás loca?

— ¿Es acaso locura el fijarse en un hombre del mérito de Agustín, que hace diez y seis años trabaja en tus talleres, que de aprendiz ha llegado á ser el segundo de tu fábrica y cuya actividad é ingenio tu propio has celebrado mil veces?

— Pero ¿quién es Agustín para atreverse á semejante pretensión...?

— ¿Por qué eres tan injusto, padre mío? ¿Tan ciego es tu cariño hacia mí que te conduce á ofender gravemente lo que hubo siempre para ti de más sagrado, el trabajo, ó lo que es lo mismo, á su personificación, representada en el obrero y en un obrero como Agustín? ¿Por qué fomentaste la idea de tal virtud como la primera en mi corazón? ¿A qué, desde mi niñez, ordenabas al aya que á mi cuidado pusiste que me acompañase á tus talleres, cuando estos se hallaban en el período álgido de su movimiento, so pretexto de que se robusteciese mi espíritu con el



Coso florido en el Parque. *Fotogs. de Merletti.*

JULIO BORRELL





LA *TOILETTE* DE BODA



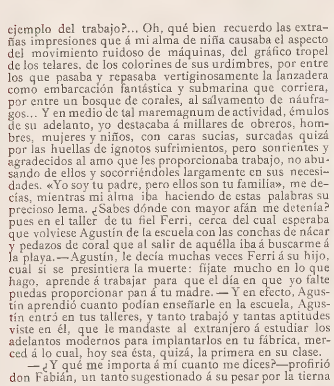
KERMESSE EN EL PARQUE.

garrulería de su hija. — Yo no te niego que Agustín tenga sus méritos; pero no entra en mis cálculos el admitirle como yerno ¡no es posible!... Hay infinitos hombres de carrera que se darían con un canto en los pechos...

— Con tal de obtener mi mano, lo sé; aunque no fuera más que pensando en tus riquezas... Pero ven acá, papaín, — prosiguió mimosamente Mercedes. — Dejando aparte el cariño, que es el que debe presidir en estos actos, y que el mío es entero de Agustín, ¿quieres que, sólo por su título, dé mi mano á un abogado, á un médico, á un telegrafista, etc., etc., cuyos medios de subsistencia, cuando no se hacen imposibles, están condenados, por lo general, á no traspasar los lindes de la obscura medianía? Tú que fuíste el hombre práctico por excelencia, ¿te avendrías á causar la infelicidad de tu hija, con tal de florear el nombre sin tacha que le das con una condecoración más ó menos honrosa? ¿Serías capaz de incurrir al final de tu carrera en semejante anomalía, deponiendo en un pueril capricho tu fervoroso culto al trabajo? ¿No me has dicho mil veces que éste era el lema de los fuertes? ¿Que cada obrero representa en la sociedad un héroe? ¿Por ventura no es la suya tu propia raza? Tú mismo, ¿qué eres más que un grande obrero? ¿A qué te extraña, así, que en uno de ellos ponga mis aspiraciones?...

JOSEFA CODINA UMBERT

(*Concluirá*.)



ejemplo del trabajo?... Oh, qué bien recuerdo las extrañas impresiones que á mi alma de niña causaba el aspecto del movimiento ruidoso de máquinas, del gráfico tropel de los telares, de los colorines de sus urdimbres, por entre los que pasaba y repasaba vertiginosamente la lanzadera como embarcación fantástica y submarina que corriera, por entre un bosque de corales, al salvamento de náufragos... Y en medio de tal maremagnum de actividad, émulos de su adelanto, yo destacaba á millares de obreros, hombres, mujeres y niños, con caras sucias, surcadas quizá por las huellas de ignotos sufrimientos, pero sonrientes y agradecidos al amo que les proporcionaba trabajo, no abusando de ellos y socorriéndoles largamente en sus necesidades. «Yo soy tu padre, pero ellos son tu familia», me decías, mientras mi alma iba haciendo de estas palabras su precioso lema. ¿Sabes dónde con mayor afán me detenía? pues en el taller de tu fiel Ferri, cerca del cual esperaba que volviese Agustín de la escuela con las conchas de nácar y pedazos de coral que al salir de aquélla iba á buscarme á la playa. — Agustín, le decía muchas veces Ferri á su hijo, cual si se presintiera la muerte: fíjate mucho en lo que hago, aprende á trabajar para que el día en que yo falte puedas proporcionar pan á tu madre. — Y en efecto, Agustín aprendió cuanto podían enseñarle en la escuela, Agustín entró en tus talleres, y tanto trabajó y tantas aptitudes viste en él, que le mandaste al extranjero á estudiar los adelantos modernos para implantarlos en tu fábrica, merced á lo cual, hoy sea ésta, quizá, la primera en su clase.

— ¿Y qué me importa á mí cuanto me dices? — profirió don Fabián, un tanto sugestionado á su pesar por la tierna



COCHE DE LA ANÓNIMA DE TRANVÍAS, ADORNADO É ILUMINADO.

Fot. de S. Vilaró.

Fotogs. de Merletti. KERMESSE EN EL PARQUE.

LA LEYENDA DE LA VID

Así la cuentan los árabes, sentados á la puerta de sus tiendas.

No seré yo quien afirme su veracidad; pero como me pareció ingeniosa, la repito tal como la oí, sin quitar ni añadir una palabra:

Cuando Baco era niño todavía, se puso una vez en camino para ir á la ciudad de Radjapoor.

El camino era largo, el sol quemaba, y el niño se sentó para descansar un rato. Lanzando una mirada en torno suyo, vió una hierba y le pareció tan bella que, sin pensarlo dos veces, la arrancó para plantarla en su jardín. Se fijó en un hueso de pájaro que estaba tirado por allí, lo cogió, metió en él la planta y prosiguió su camino.

En la mano del niño crecía tan rápidamente la planta, que pronto no cupo su tallo dentro del hueso de pájaro. Temiendo que el ardor del sol secara la planta, buscó en torno suyo y viendo un hueso de león, introdujo en él la planta y el hueso de pájaro. Pero el tallo continuaba creciendo y bien pronto el sol dió de nuevo en las tiernas hojas. Entonces Baco, habiendo encontrado un hueso de asno, más largo que el del león, introdujo éste en su interior, juntamente con el de pájaro y la planta, y prosiguió su marcha. Por fin llegó á Radjapoor. Pero cuando quiso plantar el her-

moso tallo, advirtió que sus raíces se habían entrelazado de tal modo en torno de los tres huesos de pájaro, de león y de asno, que se romperían al querer separarlas. La plantó, pues, tal como estaba, hundiendo huesos y raíces en la tierra.

La planta creció rápida y pomposa. Y produjo unos racimos muy bellos. Baco los estrujó, hizo así el primer vino y lo dió á beber á los hombres. Y entonces fué testigo de un verdadero prodigio. Cuando los hombres empezaban á beber, cantaban como pájaros; si bebían un poco más, aparecían fuertes y batalladores como leones; pero cuando bebían demasiado, sus cabezas se inclinaban hacia el suelo como las de los asnos.

* * *



Regatas en el antepuerto. *Fot. de Merletti.*

EL «QUINTETO» DE LA ASOCIACIÓN MUSICAL DE BARCELONA

Reciente el éxito de los tres grandes conciertos sinfónicos que esta entidad dió en el teatro «Novedades», presentamos hoy á nuestros lectores su joven *Quinteto*, según hicimos con toda la masa de ejecutantes en aquella ocasión.

Fórmanlo los señores Sabater (piano), López Naguil (violín primero), López Casals (violín segundo), Ribas (viola) y Rabentós (violoncello). Todos de la expresada entidad, figuran en ella á la cabeza de su cuerda respectiva y les está confiada la parte de solista en las obras de tal índole. Jóvenes, al igual que sus compañeros de orquesta, han llegado, sin embargo, rápidamente á la meta de sus deseos, cosechando lauros en la difícil especialidad que la Asociación Musical les tiene confiada. No son jornaleros de la música, como ha dicho hace poco un distinguido crítico, sino intelectuales del arte, que lo levantan á las regiones más serenas y serias del clasicismo.

Pero además de su misión en la orquesta, la Asociación confía al quinteto las obras *di camera* que periódicamente se ejecuta en la Sociedad, y allí les hemos oído interpretando, Beethoven, Mendelssohn, Schumann y demás grandes maestros, con justeza y aplomo admirables.

Recordamos aún el éxito logrado por los concertistas en el *Círculo Barcelonés,* donde, ante un público selecto en el que formaban los maestros mas reputados de Barcelona, pudieron oir de sus labios palabras encomiásticas y aplausos espontáneos, bastantes á hacer una reputación, si antes no la hubiesen proclamado el sinnúmero de audiciones que en la Asociación vienen dando.

Próxima la fecha en que el quinteto debe empezar su excursión artística por España y extranjero, nos place dirigirle un saludo de despedida, deseándole honra y provecho.

Según noticias, el primer concierto lo dará en Bilbao, donde tanto se admira y agasaja á los artistas de mérito. ¡Buen principio!

* * *



El «Quinteto» de la Asociación Musical de Barcelona. *Fot. de Napoleón.*



¡Una cañita, buen mozo!



Cuadro de Sebastián Junyent.

BELLAS ARTES

Si el artista es algo más que una máquina de copiar naturaleza con mayor ó menor fidelidad; si para serlo hay que sentirse aquejado de continuo por la sed de lo desconocido, ó vivir en perpétuo anhelo para encontrar la justa realidad del ideal presentido, Sebastián Junyent es indudablemente un artista.

Espíritu culto y educado, naturaleza contemplativa no exenta de legítima ambición, su idea tiende el vuelo constantemente hacia un más allá que le sería difícil definir, por lo mismo que su alcance le es desconocido; es una aspiración que no está en armonía con los medios, con los exquisitos medios de expresión que posee, pues, como todas las almas verdaderamente progresivas, sus anhelos son superiores á la realidad del propio caudal de conocimientos adquiridos.

Por esto hay en su arte admirables aciertos al lado de divagaciones no siempre acertadas y que representan en la plástica la eterna inquietud de su alma. Siendo en el fondo un místico con medios de expresión reales, á la manera como sentía el misticismo Zurbarán, en cuyo género ha producido obras excelentes, sin ser propiamente religiosas, ha tenido debilidades por otros géneros, que así le impelían á las beatas visiones de un Fra Angélico ó un Filippi, que á las candorosidades ultra-modernistas, como si quisiera regresar á la infancia del arte para orientarse hacia derroteros completamente nuevos. Pero en uno y en otro caso perdía precisamente lo que más debía importarle conservar: su personalidad, manifiesta ya en las mejores obras suyas y que puede y debe mantener y acrecentar, cultivándose á sí mismo. Toda violencia no produce más que perturbación, y Junyent debe evitar cualquier conflicto que tuerza ó adultere las espontáneas cualidades de su temperamento artístico.

Suya es la cabeza de mujer que reproducimos en la portada, admirablemente dibujada, y modelada con justa interpretación y noble factura.

A Pla y Rubio pertenecen las otras dos obras que publicamos en este número. *Pastoral*, es un idilio campestre, compuesto con buen gusto, y que cobra mayor prestigio por la entonación verdegris del conjunto, lo que presta cierta idealidad al cuadro.

La *Nota de color* es un vigoroso apunte del sol de Valencia, que el pintor ha recogido con brillante paleta en una primorosa tablita.

Francisco CASANOVAS

LA ORFEBRERÍA EN LA COMPOSICIÓN Y REDACCIÓN DE "EL QUIJOTE"

POR F. TOMÁS Y ESTRUCH

Entre las regocijadas escenas del libro inmortal de Cervantes, figura el remojo, enjabonado, manoseo y limpia de las barbas de Don Quijote: esto, tras suculenta comida, y levantados ya los manteles, en el palacio ducal aragonés que le albergaba; burla pesada que, si en el caballero pudieron impunemente realizar las traviesas doncellas, no así, en el escudero Sancho, los pícaros y gente menuda de cocina, pues á tiempo sintiendo la dignidad de Gobernador electo, quejóse del cernadero convertido en toalla y huyó de rústicas artesas y de *adiposas* manos y legías.

« Llegaron cuatro doncellas — dice el autor de la relación — la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas — *acaso alemanas* — al hombro, la cuarta descubriendo los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos, (que sin duda eran blancas), una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y, con gentil donaire y desenvoltura, encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y, así, tendió la suya todo cuanto pudo, y, al mismo punto, comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha fuerza, levantando copos de nieve, — que no eran menos blancas las jabonaduras, — no sólo por las barbas, más por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero; tánto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó á la del aguamanil que fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y, como le veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa; las doncellas de la burla, tenían los ojos bajos, sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó á darles premio por el gusto que recibían de ver á Don Quijote de aquella suerte.»

* * *

Esta *rifa*, como ahora familiarmente diríamos, fúndase en la exageración grotesca de una de las más urbanas y caballerescas costumbres de la Edad Media y del Renacimiento, prolongada hasta las mismas postrimerías del siglo XVII, desde cuando, el uso del tenedor de mesa, fué generalizado. Sin este utensilio, muchos manjares tomábanse *heroicamente* con los dedos, *(tenedor del padre Adán)* y hé ahí justificado el lavamanos al levantar manteles. A veces, la ceremonia era doble, es decir, antes de empezar á comer y después de haberlo verificado. Efectuábase también al terminar cada plato. En nuestros días, se conserva, en cierto modo, la costumbre antigua, para después de comer langostinos ó cangrejos, pues «se sirve el lavamanos, con servilletas para secarse y rajas de limón para frotar los dedos, quitándoles el olor de marisco».

En aquellos tiempos, en la misma Antigüedad, y aun al presente, se conocieron y existen prácticas análogas, con el nombre de abluciones, hechas con agua, y, en su defecto, con arena, precursoras de rezos y ceremonias religiosas. Nuestro uso del agua bendita al entrar en la iglesia, y el lavamanos del sacerdote en la misa, conservan un recuerdo, transformado por el tiempo, de esas purificaciones.

* * *

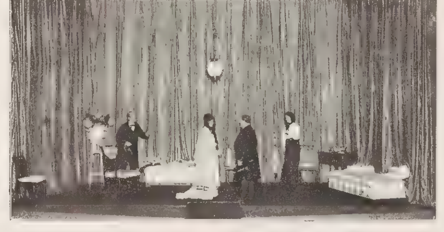
Con motivo de las dichas costumbres profanas principalmente, tomó la platería gigantesco desarrollo en el Renacimiento, época en que Europa experimenta transformación radical, favorable á la vida de relación, placeres, ostentación y lujo, merced á las riquezas que traen consigo los descubrimientos y conquistas de América y Asia oriental, y á los progresos de las industrias. Entre estos progresos, aparte los del orden artístico aplicado, habidos en la fundición, cincelado, grabado, talla de piedras preciosas y esmaltes; figura, en el orden puramente técnico, la ocurrencia del sevillano Bartolomé Medina, quien enseñó (mediados del siglo XVI), á extraer, con más rendimiento, y con facilidad — que antes era dificultad invencible, por carencia de leña ó por no ser transportable á grandes distancias ó alturas, — quien enseñó á extraer, digo, la plata en frío, por medio del azogue, que hasta entonces sólo por el fuego se había verificado en México y Perú. Así, se llega á la comprensión de importaciones fabulosas de ese metal y del oro; de defensas navales substituyendo la metralla con sus lingotes ó tejos; de hundimientos de flotas, antes de entregarlos al enemigo; y de empresas corsarias por éste preparadas para atajar el regreso de nuestros galeones, en las cuales bosques de fustas y altas reputaciones marinas y militares andaban, al tanto por ciento, ó por cuento, comprometidas. La plata labrada, se posee entonces por arrobas, especialmente en vajilla, de la que se hace alarde en los días de convite, tomándola de aparadores ó arcones que, antes, sin faltar en ellos, alternaba empero con el cobre, el estaño y la cerámica de reflejos dorados, arábiga ó mudéjar. Esa cerámica, cambiando empero de estilo, sucederá á su vez á la plata, cuando sobrevenga la escasez de la misma ó el empobrecimiento de la Nación.

La vajilla de mesa, es, á veces, toda del rey de los metales; pero, en la mayoría de los casos, es de plata blanca ó dorada, repujada, cincelada, grabada, embellecida con nieles ó esmaltes, cuajada á lo mejor de rústicos cabujones, de gemas talladas con esmero ó de perlas redondas ó figurativas. Sirven también, el oro y la plata, de montura al vidrio español y veneciano, y al cristal de roca, revelador éste del veneno, según supersticiosa creencia que recomendará después á la porcelana de China, estimulando su generalización y su descubrimiento, en Europa. Con igual aplicación aparecen en los *náutilos* (especie de copas utilizando el caracol marino); cuernos con soporte, para centro de mesa, derivados del *rytón* griego; huevos de avestruz; nueces; cocos; jaspes; ágatas, topacios y otras grandes piedras preciosas, convertidos, todos, en recipientes de líquidos, de perfumes, de confites y de dulces, ó en soportes de flores. Expuesto esto en anaqueles volados ó colgantes, en credenzas, aparadores y mesas, según los casos, da espléndida decoración á las habitaciones y representación linajuda, de que alardean sus dueños. Cuando, desengañado y huído Sancho de su Gobierno, dijo que á haber él querido, antes de seis meses comiera en platos argentinos de su propiedad, asentó la facilidad con que esas dádivas acudían á los altos cargos. Quizá, y sin qui-



La Musa Loca. — Comedia de los hermanos Quintero, estrenada en Novedades (Acto I).

zá, no han dejado de acudir todavía, extendiéndose á otras esferas: forma hipócritamente pudibunda, con que se ceban, muñen y rinden sufragios y protecciones. Ya antes de llegar á su empleo, nuestro rústico Sancho dijo retrucando á su amo y al socarrón Sansón Carrasco: «Gobernadores he visto por ahí que, á mi parecer, no llegan á la suela de mi zapato, y con todo les llaman señoría y se sirven con plata.» Él, á su vez, ejerciendo el cargo, al sentarse á la mesa de abstinencia que presidía el guasón D. Pedro Recio de Aguero, natural de Tirteafuera, recibió aguamanos de sus pajes (de cuatro, como su amo en el castillo de sus señores los Duques), «y allí aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comía, — dijo Don Quijote, encomiándole en Barcelona, — con tenedor, las uvas y aun los granos de las granadas.» Curioso es consignar que precisamente para comer la fruta, las que en los dedos dejaban manchas ó jugos difíciles de quitar, parece se empezó á usar el tenedor, sólo de dos puntas, como en cierto modo aún lo indica su nombre en catalán, francés y otras lenguas. Tridente (cuando tuvo tres dientes), y broca, se llamó en castellano antiguo, y, entre nosotros se encuentran de esos ejemplares, cuyo mango termina en punta, usada para pinchar frutas, tostar pan, etcétera. Objeto raro y precioso, aún á primeros del siglo XVII, el tenedor, al par de los cuchillos de mesa, iba guardado en rico estuche, para lo cual á veces se construía plegable por el centro, no siendo raro que lo llevasen consigo algunos invitados. Su uso en pueblos ó tiempos mal avenidos con prácticas de aseo é higiene, vistas como pecaminosas, por su abolengo pagano ú oriental, significó epicurismo, afeminamiento y relajación de costumbres, fustigada duramente por la literatura coetánea; pero, al fin, de tal manera se impuso el tenedor, hermanándose con la cuchara y el cuchillo, que viene á ser una de las piezas más producidas por la platería, desterrando para siempre al soberbio jarro aguamanil.



Acto II.

* * *

Este aguamanil, que por lo regular se asienta en redonda y profunda jofaina, consonando en unidad estética con las formas decorativas de aquél; es la pieza selecta de la platería profana, y aún extiende su influencia á la religiosa, según lo demuestran múltiples ejemplares conservados, y los preceptos de su producción contenidos en el libro de Juan de Arfe y Villafañe. Descendiente de la *hidra* griega y romana, reivindicó estas formas clásicas en el Renacimiento, abandonando las animalizadas del período románico y ojival. Elegante, coquetón, muy expresivo de sus funciones de utilidad, tenía empero el atavío del producto más feliz y embellecido de la Naturaleza y del Arte. Áticas estrias y molduras se reconocen en su pie, articulándolo, éstas, con la panza oviforme, donde campean, repujados magistralmente, los antiguos mitos, sus dioses, emblemas, plantas y animales, reales ó fantásticos, rejuvenecidos por el aliento cristiano, que con él se funden en rara, á veces en erótica, mescolanza. Por su cuello, largo y suavísimo, donde se trenzan juguetones lazos y guirnaldas, ó gesticulan satíricos mascarones; afínase la corriente del agua, á favor del gobierno del asa ondulada, con turgencias de bacante; vertiéndose al fin, rumorosa, fresca, transparente, burbujante y aromatizada por previas infusiones de salvia ó adiciones de esencia, en la jofaina no menos bella y adornada. Cellini en Italia y otros países, Delaulne y Briot en Francia, Gamnitzer en Alemania, Ruíz, Becerril y Arfe en Castilla y Andalucía, muchos otros en Aragón y Cataluña, como con referencia especialmente á ésta lo prueban los libros de Pasantía conservados por nuestra Diputación Provincial; hicieron con tales piezas, inmortales poemas de forma: de forma útil, y, tan bella al par, que inferiores les resultan las de no pocas pinturas y esculturas de Arte puro moderno, proveedoras de gloria y dinero abundantes para sus autores, que no para su patria.

Con el tiempo, fué evolucionando la forma y la decoración del aguamanil, como lo prueba el que Felipe Ros hizo en Barcelona para su pasantía, allá por el año 1597, aproximadamente el del lavamanos imaginario de Don Quijote, y como se ve también, bacín inclusive, sirviendo anacrónicamente á *Santa Isabel*, en la edificante escena pintada por Murillo. El histórico jarro, comenzado el siglo XVII, se aplana, se hace ventrudo, y tan macizo de metal y atestado de adorno, como hueco de gracia y de buen sentido. ¡Cosa singular que, cuando los estilos decaen, es siempre por ahogo gitano de adorno y por pérdida de esbeltez (de elevación material ó moral) de las formas!

(Se continuará).

LA MUSA LOCA

Con este título ha estrenado recientemente en el teatro de «Novedades» de esta ciudad, la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, una nueva comedia de los hermanos Alvarez Quintero, jóvenes y laboriosos autores que, dotados de un ingenio no común, han logrado en pocos años conquistarse las simpatías de los públicos y, sobre todo, de las empresas, que en general han obtenido pingües beneficios con la esplotación de sus obras, acaso más agradables que sólidas.

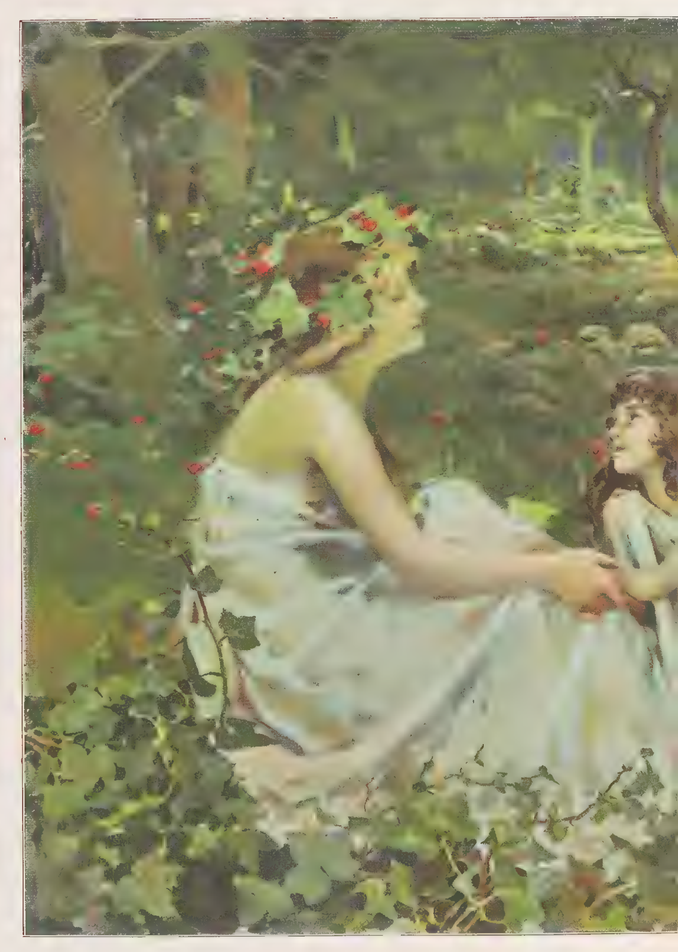
En la que nos ocupa, la opinión y particularmente los críticos han estado disconformes en la apreciación de su mérito; pero en honor de la verdad y sin oficiar de críticos, por falta de espacio, diremos que *La Musa loca* fué aplaudida y llamados repetidas veces á la escena los señores Alvarez Quintero; lo que desde luego constituye un éxito, por aquello de que algo tendrá el agua cuando la bendicen.

Y á fe que nos alegramos de ello; pues por el mero hecho de haber prescindido los hermanos Quintero de la tradicional centralización, ofreciendo las primicias de su nueva obra á los barceloneses, merecían los aplausos que estos les tributaron.

* * *



Primer cuadro del Acto III. *Fotogs de Merletti.*



PAST

LA Y RUBIO



ORAL

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).

RECOMPENSA

Conclusión [1].

Don Fabián, que desde que empezara la anterior discusión, no había cesado de dar vueltas yendo y viniendo de un extremo á otro de su despacho, sintiendo que las razones de su hija caían sobre él como deshecho aluvión que amenazara apelmazar con mucho sus paternales bríos; como el soldado que se parapeta tras la última trinchera, dispuesto á jugarse el todo por el todo, exclamó parándose de pronto ante Mercedes:

— Terminemos: Agustín nunca obtendrá mi beneplácito para casar contigo.

— Está bien, — expresó triste, aunque resueltamente, la joven,—él y yo somos mayores de edad y...

— ¿Qué significan tus palabras?

— Muy sencillo, padre mío, — siguió Mercedes con apagada voz, — que tendré que ir á la iglesia sola, como si no tuviese á nadie en el mundo, sin un brazo en que apoyarme, sin unos labios que me bendigan...

— ¿Quieres callarte, chiquilla?— gritó don Fabián: y miró de hito en hito á su hija. Pero en sus ojos, del color de la tinta, advirtió un nimbo de lágrimas que, rebeldes para caer, se habían ensartado, á modo de perlas, en las sedosas pestañas, y, sin más chistar, dirigióse como un autómata al aparato telefónico donde, previo pedir y obtener comunicación, ordenó con voz fuerte: «Que venga Agustín.»



Nuevos establecimientos. — Farmacia del Dr. Palomas (Chaflán Bruch y Cortes).

A los pocos momentos penetraba Agustín Ferri en el despacho de su principal. Era de buena estatura: su cara, ligeramente morena, graciosa y varonil, tenía lo que se llama ángel. Su porte, si bien modesto, respiraba cierta elegancia y acentuaba la expresión reflexiva y someramente triste de sus ojos inteligentes; una arruga surcaba su frente espaciosa, acusando la presencia de continuas cavilaciones, cuando no la zozobra de duda tormentosa.

Después de saludar tímida y respetuosamente, preguntó al señor Robles:

— ¿Me llamaba usted?

— Vamos á ver, amigo Agustín, — observó entre irónico y risueño el fabricante. — ¿Cuáles son tus cálculos para lo porvenir, en la hipótesis de que yo te conceda la mano de mi hija, que, como sabrás, han venido á pedirme para ti?

— Señor, — respondió Agustín, sin salirse de su actitud modesta y digna. — Si con tal concesión fuese favorecido, cúmpleme decir que, después de Mercedes, mi más imperiosa necesidad es el trabajo: entre ella y él emplearía las fuerzas de mi juventud y de mi vida entera dedicando, probablemente, mis actuales ahorros en la instalación de una modesta fabrica...

— ¡Cómo! ¿A tanto ellos ascienden? ¡hola, hola! no había yo, á tu edad... hay que confesar que eres un verdadero prodigio, chico. .

Mercedes que, cediendo á un movimiento nervioso, había ido á abrir de par en par la ventana para que por ella se colase libremente la luz, ó tal vez, con la íntima esperanza de que se infiltrase en las ideas de su padre, corrió de pronto á abrazar á éste y prodigándole toda suerte de caricias, díjole con seductor gracejo:

— Entonces, hijo de obreros: ¿qué te detiene ya para ser su padre?

— ¡Quiero serlo! — exclamó sin pretender ya reprimir su emoción don Fabián Robles, tendiendo sus brazos á la enamorada pareja.

* * *

Formaron los tres un interesante grupo. Se extendía á sus ojos dilatada vega que cerraba á lo lejos, en risueña perspectiva, la fábrica del señor Robles, como coloso tranquilo cuyas encrestadas chimeneas destrenzaban sobre un cielo cerúleo sus negros penachos de humo. Desde la cercana iglesia, el toque melodioso del Ave María anunciaba las doce, y sobre la fértil llanura se veían, en vistosos grupos, multitud de obreros, como alegres bandadas de pájaros que regresasen á sus nidos.

Según su costumbre, Mercedes acercóse á la ventana para saludarles: en seguida, volvióse á su padre y á Agustín para envolverlos en una infinita mirada de ternura, en la que, locos de felicidad, percibieron estos la más generosa recompensa con que la Vida, henchida de amor, premiara su inquebrantable devoción al Trabajo.



Carnicería modelo (Chaflán Bruch y Caspe, 138).

Josefa CODINA UMBERT

LO QUE VALE UNA MUÑECA



Mamita ¿qué me *taerán* los Reyes?— preguntaba una preciosa mocosilla de tres años escasos á una joven, inclinada con afán sobre una máquina de coser, á la que ponía en movimiento con nervioso gesto.

— Lo que tú quieras, tesoro mío.

— *Quero* una muñeca *gande, gande* como la que *tene Tita*.

Tita era Teresita, la hija de los dueños de la tienda de lencería para la cual trabajaba la joven; y la niña, cuando acompañando á su madre iba allá, contemplaba con mucha adoración la muñeca que poseía la chiquilla y apenas se atrevía á señalarla con sus deditos, mirando á Teresa con gesto de inconsciente admiración.

La pobrecita tenía una obsesión por aquella hermosa muñeca; pero su madre, desamparada, viuda, sin más bienes que el trabajo constante de sus manos, únicamente y con esfuerzo podía ofrecer á su hijita una grosera muñeca de cartón con mejillas pintadas de almagro, que se desteñía en los lindos hocicuillos de la pequeña, á fuerza de besarla y arrullarla, como veía que su madre hacía con ella.

Aquella noche, fría y clara como son las de Enero, era la víspera de Reyes. Hasta la mísera bohardilla llegaban confusos los gritos de los papanatas que iban por las calles de Madrid, provistos de antorchas humeantes y largas escaleras, á recibir á los Reyes Magos.

Los estridentes sones de las trompetas herían los sutiles oídos de la niña desvelada y llenaban de amargura el corazón de la triste obrera.

¡La víspera de Reyes! Un gran día para los ricos que pueden realizar las ilusiones de sus hijos.

Un día de tristeza indecible para los pobres que tienen que consolar á sus hijitos, arrancándoles la primera ilusión, diciéndoles que los Reyes son mentiras, en las que sólo pueden creer los hijos de los ricos. ¡Desilusiones y odios!; qué cruel patrimonio para los desheredados de la vida.

Dolores no se atrevía á quitar á su hijita sus infantiles sueños. Trabajando á destajo, privándose de todo, cada año había comprado á su niña el pobre juguete que llenaba su zapatito de bebé. La madre era dichosa cuando al siguiente día se despertaba su hija y los ojos de ésta sorprendían á los pies de su camita el juguete soñado.

¡Qué gritos! ¡qué alegría! ¡qué argentinas risas!

— Mamá, *mia* qué me han *taido* los Reyes. ¿*Po* que soy *bena, vedá* mamita? — decía á su madre, mostrándole el juguete.

Sí, gloria; sí, encanto mío; porque eres buena, porque quieres á tu mamita, los Reyes te quieren mucho, ¿estás contenta, bien mío?

— Sí, mamita. Pero no llores, ¿*po* qué lloras?

— No lloro, reina mía; anda, ves, y juega mucho, hija de mi alma.

Dolores lloraba, sí; lloraba pensando en su marido, honrado obrero que la quiso tanto, muerto hacía dos años; lloraba sin que nadie se preocupase de sus lágrimas.

El juguete para su hijita, el pasado año le costó quedarse sin pañolón de abrigo. Pero el presente era peor; una leve enfermedad le había atrasado con los dueños de la lencería, que la descontaban cada sábado los cien reales que le habían adelantado generosamente para medicinas. Dolores había llegado á la víspera de Reyes sin poder ahorrar un céntimo para llenar el zapatito de su hija, que, convaleciente en aquellos días, soñaba con la muñeca *gande, gande*, como la de *Tita*, que su madre le prometió le traerían los Reyes si tomaba una medicina muy amarga para ponerse buena.

El plazo vencía aquella noche, los Reyes debían dejar la muñeca á los pies de la cama de Rafaelita.

— Mamá, — dijo al acostarse ésta, — he *peto* el *teto gande pa* que *caba* la muñeca.

— Bien hecho, hija mía; duérmete ahora, mira que los Reyes no visitan á las niñas que están despiertas...

— Ya me *demo*, mamita.

Rafaelita cerró sus párpados, orlados de grandes pestañas.

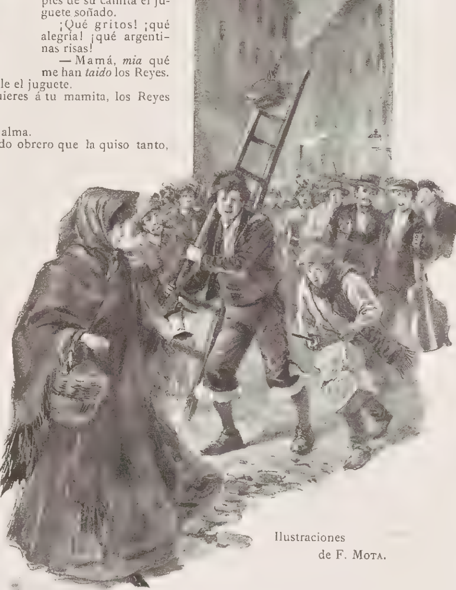
Dolores dejó un momento la máquina y fué á dar un beso á su hija. La niña abrió los ojos sonriendo, y al ver la rubia mata de cabellos de su madre, deshecha y esparcida por su espalda, recordó la opulenta peluca de la muñeca de *Tita*, detalle que la entusiasmaba.

— Mamita, — dijo, devolviendo la caricia á su madre y cogiéndole las mejillas con ambas manos, — *quero* que la muñeca tenga el pelo como tú.

Y sonriendo á su madre, inclinó la cabecita dulcemente y se dispuso á dormir como un ángel.

Dolores contempló á su hija con pasión, después dejóse caer destallecida sobre la silla, su puesto de combate, y lloró.

Los rumores de la calle llegaban hasta ella claros y distintos. Los gritos de *¡á los Reyes! ¡á los Reyes!* repercutían en su cora-



Ilustraciones de F. Mota.

zón. Sus ojos, caldeados por el llanto y el insomnio, miraban sin ver; de pronto, sus miradas se detuvieron en el cesto de la costura, el *teto*, como lo llamaba Rafaelita. Aquel cesto era preciso llenarlo, su hija lo esperaba, y aquella vez era una muñeca *gande, gande*, como la de *Tita*, la que su niña deseaba y en la que estaría soñando sin duda.

No tenía Dolores dinero, ni nada en su humilde habitación que lo valiese. La máquina era imposible venderla, ¿con qué cosería?; ¿empeñarla?, era perderla al primer plazo, que no podría pagar: ¿qué hacer?

En aquel momento, los relojes de la vecindad, uno después de otro, dieron las diez.

Aquellas campanadas galvanizaron á la infeliz madre.

Una idea, vaga al principio, potente después, surgió entre las brumas de su angustiado cerebro. Recogióse con ademán febril la espléndida cabellera que á guisa de manto real cubría sus espaldas y orlaba su frente como un nimbo de oro y, arrebujándose en una mantilla raída y limpia, después de besar á su hija, salió á la calle, resuelta y presurosa.

* * *

—Mamita, *mia;* mamita, *mia* qué muñeca me han *taido* los Reyes.

—Hija de mi vida, ¿estás contenta?

—Sí, sí; pero *mia* mamá, *tene* el pelo como tú.

—Sí, tesoro mío; los Reyes han cogido mis cabellos esta noche para ponerlos en la cabeza de tu muñeca.

ENRIQUE BAYONA



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. — DESEMBARQUE EN LAS ESCALERAS DE LA PAZ DE DOS CADÁVERES QUE TRAÍA Á BORDO.



NOTA DE COLOR; por A. PLA Y RUBIO.

EN EL ALBUM DE MARGARITA AGUILAR

En esta hoja, que me invita
de tu alma á cantar las mieles,
mi inspiración, ya marchita,
te va á probar, Margarita,
que ha perdido los papeles.

Y has de saber que este atranco
sin protesta no soporto,
pues me apena, te soy franco,
ver que antes daba en el blanco
y que hoy ni pincho, ni corto.

En mis juveniles días,
libre de melancolías,
di al viento alegres canciones,
y hoy doy al viento elegías
que parten los corazones.

Mas perdona si te enoja
que sólo te hable de mí
y de mi eterna congoja;
y ahora doblemos la hoja
y vamos á hablar de ti.

Unánime la opinión
coloca á envidiable altura
tu ingenio, tu discreción
y el tesoro de ternura
que guarda tu corazón.

Por eso, y por ser notoria
de tus virtudes la historia,
al cielo piden por ti,
tu madre desde la gloria
y tu padre desde aquí.

Y que yo te quiera es llano,
pues dobla las simpatías
que de tenerte me ufano,
ser del autor de tus días,
más que un amigo, un hermano.

Y aunque así lo considero,
por Dios, no me llames tío,
pues tan de veras te quiero,
que es mi cariño, sincero,
de padre y muy señor mío.

CARLOS CANO



CONDUCCIÓN DE UNO DE ELLOS AL CEMENTERIO NUEVO.

Fotogs. de Merletti.



Cuadro de José Canals.

Exposición Morjo (Rambla de Canaletas, 11).

LA ORFEBRERÍA EN LA COMPOSICIÓN Y REDACCIÓN DE "EL QUIJOTE"

POR F. TOMÁS Y ESTRUCH — *(Continuación)*.

A multitud de piezas, daba abasto la platería de los siglos XVI y XVII, obrando, además de lo dicho, platos grandes y pequeños, éstos, á veces muy hondos, para servir á la vez de escudillas: produciéndose asimismo directamente, y en gran escala, este utensilio; fuentes redondas ú ovaladas, en tal caso especialmente para trinchar en ellas; tazas; vinagreras, donde los símbolos análogos de los líquidos, se representan por Medusa, envenenando con el ácido de su ira, y Minerva, creando el benéfico olivo con el golpe del cuento de su lanza; saleros, en ocasiones, monumentales, y cuyos asuntos figurativos son, como el de Cellini para Francisco I, redivivas escenas de la mitología marina por Neptuno presidida. Vense fruteros; salseras; vasos y copas de suntuosa apariencia en más de una ocasión, con asa y cubierta, ó sin ellas, con biberón ó bebedero, que pocas veces faltan, de forma circular, de pechina, de cisne, de dragón fantástico; pequeños barriles *barrilicos* y *tonelicos*) para mesa ó agua de olor; lámparas; candeleros; braserillos para perfumes y otros fines; ó grandes braseros para la calefacción de habitaciones, sin que el oro falte en ellos, en casos singulares, al extremo de haberlo sido macizo de este metal (vedado después, así como también la plata, para tal objeto), el que, un cambista adinerado, puso en su casa albergando á Carlos V, y quemando en su seno, no negro carbón de encina, sino canela fina de Ceilán. El metal precioso imita totalmente los búcaros, ó hace las monturas para el barro obrado en América, España y Portugal, que perfuma y refresca el agua para damas, golosas al fin de la misma tierra, la cual muerden, saborean y comen, contra las prohibiciones higiénicas y moralizadoras de la Iglesia. Se lanza el arte, ó mejor, el lujo, á hacer profusamente cajas para regalos de naranjas y jazmines; cofrecillos para reliquias y joyas, y hasta espejos, gabinetes y mesas, total ó parcialmente de plata. Ni siquiera faltó un día el último alarde de la babilónica ostentación, según Madame Dolnay (siglo XVII) en estatuas de ese metal, tan altas como el hombre de mayor estatura y sólo movibles por el esfuerzo de dos ó tres de éstos, reunidos. En la patria de esa ilustre viajera, en el siglo anterior, Cellini, por encargo de Francisco I, ya había dado el ejemplo de ejecutar análogos trabajos para la mesa real, es decir doce estatuas-candelabros totalmente de plata, de dos metros cada una, representando divinidades mitológicas.

Cuanto digo, sin contar la joyería, de la que después hablaremos, y la orfebrería litúrgica, cien veces más copiosa y variada que la profana, — heredera al fin, por el crisol, de gran parte de sus materiales, como lo acreditan los tesoros y gazofilacios coetáneos de Toledo, Santiago, Oviedo, León, Sevilla, Granada y otros;—todo esto, era obrado por manos españolas, en competencia los indígenas con indios y moriscos, ó bien en competencia con flamencos, alemanes, franceses é italianos, ora avecindados en España, ora importadores, á ella, de sus productos.

* * *

De esa orfebrería litúrgica, se habla también en *El Quijote*, evocando quizá el más elevado testimonio del mundo cristiano. Esto es con ocasión de ponderar el Héroe manchego lo que en realidad valdrían los azotes que Sancho debe darse para desencantar á Dulcinea. «Ni las minas del Potosí, ni el tesoro de Venecia, fueran para pagarte» le dice. Integrando tesoro tal, está el famoso retablo de orfebrería bizantina denominado *la Palla d'oro*, del cual entre nosotros los españoles podrían dar idea, aunque pálida, el de *San Miquel in excelsis* de Pamplona, el frontal del Museo Provincial de Burgos, y, principalmente, igual pieza — ya destruída—de la catedral de Gerona, con su retablo y baldaquino, de rica metalistería, éstos aún existentes.

* * *

Aunque la orfebrería para vajilla tiene singular importancia en los siglos XVI y XVII, á cuyas postrimerías y comienzos respectivamente corresponden los sucesos de *El Quijote*, bien que, por motivos fáciles de comprender, no prescindo, en platería y joyería, de ciertas manifestaciones de todo el citado primer siglo, y aun de buena parte del siguiente; no es menos cierto que ya desde los tiempos del Cid, se hallaban, algunas arcas y aparadores, abundantes de piezas. Según la crónica de aquel ilustre Reconquistador español, en cierta comida «non ovo ninguno que comiese sinon en plata; e el Rey e los altos omes comían en escudillas e en taxaderos (platos trincheros) de oro fino». Alfonso VII el Emperador deslumbraba con su vajilla, á Luis VII de Francia, cuando aquél le recibía, ajasaba y obsequiaba en Castilla. Se desborda tanto el lujo, sobre tales útiles y sobre la joyería complementaria del traje, que empiezan á aparecer leyes suntuarias restrictivas, continuándose bajo Alfonso VIII, San Fernando y Alfonso X *el Sabio*. Poco ó ningún resultado daban estas disposiciones. En 1366, los rebeldes se apoderan de 3,600 libras de peso, en objetos de oro, de Don Pedro *el Cruel*, quien al morir, á pesar de tantos gastos y contrariedades hallados al paso, poseía grande caudal en metales preciosos labrados. El creciente lujo, inspira nuevas prohibiciones á Juan I y Enrique II; pero, sobre ser aquéllas, poco menos que ineficaces, tienen en contra el mismo ejemplo de los reyes que obsequian á sus leales y favoritas, mandándoles acémilas cargadas de vajilla de oro y plata. En el siglo XV, al casarse el infante D. Fernando con la condesa de Albuquerque, D. Fernando de Velasco lleva consigo, para festejar á caballeros de Aragón y Valencia, 2,000 marcos de plata en vajilla, la mitad blanca, la mitad dorada. En el mismo siglo, hospedando D. Alvaro de Luna á D. Juan II, en Escalona, ofreció á la vista del soberano «los aparadores do estaban las baxillas» situados al otro lado de la sala, viéndose en ellos «muchas gradas cubiertas de diversas piezas de oro e de plata: e donde havia muchas copas de oro con muchas piedras preciosas e grandes platos, e confiteros, e cántaros, de oro e de plata cubiertos de sotiles esmaltes e labores».

Aparte las vajillas ostentosas de Carlos V, traídas de Flandes, heredadas ó compradas en España, fabricáronsele también en México, antes y después de la conquista. Gomara, que alaba mucho á los indios plateros, «oficio entre ellos el más fino y artificioso» al extremo que en algunas labores, «no alcanzan en España tal primor» habla del regalo de Moctezuma al César, consistente en 32,000 pesos oro y cien marcos de plata, de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserillas y otras piezas. Más tarde, al caer la ciudad, por el quinto le correspondieron á Don Carlos. 26,000 castellanos, esclavos, objetos raros, joyas, una esmeralda fina como la palma de la mano y «una vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas, y otras piezas de vaciadizo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores».

Una balaustrada de plata de 121 libra de peso; para ser colocada alrededor de la cama, suena en el inventario que, en 1574, se saca de los bienes de la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II; y en otro inventario de bienes de este rey, (quien hizo un tesoro sardo de platería litúrgica al Escorial) cítanse 40 platos profundos, utilizables indistintamente como tales ó como escudillas. El Arzobispo de Zaragoza bajo el mismo antedi-



RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE

EMINENTE JURISCONSULTO Y HACENDISTA

† *Fallecido en Madrid, el 12 de Julio de 1905.* Fot. Franzen *(Madrid)*.

cho reinado, en 1585, tenía una vajilla con diverso género de copas, platos y objetos de oro y plata dorada, obrada maravillosamente, como digna de una de las ciudades mas célebres en esta clase de trabajos. Finalmente, madame Dolnay, ya citada, habla de haber existido en Madrid, además de los ya dichos muebles, vajillas asombrosas por su número y peso. «Hace algún tiempo—escribe—que falleció el duque de Albuquerque, dejando tan gran vajilla, que se invirtieron seis semanas para inventariarla, dedicando dos horas diarias al objeto; tenía, entre otras cosas, 1,400 docenas de platos, 500 fuentes grandes, 700 más pequeñas, con lo restante á proporción. Cuarenta escaleras de plata servían para subir á lo alto del bufete, dispuesto por gradas y colocado en una gran sala, donde se guardaba este tesoro. El duque de Alba, que no se consideraba rico en plata de mesa, no tenía menos de 600 docenas de platos y 800 bandejas.» Los grandes señores tenían un empleado especial llamado sacier (*saucier* en francés) para la custodia de la orfebrería de mesa.

***

El incremento de la platería y la cultura que se exigía de sus cultivadores, difunde sus modelos, en láminas grabadas, por todas partes, y los transfiere á algunas artes coetáneas, siendo la escultura del Renacimiento uno de sus mas elocuentes testimonios, en la decoracion de tableros con roleos, grutescos y arabescos, cuyo vástago principal suele nacer del soberbio jarro imitado. Al producir joyas, invade también, en cierto modo, el arte textil y el vestuario, algunos de cuyos productos, como por ejemplo las tocas, puede expender el orfebre. Por indicados motivos, llega éste á poder vestirse con seda, vedada á otros oficios menos prestigiosos. En España, la fecunda producción de la platería, da lugar, en algunos de sus geniales artífices, á fundir elementos del gótico florido con el renacimiento italiano, originando el estilo llamado, por esa razón, *plateresco*.

***

He dicho que también el cobre, el latón y el estaño, fueron utilizados para objetos análogos, singularmente en la Edad media, como consecuencia del crecido valor y rareza de los ricos metales, que tanto abundan en el Renacimiento. El estaño se prestaba con facilidad al fraude, como se comprueba en el *Pícaro Guzmán de Alfarache*, (novela que influye en *El Quijote*), substituyendo criados infieles, candeleros de plata, por otros, idénticos, de estaño. El



Una misa de campaña en el Salón de San Juan. *Fot. de Merletti.*

latón, el cobre y el bronce, recibían ó no, el dorado, operación que ciertos gremios de plateros prohibían á sus cofrades. Al latón, tan en boga entre la clase media, llamósele desde antiguo, en Andalucía y Castilla, azófar, del arabe *aç-çofr*, que quiere decir cobre amarillo (forma de *aç-far*, vocablo expresivo de tal color). De tal materia eran los candeleros que Don Quijote invoca para explicar á Sancho, por un símil, lo que es cierto instrumento músico, que, al par de otros, consolará sus derrotas bélicas en la vida bucólica á que hace propósito de dedicarse en adelante. Y, era de azófar, la bacía de barbero que, el Héroe manchego, tomó, á través del cristal de aumento de su imaginación ultra-caballeresca, por yelmo, sin babera, de Mambrino: quitado, según él, en buena guerra: reclamado en juicio de mesón: negado siempre en su prosaica naturaleza de bacía, é indemnizado, al cabo, mediante recibo, nada menos que en ocho reales contantes y sonantes.

***

Si con la escena del lavamanos en casa de los Duques, hemos entrado en la historia de la platería civil; entraremos ahora, en la de la joyería indumentaria, por aquellas palabras que, en Sierra Morena, Sancho Panza dirigía á su rucio ausente, huído, — perdido acaso para siempre, — como consecuencia del aporreo y pedrea que, á él, á su amo y cabalgaduras respectivas, dirigieron los libertados galeotes, rebeldes, empero, al mandato de presentarse, en señal de homenaje y reconocimiento, á Dulcinea del Toboso. «¡Oh hijo de mis entrañas — dice Sancho, por su asno, — nacido en mi mesma casa, *brinco* de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y, finalmente, sustentador de mi persona, porque con veinte y seis maravedises que ganaba yo cada día, mediaba yo mi despensa!» Este *brinco, brinquiño* ó *brinquillo*, — ponderación de cosa que vale materialmente y alegra el ánimo afecto á la vanidad, — fué una alhaja, joya ó joyel, bautizado con tales nombres, porque, usándolo las mujeres colgado de sus tocas ó peinado, por estar montado al aire, parecía que saltaba ó brincaba al menor movimiento de su dueña. Era una de las múltiples manifestaciones de la joyería, tan excesiva en los siglos que nos ocupan, por igual en las clases elevadas y en los mismos acomodados campesinos. Su principalidad, demuéstrase en la frecuencia con que se ve regalado para rendir corazones ó mercar placeres, y por la frase contemporánea, muy en boga, *estar hecho un brinquiño*, alusión al que iba muy adornado ó compuesto.

(Se continuará).

J. PALLARÉS



EL MERCADO

ALLUSTANTE



DE ZARAGOZA

Existente en el Museo Municipal de Barcelona.



EL PUERTO MILITAR DE BAHÍA BLANCA

Como nos merece atención particular todo cuanto se refiere á la floreciente República Argentina, llamada á figurar muy pronto entre las naciones más adelantadas, publicamos con sumo gusto las vistas fotográficas que nos ha remitido nuestro corresponsal y los curiosos datos que les acompañan, para que nuestros lectores puedan formarse idea de la importantísima obra que aquel pueblo emprendedor y activo acaba de realizar en Bahía Blanca.

El estudio de las obras del Puerto Militar fué empezado en Marzo de 1896, siendo Presidente de la República el Doctor José E. Uriburu y Ministro de Guerra y Marina el Ingeniero Guillermo Villanueva y Jefe de Estado Mayor de Marina el actual Contralmirante Manuel José García.

El Gobierno encargó de este estudio al Ingeniero Luis Luiggi, el cual fué eficazmente ayudado en los estudios preliminares por el entonces Jefe de la Escuadra, Contralmirante Atilio S. Barilari.

Después de recorridos y estudiados los varios puntos de la Costa Atlántica desde el Río de la Plata hasta Río Santa Cruz, el Ingeniero Luiggi preparó un proyecto comparativo entre Mar del Plata y Puerto Belgrano; aconsejando este último, por consideraciones muy importantes y de varia índole, sobre todo de urgencia.

El Poder Ejecutivo aprobó los planos y el Honorable Congreso, en Diciembre de 1896, autorizó la construcción del Puerto Militar, votando al mismo tiempo la suma de 10 millones de pesos oro.

Se empezó las obras preliminares de aguas corrientes, muelles, baterías, etc., en Enero de 1897.

Fueron contratadas por licitación pública internacional las obras principales, resultando aceptada la propuesta de la Casa Dirles, Dates & Van Hattem, como la más baja.

Las obras principales fueron empezadas el 2 de Julio de 1898; el 8 de Octubre de 1898 estaba concluída y armada la primera batería, y las demás lo fueron en 1899 y 1900, juntamente con el Ferrocarril Estratégico que une las varias baterías.

El dique de carena, la obra más importante, fué abierto al servicio el 2 de Enero de 1902, con la entrada del *San Martín*, y el conjunto de la primera parte de las obras se concluyó el 31 de Marzo de 1905, quedando ahora el Puerto Militar en condición de prestar servicio, según fué aprobado por el Honorable Congreso.



El ingeniero LUIS LUIGGI
AUTOR DEL PROYECTO Y DIRECTOR DE LA OBRA

El gasto resultó de unos 9 millones de pesos oro, con notable economía sobre el presupuesto.

Actualmente, está concluída la primera sección de las obras del Puerto Militar, que comprende el fondeadero para los buques en espera de órdenes para hacerse á la mar; el canal de entrada; antepuerto; dársena de amarre para grandes acorazados; murallón de atraque para grandes buques que deben hacer operaciones de transborde de armamentos, víveres y carbón, ó para compostura y arreglos en la parte subacquea de los buques: grúas; líneas férreas y demás accesorios para el servicio de la parte marítima del Arsenal Naval.

El dique de carena tiene 220 metros de largo, 26 de ancho y 10'50 de hondo sobre el umbral en medianas altas mareas, así que puede recibir cualquier buque actualmente á flote, sea de guerra ó mercante.

El murallón de atraque y amarradero, tiene 30 pies de agua en baja marea, y está arreglado para poder tener 33 pies (10 metros) si así precisara en algún tiempo, lo que se podrá obtener por simple dragado.

El canal de entrada está dragado con 80 metros de ancho y profundidad de 31 pies en mediana alta marea, lo que es más que suficiente para las necesidades actuales.

Además, están listas las obras necesarias para el funcionamiento del Puerto Militar, como Hospital Naval para 400 enfermos, casas y edificios varios, escuela, galerías filtrantes y cañerías para aguas corrientes, cloacas, sistema de avenidas, plantaciones, parques, cementerio, y demás accesorios para el servicio del Arsenal.

Todas estas obras, en su conjunto, forman la Estación Naval para la Armada, la cual está defendida por oportunas baterías y demás fortificaciones armadas con cañones y ligadas entre sí por un Ferrocarril Estratégico de 28 kilómetros de largo, proyectado y construído en el breve tiempo de



Murallón de atraque para los grandes acorazados.

85 días. El Puerto Militar está, además, provisto de obras subsidiarias y, entre éstas, de semáforos y faros ligados entre sí por telégrafo, para mantener el contacto entre la flota y las costas.

El proyecto de estas obras y su dirección, desde Marzo de 1896 hasta Marzo de 1905, se debe al Ingeniero Luis Luiggi, del Cuerpo Real de Ingenieros de Italia.

* * *

LA MUJER QUE RIE

Eternamente pasa por ciudades y aldeas una mujer que ríe, ríe sin tregua. Y su risa llena de tristeza el corazón de los que la escuchan.

Y para hacer que no ría los árboles muestran sus ramas sin hojas, el río su lecho sin agua, los prados su hierba amarillenta y sin flores.

Pero la mujer ríe y su risa llena de tristeza el corazón de los que la escuchan.

Para impedir que ría, las tumbas se abren mostrando su polvo; las casas se abren mostrando su hogar desierto; las estériles señalan su seno maldito; los hombres pregonan sus delitos. Todos dicen: ¡Mira cuánto padecemos!

Y la mujer pasa riendo por entre tantos dolores.

. . . .

Unos dicen que aquella mujer es la Vida; otros aseguran que es la Muerte. Y en tanto que ella ríe, todos los hombres lloran.

* * *



La casa de bombas del dique de carena.



El castillo de vigilancia.



El dique de carena con un acorazado en seco.



Acorazado saliendo del dique de carena.

Rimas de ALFREDO BACCELLI

I

León enjaulado

Con las garras tremendas y cruzadas
la dorada cabeza fiero inclina,
con ojos entornados, donde afina
la mirada que viva centellea,
y entre hierros altivo señorea.
Ve quizá los desiertos arenales,
la palmera lejana, el sol ardiente,
los rojizos fulgores del poniente,
huir gacelas ve, tigres heridos,
del monte al mar imperan sus rugidos.
¡Oh, raudos saltos, presas palpitantes!
¡oh, rápidas carreras contra el viento,
entre espiras de arena sofocantes!
Su áurea melena agita ya erizada,
surge, se lanza, y con el choque horrendo
tiembla la férrea jaula quebrantada!

II

Noche en los Alpes

Fría la selva y llena de hondo sueño,
vierte en las sombras plácida la luna
lluvia de luz, que finge níveas blondas.
¡Venid, ensueños dulces!... Ya se aduna
su fantástico enjambre entre las sombras.
Subo en silencio, miro la alta cumbre
de hielo, que argentado ya destella
en el mar de la luz pálido y quieto:
la cumbre escalaré... Mas... la centella
del ideal?... ¡Tortura, hondo secreto!
¡Cómo surcáis con azulados fuegos
astros cadentes, mágicos cruzando,
la noche estiva! ¿No tiene el profundo
caos de sombras, fin?... ¿Y van temblando
cual vosotros las almas por el mundo?
Lejos murmuran aguas apacibles:
hay en el pecho música suave,
dulces pesares y esperanzas leves
cual nubes de color... ¡El paso grave
suena en la obscuridad, brillan las nieves!

Francisco DIAZ PLAZA

LA CODICIA

Erase una vez un labriego muy rico y muy avaro, cuya codicia no se saciaba jamás. Llamábanle Jeroán el Rico, y era en realidad más pobre que las ratas, pues no gastaba una sola de las monedas que llegaban á sus manos.

Cerca del lugar que habitaba empezaban los dominios de una tribu nómada, famosa por la bondad y el desprendimiento de sus jefes. Jeroán sabía que en aquellos dominios había extensiones de tierra muy fértiles y muy poco aprovechadas. Como sólo pensaba en ganar dinero, se le ocurrió un día hacer un negocio brillante con los nómadas, y, cogiendo una buena suma de monedas de plata, se dirigió al encuentro de los jefes de la tribu.

Estaban sentados junto á la tienda de uno de ellos y recibieron cordialmente á Jeroán. Este, animado por la buena acogida, no vaciló en hacerles las proposiciones que le seducían.

—Vosotros tenéis terreno de sobra, —dijo, —y á mí me falta para hacer las plantaciones que deseo. En cambio tengo dinero y vosotros no debéis andar muy sobrados de él. Tomad todo el que contiene este saco y dejad que escoja la porción de tierra que deseo.

Los nómadas torcieron el gesto al oir tal proposición; pero el jefe de todos ellos, anciano venerable, en cuyos ojos parecían reflejarse la sabiduría y la experiencia, replicó:

—No es costumbre entre nosotros vender las tierras; pero una vez no hace costumbre. Queremos satisfacer tu deseo. Duerme esta noche en nuestro campamento y mañana, al salir el sol, depositarás en el suelo este saquito de dinero y te pondrás en marcha. Todo el terreno que puedas rodear andando de sol á sol será tuyo. Ya ves que no somos avaros. Pero te advierto que si no llegas de nuevo al punto de partida un instante antes de ponerse el sol, el dinero será nuestro y no serán tuyas las tierras. Si aceptas el trato, dalo por hecho.

—Acepto, —exclamó alegremente Jeroán.

Cenó con los pastores y antes de dormir pensó horas y horas en la magnífica propiedad que iba á adquirir por un puñado de plata.



Nota de color; por A. Pla y Rubio.

Al amanecer, le despertaron los nómadas, y, cargado Jeroán con el saquito de monedas, fueron todos á un otero que dominaba una llanura inmensa, cubierta de bosques y prados, surcada por riachuelos y arroyos, una verdadera tierra de promisión.

El viejo pastor hizo que Jeroán depositara las monedas á sus pies y le dijo:

—Dos de mis nietos, ligeros como corzos, te seguirán, provistos de un haz de estacas. Donde tú les indiques las clavarán, marcando los límites de tu futura propiedad. Pero acuérdate de la condición impuesta: si no llegas antes de ponerse el sol, nada de lo delimitado será tuyo. Ea, ponte en camino, que ya brillan los primeros rayos del sol en aquella nube y en breve iluminarán el suelo.

Jeroán emprendió la marcha y anduvo horas y horas. El sol llegaba ya á la mitad de su carrera. Jeroán comió andando y continuó sin detenerse, señalando á los nómadas que le seguían los puntos donde tenían que clavar las estacas que después se cambiaría por mojones.

Iba ya á volver hacia el punto de partida cuando vió un bosque de árboles centenarios. También lo incluyó en su propiedad: pero le costó el bosque una hora más de marcha.

El sol bajaba lentamente. Jeroán apretó el paso. Anduvo cinco horas y aun incluyó varios prados y una loma en su propiedad futura. El sol llegaba al término de su carrera. Jeroán echó á correr, á pesar de su cansancio. Ya distinguía el otero donde le aguardaban los nómadas, ya estaba á punto de ser rico de veras. Pero sus piernas se negaban á sostenerle. El corazón latíale con tanta fuerza, que sentía sus golpes en las costillas, lo cual le producía un dolor intolerable. Y el sol bajaba cada vez más. ¡Ya sólo veía medio disco rojo! ¡Ya sólo veía una delgada línea fulgurante! ¡Y aún faltaban cinco minutos de marcha! Debía haber prescindido del bosque, de los prados, de la loma. Su codicia le había perdido.

—¡Ya estoy aquí!—exclamó cayendo junto al anciano de blanca barba.

—Es verdad; pero ya no vemos el sol.

Jeroán lanzó un gemido y quedó inmóvil.

—Este hombre quería una extensión inmensa de tierra, —dijo el viejo, —y, ya véis, cinco pies le bastan.

Se cavó una fosa y Jeroán fué sepultado.

Augusto RIERA



Cuadro de Hermen Ynglada.

LA ORFEBRERÍA EN LA COMPOSICIÓN Y REDACCIÓN DE "EL QUIJOTE"

POR F. TOMÁS Y ESTRUCH — *(Continuación)*.

En la cara de cierta Tisbe, ve, Góngora, una imagen de brinco de joyería, pues la blancura de su cutis es plata, oro su pelo, rubí sus labios, cristales de roca sus ojos, sus niñas esmeraldas. Quevedo, en su romance *Quejas del abuso del dar á las mujeres*, dice:

Gastó el viejo Amor en viras, — mas no en virillas plata;
brincos se daban saltando, — y hoy se compran y se pagan.

Joyas en el tocado y en el vestido, como todas sus contemporáneas, llevaba la ilustre Luscinda del infortunado Cardenio, según lastimeramente lo cuenta en el capítulo XXVII; y, en las sonadas bodas de Camacho, la novia, riquísima labradora, *que más parece palaciega*, es hiperbólicamente ponderada por Sancho, según la riqueza de su aderezo y traje, diciendo de ella entre otras cosas: «No sino, ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis



VISTA GENERAL DE SANTIAGO, CAPITAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE (1)



MONUMENTO Á O'HIGGINS.

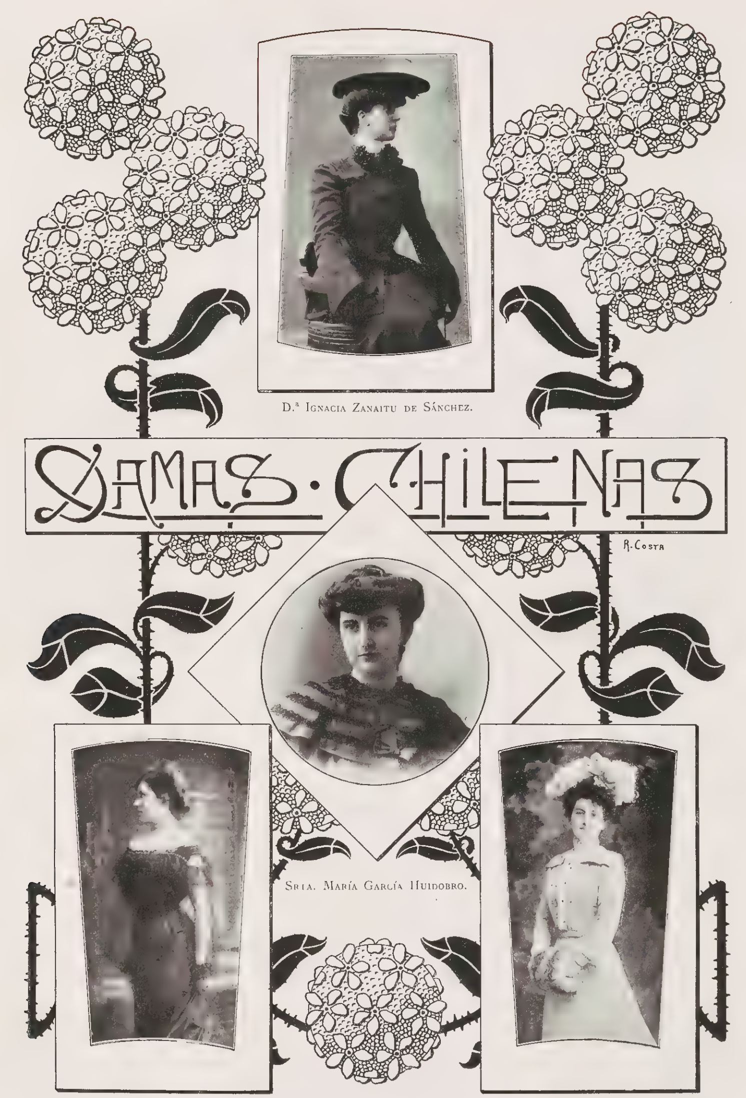
á una palma que se mueve cargada de ramos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta.»

Podremos ver, eso que nos dice la palabra escrita, en lo que, tomándolo de la realidad, ha copiado el pincel de Sánchez Coello, Pantoja, Zurbarán y otros insignes artistas nuestros. Las señoras, y aun las jóvenes y niñas de entonces, se ataviaban con innumerables piedras preciosas, corales y otras gemas que, coronando en cintillo su frontal, vierten pinjantes de grandes perlas sobre su frente ó caen graciosamente de lazos, sujetadores de moños ó cocas. Ora prenden los espirituales copetes; ora serpentean con suavísimos orientes ó destellos por redecillas ó retorcidos contorneadores de la cabeza; ora hacen lo propio por cofias, gorritas, bonetes, birretillos ó sombrerillos, acumulándose al fin, junto al rumboso joyel, del que salen, disparados, minúsculos penachos y plumeros.



MONUMENTO Á SAN MARTIN.

(1) Esta vista y las demás que figuran en el presente número, junto con otras que iremos publicando, nos han sido enviadas por nuestro activo corresponsal en la República de Chile y dan aproximada idea del grado de progreso á que alcanza aquel floreciente país.



D.ª Ignacia Zanaitu de Sánchez.

Srta. María García Huidobro.

Srta. Blanca Pereira Iñíquez.

Srta. María Teresa Gandarillas Matta.

Dibujo de R. Costa.

JOSÉ M.ª MARQUÉS

MARINA.



Paisaje.

Todo sirve de pretexto para hacer ostentación de joyas. Las arracadas *de arenque* que, hasta hace poco, desgarraban los femeninos lóbulos auriculares de algunas de nuestras campesinas, no eran otra cosa que la perduración de una clase de adorno, degenerado en arte y riqueza, que acusó la faz y ritmó los movimientos de cortesanas y artesanas pudientes de há más de tres siglos. La filigrana, de origen árabe, asentada principalmente en Salamanca y Córdoba, prestábase mucho para sus grandes monturas, á veces reemplazadas por solitarias piedras ó perlas aperadas, de tamaño y costo fabulosos. La citada Mme. d'Aulnay, habla de esos pesados pendientes, usados por encopetadas damas, más largos que la mano. Se ven también en los retratos de las escuelas castellana y andaluza. Los rateros de entonces tenían, en tales pendientes, grandes incentivos, arrancándolos, á veces por fuerza, previo tumulto producido al efecto en iglesias y plazas, como aún lo recuerda en Granada el título de un arco, ya desaparecido, llamado *de las orejas*, es decir, de orejas de mujer desgarradas en pleno día por manos rapaces y amigas de lo ajeno.



Palacio Arzobispal y Catedral.

Las perlas, á medida que avanza el tiempo, invaden, como escarcha, la piel y la ropa de ambos sexos, sin duda más en el extranjero que en España; pero, entre las mujeres, con preferencia las españolas á las extranjeras; gustan, sus dueñas, de que no sólo recreen los ojos, sí que también sus oídos, y los ajenos, haciéndolas chocar al descuido. «La perla en la oreja, dicen, es á la mujer lo que el ugier al presidente del tribunal, pues le abre paso entre la multitud.» Derramando centenares de perlas descosidas en su traje (mal adheridas adrede para ello), en célebre baile de París, derrotaba Buckingam á Richelieu, conquistando al par el corazón de la española Ana de Austria; como antes, Carlos V, con un costosísimo anillo echado una tarde al cancerbero de la Etampes, burlaba los posibles peligros de su arresto en Francia. Es, la perla, regular ó irregular, grande ó pequeña, suelta ó en aljófar, por sí sola ó agrupada con otros elementos, broche, alamar, rosa, botón, anillo, brazalete, pendiente de oreja ó joyel de sombrero, unas veces de señora, otras de caballero, como la famosa perla *Peregrina*, *Huérfana* ó *Sola*, que Felipe II llevó en el suyo y á la que seguramente aluden los versos del romance nocturno, endilgados por Altisidora á Don Quijote. Son, las perlas, asimismo, pinjante de ropa, cinturón, con caída de cilicio (vamos al decir), collar, sarta ó sartas, que penden sobre el riquísimo peto ó en él suspenden al soberbio colgante, pieza mayor de la orfebrería femenil.



Casa Correos é Intendencia Municipal.

Estos colgantes, derivación profana del sencillo relicario medioeval, suelen alcanzar grandes proporciones por su tamaño, costo, gusto y riqueza; parecen uno ó más soles resplandecientes, colocados en lo alto de la cotilla, jubón ó corpiño, que no es raro ciñan triples botonaduras de joyería, siendo, cada chatón ó botón, una pieza asimismo rica y bella, al par de las gargantillas, que parecen toisones, y de los cinturones eslabonados, alcachofados ó monogramados, cuya esplendidez desconocieron las más fastuosas hetairas de la antigüedad y las bizantinas coetáneas de Teodora.

Tales colgantes, eran de forma circular, estrellada ó romboide, más empedrados de diamantes, záfiros, topacios y esmeraldas, cuanto más avanza el tiempo: con esmaltes sobre las desnudas figuras báquicas ú olímpicas; con sátiros, bichas, águilas, peces, antivolutas, follajes y miembros arquitectónicos: con emblemas ó divisas que les dan adaptación á su dueña, y con perlas, á modo de caireles ó flecos juguetones y habladores, como las del collar sonante de Laura. En España, era Barcelona la ciudad sobresaliente en la producción de esos objetos, cuya singular importancia acusa el ser preferidos para los ejercicios de pasantia de los *argenters*, como se ve en los antecitados libros del gremio y es patente en algunas piezas que, perteneciendo al tesoro del Pilar de Zaragoza, por lamentable remate de 1870, pasaron al *Keensington Museum* de Londres. Los hermanos Gelabert, de nuestra capital, poseen también un colgante bellísimo del siglo XVI.



Escuela de Medicina.

Con el tiempo, ya entrado el siglo XVII, no sólo nótase el incremento absorbente de la piedra que va des-



Teatro Municipal.

puñeres para niño, — usando las señoras empedradas sus sortijas «con piedras y perlas blancas, como cuajada, que cada una valía un ojo de la cara» (frase de Sancho). El esmalte llevó al anillo por las orientaciones coloristas, como á ellas ha vuelto al presente con los patinados del oro, consecuencia de las enseñanzas del Oriente antiguo, probado en nuestros museos, y consecuencia, en el Oriente moderno, del pueblo japonés.

En el referido objeto morisco, la filigrana, el cincelado y el grabado, hacen el gasto, éste en los chatones singularmente, bajo cuyas caras se esconden filtros maravillosos, y sobre cuyos biseles se fijan divisas, sentencias, bendiciones ó salutaciones, en caracteres epigráficos de una civilización próxima á desaparecer de entre nosotros, por cruenta expulsión, muy loada por Cervantes. Muchos de estos objetos, proscriptos por la Inquisición, al par del uso de toda joya por sus condenados, son amuletos de virtud y eficacia asombrosa, según la superstición de los tiempos, que penetra en la credulidad femenil de las más acendradas católicas de entonces. Y es que, para ciertos mitos orientales, tales como la materna fecundidad, la atracción del novio deseado y el desentrevero del amante y del esposo, han sido impotentes — y es cuanto hay que decir — las sutilezas fiscalizadoras de metafísicos y teólogos coetáneos, y el ensañamiento ígneo de los más ardorosos sucesores de Torquemada y de Arbués.

terrando al cincelado, sino la pérdida de elementos arquitectónicos y de la composición simétrica, suplidos por lazos y flores independientes y muy ondulados.

Queda, aún, la *patena* en el pecho de ciertas labradoras endomingadas, es decir, una lámina ó medalla grande, con una imagen esculpida ó repujada. Su origen y efecto, deducida la mayor riqueza y arte, son los del colgante señorial antiguo, con el cual convivió. De esas preseas habla Sancho cuando dice, por la novia de Camacho: «Pardiez, que según diviso, que las patenas que había de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca, es terciopelo de treinta pelos.» De estos corales que, al par de perlas y piedras, extienden por el mundo, con profusión nunca vista, el comercio español, nutrido por las importaciones americanas, y el comercio portugués y holandés, por las africanas y asiáticas; de estos corales finos en sarta, con cabos, ave-marías y padre-nuestros de oro de martillo, se habla también en *El Quijote*, cuando el sutil paje de la burlona Duquesa, apenas ve la hija de un estripa terrones y mujer del escudero andante Sancho Panza, se los echa al cuello, en forma de collar, entregándole la carta donde le participa que, su esposo, gobierna como un gerifalte en la isla Barataria, de marras. Con medio celemín cabal de bellotas cogidas y escogidas en el monte, correspondieron Sanchica y su madre á tan *rico* presente y misiva, por los cuales ya ven al esposo y padre, con calzas atacadas, y ella, Teresa, con papahigos de camino (tejido defensor del rostro, contra el polvo, el frío ó el aire), con protuberante verdugado redondo, hecho y derecho, echando coche en Toledo y Madrid, oyendo como dicen de su hija, que lleva al lado, no menos prendida y arreglada: «Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche, como si fuera una papesa.»



La Alameda.

* * *

Cristianas y moriscas — como en otros tiempos las judías — muestran igual afición á llenar de anillos los dedos — casi nunca el cordial — de ambas manos, pulgares inclusive, las primeras, si son rústicas ó artesanas, con azabaches gallegos, — materia con la cual se hacen también, montadas en metal precioso, higas ó

* * *

También penetra entonces el perfume en la joyería, por medio de pastas olorosas que se incrustan en pendientes, cadenas, colgantes, dijes y anillos, por igual en objetos de dama ó de caballero. A juzgar por los escritores y poetas medioevales, y aún de los comienzos del Renacimiento, no fué muy atendido el sentido del olfato, fruto de causas apuntadas ya en este discurso. La galantería caballeresca, parece no tenerlo muy afinado, de modo que la realista frase de un ilustre doctor contemporáneo, sobre las relaciones del amor con determinado sentido, estaría entonces divorciada del dulce sentimiento que ayudó á inflamar el corazón de Don Quijote.

(Se continnará).



Cerro de Santa Lucía.



Campesinos romanos en Ara-Cœli.



Cuadro de J. Cusachs.

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).

LA ORFEBRERÍA EN LA COMPOSICIÓN Y REDACCIÓN DE "EL QUIJOTE"

POR F. TOMÁS Y ESTRUCH — *(Continuación)*.

Éste, y sus colegas, sin excepción del mismísimo Sancho, como hijos de tiempos más adelantados, dan frecuente satisfacción al órgano rinal. Cuando don Fernando, disfrazado de demonio, ayuda al enjaulamiento y restitución caritativa de Don Quijote á su hogar; Sancho, malicioso, como buen rústico, le dice á su amo: «Par Dios, señor... este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de lo que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero, éste, huele á ámbar á media legua...» Por maleficio del demonio verdadero, tiene esto Don Quijote, seguro de que, don Fernando, es espíritu infernal, y no galante caballero, de cuyas armas, joyas y guantes, salga tan excelente olor. Estos guantes perfumados, muy perfumados, (con apéndices á veces de joyería), causa de gran comercio de España,—donde se fabricaban — con el extranjero, solían ser — del mismo modo que los guadamaciles para tapizado,—obra preferente de nuestros moriscos, y á ellos se alude, con chocante motivo, por labios del Héroe manchego, según vamos á ver. Por el olfato, muy idealizado, guíase éste también al contender con el escudero, cuando el gran redomado le da cuenta de su entrevista con Dulcinea, la rústica y fregona, convertida, por el alucinado caballero, en señora bordadora de empresas, con oro de canutillo, para él. «Pero, no me negarás, dice Don Quijote, una cosa... Cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de un curioso guantero? — Lo que sé decir— contesta el implacable Sancho—es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. — No sería eso, respondió Don Quijote, sino que tú debías estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.»

***

. El resto de la joyería, entre moriscos, se comprueba en las rosetas para el lóbulo nasal de las mujeres; collares con múltiples piedras ó placas, llevando cada una sentencias coránicas ó frases de célebres poetas; aretes filigranados; broches de penachos, y ajorcas: piezas, algunas, que una tiránica política prohibió, por ser integrantes del traje musulmán. Esas ajorcas, por ejemplo, las usa, con el nombre de carcajes, la argelina Zoraida que en el *Quijote* figura; completando su indumentaria con perlas y brillantes, por valor de 10,000 doblas. Aparecen aún tales documentos, en varios de los tesoros que á lo mejor se descubren, análogos quizá al que el moro expulsado Ricote, — del libro de Cervantes, — viene á recobrar, disfrazado de mendigo, en el pueblo de Sancho, del cual era convecino.

***

Abierta ú ocultamente, burlando prohibiciones, usan, moriscos y cristianos viejos, hombres y mujeres, sendas cadenas de orfebrería, éstas á veces para sujetar el hocico de sus martas de abrigo; aquéllos para hacer alarde de riqueza, menos obvia en la bolsa cerrada, á la que socorren, con tales joyas, en trances apurados del juego ó carestía. De esas cadenas, no es raro ver colgar dijes amotorios ó recordatorios de viajes y empresas allende el mar ó los Pirineos. Como maravillas de esos dijes, pueden recordarse los labrados en cinco grandes esmeraldas, de valor, cien mil ducados, que Cortés trajo á España, y que la emperatriz Isabel, muy amiga de joyas, como buena portuguesa, en vano quiso merecer del afortunado conquistador. «Eran — según Gomara — cinco esmeraldas, entre otras que hubo de indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como una rosa, la otra como corneta, y otra un pece con ojos de oro, obra de indios maravillosa. Otra era una campanilla con una rica perla por badajo y guarnecida de oro, con leyenda castellana. La otra, en fin, era una tacica con el pie de oro, y con cuatro cadenicas para tenerla, asidas á una perla larga por botón: tenía el bebedero de oro y la leyenda latina. Por esta sola pieza, que era la mayor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco.»

***

Finalmente, la joyería indumentaria, se manifiesta completando lazos de sayas, jubones, coletos, ligas, calzado, sombrero ó chambergo; en agujetas, cabillos ó herretes de los mismos, ó sueltos, y en largas agujas para el tocado de señora, como las que hoy vuelven á usarse, cabeadas empero con gemas, cincelados ó filigranas. Una de esas agujas, sería la que, según cuenta la dama doña Rodríguez, al pedir enderezo de entuertos y protección para su hija, á Don Quijote; una de esas agujas sería, repito, la que introdujo por los *lomos* á su marido la respetable señora que con gran autoridad llevaba aquél á la grupa de su caballo: «que



ALFREDO VALENZUELA PUELMA

DISTINGUIDO PINTOR CHILENO



ENSUEÑOS. — Cuadro de VALENZUELA PUELMA.



TIPO DE ASCETA, por VALENZUELA PUELMA.

entonces, sigue diciendo, no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de los caballos de sus escuderos». Eso precisamente pide Sanchica al travieso paje, para ir al encuentro de su padre el Gobernador baratario: eso se hacía por grandes de España, con las madrinas del siglo XVI, en los mismos bautizos reales, y, eso, hizo Hernán Cortés, en la ciudad de México, después de la conquista; cuando regresando de otra muy peligrosa, durante la cual hubo empeño en hacerle pasar por muerto, quiso premiar la lealtad heroica de Juana Marsilla, azotada públicamente por traidores al gran conquistador.

* * *

Cierto que los reyes fueron acentuando cada vez más la austeridad del traje español, y cierto que las disposiciones dadas al efecto, eran frecuentes y severas; pero también de eficacia relativa, muy limitada por los espíritus fuertes y las gentes ostentosas, que á lo mejor encontraban coyuntura para volver á los pasados esplendores. El mismo supremo poder suspendía de cuando en cuando sus leyes, conmemorando faustos acontecimientos, visitas de príncipes, bodas, embarazos, partos, bautizos, victorias guerreras y fiestas religiosas. Vajillas y joyas reaparecían entonces con un desborde más acentuado cuanto más rigurosa fué antes la continencia.

* * *

Las armas no cesaron nunca de recibir el concurso de plateros, esmaltadores y damasquinadores. El aprecio que Don Quijote hace de la bacía, para él yelmo de Mambrino, comparándola con el casco que labró Vulcano para el dios de las batallas, coincide con la riqueza de armaduras, espadas y puñales para batalla ó torneo. De las dagas y puñales, en general de tipo morisco, se ocupa especialmente la orfebrería, acumulando en ellas, piedras, perlas, cincelados y esmaltes de gran mérito, según se ve en la curiosa doncella, disfrazada de caballero, que á Sancho gobernador llevan sus corchetes. Las vainas reciben análogos decorados, ó bien son recubiertas, al igual de paños para estrados ó trajes, de bordados, monturas á la vez de gemas y aljófares inestimables. Ejemplo: en los rapacejos de oro de la misma citada doncella; en la «sala de los duques, adornada de telas riquísimas de oro y de brocado», donde las seis doncellas desarman á Don Quijote, sirviéndole de paje; acaso en los riquísimos faldellines de tabí de oro, que otras nobles jóvenes vestidas de zagalas, llevan en la selva, donde intentan renovar la Arcadia, con juicio no menos trastornado por las églogas de Garcilaso y Camoens, que el de Quijano por los libros de caballería: y, sin lugar á dudas, en las ropas, según Sancho embustero, de Dulcinea y sus doncellas «todas, dice, una áscua de oro, todas mazorcas de perlas, todas diamantes, todas rubíes, todas telas de brocados de diez altos». Estos altos, son, muchas veces, dados por el bordado, como complemento, con variedad de puntos, recamos y aplicaciones, moda que se prolonga hasta el mismo siglo XVIII. Conexión, ésta del bordado en oro y joyas anexas, con la orfebrería, que explica bien el nombre de Santa *Aurea*, jefe de una gran escuela de labor en aquella especialidad, que no era otra cosa, en el orden artístico, que una prolongación de los obradores de orfebrería, regentados por San Eloy en el siglo VII.

* * *

Y, ya, en rigor, he terminado mis notas sobre la orfebrería en la composición y redacción de *El Quijote*. Quiero, sin embargo, dejar consignado que, ese tema, no lo elegí para deslumbrar á nadie presentando á su consideración, en sentido optimista, la riqueza material de España en los dos siglos de gobernación austriaca: largo espacio de tiempo que, por otra parte, he necesitado comprender en mi estudio, atendida la trasmisión de ricos objetos á través de varias generaciones y la persistencia de algunas formas y modas, por lo que á la orfebrería se refiere. Nadie más convencido, que el autor de estas líneas, de la poca eficacia ética, ya que no estética, de tantos tesoros importados de América, Asia, Africa y Occeanía, para satisfacer nuestra avidez de ricos metales y joyas, causa al fin de nuestra postración y ruina, por desconocerse la aplicación científica, realmente económica y equitativa, de aquéllos.

Nuestra moral pública y privada; el carácter austero de la edad media, eficiente de sabias legislaciones y resistencias al despotismo; la misma fe espiritual y culta del hombre y la mujer; sufrieron gran menoscabo por la influencia de esa plata, ese oro, esos minerales tentadores de la codicia y la vanidad desenfrenadas.

¡Cuán lejos están muchos de los conquistadores y colonizadores de Indias, del *Cristo-ferens*, del *portador de Jesucristo*, como por santo iluminismo se llamó Colón! Si es verdad que, junto á la historia de sublimes proezas militares de tales héroes, palidece, á intervalos, la misma historia de los griegos, desde Jason á Alejandro: no es menos cierto que, esa *auri sacra fames*, esa sed de ricos minerales, generaron con frecuencia las bárbaras injusticias, los incultos esquilmos, los vandálicos destrozos, por los cuales perdimos, al fin, pieza á pieza, piedra á piedra, hasta el último de los joyeles coloniales que adornaron, desde la corona á las sandalias, á nuestra madre España.

Esa plata, ese oro, que resplandecen en aparadores ó se esconden en arcones, ¡qué género de atropellos al derecho y á la humanidad; qué venalidades; qué endiosamientos enturbiadores de la videncia política del porvenir, no representan á veces! Ellos, ensarzaron á Carlos V con Roma; por ellos se pasaron á saco las iglesias, altares y sacristías de la ciudad eterna, no con más respeto que los seguidores de Cortés, Pizarro y otros, despojaban en América ídolos y santuarios, cuyo bruñido metal y enormes múltiples piedras preciosas, chillaban con vulcánicos chispazos entre costras putrefactas de sangre de los sacrificios.

(Se continuará).



DIANA MODERNA; por VALENZUELA PUELMA.

J. CA[cut off]



ADORADOR[cut off]



ES DE BACO

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).

UN CORAZÓN Y UN CEREBRO

Estaba realmente encantadora, á pesar de sus cuarenta años... Sí, no debía de andar muy distante. Y lo cierto es que ella no ponía gran empeño en ocultarlos. No, hasta ahí no llegaba la natural presunción de la mujer hermosa que se ha visto más de una vez en el espejo.

Desde que llegué al balneario me tenía intrigado la señora aquélla... No, no vayáis á creer que por sus prendas físicas, ni por su tren lujoso... Yo no soy enamoradizo; y, francamente, después de todo, ni ella daba motivo para ciertos impulsos, ni había de qué... Nada, una especie de comezón, una invencible curiosidad que empezó á espolearme sin que pudiera yo explicarme el motivo.

Solía levantarse muy de mañana y dar un paseo por el bosque, acompañada de su doncella. Regresaba á las diez, almorzaba en su cuarto, y no se la volvía á ver hasta que atardecía. Desde luego se me antojó que la hora del crepúsculo vespertino tenía para ella un singular encanto... ¿Era viuda, casada, soltera?... Nadie supo decírmelo; y eso que no se perdió por falta de inquisición, pues interrogué con cierta parsimonia á cuantos creí que podrían darme algún antecedente.

Cuanto más misterio, más viveza en el cuidado. ¿Cómo iba yo á trabar conversación con ella?... Claro está que, á lo primero, no pasaron las cosas de un ceremonioso saludo, haciéndome el encontradizo, algunas tardes. Un día noté que acompañaba á la leve inclinación de cabeza un asomo de sonrisa... ¿Por qué no decirlo?... Se me antojó una victoria. Sin duda, le había sido yo simpático... Y, ¿queréis creer que yo, dormilón terrible, madrugué desde aquel día, casi sin solución de continuidad? Ella debió notarlo, y ya, otra vez, la sonrisa con que correspondió á mi saludo fué amable, casi una invitación á la confianza discreta... Pero en algunas semanas no hallé modo de entablar conversación.

Una tarde, sí; una tarde se encapotó el cielo bruscamente, violentas ráfagas preludiaron una tormenta... Mi interesante desconocida regresó de su paseo á todo escape; nos cruzamos, y ni siquiera atendió á mi cortés cumplido. Sin duda estaba nerviosa, inquieta, la tempestad la asustaba. Se encerró en su habitación, se acaloró la atmósfera, hubo una pausa prolongada; una quietud alarmante, precursora del trastorno; brillaron los relámpagos, empezaron á caer gruesas gotas de agua, y á poco se desencadenó violentísimo



Un futuro almirante; por Valenzuela Puelma.

el temporal. Este duró poco, media hora escasa, y á él debo el haberme podido poner por fin al habla con la cuarentona. Poco faltó para quedarme con las ganas. Se iba al día siguiente, y la casualidad aplacó mi interés cuando menos podía presumirlo.

Ved lo que supe:

—«Sí, no puedo remediarlo, una tempestad me hace sufrir horriblemente... No se ría usted... es un recuerdo triste... ¡oh! muchos, muchos recuerdos...

»Si usted quiere, no pasa de una historia vulgar... ¿A quién puede importarle?... Usted tiene cara de curioso... no sé si lo acierto... He creído notarlo en los días que hemos convivido en este delicioso lugar...

»No, no me ruboriza el declarar á usted que soy soltera.. me son indiferentes los hombres... ¡Casi puedo decir que me es indiferente todo!... Los hombres... son ustedes tolerables mientras no se *apasionan*... Lo peor del mundo, lo más despreciable, es un hombre de talento...

»Sí, ya sé que el asombro llamará en el ánimo de usted, que le choca á usted mi afirmación, al parecer caprichosa. Pero... escúcheme.

»Mi madre era inglesa; mi padre español. Una y otro inmensamente ricos... Yo nací en España, pero me eduqué en Inglaterra; pasé mi infancia, con la que me dió el sér, al lado de mis abuelos. Estos murieron. ¿Qué pasó, qué hubo entre mi madre y mi padre? No lo sé. Sólo sé que aquélla fué recluida en una casa de salud, que vine á la Península con el autor de mis días, y con él viví años y más años sin oir mentar á mi madre para nada... Supe, un día, que había muerto... Yo era su heredera...

»Nos embarcamos en Santander con un tiempo espléndido... A pesar de que iba yo llorosa, en lo íntimo me placía aquel viaje... ¡Qué efecto tan maravilloso me producía el mar!... No recuerdo bien... no podría precisarlo... llevábamos... dos... tres días de travesía, cuando amenazó mal tiempo... Recuerdo una noche horrible, unos estampidos espantosos, unos relumbrares siniestros... gritos de pavor y angustia... mi padre abrazándome con fuerza, y algo así como un descender muy hondo, muy hondo, entre sueños... Creo que nos salvamos tres del naufragio. A mí me salvó un héroe, un verdadero héroe, créalo usted... ¡Y me vi sola en el mundo, completamente sola!... Tenía yo entonces nueve años. Mi salvador tendría unos treinta... ¿Dije que me quedé sola? No hubo tal. Sin familia, sí; sin apoyo, no. El héroe no era hombre para hacer las cosas á medias. No le debí sólo la salvación, sino también la posesión de todos mis bienes... Estuve en un colegio seis años, y salí para irme á vivir con él. Era mi padre, mi hermano, mi guía, mi todo...

»A medida que fuí creciendo y pude ir recordando, zurciendo como quien dice mi historia, miré á aquel hombre cada vez con más asombro... ¿Habré de decir á usted que me resultó admirable?... Me hablaban las personas, y me hablaban con lenguaje indefinible los hechos... En nuestros coloquios, con largas soluciones de continuidad, él hacía que me explicase, iba como ordenando detalle por detalle, recuerdo por recuerdo, para reconstituir mi pasado, para cimentar mi porvenir... Yo le respondía medrosa, á lo primero; yo le interrogaba curiosa, años después...



Chula madrileña; por Valenzuela Puelma.

» La admiración ¿no es un peldaño del querer?... Si por aquélla había de medir el cariño que le puse yo á aquel hombre, no hay término de comparación posible. Era doblemente admirable para mí: era un filántropo y un hombre de talento, un sabio en toda la extensión de la palabra... Me hubiera sentido orgullosa de pertenecerle... Usted pensará sin duda: ¿No le pertenecía de hecho?... Yo no acertaba á explicármelo... sentía por él algo sin nombre... le veneraba desde el fondo de mi alma, y llegué á llamarle ingrato desde lo más profundo de mi sér...

» No exageré, no, cuando le dije á usted que un hombre de talento es cosa abominable... Aquel filántropo, aquel sér asombroso, aquel profundo entendimiento, no entendía una cosa sencillísima por demás: que yo le amaba locamente, que mi corazón era suyo, que no sabía yo explicarme ni mi sentimiento ni su frialdad... Yo no era fea, ¿por qué no decirlo?, yo era rica; gracias á él mis pasos por el mundo podían ser todo lo seguros que se puede apetecer..

» ¡Cuántas veces en su despacho, cuando le veía enfrascado en sus lecturas y en sus creaciones, estuve tentada por confesarle mi sentimiento, y llamarle... lo que de ningún modo era merecedor de que le llamase!... Y ¡cuántas veces, al iniciarme en sus doctrinas, en sus experiencias, en aquella gigantesca labor de su cerebro, me sentí impelida á decirle: «Todo *eso*, es nada, comparado con un *¡te amo!*» Pero no se lo dije, no supe jamás decírselo...

» Unicamente una vez... así, tímidamente, con los labios temblorosos y la voz incierta, me atreví á deslizar una pregunta... Sí, *me lancé* de improviso, como impulsada por la fuerza avasalladora de mi cariño... Le dije... que me definiese el amor. Esperaba yo un abrir de ojos... la caída de una venda... ¿Sabe usted la contestación cuál fué?... Parece que le oigo:

— «El amor es un impulso natural de los seres... la atracción de los sexos... la vida animal, espoleada por el instinto... los gérmenes que despiertan á la sensación de calor para la renovación perpétua... Aman todos los cuerpos, vibran todas las substancias... Se acarician las flores y las plantas por sus raíces... se adoran los átomos...»

» Recuerdo que enmudecí de sorpresa, de dolor y de coraje á un tiempo, y tragué y enterré lo que iba á objetarle.. «¡Bah!... ¡sí, aman los átomos, y las flores, y las plantas, y las bestias... todo, todo... ¡menos los hombres que saben, los hombres que piensan, los hombres que estudian, los hombres capaces de desentrañar mil cosas y de no comprender que una infeliz sufre por su desvío!...

» No, no se lo dije; me persuadí de que su única *pasión* era aquéllo: sus investigaciones, sus ideas, su creación brillantísima...

» Cuando sentí el hundimiento final fué cuando, en méritos de otra *intentona* mía, me dijo que yo... ¡debía ir pensando en casarme!... ¿Y con quién? Pues *con cualquiera*, eso es; sin atinar, ni remotamente, en que ese *cualquiera* pudiese ser él, él mismo: sin conocer en mis miradas, en mi gesto, en mi ademán, por los que se iba mi alma entera, que me tenía loca; que el recato estaba á punto de fenecer, y no estallaba la revelación... por la propia insensibilidad de aquel bloque, no hombre, que tenía frente á mí... ¡Dios me perdone!... ¡le hubiera yo estrangulado allí mismo!...

» No, no intente usted defender á los hombres sabios. Un zoquete hubiera sentido...»

— Y ¿qué ha sido de él?... ¿se murió?

— ¡Se mató!... por una *contrariedad científica*...

Rodaron dos lágrimas por sus mejillas, me tendió la mano y me ofreció guardar de mí un buen recuerdo. Yo la aseguré que el suyo me sería siempre grato.

La verdad es que aquella historia me impresionó vivamente.

Sebastián GOMILA



SANTIAGO DE CHILE — Casa de Gobierno.



Museo Nacional.



Escuela Militar.

A QUEVEDO

Otro celebre el chiste lisonjero
ó la agudeza de tu ingenio alabe,
que yo te admiro porque el mundo sabe
cómo, burlas burlando, eras sincero.
Poeta con blasón de caballero,
no temo que tu musa se deprave,
que unas veces festivo y otras grave
la cortejaste sin manchar tu acero.
Sobre la tierra que tu planta pisa
fué tu espontánea sátira valiente
mofa y cauterio del dolor humano:
porque lo mismo consiguió tu risa
sembrar el regocijo entre la gente
que el miedo en la conciencia del tirano.

Horacio F. RODRIGUEZ

Santa Fe (R. A.)



NOTA DE COLOR.

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).



Cuadro de la SRTA. LUISA FOTET. *Salón París.*

LA ORFEBRERÍA EN LA COMPOSICIÓN Y REDACCIÓN DE "EL QUIJOTE"

POR F. TOMÁS Y ESTRUCH — *(Conclusión)*.

Tan abundantes como el César halló esos tesoros en España, y no los empleó para fomentar, para conservar al menos, nuestra industria, comercio y marina; despertaron en él el quijotismo guerrero (se cree que el Héroe de Cervantes pudo representarle), de inútiles empresas; y, en sus flamencos, la codicia vil, que despreció Cortes y persiguió, con el cadalso, á la nobleza indígena y al pueblo, hasta someterles á sus exacciones. Si por mano de María Pacheco, la viuda cultísima y heroica de Padilla, esa plata arrancada á templos y palacios, resiste un tanto al real ultraje, que implica la primera gran pérdida de las libertades populares en el Renacimiento; esa misma plata, es la que, al fin, hace interesado al soldado, al capitán, al orador, al legista y al prestigioso personaje, descubiertos en su ambición y medidos en su precio por la soberana corruptela. No se pregunta — tan á tiempo llega — de qué modo la corona y la cruz asientan su imperio en América, á los magistrados y capitanes que de allí la envían en culebrinas de tiro y en vajillas, para reyes, ministros, consejeros, jueces, legados, confesores y favoritas tan insaciables, tan hermosas y repulsivas como la Evoli: ¡la Evoli, ante la cual todo se doblega en España, el brocado más altò, el collar más rico, el mayor privado y el rey más sombrío: todo, menos el alma viril, austera y culta de Teresa de Jesús!

¡Qué escuela, para la degeneración de los caracteres y para el tráfico futuro de la burocracia, ver el real desprecio con que se premia la lealtad de los vasallos; y ver el honor, el numerario y las joyas de collares y toisones — que debieran ser corbatines de otra clase — dispensados á condestables y almirantes extranjeros, ayer enconados enemigos nuestros, hoy sumados á nuestra causa por la superioridad remuneradora del soborno! Por igualar ó eclipsar tales lobos y sabandijas, crecerán á su lado cáfilas de aduladores y codiciosos, cuyo desconocimiento de los altos empleos de la riqueza se verá en sus extensos territorios sin cultivo, y en sus almacenes de plata labrada, donde el buril hizo alarde de hinchados motes y blasones, en competencia con los grandes reposteros de los muros.

Si para ganar el cielo á sus donantes, los ricos metales en objetos atestan aposentos del Escorial y casas análogas; si por plétora de moneda, tejos ó lingotes, se hunden las tesorerías del Estado; el mal cálculo económico que esto representa, veráse pronto en el incremento absorbente de la vida infecunda y contemplativa ó en la preferencia por el culto de la guerra que nos enemista con media Europa, menguando y arruinando al fin, con tanto brazo perdido, artes, industrias, agricultura, comercio y navegación mercante: desastre acelerado por la persecución de luteranos y calvinistas y la expulsión de un millón de moriscos, como poco más de un siglo antes expulsamos, tras luchas y vandalismos recíprocos, cien mil judíos, todos hermanos nuestros en el sostén y fomento de una civilización esplendorosa, envidia de extranjeros, que curaron de asimilársela en seguida, con el acogimiento de sus posesores dispersos.



EL ILUSTRE GENERAL CIPRIANO CASTRO
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA.

Las austeras damas, que imitaron á María de Molina, comiendo en escudillas de barro para nutrir de moral mejor el alma de sus hijos y vasallos, y contribuir al socorro de la patria en peligro; las que, sencillas en el traje y en el habla, espejo y reflejo fueron de Isabel la Católica: devotas sin superstición, fieles esposas ávidas nó del oro, obtenido Dios sabe cómo, sino del honor y la gloria bien conquistados por sus esposos é hijos; las que fundaron y asistieron hospicios; las que escribieron obras científicas ó edificantes; las que explicaron en cátedras universitarias; van siendo, con pocas excepciones, substituídas por otras cuya mentalidad no hay más que ver fijándose en su traje, en los paramentos de sus casas, en sus libros predilectos, en sus intrigas, en sus costumbres profanas ó religiosas, perpetuadas por el teatro y la novela coetáneos, *El Quijote* inclusive. Salomón pudo presentirlas en la realista frase dedicada á la mujer hermosa é ignorante, por lo empavesadas que van de estofas y atestadas de bordados y joyas, tan ricas, éstas, como falsas son las de su estrafalaria cultura. Como el traje inmotivado, envasa y desfigura grotescamente el delicado cuerpo, su palabra es conceptuosa, gongorista, pedantesca. Tan lejos como están, por su vanidad, de la hija de Ana y de Joaquín, al extremo que desertarán del mundo antes de consentir en la postergación suya, que para su rival se habían propuesto; así están lejos también del verdadero concepto evangélico, reemplazado por idolatrías y milagrerismos contra los cuales truena, con poca eficacia, la voz de los espíritus selectos y ortodoxos de los tiempos, prolongados, con agravantes, hasta el mismo siglo XVIII, donde hallan el cauterio

obra del Manco de Lepanto; tampoco son de las que menos le dan carácter, y, conocerlas en sus tiempos, es conocer, por la forma física, la mitad del mundo material — y aun no poco del moral—en que se movió el protagonista. Don Quijote y Sancho no han existido nunca; pero, por la suma ó selección de caracteres imitados ó idealizados, según venga al caso, — ya lo véis — resultan figuras palpitantes, humanas, cristalizaciones del altruísmo y del pancismo ambicioso, exagerados. Son, después de todo, creaciones de arte, y no sólo literario, sí que también *plástico*, que ésta es la conjunción buscada por los noveladores modernísimos, cuyo precursor indiscutible é indiscutido está en Cervantes. De lo plástico he hablado; ya sé que también de aquello que interesa la facultad menos elevada del alma humana, pero también de lo primero que despierta en el hombre y en la civilización. Si un lector llevo á *El Quijote* por el camino de la sensibilidad plástico-estética, quedará bien recompensada la labor que acometí en la redacción del presente trabajo.



Entierro de las Srtas. Rosa y Josefa Rafá, víctimas de la explosión de una bomba en la Rambla de las Flores, el día 3 de los corrientes.

salutífero del padre Feijóo. ¡Quién tuviera, sacerdote, moralista ó frenópata, la virtud del remedio para mujeres que, descendientes de las antiguas ya pintadas, han influído de tal modo en la historia de estos tiempos, mediante esposos, hijos, deudos y amantes, lanzados al expolio ó al vejamen de los administrados, que, ya lo véis: tras disgregar de la metrópoli las gentes y tierras coloniales, han venido á cancerar nuestro cuerpo social, despertando recelos, alarmas y tajos de radical curación, prolongados á veces, con notable injusticia, sobre el elemento sano, sobre los leales, probos y rectos!

¡Honor á las que se exceptuaron, á la inmensa mayoría de las que se exceptúan, desde las que llevan la rica corona de los reyes y de los próceres, á las que usan el sencillo pañuelo estampado de las fábricas y de los campos, y cuya efigie muy raramente perpetuarán los pinceles, es cierto, pero cuyo recuerdo no se extinguirá de nuestra alma ni con el último latido de nuestro corazón de hombres agradecidos, de hijos de sus entrañas, de sus cuidados, de sus consejos, de sus alientos é innominados sacrificios!

* * *

Y, ahora sí que voy á terminar, diciendo para qué escribí el precedente discurso, ó lo que sea. Fué para hacer, á las personas amantes de las artes, más asimilable *El Quijote*, en los episodios, evocaciones, frases é imágenes que, con relación á la orfebrería, contiene. Eso mismo pienso hacer con relación á todas las artes bellas y decorativas que en él figuran. Dije un día, en el seno de una corporación pedagógica, pidiendo la inclusión del Concepto é Historia del Arte en el bachillerato y en varias carreras, «que mucho mejor traducirían é interpretarían el sentido crítico y preceptivo de la *Epístola* de Horacio, quienes supiesen lo qué es un ánfora, un coturno, una máscara, una moneda, un teatro, griegos ó romanos. *Las Ruinas de Itálica* — añadía — es un jeroglífico ilegible para nuestros bachilleres y un narcótico para sus oyentes, sino se sabe de antemano lo que fueron termas, gimnasios, anfiteatros, etc.; y sólo por la magnificencia de estas obras, se ha de deducir el luctuoso estrago de la ciudad fundada por Escipión».

Si las artes del dibujo, — digo ahora, — desde las más bellas á las más utilitarias, no son las que principalmente informan la composición y redacción de la

UN SECRETO DE ESTADO

A la sazón reinaba en España Felipe II, el monarca astuto y observador que tenía grandes puntos de contacto con Luís Onceno de Francia y que, como éste, imponíase á sus vasallos por el terror que inspiraba.

Era época de grandes victorias y de guerreras manifestaciones, siendo vastísimos los dominios españoles conquistados unos por Carlos V y otros por la sabiduría y buena suerte de los Reyes Católicos.

Viajar por España hacíase entonces punto menos que imposible, á menos de, como suele decirse, ir con el credo en la boca, no sólo porque los bandoleros infestaban los caminos, sino también porque cada cual buscaba en campo abierto su lucro ó su venganza.

A poco andar de la ciudad de Valladolid se encuentra un pinar frondosísimo y, casi en sus lindes, existía en el tiempo de nuestra narración una posada de las de peores condiciones, no sólo porque en ella holgasen las comodidades, sino á la vez porque era lo más



Llegada del cortejo fúnebre á la Puerta de la Paz, donde se despidió el duelo.

Fotogs. de Merletti.



Paisaje.

J. ARMET



PAISAJE.

fácil encontrarse con alguno de aquellos célebres capitanes de bandidos ó con sus feroces secuaces.

En una noche obscurísima y lluviosa, adelantaba hacia la posada un hombre al trotecillo de su cabalgadura, y al encontrarse frente á la puerta descargó sobre ella un fuerte golpe, gritando con voz de trueno:

—Posadero de los diablos, ¿abres ó no?

—Ya voy, ya voy; ¿si será algún recaudador de contribuciones? — se preguntó temblando el buen hombre, mientras que descorría el grueso cerrojo de la puerta.

Al aspecto del recién llegado, se inclinó hasta el suelo.

—Señor, — dijo humildemente, — la posada está llena, no tengo habitación ninguna vacía, pero su mercé podía pasar la noche en mi cuarto, que es el más abrigado de la casa.

—Bien, me conformo; sobre todo buena cena y buen fuego; estoy empapado hasta los huesos.

El posadero condujo al desconocido hasta un cuartito pobremente amueblado, apresurándose á cerrar la ventana, por la que penetraban el aire glacial y la lluvia, que caía á torrentes.

El viajero, rendido de cansancio, se dejó caer en una silla, murmurando:

—Pues señor, me valiera más ser el más pobre de los hombres, que el secretario particular, el amigo, el confidente de un inquisidor. ¡Cómo ha de ser!, tengo orden de salir de aquí á las cinco de la madrugada y esperar en las puertas de la ciudad á un mensajero que me ha de presentar un papel cortado en cruz y conducirlo al Santo Oficio; ¿quién será?... me muero de hambre y de sueño,— añadió bostezando.



San Hilario de Sacalm (Cataluña). — Entrada á la población.

El monólogo fué interrumpido por el posadero, quien entraba diciendo:

—Señor, la cena está preparada cerca de buen fuego; el caballo tiene buen pienso y descansa, pero ha llegado otro caminante y no tengo sitio donde alojarlo: ¿no podría cenar con su mercé y pasar la noche en este cuarto?

—¡Sí, pardiez!, que venga; las horas serán más cortas y más alegres.

—Pues entonces á cenar; está esperando.

Reunidos ambos caminantes, reanimados por el vino, la cena y un buen fuego, se hicieron comunicativos, y una hora más tarde eran los mejores amigos del mundo.



El balneario.

—¿Venís ó váis á Valladolid? — preguntó el secretario del inquisidor.

—Vengo de muy lejos, —dijo el recién llegado, — y voy á la ciudad, á donde me llama el cumplimiento de un deber imperioso.

—¿Amores tal vez?

—No, no señor; obedezco á la Inquisición.

—¿Y de dónde llega su mercé?

—De Flandes, nada menos; soy portador de gravísima noticia; muy triste para España.

—¿Sí? ¿Pues qué ocurre por allá?

—No es nada: los confederados, más resueltos que nunca; el príncipe de Orange no ha escarmentado con el descalabro de Gemblons é intenta nuevos combates, mientras que el duque d'Alençon se pone frente á frente de las huestes españolas. Y esto ¿qué importaría para el invencible Don Juan de Austria. si...?

El joven viajero no pudo continuar; un dolor profundo se reflejó en su semblante.

—Pues qué, ¿el príncipe está enfermo? — interrogó con ansiedad y palideciendo densamente el enviado del Santo Oficio.

—Ha muerto en su campamento de Bisigny.

Una exclamación de sorpresa contestó á estas palabras, y ambos interlocutores, conmovidos y tristes, guardaron silencio.

—¡Pobre María Teresa! — murmuró el secretario del inquisidor.—¡Morirá de pesar! ¡le amaba tanto!

—¿La conoce su mercé? Soy portador de un rizo, un anillo y una carta de Don Juan, que es su voluntad postrera; por eso me encamino á Valladolid.

El de los tercios de Flandes, como demostraba serlo, por su porte y por su atezado rostro, prosiguió á poco espacio:

—¿La conoce su mercé?

—Ya lo creo; desde niña; la amo cual si fuera hermana mía: su madre y mi madre eran de la misma sangre... Pero el tiempo pasa, — añadió, como si quisiera desechar un enojoso pensamiento, — hemos rechazado sueño hablando y debo



La fuente sulfurosa. *Fotogs. de Bressanini.*



Público congregado en la cima del Tibidabo, para vér el pasado eclipse. *Fot. de Merletti.*

estar á la madrugada en las puertas de la ciudad. De allí salí anoche para cumplir una orden...

—Y ahora, podremos caminar juntos por estos caminos, no muy seguros, porque también debo llegar a la madrugada.

—¿Queréis mi amistad, joven? Hemos simpatizado y ambos amábamos á Don Juan.

—Desde ahora, somos amigos sinceros y correspondo á vuestra simpatía.

—Pues en marcha.

Poco después, montaban á caballo y se internaban por el pinar.

De repente, cuatro hombres detuvieron á los jinetes, haciéndoles echar pie á tierra.

El de los tercios luchó valerosamente, haciendo huir á dos, mientras su compañero había sido herido y se defendía débilmente; acudió á socorrerlo, mató á uno de los bandidos y el otro tuvo que emprender la fuga.

—A la posada, — dijo el soldado de Flandes, y llevando los caballos del diestro ayudó á su compañero, que, apoyado en él, salvó penosamente la corta distancia que mediaba.

La herida era leve y, restañada, pudo, al cabo de dos horas, prepararse de nuevo para marchar, cuando ya la pálida luz de una mañana de invierno prestaba mayor seguridad á los viajeros.

—El hombre propone y Dios dispone, — dijo el comisario de Don Juan. — Yo debí estar á la madrugada en las puertas de la ciudad, y darme á conocer con esta cruz y seguir á un hombre hasta la casa de un inquisidor. Al salir de Flandes, recibí un mensaje, y en él se me decía que interesaba para el buen éxito de mi empresa dejarme conducir al Santo Oficio.

El soldado sacó de su escarcela una cruz recortada sobre paño encarnado.

—¡La Providencia! Dios mismo os condujo aquí. Yo soy el secretario del inquisidor: yo el encargado de cumplir los tenebrosos designios del tribunal. Desde luego sospeché que su mercé era aquél que yo esperaba... Seguid mi consejo: entraremos separados en la ciudad; desde luego váis á casa de María Teresa; cumplís como bueno la postrera voluntad del príncipe; volvéis grupas y salís hoy mismo para Flandes.

—¡Pero Don Juan ha muerto!...

—Por eso mismo me doy cuenta de lo que ha sucedido. Ayer llegaron despachos; corren rumores vagos de envenenamiento... nebulosidades de la política sombría de Felipe II. .

—Cielos, ¡qué rayo de luz!

—Nada aseguro; pero la gloria de Don Juan de Austria hacía sombra; en la opinión pública había llegado á demasiada altura... razones de Estado... Dios profundiza en las conciencias; él juzga y castiga... María Teresa era la prometida del príncipe; el correo de ayer trajo la noticia, sin dudar de la misión que el príncipe os había encomendado; quién sabe si en la suprema despedida del Gobernador de Flandes, revelaba algo extraño, algo terrible contra Felipe II...

—¡Comprendo!, un calabozo del Santo Oficio guardaría el secreto... es tan claro como la luz del sol... yo moriría allí, sin haber hablado con María Teresa...



Mtro. CAYO ANDREOLI

Profesor del Conservatorio de Caracas (Venezuela) y autor de la pieza de música que acompaña á este número.

—Respeto la memoria del príncipe: nos hemos encontrado: me habéis salvado esta noche la vida: pago mi deuda salvando la vuestra: además, profeso á María cariño fraternal...

Era verdad: sino probado, parecía indiscutible el envenenamiento del valeroso Gobernador de Flandes. El corazón frío y receloso de Felipe II guardó el secreto de aquel acontecimiento.

El secretario del inquisidor participó no haber dado con el mensajero, sin duda porque sospechando el peligro, hubiéralo evadido.

El fiel enviado cumplió el mandato del regio muerto, y al día siguiente, con otro nombre y otra indumentaria, salió para Flandes.

María Teresa entró de novicia en el convento de Portaceli y al año profesó.

Tras breve plazo, fué á reunirse con Don Juan: en una bolsa de seda que llevaba en el seno se encerraban los últimos dones de aquél: con ella fué enterrada, conformándose con su voluntad postrera.

La tumba fué la fiel guardadora del Secreto de Estado.

BARONESA DE WILSON

RAMÓN COSTA



PLAYA DEL LLOBREGAT (BARCELONA).

LA MUJER QUE RIE

Eternamente pasa por ciudades y aldeas una mujer que ríe, ríe sin tregua. Y su risa llena de tristeza el corazón de los que la escuchan.

Y para hacer que no ría, los árboles muestran sus ramas sin hojas, el río su lecho sin agua, los prados su hierba amarillenta y sin flores. Pero la mujer ríe y su risa llena de tristeza el corazón de los que la escuchan.

Para impedir que ría, las tumbas se abren mostrando su polvo; las casas se abren mostrando su hogar desierto; las estériles señalan su seno maldito; los hombres pregonan sus delitos. Todos dicen: ¡Mira cuánto padecemos!

Y la mujer pasa riendo por entre tantos dolores.

. . . .

Unos dicen que aquella mujer es la Vida; otros aseguran que es la Muerte. Y en tanto que ella ríe, todos los hombres lloran.

* * *



Acuarela de J. NOGUÉ MASSÓ.

Propiedad de D. B. Cabot.

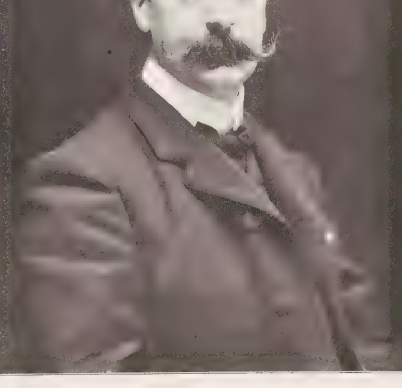
ARTURO MASRIERA

No hablaremos del poeta catalán proclamado *Mestre en Gay Saber* en los Juegos Florales de Barcelona de este año. No hemos de hablar tampoco de la labor del periodista que ha celebrado ya sus bodas de plata con la prensa; hemos de fijarnos únicamente en el pensador y en el filósofo, en el obrero infatigable de la mentalidad moderna que, no por ser entre nosotros casi desconocido, deja de representar menos en el campo de la cultura contemporánea.

Arturo Masriera nació en Barcelona el 16 de Julio de 1860. Hijo de padres apasionados por el arte y no desmintiendo la filiación artística de aquella familia Masriera que ha contado con tantos pintores, escritores, músicos y literatos insignes, demostró desde su niñez una verdadera pasión por la literatura.

Dedicado al comercio de joyería, muy contra sus nativas inclinaciones, procuróse en su primera mocedad una sólida instrucción y, robando al descanso el tiempo necesario, una cultura literaria que después pudo completar con una seria formación clásica en los Colegios Máximos de la Compañía de Jesús de Veruela, Tortosa, Loyola y Uclés. Bajo la base de la posesión perfecta de los idiomas hebreo, griego y latino, cursó filosofía, teología, cánones y derecho, pero con tendencia peculiar á completar con especiales aptitudes su educación literaria.

Entonces fué (durante el período de 1885-1895), cuando Arturo Masriera emprendió su obra colosal de las versiones de la *Ilíada* y la *Odisea*, las del teatro griego de Esquilo y del inglés de Shakespeare. Las notas críticas y eruditas con que ilustró los tres volúmenes que publicó de estos trabajos acreditan sobradamente á Masriera de experto conocedor de las literaturas helénica é inglesa. Asombra considerar cómo en el mismo lapso de tiempo reunió en un volumen sus *Poesies catalanas* (1894), escribió la *Vida del H. Erasmo Janer de la Compañía de Jesús* (1886), estampó un *Tratado de primores de concepto de la Epopeya virgiliana*, colaborando con narraciones de literatura amena en la *Lectura Dominical*, de Madrid, y en el *Mensajero del Sagrado Corazón*, de Bilbao.

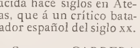


ARTURO MASRIERA — *Fot. de Audouard*

Apasionado por el arte y la belleza, no es de maravillar que, al fijar de nuevo su residencia en Barcelona, aunque no descuidaba el cultivo de la literatura catalana, á la que prestó el inapreciable servicio de dotarla de sus versiones del teatro griego y del inglés, fijara también su orientación definitiva haciendo oposiciones á una Cátedra de Literatura, la que ganó por unanimidad de votos del tribunal, en Madrid, el día 11 de Mayo de 1901.

Desde entonces comparte las tareas del profesorado oficial con el ejercicio de crítico literario del *Diario de Barcelona*, en donde son tan leídas y esperadas sus revistas de controversia literaria. Todos los amantes de la cultura verdadera y sólida conocen harto sus disquisiciones llenas de erudición y rebosando imparcialidad y energía de pensamiento. Masriera no escribe para impresionar *al día* á los espíritus superficiales que gustan sólo de hallar en las páginas del periódico la noticia suelta ó la narración del argumento más ó menos curioso; Masriera, como verdadero pensador de sólida formación y colocado en un punto de mira tan elevado como es la austera ortodoxia, concede al talento ó al ingenio, á la audacia ó á la perversidad, el aplauso ó la censura merecida. Sus estudios críticos sobre Zola, D'Annunzio, Tolstoi, Gorki y Pérez Galdós quedarán como notas profundas de observación honda y grave, de sereno criterio y de espíritu eminentemente imparcial y desapasionado. Podrán no gustar á todo el mundo; pero siempre serán recordadas y no pocos se aprovecharán del caudal inmenso de erudición que encierran.

Mucho puede esperarse todavía de la potencia intelectual y del vigor juvenil de Masriera. Su pericia, la filología y sus conocimientos en achaques de lenguas indo-europeas, le hicieron acometer la redacción de un *Diccionario Políglota* que pronto ha de ver la luz. Ha traducido también los ocho volúmenes de la *Vida de Santa Verónica, de Julianis*, cuya edición ha dirigido. En sus explicaciones de cátedra es el amigo afable de sus discípulos y el verdadero filósofo-poeta, más parecido á un apasionado investigador de la verdad nacida hace siglos en Atenas, que á un crítico batallador español del siglo xx.



SALVADOR CARRERA

MICES LITERARIOS

Que los *Mices* son gentes de poco más ó menos, que sólo sirven para cazar ratones, hurtar en despensas y derribar cachivaches cuando huyen sorprendidos *in fraganti* merodeo; que no valen para maldita la cosa, fuera de acechar y atrapar entre sus garras el gentil canario predilecto de la dueña, *hacer la caneta* respingando el hopo; perfumar — los mal educados — la sala principal, con drogas propias que huelen y *no á ambar* y no dejar en paz al vecindario con sus trémolos estridentes en noche de Enero, es, sobre ignorancia supina, irritante injusticia.

Urge el desagravio y apremia desvanecer el error, reivindicando, en pro de la vasta, meritísima y *honorable gatería*, las preeminencias, honores y veneras que en todos los tiempos y latitudes alcanzó; entre las cuales cuéntanse las que les fueron otorgadas por eximios literatos castellanos.

¡Ahí es nada, verse por éstos biografiados y ser objeto hasta de ejemplo de cualidades que los enaltecen, dignifican é *intelectualizan!* Que los gatos enseñen al hombre algo más que las uñas—y, lo que no quiero mentar, cuando enarcan el gallardo rabo, — nos lo dicen, con primores y donaires de lenguaje, desde el Fénix de nuestros ingenios, desde el gran Lope, en su famosa *Gatomaquia*, hasta el último ciudadanillo de la gran República de las Letras Españolas.

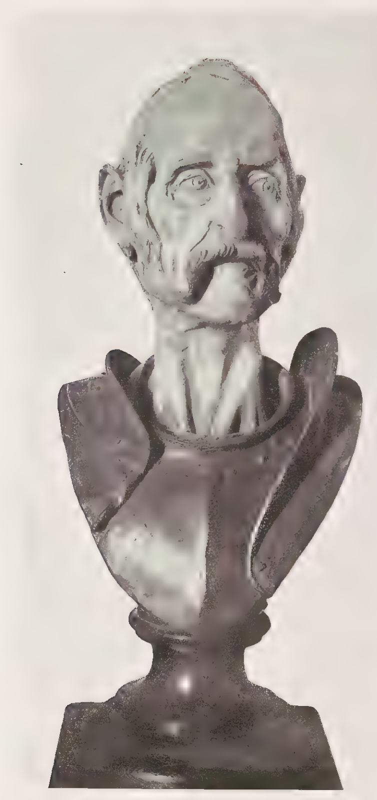
Pruebas al canto.

Un gato anónimo — sin duda á Iriarte le fué impuesto el secreto del nombre, — advirtió á cierto ratonzuelo que ensalzaba la virtud de la fidelidad en el perro perdiguero,

..... «Pues esa prenda
Yo la tengo también...» Aquí se asusta
Mi buen Ratón, se esconde,
Y, torciendo el hocico le responde:
«¡Cómo! ¿la tienes tú?.. Ya no me gusta.»

de cuya fábula se sigue, que

La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.



Busto de DON QUIJOTE que figuró en la Exposición Cervantina del Centenario. — Original de Narciso Sentenach.

La marrullería y sagacidad de los felinos, píntala de mano maestra Samaniego, en su fábula «El águila, la gata y la jabalina», y la irresolución en los hombres para ejecutar sus proyectos, censúrala en «El Congreso de los ratones», celebrado en *Ratópolis*, con objeto de echar un cascabel avisador al fiero *Miauragato*

«.... el gran Zapirón, el blanco y rubio,
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato.»

Enseña el mismo autor, en «Los ratones y el gato», que

«Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida
Que puede algunas veces
El huir de sus trazas y dobleces
Valernos nada menos que la vida.»

Y para demostrar que

La propensión del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre »

pone el ejemplo de *Zapaquilda* la bella, convertida en mujer y esposa de su dueño — merced al consentimiento de Venus — lanzándose sobre un ratoncillo, por ella atisbado, en el solemne acto de los desposorios.

En los escrupulosos *Zapirón* y *Micifuz*, no comiéndose el asador — después de haberse engullido el capón — por juzgar que *era caso de conciencia*, fustiga la hipocresía encubridora de sórdidos y desalmados sentimientos; y para advertir que

«La prudente cautela no hace daño,

ofrece el caso del mañoso y taimado *Mirrimiz*, consiguiendo

«..... *gratis* merendarse un tordo.»

de los que acudieron, con otras avecillas incautas, á su reclamo de enseñarlas *gratuitamente* la música que aprendió con un maestro de capilla.

Provechosa lección nos da también el riojano fabulista, en «La gata con cascabeles». Adornada con éstos la gentil *Zapaquilda*, ahuyenta la caza — según hace observar el prudente *Garraf* — y

«Necesita, sin duda, que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provisión en los desvanes,
Mientras ella, cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea.»

Aunque no vulgarizados, sí muy conocidos por la aristocracia del mundo de las letras, los *morrongos* que cantó la regocijada y fecunda pluma de Lope de Vega, en su poema «La gatomaquía», no debemos omitirlos aquí, sin incurrir en grave preterición.

¿Cómo no dedicar un recuerdo á *Marramaquiz*, gato romano, y al zapinarciso y gatimaste *Micifuz* y á sus respectivos escuderos *Maulero* y *Garraf*? ¿Cómo olvidar al sabio *Gaspiñanto* y á las encantadoras *Zapaquilda* y *Micilda*, protagonistas y partes principales en el célebre poema? Queden una vez más consignados nombres de tanta prez y desfilen también los del numeroso y bizarro gatuno cortejo.



Estudio; por P. Casals.



MASÍA CA

É MASSÓ



ATALANA

Malandro,
Gato del macedón Magno Alejandro;

el abencerraje

Murcifo,
Gato que fué del regidor Rengifo.

Golosillo, *Boquifleto*, y

Lameplatos,
Mesonero de gatos.

El corchete *Guruguz*; *Garrullo* —el compadre de *Micifuz*: el escudero *Tomizas*:

Gafusio,
Que ganó la batalla de las monas,
De grave gesto y de nación ligurio;
..... el *Túmire* y el *Moco*
Y el descolado *Ociquimoco*;
— « .....
Y el armado *Mufildo*,
Más de valor que acero,
Y *Garavillos*, gato perulero. »
— « ..... *Calvillo*, de fustan vestido,
De patas de conejos guarnecido. »
— « *Zurrón*, gato mirlado
De medias y de estómago colchado »
— « *Ranillos*, que bajó de Andalucía,
De conejo en conejo,
Por la Sierra Morena
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano *Alcubil*, su padre viejo. »
— « *Gruñillos* y *Cacharro*,
La nata y flor del escuadrón
bizarro;
Marrullos y *Malvillo*,
Uno de raso azul y otro amarillo;
Garron, *Cerote* y *Burro*,
Gatos de un zapatero. »
— « *Mi turria* bella,
Motrilla y *Palomilla*,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada cual en la opinión
doncella. »
— « La bella y discreta *Gatifura*,
Y vestida de nácar *Zarandilla*,
La gata más golosa de Castilla.

y *Trapillos* y *Maimona* y *Doña Golosilla*, madrina de *Zapaquilda* y *Catafura*—su confidente en la triste jornada en que la infiel y coqueta prometida de *Manamaquiz*,

« ..... viéndole tan fiero,
humedeció el estrado... »

El *Raposo*, «más que por el color, por el oficio».

« El remendado, el mísero
Trebejos,
Gran cazador de gansos y
conejos. »

Tomillo, gato mosalvillo; *Chapúz*, valiente, *gato de buenas partes*, y por último:

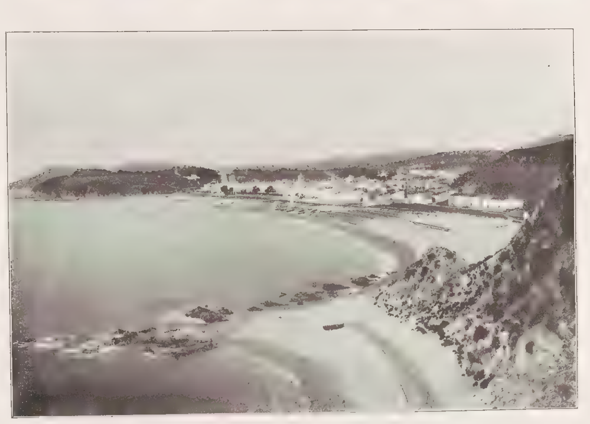
Maús, *Zurrón*, *Maufrido*, *Garrafosa*,
Ociquimocho, *Zambo* y *Colituerto*,
Gatazo que, de roja piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Más enseñado á manos y majares
Quo á nobles ejercicios militares. »

* * *

Conste, pues, la existencia y elevada alcurnia y principalía literaria de muchos gatos, y entiéndase que, á veces, el recibir *gato por liebre* no constituye engaño: antes bien, aventájase en el trueque, si los gatos ó gatas son las *Zapaquildas* bellas y las recatadas *Micildas* ó los *Zarramaquices*, *Micifucez* y *Zapirones* esforzados que inmortalizaron Lope, Iriarte y Samaniego.

Rafael CHICHÓN

San Hilario de Sacalm. — Fuente Vieja.



Lloret de Mar (Provincia de Gerona). *Fotogs. de Bressanini.*

¡DETENÉOS!

No había que gritarlo á los rusos y japoneses que durante muchos meses ahorraron trabajo á la muerte y dejaron sitio para que nuevos seres tomaran parte en la lucha por ellos iniciada.

No hay que gritarlo á los sucios y polvorientos automóviles, monstruos mal olientes que arrollan á chicos y viejos por las carreteras y aun por las calles.

No hay que gritarlo al Sol, porque, no teniendo la virtud de Josué, no nos haría caso.

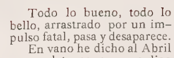
Hay que decirlo, hay que implorarlo á los días de primavera, que rejuvenecen con su tibio soplo todas las vidas. Hay que decirlo á las flores, que ahora embalsaman el aire y caerán en breve hoja por hoja, consumidas por el fuego de la pasión; á las hojas de los árboles que ahora nos prestan sombra y frescura y que luego, rodando entre el polvo del camino, muertas, parecen anunciarnos nuestro fin.



Tordera (Provincia de Barcelona).



Fotogs. de Bressanini. Mongat (Provincia de Barcelona).



Todo lo bueno, todo lo bello, arrastrado por un impulso fatal, pasa y desaparece.

En vano he dicho al Abril que se detenga, en vano digo al Mayo que no huya; en vano diré al estío que prolongue para mí su sol embriagador; rogaré en vano al otoño que me perdone el invierno.

Todo corre, todo se persigue. La vida no sabe detenerse. Corramos, corramos, pues, nosotros con las flores, con las hojas, con la primavera; corramos con los frutos que se doran para caer al suelo; corramos envueltos por las ondas del río que corre al mar. Al mar inmenso de la vida humana, donde todo se recoge y nada se pierde, al mar infinito que en el palpitar eterno de sus olas y en el silencio de sus desmedidas profundidades prepara continentes nuevos y nuevos seres; al mar, que recoge impasible y sereno los pétalos muertos de las flores, las hojas secas de los árboles, las lágrimas de los hombres que lloran y la sangre de los hombres que odian.

* * *

EN EL ALBUM

DE MI HIJA

Si para ver quién te quiere
con el cariño mayor
celebrar *Juegos florales*
decide tu corazon;

por muchos que al lauro aspiren,
los premiados serán dos:
con *flor natural* tu madre
y con el *accésit* yo.

—

RIMA

Para las heridas que abre
la mano que el odio armó,
doquier bálsamos y médicos
halla el hombre en su dolor.

Para las heridas que abre
la muerte en el corazón,
sólo hay un bálsamo: el tiempo;
sólo hay un médico: Dios.

Carlos CANO

MÚSICA Y POESÍA

A la distinguida profesora, eminente pianista y compositora, Srta. Angelina Kolb y Ayala, en sus días.

La música y el verso son hermanos:
se aman, se entrelazan, se sostienen;
sus acentos divinos, sobrehumanos,
de otros mundos mejores á éste vienen.

Alas les prestó Dios para alejarse
de las miserias de la vida humana,
y, al huir de este mundo, á consolarse
van de la tierra á otra región lejana.

¡Benditas alas de irisadas plumas
que á ver cielos tranquilos nos conducen:
cielos brillantes sin dolor ni brumas,
cielos que azules y esplendentes lucen.

Do ángeles, y santos, y querubes,
en seráficos cantos se recrean,
teniendo por alfombra densas nubes,
y estrellas, por dosel, que centellean.

Abajo el egoísmo, la negrura,
las pasiones nefastas, la codicia:
arriba la pureza, la blancura,
del soplo del Edén fresca caricia.

Beethoven, Lamartine, Becquer, Rossini,
soles, unos, de célica poesía;
Zorrilla, Donizetti, Paganini,
faros, otros, de mágica harmonía.

Gœthe, Mozart, Eslava, Víctor Hugo,
Chopin, Weber, Bellini, Wagner, Goria,...
aquellos á quien Dios dar alas plugo,
con ellas ascendieron á la gloria.

Primero las espinas del martirio,
el cáliz rebosante de amargura:
la lucha por el arte es un delirio
del mundo en la planicie negra y dura.

¡Arriba, pues hay alas, presto arriba!
ni un punto hay que cejar, ni un solo instante:
en el combate la victoria estriba,
adelante con bríos, adelante...

Allí está el galardón, allí la palma,
allí el amor, que todo lo concilia:
allí su sed extinguirá nuestra alma:
que allí está, allí está, en fin, ¡Santa Cecilia!

Elisa CASAS

J. NOGUÉ MASSÓ



APUNTE DEL NATURAL.



Cabeza de estudio, al pastel; por Luisa Botet. *Salón París.*

BELLAS ARTES

A la pléyade de las pintoras catalanas que figuran dignamente en el campo del arte, las Texidó, Ubach, Soler, Farreras y tantas otras que no sólo trabajan, sino que exponen sus obras á la pública crítica, ha venido á agregarse la señorita Luisa Botet, no ciertamente en las condiciones de madurez y habilidad técnica de las citadas, sino como una modesta aspirante á las puras y elevadas manifestaciones de la pintura.

La señorita Botet pinta realmente por vocación, sin que á ello le hayan inclinado ajenos consejos, brotando su talento con la espontaneidad de las flores del campo. Empezó á dibujar por natural impulso y entregada á sus propias fuerzas, sin otro consejero que la naturaleza, gran maestra cuando se saben aprovechar sus lecciones. Los que anhelan encontrar la ingenuidad en arte, apreciarán indudablemente la que se manifiesta en los estudios de Luisa Botet, tan ajena á prejuicios de escuela, que, si por algo peca, es por exceso contrario. Nosotros, aparte de que respetamos esa fina independencia escolástica, creemos, sin embargo, que una experta dirección en los primeros pasos podía abreviar á nuestra pintora largas luchas y vacilaciones, iluminando su espíritu acerca muchos puntos que en nada afectan á la espontaneidad original.

El hecho es, empero, que la señorita Botet se ha formado sola, y que hace algunos meses solicitó el juicio de la crítica exponiendo en el Salón Parés una prodigiosa cantidad de dibujos y cuadros, que empezando en sus primeros escarceos, terminaba en algunos bonitos estudios de color, presentando de este modo todo el ciclo evolutivo de su aprendizaje. Juzgóla la crítica favorablemente en esta primera etapa de su carrera, considerando el esfuerzo realizado y alentándola á que prosiguiera cultivando sus felices disposiciones, fija la mirada en el interminable camino que tenía que recorrer y del que apenas se hallaba al principio.

No podía el Album Salón, alentador de todas las legítimas esperanzas, dejar de señalar la aparición de la novel artista, y por esto ha publicado dos cabezas de estudio, una en un número anterior y otra en el presente, documentos de una historia que se inicia y que nadie puede predecir á dónde irá á parar.

El cuadro de A. Fillol, *Alegría*, es la obra de un pintor ducho en la técnica del oficio, que sabe componer con garbo y hacer jugar la luz con la facilidad del que posee todos sus secretos. La penumbra del primer término sírvele para evidenciar la justeza de su observación, que da variado color y calidad á todos los objetos y figuras que se destacan y aislan dentro de la común atmósfera que los envuelve; y sin afectado contraste brilla y deslumbra el paisaje del fondo, inundado de luz.

Es, en suma, *Alegría*, un cuadro de caballete de costumbres populares, tan atractivo como simpático.

Otras veces nos hemos ocupado de A. Lizcano, el especialista de toros y majos y manolas. Pocos habrá que conozcan con tanta intuición la *fisonomía* de los cornúpetos, lo que explica el inmenso favor que ha obtenido entre los aficionados. El cuadrito que publicamos hoy, *Huyendo de los cuernos*, da nueva ocasión á Lizcano de presentar un tipo de toro de sangre, con todas las circunstancias de la ley.

Francisco CASANOVAS

HUÉSPEDES ILUSTRES

Barcelona se ha visto favorecida durante el pasado mes con la estancia en ella de los dos distinguidos personajes chilenos cuyos retratos honran esta página. El que está sentado, don Juan Miguel Dávila y Baeza, ha sido en su país ministro de Estado y es en la actualidad gerente del Banco Hipotecario y presidente del Instituto Comercial, cargos de tal importancia, que cada uno constituye una patente de inteligencia, energía y probidad á favor de quien lo desempeña.

De pie y despachando con él, se ve en la fotografía á su secretario, don Evaristo Molina, contador de la Hacienda Pública chilena, profesor de Contabilidad en el citado Instituto Comercial y autor de la obra *Resumen de la Hacienda Pública de Chile*.

Su Gobierno confió al primero la misión especial de practicar minuciosos estudios sobre oficinas de Hacienda y de Enseñanza Mercantil en Europa y los Estados Unidos de América, sin duda para adoptar las mejoras que de su informe resulten más modernas y provechosas; ayudándole en esa delicada tarea el segundo, en la calidad que dejamos consignado. Con este objeto vinieron á la Ciudad Condal, en donde, si nuestras noticias son exactas, permanecen todavía, hospedándose en el Hôtel Colón.

Mucho celebraremos que su residencia entre los barceloneses les haya sido grata y que el resultado de sus estudios en la Península sea tan fructífero para la República que les ha enviado como honroso para la nación española.

* * *

¿RIVALES?

(DIÁLOGO FANTÁSTICO)



LA BISBAL (GERONA).

DESLUMBRANTE de blancura, con paso cadencioso y ledo, descendía por la cumbre en aquella tarde de Difuntos del año...

El sol la hería de refilón, arrancando vago centelleo de su cabellera rubia y undosa que le bajaba hasta las corvas, como aurífero sudario de escamas.

Los celajes del crepúsculo esbozaban en sus pupilas dilatadas y profundas una mezcla de la verdosidad del mar, del cielo cerúleo y del púdico matiz de las violetas que ya empezaban á esmaltar los campos.

Siempre bajando, se detuvo al fin, junto á rústica fuente que, oculta en un recodo del camino, delatábase por su rumor alegre y continuo. El agua se despeñaba de lo alto, ya en hilitos de plata, quebrados á lo mejor, ya en múltiples burbujas, globitos transparentes que fantásticamente irisaban las últimas reverberaciones del día. Junto al manantial, con negligencia sentada, hallábase otra mujer, joven como la primera, si bien de opuesta hermosura, embebecida, al parecer, en íntimos pensamientos.

La mujer de la fuente, figura garrida y escultural, envuelta en cendal purpurino, de levantado seno ubérrimo, de fulgurantes ojos y crespa cabellera del color de la endrina; cuya boca breve se asemejaba á flor de granada humedecida por el rocío, hizo un gesto de contrariedad al ver ante sí á la de las rubias guedejas.

—¡Te asusto!—murmuró ésta con cierta dulce ironía.

—Más que asustarme, me disgustas, y mi instinto te repele como á vil ponzoña

—Sin embargo, yo á ti te quiero bien,—dijo la de los verdes ojos.

—Puedes guardar tu afecto,—protestó con desdén la de la fuente.

—¡Cuán inútil soberbia!

—Justa, dirás mejor;—insistió la del rojo vestido.—Acuérdate de que en mí se entraña el Poder Generador...

—Que está sujeto á las leyes del mío,—dijo con fina inflexión de voz la blanca figura.

—¡Tus leyes! ¡bah!, son de continuo burladas por los átomos de reproducción que me animan.

—Esos átomos son como esa fuente que vemos despeñarse,—murmuró la mujer blanca;—como esos hilitos de plata que á cada punto se rompen, la existencia de tus criaturas; como esos hueros globitos de colores, sus cálculos, sus ilusiones, sus antojos.

—Tu hoz de destrucción se embota en mi incesante florescencia. ¡Mi nombre es *Vida!*

—El mío *Nirvana*.

—No, no pretendas ocultarlo bajo neologismos románticos: tu nombre, tu descarnado nombre es *¡Muerte!* Somos los dos polos, los dos extremos.

—Que se tocan.

—Que se repudian.

—Que se aman.

—¡Nunca!—gritó la mujer de la fuente, irguiendo su cuello flexible y torneado como el de un cisne. ¡Ay! que en el primer hombre ya ejerciste tu maléfico influjo burlando mi obra y perdiendo á la Humanidad.

—Con tu origen nació el mío.

—Imposible: tu origen son las tinieblas, mientras que el mío viene de la luz.

—Advierte que truecas nuestros papeles.

—¡Oh, no! Francisca de Rímini, como Romeo y Julieta, en sus divinos transportes; los profundos versos de Tasso y del Petrarca; Gœthe, Milton, Shakespeare, astros infinitos de la Inmortalidad, todos, todos me pertenecieron; todos despertaron en mi seno: sólo á mi mandato vibraron sus liras, sólo en mi copa rebosante gustar pudieron sus hieráticos deliquios. Al fulgir tan sólo de mi alma arden con divino incendio las enoemas sublimes del pensamiento, la inspiración del Genio; el Amor, que es mi esencia.

—Tu amor,—murmuró la blanca esfinge,—es por cierto bien efímero. Su llama tiene la duración del fuego fatuo: sus goces se arrastran penosamente de continuo bajo los grilletes de tu grosero egoísmo... Sólo el mío, rompiendo tus cadenas, restituye al alma su bien: *la Libertad*.

—No en balde eres personificación de la argucia.

—Lo soy del *Ideal*, sin cuyos resplandores volverías al polvo.

La mujer de la fuente se levantó aquí con todo el majestuoso ademán de una diosa: dejó vagar un punto sus ojos de fuego por el pálido hemisferio de la tarde, en el que simultáneamente aparecieron sinnúmero de estrellas; el ambiente trascendía fuertemente á flores, cual si invisibles hadas escanciasen en él ánforas de esencias exquisitas, y el ruido del agua cobró el eco argentino de una interminable sarta de perlas desgranadas profusamente en una copa de oro.



SAN FELIU DE GUIXOLS (GERONA). *Fotogs. de Bressanini.*



ALE

LLOL



GRÍA

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).

Alzó la del ropaje de púrpura su frente anchurosa y nítida en la que, á una, depositaron todos los astros un ósculo fulgurante, y dijo con arrobo:

—A mi impulso giran sin cesar los orbes, florece el Universo, se encienden las estrellas, retumban los espacios y lanza rayos que ciegan el sol prepotente.

—Tu sol tiene manchas: sólo el de mi reino es sin mácula, —objetó beatíficamente la blanca figura.

—Tu reino no existe, es un sofisma.

—No me sorprende tu duda: á pesar de tus vivaces ojos, ¡eres miope!

Y clavando en los ardientes ojos de la otra su verde glacial mirada la pálida esfinge, continuó diciendo:

—Contempla los millares de hojas que al helado soplo otoñal se desprenden de los impotentes árboles. Pues así de tu tronco secular se desgajan en este instante ramas enteras á mi mandato... Mas, —prosiguió cambiando de tono la mujer blanca y acercándose algunos pasos á su contrincante:—no creo que sea esto obstáculo para que, puesto que estoy de días, te dignes estrechar mi mano antes de separarnos... siquiera sea por cortesía...

—¡Sea!—exclamó la mujer de la fuente, no sin cierta vacilación y enlazando apenas las yemas de rosa de sus dedos á los nítidos y largos de su interlocutora.

—¡Cobarde!—murmuró burlonamente la *Muerte*.—¿Olvidas que tu poder desaparecerá ante el mío?

—¡Lo veremos!—expresó la *Vida*, afirmando con un gesto de altivez su voz de reto.



VISTAS DE CHILE—CONGRESO NACIONAL, EN SANTIAGO.

Y cuéntase que, al llegar aquí, las dos figuras comenzaron á alargarse y á hacerse tan luengas que, más que mujeres, asemejábanse á dos densas espirales de humo que escalasen atrevidas el espacio.

Pero no pudo saberse cuál de los dos fantasmas logró llegar más alto, porque precipitándose de improviso sobre ellos la noche, los envolvió en su arcano.

JOSEFA CODINA UMBERT

EL DÍA DE DIFUNTOS

¡Cuánto había sufrido el pobre Alberto!

Lleno de inteligencia, de sentimientos generosos, de entusiasmo juvenil, habíase lanzado á la vida social falto de guía, pues era huérfano, y de experiencia, pues esta preciosa cualidad no se adquiere, por lo general, sino cuando ya es completamente inútil.

Pasemos por alto sus primeras y amargas decepciones: las que le proporcionaron los hombres á cuyas protestas de amistad dió crédito, y las mujeres que le ofrecieron un amor, juzgado por él sincero, y que no era otra cosa sino venal codicia, ignoble sensualidad ó, perdóneseme lo vulgar de la frase, ganas de casarse.

El instinto y la delicadeza del joven Alberto le libraron así de los parásitos como de las hembras ambiciosas y de las puramente sensuales; pero no podieron evitar que cayese en las redes de una de las muchas que, sin que haya, en justicia, motivo alguno para tildarlas de esto, lo otro ó lo de más allá, de un vicio, una falta, un defecto definidos, carecen de la abnegación, de la sensibilidad, de la nobleza de corazón que se requiere para desempeñar el augusto papel de cónyuge de un hombre honrado y de madre de familia.

Entonces empezó el calvario de Alberto.

Como toda persona de elevada inteligencia, era soñador, habíase forjado de la vida matrimonial, de la fusión en alma y cuerpo de dos seres, un verdadero idilio... ¡y el idilio resultaba un artículo de literatura tabernaria!...

Luchó inútilmente.

Su esposa, más obcecada que perversa ó falta de entendimiento, obstinóse en no ceder, en no apartarse de la egoísta línea de conducta que se había trazado, pues su carácter orgulloso, indómito, hacíala mostrarse tanto más intratable cuanto mejor comprendía que, por religión, por naturaleza, por ley, por conveniencia social, por todos con-



CERRO SANTA LUCÍA, EN SANTIAGO.

ceptos, estaba obligada á querer á su marido y á respetar la autoridad de éste.

Llegó un instante en que Alberto no pudo más.

Al final de una de las muchas discusiones acaloradas que el matrimonio sostenía, el joven se encerró en su habitación.

Pocos momentos después oyóse el ruido de un disparo.

Hubo que forzar la puerta del despacho y, al abrirla, vióse al infeliz Alberto tendido en el suelo, con el revólver en la diestra y la cabeza ensangrentada.

Sobre la mesa, una lacónica carta, dirigida al juez de guardia, revelaba el propósito del suicida, bien que sin indicar la causa de él.

Cecilia, la esposa de Alberto, sufrió un síncope.

Cuando volvió en sí, se retiró á su cuarto y encerróse en el más absoluto silencio.

Luego llamó á Francisco, fiel criado del joven, desde la infancia de éste, y le dió instrucciones para el entierro.

— El señor, — repuso Francisco, — tiene el panteón de familia en la sacramental de San Isidro y allí debe ser enterrado: ¿no es cierto?

— Sin duda.

— Pues, lo demás, corre de mi cuenta.

Y, en efecto, Francisco supo arreglárselas de modo que el suceso no trascendió y Alberto fué enterrado como si hubiese fallecido de muerte natural.

* * *

El sepelio del joven habíase verificado el día primero de Octubre.

Durante un mes, Cecilia apenas salió de su habitación.

La víspera de Todos los Santos llamó á Francisco, celebró con él larga conferencia y le encargó que se cuidase del adorno del panteón de su esposo.

Así lo hizo el fiel servidor y, pocas horas después, fué á comunicar á su señora que ya estaban cumplidas sus órdenes.

— Pues para mañana, muy temprano, antes que la gente invada el cementerio, harás que se halle dispuesto el clarens.

— Está bien.

Y, en efecto, á los primeros albores del día siguiente, Cecilia, de riguroso luto, subía al carruaje y se hacía conducir á la susodicha sacramental.

Llegada ante la tumba de Alberto, luego de cerciorarse de que nadie la veía, cayó de rodillas en la primera grada de las cuatro, sobre las que descansaba el funerario monumento y, llenos los ojos de lágrimas, juntas las manos y con fervorosa y sincera expresión, exclamó:

— ¡Alberto! ¡Esposo mío!... ¡Perdón!... ¡Ah!... ¡Si Dios hiciese un milagro!... ¡Si vivieras, si resucitaras, verías que no es fingido mi arrepentimiento!... ¿Por qué no ha de estar en mi mano el volverte lo que mi torpe conducta te arrebató?...

— ¡Porque no hace falta, si, en verdad, sientes lo que dices! — repuso, á su espalda, una voz, de ella, muy conocida, con grave y cariñoso acento.

Cecilia se volvió rápidamente, contempló un momento á un hombre que, envuelto hasta entonces en una capa, habíasele acercado silenciosamente durante su plegaria y que, entonces se desembozó...; y lanzando un agudo grito, cayó sin conocimiento en brazos de su esposo.

. . . .

— Pues sí, querida Cecilia, decía Alberto, al siguiente día, fijando una mirada alegre en su mujer, que le contemplaba como en éxtasis; ahora soy yo quien te pide perdón por haberte expuesto á tan dura prueba... ¡Pero era necesario, por tu obstinada obcecación, que sólo así, tal vez, puede curarse!... Todo fué una comedia urdida en combinación con Francisco y con el médico y realizada mediante el auxilio de otros buenos amigos... ¡Dios haga que no se haya de repetir la escena de hace un mes, porque no habría otro recurso sino el de convertirla en real y efectiva!... El hombre se casa para disfrutar cariño, paz, tranquilidad y, sin mostrarse tiránico, para ocupar el puesto que le corresponde y ver respetada su autoridad. La mujer tiene su esfera de acción, muy distinta de la de su esposo y, si cumple sus deberes, en el amor de su cónyuge y de sus hijos y en el general respeto halla compensación suficiente á los sinsabores que la realización de su papel en el mundo le pueda ocasionar... ¡No lo olvides, si quieres que en lo sucesivo seamos felices!...

Y, en efecto, Cecilia no lo olvidó.

Eduardo BLASCO



Parque de Lota, en Santiago.



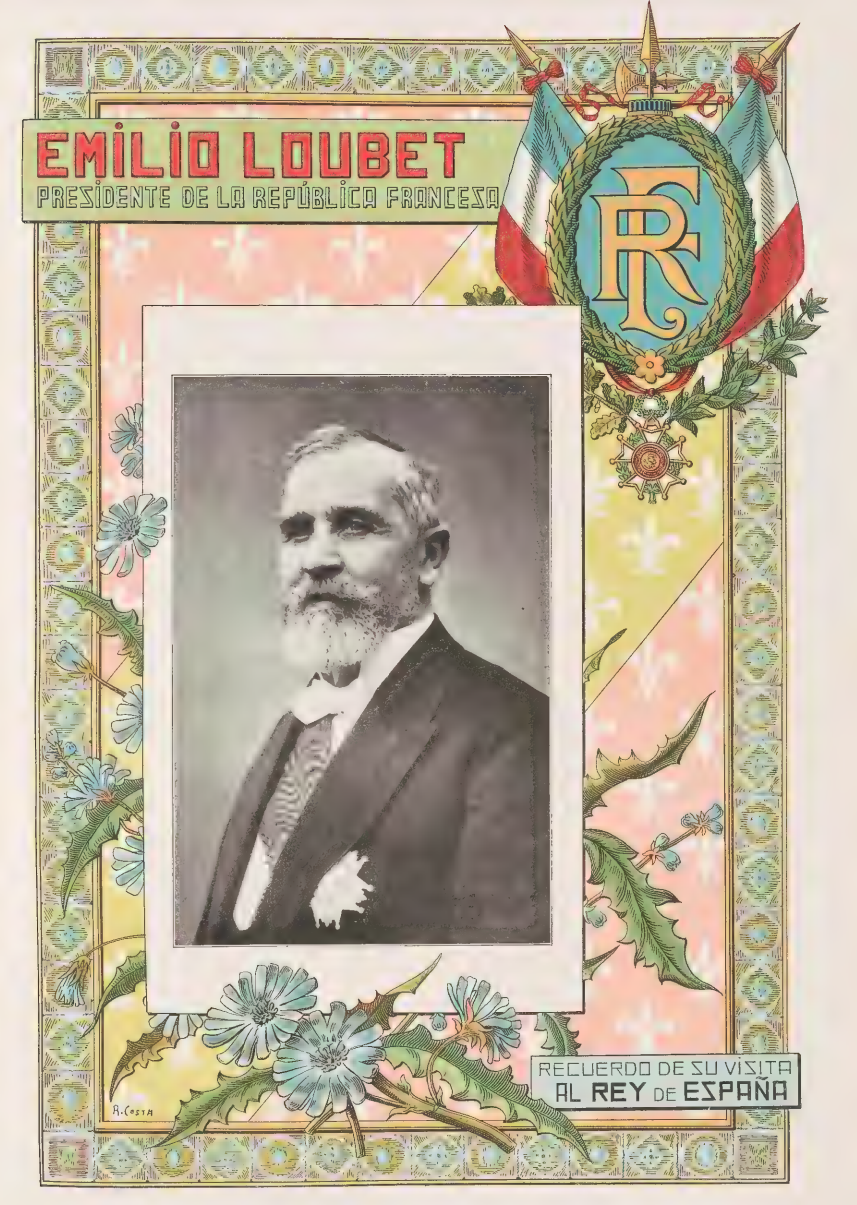
Ferrocarril de Santiago á Concepción. — Puente sobre el Bio-Bio.

A. LIZCANO



HUYENDO DE LOS CUERNOS.

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).



Composición y dibujo de R. Costa.

UNA CONTROVERSIA VINÍCOLA

Hace algunos años, los azares de mi entonces nómada existencia hiciéronme visitar las magníficas propiedades de don F..., en la importante villa de A...

Después de recrearme admirando el soberbio palacio con honores de castillo, donde no faltaba la gótica capilla y bien repleta biblioteca, y pasear por los extensos jardines y huerta, gozando con la vista de bien alineadas calles de árboles, suntuosos macizos de flores y plantas exóticas de todas clases, mi más complaciente cicerone llevóme á la estancia privilegiada de aquel recinto; esto es, á la bodega. El dueño de la riquísima propiedad, según me aseguraron, había tenido especial cuidado en atesorar en aquella bodega vinos de las mejores marcas conocidas, de respetable antigüedad, y en lujosos toneles de todas las cabidas, sabiamente preparados, se conservaban los exquisitos caldos de Jerez, Manzanilla, Montilla y Málaga, viéndose más allá el Moscatel y el Pajarete, y los procedentes de la Mancha, haciendo gran consorcio con el rancio Cariñena, el de la Rioja, el del Priorato, el de Aragón, las Cidras, *et sic de cœteris*, y todos haciendo *pendant* con el espumoso Champagne, el obscuro Borgoña, el pastoso Burdeos, el digestivo Rhin, el aromático Oporto, el transparente *Lacrima Christi*, el Madeira, el pálido Sauternes y tantos otros como la industria de los hombres ha creado, para infundir energías y alientos, y alegrar las horas de la triste humanidad.

Era uno de los más calurosos del mes de Agosto, y en las amplias galerías de la bien ventilada bodega sentíase un fresco delicioso que convidaba á sestear un rato; sentéme, pues, con mi complaciente guía en un cómodo banco, y ante el tablero, de obscura y veteada encina, de una vetusta mesa, con su indispensable cruceta de hierro, empezó el desfile en microscópicos vasos de los líquidos que encerraban los panzudos y orondos toneles.

El paladear tantas clases de vinos, el cansancio del visiteo, y el fresco remuzguillo que se dejaba sentir, hiciéronme bastante efecto, y, sintiendo invencible sopor, apoyé la cabeza entre las manos, y quedéme un tanto adormilado, pero sin entregarme al sueño por completo.



S. M. la Reina y las Infantas Isabel y María Teresa dirigiéndose á la Plaza de Toros para presidir la corrida en honor de Mr. Loubet. *Fot. de E. Castellá.*

* *

Los grandes y redondos tapones de corcho, que herméticamente cerraban la parte superior de los toneles, saltaron súbitamente de su encaje, dejando al descubierto obscuras circunferencias por las que empezó á desprenderse una especie de vaho sutil y aromoso, que poco á poco fué condensándose y tomando forma tangible.

Las líneas, confusas al principio, se fueron acentuando; una especie de neblina vaporosa, que flotaba sobre los panzudos bocoyes, fué acrecentando aquéllas forma irregulares, y pronto vieron mis atónitos ojos surgir sobre cada uno de aquellos toneles una figura maravillosa, bien masculina ó femenina, que representaba gráficamente el terreno de donde procedían aquellos vinos; así, por ejemplo, sobre los envases que contenían Jerez, se erguía el busto de un buen mozo con sus patillas de chuleta y su traje de corto, lleno de alamares; sobre el de la Manzanilla, veíase una morena, flamenca, con ajustado corpillo encarnado, airosa falda amarilla, llena de madroños, y zapato bajo encintado; los toneles del Priorato ostentaban un típico catalán con la clásica barretina; los de Zaragoza, la figura del baturrico, con su pañuelo de vivos colores á la cabeza y su extraña indumentaria; los de Valdepeñas, la encarnación más pura de un manchego, con su ancha faja y su sombrero inconfundible con el de otras regiones; ésto, por lo que hace á los españoles, que en cuanto á los extranjeros no faltaba sobre el tonel del Champagne el tipo delicado de la mujer francesa, con su almidonada cofia; ni sobre el bocoy del Borgoña la clásica figura coloradota y risueña de un borracho impenitente; ni sobre los envases de los vinos italianos la figura del cantor popular ó la de la apasionada mujer italiana con su corpiño celeste, cruzado por multitud de cordones, y su blanquísima toca.

Todos estos tipos movíanse, gesticulaban y hablaban entre sí al principio de una manera vaga é indefinida, y después, enardeciéndose los ánimos, empezó un vivo tiroteo de palabras, que yo procuraba retener, pues, verdaderamente, el espectáculo era sorprendente en extremo.

¡Oye tú, flamenca!, decía el de Valdepeñas á la Manzanilla, no te crezcas tanto que no vales nada, eres palabrería y nada más, alharaca y pare usted de contar; tu vino parece agua y no sirve más que para las juergas, los homicidios y los escándalos.

Pues y tú, ¿qué eres? mendigo peleón; tu vino es el pasto de las comidas sólo y el recurso de los borrachos, al contrario de lo que sucede con el mío, que soy la alegría de la gente que se divierte y distingue, contestó la flamenca, poniéndose en jarras y dirigiendo furibundas miradas al turbado manchego.

Todos callen donde yo esté, chapurreó en francés el Burdeos. Soy el vino por excelencia, mis precios lo dicen, y yo no puedo faltar en ninguna mesa aristocrática.

A callar el gabacho, contestó el baturro, liándose la faja que con el movimiento rápido hecho se le había caído; tú no tienes vela en este entierro, y si la tienes, te juro por la Pilarica que te la apago; tú eres un vino falsificador, y el verdadero, que por su acidez sirve de aperitivo, ese soy yo, y sólo yo; además, infundo valor y energías; dígalo sino, el Coso, Santa Engracia y el Torrero.

Nadie hable delante de mí, dijo la bellísima italiana, que pisaba el tonel de *Lacrima Christi;* soy el vino más delicado y apetecido, mi transparencia y mi *bouquet*, son sólo comparables al néctar de los dioses, y sirvo para acompañar los más exquisitos dulces en las mesas más opíparas.

Chirigota, y ná maz que chirigota; repuso el Moscatel malagueño, representado por una figura típica: pues, hija, ni que hubía osté bajao der sétimo cielo: pá vino durse er mío y sanseacabó, que no tié vigilia; sabeosté, güenamoza; er Moscatel malagueño que es más durse y mas sabroso que los pimeros besos que se dan á escondías dos novios. Mi vino pega los labios como si juea arrope, sabosté, y tié más alimento que esas gelatinas que fabrican pá los enfermos con gallina y jamón.

Aurrezkú, gritó el Rioja; no hay vino como el mío en el mundo.

Alto allá, chilló el Borgoña; descubrirse ante mí.

Saludarme, imbéciles, vociferó el Rhin.

Todos me rindan homenaje, dijo con su vocecita atiplada el Champagne. Soy el vino de la alegría, de la erudición y de la oratoria; yo desato las lenguas y despierto la inteligencia, y á mi influjo se pronuncian magníficos brindis que son, las más de las veces, fogosos discursos, los cuales en más de una ocasión han tenido universal importancia y hasta han trastornado las naciones.

Atrás la francesa; gritó la Manzanilla. Callen los vinos españoles: vociferaron los italianos y portugueses.

La algarabía era infernal y la cuestión iba acentuándose y to-



BANQUETE OFRECIDO EN LA «MAISON DORÉE» (Barcelona), Á LOS COMERCIANTES É INDUSTRIALES FRANCESES QUE VINIERON Á ESPAÑA CON MOTIVO DE LA VISITA DE MR. LOUBET.

mando mal cariz, cuando resonó una voz grave que con puro acento andaluz impuso silencio, y exclamó:

Todos callen; todos sóis buenos y necesarios, todos cumplís un programa distinto, pero preciso. Unos sóis el vino de pasto para las comidas; otros representáis los platos más ligeros y apetitosos; algunos sóis los portadores de la alegría; otros despertáis el apetito; pero yo, yo los reuno á todos: soy el Jerez, el verdadero vino del mundo: en mí se encierra el *bouquet*, la finura, el pasto, la alegría, la erudición, los sueños de color de rosa, el talento, la oratoria y la poesía; tengo dentro de mí gérmenes de vida, rayos del sol español, aromas del mar latino y reminiscencias de otras edades más dichosas.

Todos callaron é inclináronse ante el gran Jerez...

***

Mi cicerone interrumpió bruscamente la extraña asamblea; pues, provisto de luz, entró á buscarme.

Lleno de asombro, púseme de pie y, restregándome los ojos, vi la larga línea de envases, silenciosos é inmóviles.

Todo había desaparecido.

Pregunté, sin embargo, si había oído voces ó visto algo extraño, y contestó, riéndose de una manera franca:

— Buena la cogió usted... ¡Si era natural!, todos estos mostos reunidos,... papalina segura.

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ

LA CONFESIÓN DE BERTA

Soy indiscreto si pregunto á dónde vas? — dijo Roberto á su mujer, una morena adorable de ojos grandes, luminosos, soñadores, y cuerpo escultural, tentación irresistible del deseo.



MODELO DE LOS AUTOMÓVILES DE «LA CATALANA» QUE PRESTARÁN EL NUEVO SERVICIO.

Fotogs. de Merletti.



CARGA DE CAB

ELAHAYE



ALLERÍA (SEDÁN).

Existente en el Museo Municipal de Barcelona.

— Pues hombre, ya puedes presumirlo, con mantilla y rosario, ¿á dónde puedo ir que no sea á la iglesia?

— ¿A la iglesia?...

— Sí, hombre, sí, no seas preguntón; voy á cumplir mis deberes religiosos, que hace tiempo tengo descuidados...

— Dime, ¿á qué iglesia vas?

— Roberto, ¡qué curioso eres y qué pesado te pones! ¿qué te importa?

— ¡Vaya si me importa! ¿Pretendes acaso emanciparte, haciendo lo que te se antoje? Recuerda que...

— Mira, tontín, no me entretengas y deja tu discurso para mejor auditorio; voy á las Descalzas, ahí cerquita... ¿Te enteras?

— ¿Quieres que vaya á buscarte á la salida?

— Como te plazca, señor tirano. ¡Jesús, qué moscón más pegajoso se vuelve mi marido! Vaya, abur, hasta luego; espérame en la dulcería de Guinea ¿quieres?

Y sonriendo graciosamente salió de la habitación, enviándole un beso con la punta de sus dedos.

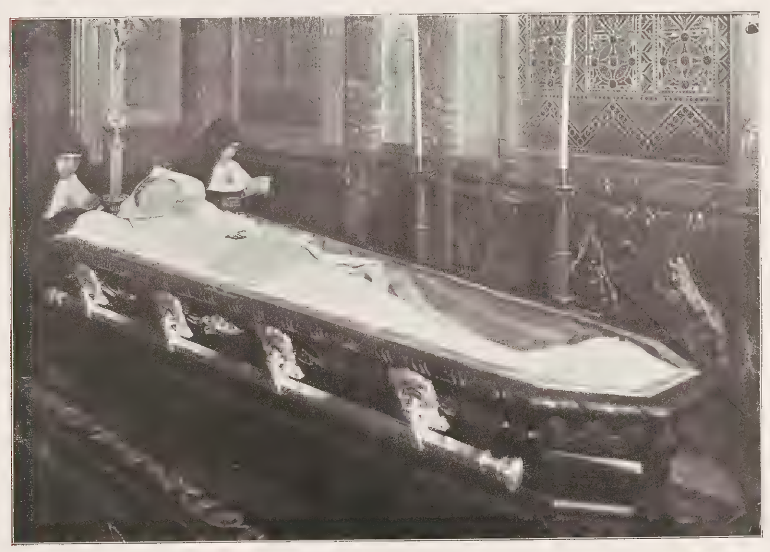
Tras ella y escondiéndose para no ser visto salió Roberto, disparado, y tomando su camino por callejas excusadas, jadeante y sudoroso llegó á la iglesia de las Descalzas, solitaria y obscura, ocupada por tres ó cuatro viejas beatas, que mascullaban sus oraciones, medio ocultas en las sombras de los pilares vetustos del templo, ó leían sus devocionarios de grandes letras á la incierta luz, descompuesta en prismas de mil colores, que se filtraba á través de los góticos ventanales. Allí se detuvo Roberto, anheloso y vacilante, ante la lucha que sostenían sus rabiosos celos y el sacrilegio que meditaba...

De pronto, vencida su conciencia de cristiano por la sugestión de su loca idea, decidióse; no tenía tiempo que perder; buscó con la vista un confesonario y por fortuna suya descubrió uno, uno solo... en un rincón, á la izquierda del altar mayor, envuelto en la penumbra que formaban dos columnas: hacia él dirigió quedamente sus pasos, con cautela de serpiente que se desliza; introdújose en aquel pequeño y sagrado recinto de labrada madera, y, palpitante el corazón, latiéndole con fuerza las sienes, espantado de su audacia, temeroso de ser sorprendido, aguardó impaciente la llegada de Berta.

¡Roberto quería oir la confesión de su mujer, registrarla el corazón, hacer su autopsia moral! ¡Vivir ó morir!

***

Berta arrodillóse junto al confesonario y oyó el tenue ruido de la cortinilla que cubre la rejilla al descorrerse. Irguióse lentamente, y, pronunciadas las frases de rúbrica, ocultando el hechicero rostro con los encajes de su mantilla, empezó su confesión.



D. Manuel Girona de cuerpo presente en la capilla de su casa. *Fot. de Merletti.*

. . . .

. . . . ¡Oh, padre, he sido muy culpable! ¡he traicionado el amor de esposa! ¡he faltado á mis deberes! . . .

. . . .

— ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién? — susurró una voz bronca, alterada por una emoción quo sorprendió por un instante á Berta.

— Hace dos años, padre, mi marido me presentó á un amigo suyo, un hombre famoso en el mundo de las letras, que se enamoró tan apasionadamente y me hizo la corte con tal insistencia que un día...

Un tropel de lágrimas, que pugnaban por salir, inundó los ojos de la hermosa, probando su arrepentimiento.

Un suspiro, que casi era un rugido atenuado, salió del fondo del confesonario.

— ¡Qué recuerdos, padre! — siguió Berta, más tranquila, — aún hoy, pasados ya varios años, enardecen mis entrañas y conturban mi espíritu, alejándole del dolor de la expiación... ¡Cuántas alegrías inolvidables, cuán locos placeres!...

Un quejido hondísimo volvió á surgir del obscuro fondo del confesonario...

Berta, creyéndolo una manifestación de horror por su pecado, murmuró afligida:

— ¡Perdón, padre, perdón!...

— Sigue, sigue, — ordenó con dureza el confesor.

— Aquel hombre cautivaba; su talento era grande, su entusiasmo por la mujer, mayor que su genio... fuí débil, sugestionáronme sus ojos negros y accedí á escuchar una poesía que me dedicó, acudiendo á una cita campestre en esplendoroso día de primavera...

Un nuevo quejido más hondo y doloroso repercutió en los oídos de Berta, estremeciéndola...

— Perdón, padre, perdón para una pobre mujer arrepentida, — continuó Berta, después de una pausa de breves instantes, — comprendo su indignación... Aquí estoy apesarada y llorosa, maldiciendo aquel día luminoso que llevo aún en mi alma, cual si hubiese guardado con su recuerdo los rayos del sol que nos alumbró.... fuí feliz, muy feliz, padre mío, pero muy criminal también.

La pecadora inclinó su gentil cabeza, orlada de flotantes rizos, y sus lágrimas corrieron silenciosas, demostrando un dolor que la

hacía más hermosa y en demanda de una absolución que fuese el bálsamo que aliviara el dolor de una herida incurable.

Ruda batalla libraba éste en el reducido espacio en donde se hallaba encerrado, al oir aquella confesión, que confirmaban brutalmente sus ingratos celos; al escuchar las primeras frases de Berta creyó volverse loco y quiso salir de allí gritando como si le apuñalearan ocultos asesinos; después una ira sorda, creciente, indomable, enardecía sus venas y crispaba sus nervios y tuvo anhelos infinitos de matar allí mismo, en aquel recinto sagrado, á la mujer perjura, á la pobre pecadora, llorosa y arrepentida. Su orgullo de hombre, su amor á Berta, habían sido dura y cruelmente hollados...

Después... un relámpago de razón iluminó su cerebro, presentándole en rapidísimo cosmorama sus donjuanescas hazañas de soltero; él también había engañado á padres imprudentes y á maridos crédulos.

Una ráfaga bienhechora de perdón, que acaso le enviaba aquella macilenta y dolorida figura de Cristo exangüe, que vislumbraba á través de la obscuridad, enfrente del confesonario, pareció calmar su sangre, refrenar su ira y hacerle subir del corazón á los labios, atropelladas y confusas, las frases sacramentales de la absolución.



ENTIERRO DE D. MANUEL GIRONA — *Fot. de E. Castellá.*

PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE POR DELANTE DE LAS CASAS CONSISTORIALES.

Berta, extrañada del silencio desusado del confesor, acercóse más á la rejilla, queriendo ver el rostro del sacerdote.

En aquel momento, una voz conmovida, grave y vacilante, con raras entonaciones, semejante á un eco que se extingue:

— *Ego te absolvo in nomine patri fillii et espiritu sancto.*

Muda de asombro Berta ante absolución tan prontamente alcanzada, sin admoniciones severas del confesor, inclinó más su agobiada frente, separóse luego del confesonario, permaneciendo largo rato abismada en sus recuerdos, de rodillas ante la trágica imagen del Cristo, que parecía contemplarla con dolorosa piedad, mientras sus labios contraídos pronunciaban las santas palabras que salvaron á la cortesana de Magdala.

«... Aquel de entre nosotros que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra... »

Lentas y acompasadas sonaron las siete en el reloj de las Descalzas.

Estremecióse Berta, é irguiéndose después de echar una mirada temerosa al confesonario, salió del templo ligera y radiosa, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, sin sospechar que un hombre oculto en la sombra quedaba allí sollozando, no sabiendo si apuñalearla ó despreciarla...

ENRIQUE BAYONA

ACTUALIDADES

Aun cuando nuestra Revista, á causa de la anticipación que exige el tiraje de los colores, se presta poco á ese género de información, no desperdiciamos las posibilidades que se nos presentan de satisfacer la pública curiosidad en aquellos acontecimientos de verdadera importancia. Recientemente, con motivo de la estancia en Madrid del Presidente de la República francesa, enviamos exprofeso á la Corte un corresponsal fotográfico, que sacara vistas exclusivas para el ALBUM SALÓN; pero dicho señor, como todos los corresponsales de provincia, según fidedignas manifestaciones, se halló imposibilitado de cumplir su compromiso, porque lejos de ser protegido por las autoridades, como era de esperar, tropezó por todas partes con insuperables obstáculos. Sirva esto de justificada disculpa á nuestra buena voluntad, que en la presente ocasión ha tenido que limitarse á la portada en honor de Mr. Loubet, al banquete ofrecido á los comerciantes é industriales franceses que después de Madrid han visitado Barcelona y á las tristes notas referentes al fallecimiento del acaudalado banquero y eminente hacendista barcelonés, don Manuel Girona, una de las personalidades más salientes de la nación española y cuyo retrato y biografía pueden ver nuestros suscriptores en el número 36, correspondiente al 16 de Febrero del año 1899.

MALAGUEÑAS

Para ver á esa *gachí*,
hay que ponerse de lejos,
y *jincarse* de *roillas*
y darse golpes de pecho.

No me quieras, gitanilla,
porque me conozco bien,
y el día que tú me quieras
te dejaré de querer.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



LLEGADA DEL CORTEJO Á LA IGLESIA CATEDRAL, DONDE HA SIDO SEPULTADO EL CADÁVER DE D. MANUEL GIRONA. — *Fot. de Merletti.*

ALMA

ALLÍ se pasaba las horas enteras, siempre con su idea fija, con sus sueños, con su tenaz quimera.

Nadie, al contemplar aquel montón de harapos que mal encubrían á una figura casi disforme, de aspecto ordinario, ajada por la miseria y robustecida por un trabajo excesivo, hubiera presumido hallar un alma susceptible á todas las delicadezas y que sirviera de asilo á la mayor de las sublimidades.

¡Pobre desheredado de la suerte!...

A veces llega á ser injusta la Providencia dotando de corazón á seres á quienes les está vedado el sentimiento.

Era de oir la confidencia que un día me hizo el pobre Perico.

Era mozo de cordel: yo varias veces había tenido necesidad de utilizar sus servicios, y, desde el primer momento, me fué agradable por su honradez y franca rusticidad.

De pronto, le hallé completamente metamorfoseado: su alegría trocóse en abatimiento y su espontaneidad en reserva.

Un día le encontré en su parada y le vi tan taciturno, que me propuse averiguar el origen de su pesadumbre.

—¿Qué hay, Perico? — le dije.

—Nada, señorito; lo que usted mande.

—Te necesito; acompáñame á casa.

Y él, con esa automática pasividad de todo sér mercenario, se echó al hombro sus cordeles y se puso en mi seguimiento.

Llegamos á mi domicilio y le hice introducir en el despacho, donde de buenas á primeras le dije:

—Necesito que me expliques el cambio que se ha operado en ti. Tú, antes tan jovial, tan trabajador y tan despreocupado, te has convertido de pronto en negligente, triste y pensativo. Explícame las causas.

Ante unas palabras tan terminantes, quedó el pobre confuso y, tras una breve pausa, contestó con cierta timidez:

—Sí, señorito, yo se lo diré á usted; se lo diré, porque necesito dar desahogo á esta reconcomilla que me roe el corazón, pero... prométame usted que no se reirá de mí; todo lo más, téngame lástima.



UN MOLINO JUNTO AL GARONA (FRANCIA). — Cuadro de R. Costa

—Habla.

—Verá usted, — aquí ahogó un profundo suspiro, como si se dispusiera á realizar un gran sacrificio. — Yo soy un miserable, un hombre que casi no merece ni tal título; la miseria es mi patrimonio y un asilo mi porvenir. Pero, á pesar de esto, Dios, no teniendo en cuenta mi miserabilidad, me ha concedido sentimientos, y éstos son tan ambiciosos que se permiten apetecer lo imposible. ¿Ve usted esta blusa mugrienta y llena de girones? Pues esta blusa se ve constantemente golpeada por los latidos de un corazón tan ardiente y tan sensible como pueda serlo el de cualquiera de los más encopetados señores. ¿Sabe usted por qué? Porque estoy enamorado; porque una mujer ó, mejor dicho, una diosa, supo hacer que el amor traspasara la tosca corteza de mi pecho é hiciera brotar en mi alma un sentimiento que debe de ser desconocido á los mozos de cordel. La adoro con toda mi alma, con mirarla vivo y cuando la veo me siento morir. Ella... ella es una señora, buena, como deben de serlo los ángeles; hermosa, como nos pintan á la virgen. Tiene hijos; niños que copian la hermosura de la madre y reflejan en sus rostros la dicha que el padre debe experimentar en el mundo. Yo los miro, los halago con las palabras más cariñosas que mi rusticidad puede dictarme, y cuanto gano, á fuerza de cargar centenares de kilos sobre mis espaldas, lo empleo en confites y golosinas para ellos, á cambio de los cuales, recibo las palabras de esa hermosa señora que al darme las gracias con la más dulce de las expresiones me hace el más feliz de los mortales.

Entonces vivo; entonces el mundo me parece un paraíso, y cuando *mi encanto* penetra en su casa, me estaciono enfrente para mirar sus balcones y pensar en ella, olvidando todo lo demás que pueda existir..

Yo bien sé que esto es necio, que esto sólo merece la burla de quien lo sepa; pero, créame usted, señorito, yo no tengo la culpa: la tiene quien da un corazón de persona á un sér mísero y feo, y... ¡tan desgraciado como este pobre mozo de cuerda!...

C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA



Cuadro de Enrique Estevan.

EL AMOR DE LOS AMORES

Cuando á raíz de la que dieron en llamar gloriosa revolución de Septiembre, abandoné, por algunos años, la entonces ex coronada villa, mi amigo Arturo estaba locamente enamorado de Adelina y ni frecuentaba el trato de los amigos, ni iba al café, ni salía jamás de casa, viviendo única y exclusivamente en el amor, del amor y para el amor de su adorada, la cual, dicho sea en honor de la verdad, merecía esto y mucho más; porque, sobre ser un prodigio de hermosura, era un modelo de elegancia, y lo que es más valioso aún, un dechado de pureza.

Discreta como la que más y bella como ninguna, Adelina, con sus diez y ocho años, sus negros y rizosos cabellos, sus ojos de fuego y sus húmedos labios de coral, nunca hasta entonces secados por el hálito ardiente del deseo, era una de esas incitantes hermosuras ante las cuales el mismo San Antonio Abad, santo castísimo, vencedor, según cuentan, de mil y mil terribles tentaciones, hubiera, no diré yo que sucumbido, pero sí vacilado seriamente.

Capaz la hermosura de Adelina de convertir en pecador al más santo, mi amigo Arturo, cuya santidad, si he de ser ingenuo, no era grande, enloqueció por ella, que á su vez y desde el primer momento enloqueció por Arturo.

Voy á referir esta historia.

***

Adelina era alumna del Conservatorio cuando Arturo, estudiante á la sazón del sexto año de derecho, la conoció en el teatro.

Jamás mi amigo supo explicar lo que sintió al ver á Adelina, ni ésta decir la impresión que el estudiante causó en ella; pero lo cierto fué que, sin darse tal vez cuenta de ello, sus miradas se hablaron y entendieron y que al abandonar el teatro estaban ya en relaciones.

Enamorados, él de ella y ella de él, Arturo, á los pocos días de



Tribunal de Justicia. — La Plata (República Argentina).

conocerla, trasladó sus bártulos de estudiante á casa de su adorada, cuya madre, bueno será decirlo para evitar malévolas suposiciones, alquilaba habitaciones con asistencia ó sin ella.

El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla, dice un refrán castellano; y por más que el tal refrán no resulta rigurosamente cierto, cuando hay por medio una madre que defiende y guarda su hija, el caso fué que tratándose de Arturo y Adelina no pudo ser más exacto.

La hospitalidad obliga á mucho y la casa de Adelina que, como he dicho ya, era de huéspedes, fué para el estudiante real y efectivamente hospitalaria.

¡Cuánto amor, cuánta poesía, y cuántos y cuán múltiples encantos tuvo para mi amigo aquella mansión de amores!

Prisionero en ella Arturo cuando yo salí de Madrid, vivía, como ya he dicho, en su amor, por su amor y para su amor únicamente, y yo, que tan rendido y enamorado lo dejé al marchar, esperaba, dando crédito á sus palabras, encontrarlo á mi vuelta hecho un perfecto marido.

— Me caso, chico, me caso — me dijo en la estación al despedirme. — Adelina es mi felicidad, y no bien termine la carrera será la dulce compañera de mi vida. La quiero con todo mi corazón y si la perdiera acabaría por suicidarme. ¿Para qué vivir sin ella?

***

Al regresar á Madrid, después de tres años, de los cuales sólo en el primero tuve noticias de Arturo, supe por la lista del colegio de abogados que mi amigo ejercía como tal y las señas de su estudio, proponiéndome visitarlo á la mañana siguiente.

Demasiado madrugador, por efecto de mis costumbres y hábitos provincianos, encontré á Arturo en cama aún, y ya después de habernos abrazado, me disponía á preguntarle por Adelina, cuando una criada, después del indispensable ¿se puede?, entró en la alcoba, diciendo:

— Señorito, esta esquela de defunción que acaban de traer.

— A ver, démela usted — contestó Arturo cogiéndola. — Con tu permiso — añadió, dirigiéndose á mí; y abriendo el enlutado sobre fijó su vista en lo impreso.

— ¡Muerta! ¡muerta Adelina! — exclamó palideciendo; y sin darse cuenta de lo que hacía se arrojó de la cama y comenzó á ves-

tirse, si bien luego y ya un tanto repuesto se lavó con gran esmero, se peinó cuidadosamente, y después que se hubo vestido, lavado y acicalado, me dijo, dando un suspiro. — ¡Cómo ha de ser! Pensaba dedicarte todo el día; pero ya no me es posible. Almorzaremos, sin embargo, juntos para celebrar tu llegada y después que almorcemos, tú harás lo que quieras y yo iré á verla por última vez en este mundo. ¡Pobre Adelina! Hace ya quince meses que tronamos; pero la he querido mucho. ¿De qué habrá muerto la pobre?

* * *

Después de un sabroso y bien servido almuerzo y de una larga y alegre sobremesa, Arturo y yo, porque no me pareció bien dejarlo ir solo, nos dirigimos á la casa mortuoria, penetrando sin llamar ni ver á nadie, porque la puerta estaba de par en par, hasta el gabinete de Adelina.

La madre de ésta, ¡pobre madre!, no bien la hija de su alma lanzó el último suspiro, había sido trasladada con un síncope á una de las bohardillas de la casa; y como los huéspedes volaron en cuanto supieron que Adelina tenía viruelas negras, madre é hija se vieron solas y abandonadas por todos, porque hasta la criada pidió su cuenta y se fué, sin recordar, ingrata, que enferma ella del tifus un año antes, había sido cariñosa y esmeradamente asistida por su hermosa y caritativa señorita.

En aquella casa, pues, no había quedado nadie; ni un pariente, ni un amigo, ni un vecino, nadie que llorara la muerte de Adelina, cuyo cadáver era velado únicamente por una hermana de la Caridad que, arrodillada á los pies del ataúd, rogaba á Dios por la muerta.

Cuando Arturo vió tanto abandono, cuando sus ojos se fijaron en Adelina y sus miradas recorrieron la extensión de aquel pequeño gabinete, paraíso en no lejanos días de sus fugaces amores, su semblante palideció y sus fuerzas se agotaron.

Lo que veía, en efecto, era horrible y espantoso.

Al siniestro resplandor de cuatro blandones y encima de una pequeña mesa cubierta de paños negros descoloridos á trozos y salpicados de cera, encerrado en un ataúd de pino forrado de percalina negra con galones de algodón blanco, el cadáver de Adelina, reclinada la que fué hermosísima cabeza en una mugrienta almohada, aparecía envuelto en una humilde mortaja de cenicienta estameña.

Ulcerado su rostro por el corrosivo pus virilento que había convertido sus hermosas mejillas de carmín y nieve en dos extensas y asquerosas llagas, hinchados y entreabiertos los párpados, mates y sin brillo los ojos, torcida la boca, cárdenos y agrietados los labios, hundido el pecho y desfiguradas y deformes las manos, cuyos entrelazados dedos sostenían un santo crucifijo; nadie ante aquellos fétidos despojos hubiera podido comprender cómo aquello que miraba, aquello tan hediondo y repugnante, había sido pocos días antes una mujer hermosa y codiciada, una de esas incitantes y enloquecedoras hermosuras capaces de hacer de un criminal, un santo; de un sér honrado y pusilánime, un suicida animoso, ó un bandido terrible y sanguinario. ¿Quién en la flor mustia y marchita, en los pútridos restos de una flor al basurero y á la descomposición entregados, puede comprender la codiciada flor que mira con deleite en la maceta, con codicia sobre el palpitante seno de su amada y que, concedida no sin dificultad á sus ardientes súplicas, besó una y otra vez loco de amores?

* * *

Pasada la primera impresión, Arturo, ya más tranquilo, quiso acercarse al ataúd para ver bien á Adelina; pero retrocedió rápidamente y se llevó el pañuelo á la nariz, porque aquel cuerpo que en otro tiempo embalsamaba la habitación con su perfume, exhalaba, al empezar á descomponerse, un hedor insoportable.

— ¡Qué fetidez! — exclamó, y, por precaución quizá, encendió un cigarro habano, fijando al encenderlo sus miradas en las bellas y sonrientes facciones de un retrato de Adelina que encerrado en un elegantísimo marco, pendía de una de las paredes.

— ¡Qué diferencia! — exclamó, comparando á no dudar el cadáver con el retrato, ó éste con el cadáver — ¡qué diferencia, Dios mío! — y estableciendo diferencias entre el pasado y el presente, entre la mujer retratada y la que yacía muerta, notó que un enjambre de negras y voraces moscas hacía opíparo festín del cadáver, mientras los cuatro cirios que alumbraban tan sombrío cuadro, interrumpían el silencio de la habitación con su lúgubre chisporroteo, orquesta horrísona y macabra del horrible banquete de las moscas.



Edificio del diario «El Mercurio». — Valparaíso (Chile).

No eran tales horrores lo que mi amigo estaba acostumbrado á ver en aquel gabinete; y nueva y vivamente emocionado, iba quizás á derramar tristes lágrimas cuando una mosca, partiendo del cadáver llegó á posarse en sus labios.

— ¡Qué asco! — dijo Arturo, sacudiendo con ira la mosca y restregando sus labios con el pañuelo, al par que lleno de terror y repugnancia fijaba sus espantadas miradas en las horribles ulceceraciones de la muerta. — ¡Qué asco! — volvió á repetir, y, presa de horribles náuseas, se levantó de la silla donde estaba, cogió su bastón y su sombrero y sin acordarse de morir, ni de suicidarse al



INTERIOR DE UNA CASA

MORAGAS



DE PAYÉS, EN CATALUÑA

Existente en el Museo Provincial de Barcelona.

ver á Adelina muerta, sin darle un último adiós, sin tributar á aquel sér, un tiempo tan querido, no ya un beso y una lágrima como amante y una piadosa oración como cristiano; pero ni siquiera una última mirada, se lanzó en dirección á la escalera.

—Si hubiera sabido esto —me dijo bajando de dos en dos los escalones—no soy yo el que viene á verla. ¡Esto es atroz, horroroso! Sólo nos falta un contagio de viruelas negras —añadió; y quizás para evitarlo aspiró con avidez el fresco aire de la calle.

—No tengas aprensión y serénate—le contesté.

—Aprensión no tengo, aunque pudiera tenerla—me replicó;—pero no hablemos más de esto; y como una copa de cognac nos será muy conveniente, vamos al Suizo á tomarla.

* * *

Media hora después, Arturo y yo, al salir del café, vimos un carro fúnebre que, calle de Alcalá abajo, se dirigía, á no dudar, al cementerio del Este.

—Es el entierro de Adelina—exclamó Arturo señalándomelo.—Mira, allí en el único coche que la acompaña va la hermana de la Caridad que la velaba esta tarde.—¿Quieres que tomemos un coche y la acompañamos también?

—Acompañémosla—contesté, y llamando á un cochero que por delante de nosotros pasaba en aquel momento, miré en mi reloj la hora.

—¡Las cuatro!—exclamó Arturo mirando también el suyo,—son las cuatro ya, y precisamente á esta hora me espera Julia en su casa. Me es imposible, pues, ir al entierro. La pobre Adelina está en desgracia conmigo. Hasta mañana, que te espero á comer conmigo—añadió, y alargándome la mano para despedirse, montó precipitadamente en el simón, dando al cochero unas señas.

Vi partir el carruaje, recordé lo que Arturo me dijo en la estación cuando salí de Madrid, pensé en aquel «¿para qué vivir sin ella?» que yo escuché con terror creyéndolo cierto, y una amarga sonrisa subió de mi corazón hasta mis labios.

—¿Qué es? ¿qué vale el amor?—me pregunté á mí mismo con amargo desconsuelo.

Como bálsamo consolador, la idea de que Adelina tenía una madre que la llorara cruzó por mi pensamiento. Las madres, pensé, son los únicos seres que aman verdaderamente en este mundo; pero como si la casualidad se hubiera propuesto atormentarme y desmentirme, uno que pasaba á mi lado, conversando con otros dos, decía en aquel momento:

—El Código pena el infanticidio; las casas de maternidad existen además, y no solamente existen sino que son absolutamente necesarias.

Agobiado por estas palabras, sentí frío en el corazón; pero suave, consoladora, vivificante la figura de la hermana de la Caridad velando sin temor al contagio el cadáver de Adelina, muerta de viruelas negras, volvió el calor á mi alma.

La caridad, amor de los amores, velaba junto al cadáver de una infeliz virulenta; verdad es que esa misma virtud es la que vela por los inocentes seres que son abandonados por sus padres.

MARIANO VALLEJO



MONUMENTO Á ARTURO PRATS.—VALPARAÍSO (CHILE).

CHASCARRILLOS DE MI TIERRA

Manolo Peláez nació en Coin, vino á Málaga á los diez años á vivir con un abuelo suyo, que estaba empleado en las oficinas de la Diputación Provincial y estudió primeras letras con



DESEMBARCADERO —VALPARAÍSO (CHILE).



Avenida Brasil. — Valparaíso (Chile).

un diputado provincial, logró Manolo un destino en la Junta del Puerto, donde la tarea era fácil y las equivocaciones no tenían consecuencias.

Las horas en que las oficinas le dejaban libre, se dedicaba á hacer el oso á cuantas muchachas veía por la calle de Larios, cuartel general de sus operaciones. Y contaban sus amigos que tenía suerte, hasta el punto de desbancar á cierto Marqués, rollizo, coloradote y rico, que estaba loco por una modistilla que habitaba en el barrio de la Victoria, la cual prefería las ternezas de Peláez, á los duros del aristócrata. Manolo era un lector asiduo de novelas por entregas. Iba de baratillo en baratillo, prefiriendo el famoso de Curro, comprando novelas de Pérez Escrich, Salas y Castellanos, que después de leer las vendía en menor precio. En estas lecturas había conseguido un baño de romanticismo *cursi* y una dosis de idealismo, con vistas á lo Tenorio, que le hacía insoportable.

Por las noches asistía á ciertas tertulias, donde se jugaba á las prendas, se representaban charadas, se cantaba guajiras y *tiernas baladas*, y se *quitaba el pellejo* á las amigas y á los amigos, en torno de una amplia y sospechosa mesa de estufa, lugar preferido por las niñas que tenían novio y por algunas que no lo tenían.

el popular Alejandro, poeta, maestro de escuela, orador de club y periodista de batalla en una sola pieza. Después pasó Manolo al Instituto, pero en aquella cabecita rubia y rizada, que olía á pomada de rosa á media legua, no entraron latines ni retóricas, ni problemas matemáticos, por lo cual, convencido el abuelo de la relativa nulidad de su nieto, y adivinando, ó pareciéndole adivinar aficiones al comercio, lo colocó en un establecimiento de ultramarinos, ingresando en calidad de meritorio. Más de un año estuvo haciendo méritos, pero los que hizo no le sirvieron para ganar sueldo alguno; antes por el contrario, en vista de que por dar harina daba azúcar y por pesar un cuarterón pesaba una libra, el dueño le otorgó la licencia absoluta, irritado cierta mañana en que le vió despachar con *sobra de peso* y falta de vergüenza á cierta chica del honor perdido, que era parroquiana del joven meritorio.

Desesperado el abuelo, regañó á Manolo y éste le ofreció la enmienda, procurando remediar sus torpezas. Por recomendación de

Cierta noche, de un mes que no recuerdo, Manolo tuvo la fortuna de que un compañero suyo le llevase á cierta casa de la calle de Parras, donde se juntaban unas cuantas chicas casaderas y media docena de pollos vanidosos. Le habían elogiado aquella reunión, pero los elogios no resultaron, y Manolo, á la media hora de estar allí, se aburría soberanamente. Y el aburrimiento era natural. Las dos ó tres chicas medio regulares que allí había, estaban empalmadas, como vulgarmente se dice, ó más claramente, tenían sus novios respectivos y maldito el caso que de Manolo hicieron. No existía ni una pareja respetable con quien bailar, y hasta para mayor desdicha aquella noche no podía tocarse la guitarra, ni cantarse una mala copla, á causa de sufrir una indigestión de almejas la vecina del piso principal de la casa, á quien el menor ruido ponía en baile los nervios. A falta de mejor diversión, se sentó en el patio y entabló palique con un señor, ya maduro, vestido de negro, de barba corrida y ojos pequeños, que tranquilamente apuraba la colilla de un cigarro. Manolo, que era todo franqueza, exclamó:

—¿Ha visto usted qué aburrido está esto?

— Así... parece — replicó tartamudeando su interlocutor.

Manolo prosiguió:

— ¡Qué reunión más cursi y qué señoras más antipáticas! ¿Y las niñas de la casa?... ¿No ha reparado usted los trajes verdes que me gastan? ¡Todas vestidas iguales! Parece que las han uniformado en el Hospicio.

Su interlocutor le miró con fijeza y le dijo:

— Y si tanto se aburre usted, ¿por qué no se va?

Manolo, encendiendo un pitillo, repuso:

— Porque estoy esperando al amigo que me ha traído. Pero como me parece que está usted tan aburrido como yo, si lo cree oportuno, nos iremos y volveremos luego.

—Yo no puedo marcharme...

—¿Se puede saber el por qué? —añadió Péláez, sonriendo.

—Hombre, porque yo soy el dueño de la casa.

Narciso DIAZ ESCOVAR



El Papiol (Cataluña). *Fot. de Bressanini.*

J. PINÓS



SEGADORAS.

Existente en el Museo Provincial de Barcelona.



Cuadro de A. Más y Fontdevila.

Existente en el Museo Municipal de Barcelona.

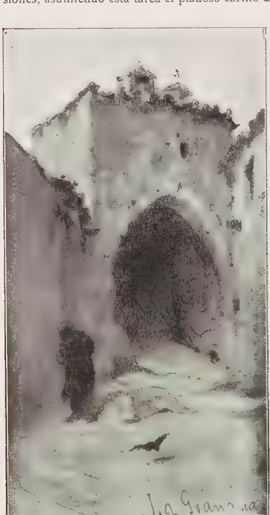
CATALUNYA

POR MODESTO URGELL

Declaramos desde luego que no se trata de una obra regional, políticamente hablando, aunque el título pueda parecer á primera vista tendencioso para el que no haya aún recorrido sus preciosas páginas, que quedarán como documento de inapreciable valor para juzgar con fundamento de la obra artística del más popular de los paisajistas catalanes. No es siquiera una recopilación de las bellezas artísticas y naturales de Cataluña; redúcese simplemente á reproducir en cierto número de impresiones la esencia de la tierra catalana tradicional, tamizada por el talento de Modesto Urgell.

Universal es el afán de conocer en sus mínimos detalles las fuentes donde han bebido y el proceso de evolución que han experimentado los grandes hombres en su órbita luminosa por el mundo. Las carteras de los artistas, los legajos de los escritores son consultados con especial atención para averiguar el germen que ha dado vida á tantas obras inimitables y aun aquellos sentimientos que han permanecido más recónditos en su alma y que tanta concordancia tienen con sus manifestaciones exteriores.

Suele suceder, sin embargo, con más frecuencia, que esos escarceos tomen carácter póstumo, pues, ocupado el artista en sus obras capitales, no tiene tiempo de ordenar y compilar sus impresiones, asumiendo esta tarea el piadoso cariño de amigos fieles.



Pero en el caso presente ha querido Urgell, al parecer, llenar personalmente esta laguna, para que los que se interesan por su arte, vean la consonancia que hay entre lo que constituye su educación artística y las obras que con tan inagotable vena ha dado al público.

Hojeando el album *Catalunya* échanse de ver inmediatamente los tres grandes amores que han movido el alma de Modesto Urgell. Primero, el amor á las bellezas naturales de su tierra, que ha sabido sorprender con alma de poeta y con intenso sentimiento de pintor. Después su amor á la literatura, que le ha hecho escribir con admirable sencillez y sobriedad las impresiones que el color no era suficiente á transcribir. Y por último su amor por la tristeza, que ha impreso en todas sus obras, sean del género que fueren, un sello de noble melancolía, cualidad primordial de todos los grandes hombres.

Catalunya, pues, es una obra eminentemente artística, que pone al descubierto el temperamento de su autor, mejor que pudiera hacerlo la más acabada biografía. Los apuntes y cuadros que contiene, abarcan desde el año 1865, cuando Urgell era un mozo tan rico de ilusiones como incierto del porvenir, hasta 1905, en que, al ápice de su gloria y de su bienestar, contempla desde su altura el camino recorrido. Y, cosa particular, y que evidencia la fuerza innata de ciertas vocaciones, hecha la debida distinción entre el joven artista de un tiempo y el maestro actual, Urgell *siente* lo mismo á la edad de veinte años, que en la gloriosa madurez de sus sesenta.

El caso, aun prescindiendo del temperamento, es explicable. Urgell, como verdadero artista, es inventor, ó, si se quiere, creador de un sistema artístico que no tuvo predecesores y que él ha llevado á su grado máximo con su potente personalidad. Es el inventor de la línea simple, de las grandes síntesis perspectivas que desdeñan los accidentes para concentrar en la línea horizontal todo un poema de sentimiento. El cuadro *La barca abandonada*, es el prototipo de esta simplicidad sentimental, en que una línea de cielo, otra de mar y otra de playa asumen la sensación indefinida de lo infinito.

Y esta simplicidad, Urgell la ha erigido en sistema con una felicidad imitada, pero nó emulada por nadie.

Y al par que de la línea simple, ha sido el inventor de la hora triste. Todos los paisajistas pintan puestas de sol y auroras, pero ninguno como Urgell pinta la aurora y el ocaso de un modo tan subjetivo, evocando el alma de la naturaleza en una sensación de inefable melancolía. Aquéjale á Urgell la idea fija de que los críticos le acusamos de monótono, porque pinta siempre sus incomparables crepúsculos; y en su afán de protesta, al escribir los títulos de sus cuadros, ha adoptado, como incesante muletilla, el de *lo de siempre*. Tiene razón; es *lo de siempre* si atendemos al sentimiento, pero es injusto inculparle de hacer *lo de siempre* si nos fija-

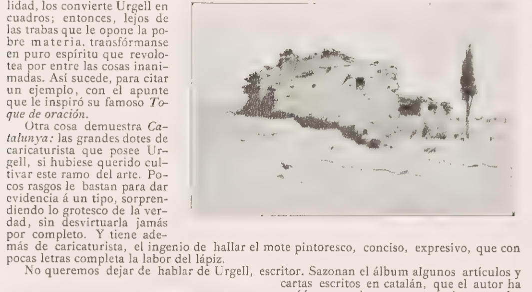






mos en la infinita variedad de sus medios de expresión. Son variaciones de un mismo tema, pero variaciones al fin, que no podrían realizarse sin cambiar totalmente la paleta.

Otro de los aspectos del arte de Urgell que descubre el album *Catalunya* es la transformación que sufre la naturaleza al pasar del apunte á la obra. Hay que advertir que Urgell desdeña todo aquello que hiriendo únicamente la retina no haga vibrar su sentimiento. Partiendo de este principio, no hay uno sólo de los apuntes del álbum que no produzca una sensación. Sus casas y campanarios rústicos, sus calles tortuosas y de líneas danzantes é inestables, hablan un lenguaje misterioso que no está ciertamente en las piedras, sino en la manera de exponerlos el artista poeta. Y si estos apuntes, tan vivos tomados directamente de la realidad, los convierte Urgell en cuadros; entonces, lejos de las trabas que le opone la pobre materia, transfórmanse en puro espíritu que revolotea por entre las cosas inanimadas. Así sucede, para citar un ejemplo, con el apunte que le inspiró su famoso *Toque de oración*.



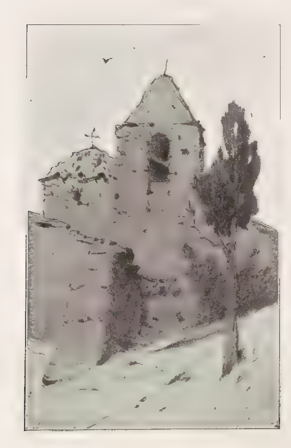
Otra cosa demuestra *Catalunya:* las grandes dotes de caricaturista que posee Urgell, si hubiese querido cultivar este ramo del arte. Pocos rasgos le bastan para dar evidencia á un tipo, sorprendiendo lo grotesco de la verdad, sin desvirtuarla jamás por completo. Y tiene además de caricaturista, el ingenio de hallar el mote pintoresco, conciso, expresivo, que con pocas letras completa la labor del lápiz.

No queremos dejar de hablar de Urgell, escritor. Sazonan el álbum algunos artículos y cartas escritos en catalán, que el autor ha creído necesarios para exteriorizar completamente su silueta. No es Urgell un retórico, y excusado es decir que no hay que buscar afeites en su prosa vulgar y corriente como el lenguaje hablado. Escribe como pinta, compendiando mucho y procurando lo más sobriamente posible transmitir sus sensaciones. La pluma para él es un pincel que reproduce lo que no cabe en los límites del cuadro. Pero en sus escritos se cierne la misma tristeza que en sus pinturas y como en éstas la impresión perdura en el recuerdo. Describe bien, y aunque no lo hace de intento, las palabras de que se sirve, como notas sonoras, predisponen el ánimo á la sensación esperada.

Esto es *Catalunya*. Viéndolo y leyéndolo se siente y se medita; y surge de sus páginas límpida y completa la figura moral de Modesto Urgell, verdadero romántico á la moderna.

Hombre de su tiempo, revolucionario latente, aborrece todas las fórmulas, incluso la suya propia, cuando se trata de transmitirla á sus discípulos. Y en este libro, que ha publicado á instancias del editor del Album Salón, revélase una vez más aquella verdad axiomática: el estilo es el hombre.

Francisco CASANOVAS





Dibujos de Modesto Urgell, que figuran en el album *Catalunya*.

ANSIA ESTÉRIL

Cansado de vivir busqué en tu pecho
el dulce fuego que á mi sér faltaba;
mas si la vida tu querer me daba,
hoy me hiere implacable tu despecho.

Y si anhelo morir trae á mi lado
tu cariño la paz que ambicionaba;
y así, porque la vida te imploraba,
vive muriendo el corazón deshecho.

Ya no hay conformidad en mi amargura,
que en vano busco para ahondar la herida
eterno amor ó eterna desventura;

ni puedo resignarme con mi suerte,
porque ansiando morir hallo la vida
y si anhelo vivir me das la muerte.

Horacio F. RODRÍGUEZ

Santa Fe (R. A.)



AL AMOR DE LA LUMBRE.

Existente en el Museo Municipal de Barcelona



Goya y Ramón de la Cruz, presenciando en San Antonio de la Florida un baile de majas y chisperos.

NUESTRA VIDA

Seis de la mañana.—Cochero, á la quinta de Sabater, á escape, que habrá propina.—A las siete se baten Buendía, un distinguido periodista y el presidente de la Asociación de Tenedores de libros. ¿Por qué? Por una simpleza, por una insignificancia. Buendía escribió un artículo humorístico, como todos los suyos, en el cual, por hacer un chiste, dijo que los tenedores de libros acostumbraban á *meter la cuchara* en todas partes. ¡La que se armó! Los tenedores, tomando aquella broma inocente por una ofensa á la clase, resolvieron exigir á Buendía amplia y completa rectificación, ó, en su defecto, una satisfacción en el terreno de las armas.

Buendía, claro está, se negó á rectificar, y entonces, los representantes de ambas partes decidieron que el lance se efectuase. Los padrinos de Buendía eligieron la pistola, no sólo por dar al encuentro condiciones de verdadera seriedad, sino por acabar de una vez con esa *duelomanía* que ha entrado á varios señores, que buscan por este medio la notoriedad que jamás han podido alcanzar. Pero los testigos del adversario de Amadeo, temiendo ir más lejos de lo que se habían propuesto, después de empeñado debate con la representación contraria, y teniendo en cuenta que el motivo no era para llevar las cosas á tan radical extremo, consiguieron que todo quedase reducido á un duelo á primera sangre, cuyas consecuencias son, por lo general, un ligero rasguño ó una descalabradura, que no exigen más intervención facultativa que la del indispensable lavado y el consabido parche de aglutinante.

. . . .

He llegado á tiempo. El lance va á comenzar. Ya está cada cual en su puesto esperando la señal.—*Adelante, señores,* —dice el juez de campo. Los adversarios se acometen briosamente, los aceros chocan...—¡Alto!—grita imperiosamente el juez de campo. Buendía ha tocado á su adversario, y, con arreglo á las condiciones estipuladas, el duelo se da por terminado. Ahora la cura; luego un efusivo apoteosis de manos que borra toda clase de odios y diferencias, y... ¡á casa, que llueve!

. . . .

Diez de la mañana. — Cochero, á la calle de... número... Ha muerto Pérez, el ingenioso escritor, el egregio poeta, regocijo de las Musas; y rindiendo tributo á la amistad y al compañerismo, tenemos que acompañar su cadáver á la última morada. Formamos el fúnebre cortejo media docena de amigos... precisamente aquellos que nada le debíamos. ¡Pobre Pérez! El, que tanto ha dado á ganar á su editor, muere pobre, sin una peseta, ni deja lo indispensablemente preciso para el entierro, que hemos tenido que costear algunos amigos, á fin de que no tuviese que *ir andando* al cementerio, como el chulo del cuento. Un detalle curioso. El editor de Pérez ha enviado una corona de *siemprevivas*. ¡No puede darse rasgo más expresivo de la filantropía editorial! Durante su vida sembró su camino de punzantes espinas y de intereses compuestos, á razón del ochenta por ciento mensual, y una vez muerto, le envía una corona... ¡la corona del martirio! ¡Pobre Pérez! Era un hombre honrado, un excelente compañero, un amigo leal y cariñoso, un escritor insigne, un poeta de mérito excepcional... ¡Desdichado de aquél para quien en el reloj del tiempo suena las horas de las alabanzas!...



Aspecto del Frontón Condal momentos antes del banquete regionalista. *Fot. de Merletti.*

Todo ha concluído. La última espuerta de tierra ha caído sobre el ataúd que guarda los restos de nuestro llorado amigo. En el momento de retirarnos, hemos visto que un empleado del editor de Pérez recoge la corona de *siemprevivas*. ¿Será para llevarla á la familia del muerto? No, señor; ¡es para que figure en el entierro de la próxima víctima de su principal!

. . . .

Una de la tarde.—Cochero, á la Bombilla.—A la una en punto comienza el banquete con que obsequiamos á González, con motivo del gran éxito que ha obtenido su última comedia. González es un adoquín como una catedral; pero los sacerdotes de la crítica, esos señores que hacen y deshacen reputaciones á su capricho, han reconocido y proclamado que González es un genio en la dramática española, y que su comedia puede codearse dignamente con *La vida es sueño,* y no hay más remedio que acatar como artículo de fe su indiscutible fallo, sopena de concitar sus iras y atraer sobre nuestras mismas cabezas los rayos de su olímpica cólera. Con tal motivo nos reunimos hoy en fraternal paella para festejar al compañero insigne... que hasta hace tres días rodó por escenarios y *saloncillos,* sin que nadie, ni aún con recomendaciones del Espíritu Santo, le quisiera leer una comedia. Aquí, ya se sabe: en cuanto uno hace algo que sobresalga dos milímetros de lo vulgar y corriente, ¡banquete al canto! Cierto que la broma suele costarnos seis ú ocho pesetas por barba, ó algo más para médico y botica, si se nos indigesta la merluza *al graten*, plato obligado en todo banquete cómico-lírico, ó nos sientan mal las quintillas que algún querido compañero suele llevar *embotelladas* para *improvisarlas* al final; pero, eso sí; nos divertimos, derrochamos una barbaridad de ingenio, y en cuanto el *Rioja* ó, en su defecto, el honrado *peleón* comienza á hacer de las suyas en los pisos superiores, ¡cualquiera nos aguanta!

. . . .

Nueve y media de la noche. — Cochero, á Eslava. Se estrena la nueva obra de Martínez, y no es posible faltar. Los que han asistido al ensayo general, *se hacen lenguas* de la nueva zarzuela de Martínez, asegurando que va á ser un *exitazo*. El asunto es originalísimo, porque él no es de los que *traducen, imitan* ni *arreglan,*

tres vocablos que hemos inventado para disimular los *timos, escalos* ó *atracos* literarios: las situaciones son de *primera fuerza*, porque Martínez posee, como pocos, el arte de *mover los monos:* los chistes se *atropellan* los unos á los otros... La música es de Gómez, el inspirado y original compositor, á quien el Arte tiene por uno de sus hijos predilectos. Según se dice, el *terceto* va á ser un alboroto; el *dúo*, una revolución, el *concertante*... un pronunciamiento.... Agreguemos á esto que Muriel ha pintado diez decoraciones lindísimas y que Gambardilla ha *vestido* la obra con lujo y propiedad verdaderamente notables, y no cabe duda de que el éxito de la zarzuela de Martínez será asombroso...

. . . .

Los profetas se han equivocado de medio á medio. La zarzuela de Martínez ha sido un fracaso de los que hacen época. El asunto huele á francés desde un kilómetro; las situaciones son vulgares y están preparadas sin habilidad ni arte: los chistes constituyen una colección de groserías, dignas de caer bajo la acción del Código Penal. La música merecía el honor de ser *coreada* por el público. Desde la primera escena se inició el *pateo*, que duró hasta que cayó el telón... y media hora más.

. . . .



Torre Sert, en la avenida «Tibidabo».

Dos de la madrugada. A Fornos. En una de las mesas del turno de Hilario nos reunimos una colección de trasnochadores. Tomamos chocolate, ó tomamos asiento únicamente, y nos entretenemos en hacer el resumen del día, despellejando de paso á los más queridos compañeros; allí averiguamos de qué obra francesa está tomada la comedia de Fulano; cazamos los ripios de la última poesía de Mengano; señalamos los galicismos del artículo de Perengano. Allí hacemos reputaciones y derribamos ídolos. En aquella mesa no se practica la disección con el bisturí del anatómico que con hábil y segura mano segrega fibras, tejidos y filamentos hasta llegar á la víscera dañada, sino con el hacha del leñador, que de un solo golpe derriba el árbol secular que respetaron los más furiosos vendavales... Al amanecer, cuando asoma el sol por oriente y las burras de la leche por la calle de Peligro, se retira cada cual á su domicilio... si lo tiene.

Manuel SORIANO



Verja de entrada, común á las dos torres.

SABIDURIA ARABE

Ahmed al Kébir había sido uno de los hombres más indómitos y alocados entre los koreichitas. En los combates mataba sin piedad y sin descanso, y cuando al frente de los suyos entraba en una ciudad ó población enemiga saqueaba las casas, y luego los templos con la misma frescura que las casas. Si tomaba dinero á préstamo no lo devolvía jamás y si el acreedor se lo reclamaba, le cortaba las orejas con su alfanje damasquino. Había robado la mujer de un compañero y después de saquear la tienda del propio jefe de la tribu, marchó á Bagdad y derrochó el dinero robado.

Haraun er Raschid emprendía por entonces su guerra de conquistas. Ahmed se alistó como voluntario y al poco tiempo su valor indomable, su sangre fría en los lances más peligrosos, hicieron que ascendiese á capitán y que el gran califa le encargara las empresas más arriesgadas. Todas las cumplía y su nombre se hizo famoso en breve. Pero más fama aún que de valiente tenía de cruel. No perdonaba nunca á un vencido; no dejaba en pié una casa en el pueblo en que entraba; trataba á sus soldados como á esclavos y no le importaba un ardite hacerles perecer en combates mortíferos y desiguales. Cuando era ya el caudillo más renombrado del Islám, fué encargado de una expedición á Egipto. Conquistó la tierra deseada; pero la asoló de tal modo; cometió tales iniquidades; derramó é hizo derramar inútilmente tanta sangre, que Haraun er Raschid le llamó á su presencia, le increpó duramente y le condenó á muerte. Ahmed escuchó impasible la sentencia. Cuando el califa le preguntó si tenía algo que alegar, contestó Ahmed:

—Siento únicamente haber contribuido á la grandeza de un conquistador tan torpe como tú, que dispones la guerra y la conquista y te quejas de que se mate y se robe. Por haberte servido merezco la muerte.—Comprendió Haraun er Raschid la lección y le concedió la vida.

* * *



Torre López, en la avenida «Tibidabo».

Fotografías de Bressanini.

LUCAS VILLAMIL

UN BAUTIZO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Exposición de don Pío Clos (Rambla de los Estudios, 6).

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Artículos literarios, científicos, bibliográficos y festivos; Poesías, Cuentos, Novelas, etc., etc.

Reproducciones, en color ó en negro, de Cuadros al Oleo, Acuarelas, Esculturas, Objetos artísticos, Dibujos al pincel, al carbón y á la pluma, Caricaturas, etc., etc.

Retratos

Vistas

MÚSICA



